
La Renovación Socialista

Balance y perspectivas de un proceso vigente

EDICIONES VALENTÍN LETELIER

Santiago, 1987



PRESENTACIÓN

En el mes de mayo de 1986 el Centro de Estudios Valentín Letelier CEVAL, realizó en la ciudad de Mendoza el Seminario "EL PROCESO DE RENOVACIÓN SOCIALISTA 1979 - 1986. BALANCE Y PERSPECTIVAS.

En este evento participaron un núcleo destacado de intelectuales y dirigentes de las fuerzas políticas del área socialista chilena, tanto del interior del país como el exilio.

Hemos evaluado este Seminario como exitoso en el sentido de que cumplió ampliamente sus objetivos señalados en la Carta Invitación en orden a crear un momento de reflexión rigurosa y profunda acerca de lo que se ha denominado el proceso de la renovación socialista.

En la convicción de que en el Seminario se desarrolló un constructivo y profundo debate acerca de la renovación socialista tanto en la dimensión de este fenómeno como proceso de innovación teórica en la izquierda chilena, así como en relación con su dimensión de proceso orgánico político de convergencia y articulación de las fuerzas socialistas chilenas, el CEVAL ha resuelto su difusión masiva publicando este libro que contiene la parte sustancial de las ponencias e intervenciones habidos en él. (La publicación íntegra del desarrollo del Seminario no era posible por razones de extensión).

Todas las ponencias, base de los temas que se discutieron y las principales intervenciones constituyen la primera parte del libro.

La segunda parte está constituida por trabajos enviados al Seminario por algunos destacados invitados que por distintas razones no pudieron concurrir, que a nuestro juicio constituyen aportes significativos al análisis del tema de la renovación socialista.

Seminario "La Renovación Socialista" 1979 -1986.

Balance y Perspectivas

Mendoza mayo 1986

Santiago de Chile 15 de febrero de 1986

CARTA INVITACIÓN

Estimado Compañero:

El Centro de Estudios Valentín Letelier CEVAL, tiene el agrado de invitarlo a participar en el Seminario "El Proceso de Renovación Socialista, 1979 - 1986, Balance y Perspectivas".

El contenido y propósito que inspiran la realización del Seminario, se sustentan en algunas consideraciones relativas al surgimiento y desarrollo de lo que denominamos "Proceso de Renovación Socialista", que queremos exponerle.

Hemos tomado como punto de referencia el año 1979 y concretamente el primer Seminario realizado en Ariccia a invitación de Lelio Basso, sobre "El Socialismo Chileno, Historia y Perspectivas", entendiéndolo como el momento cronológico de arranque del profundo y trascendente proceso de reflexión crítica y teórica, que derivó a corto andar en fenómeno de convergencia política, entre un amplio y orgánicamente heterogéneo universo de partidos políticos, corrientes, dirigentes, colectivos y núcleos independientes, que se reclamaban componentes o se reconocían en la vertiente socialista del movimiento popular chileno.

Creemos que ese año y esa iniciativa marcan un punto de inflexión para el área socialista chilena, entre un proceso crítico esencialmente centrífugo y de dispersión que se vivía desde el golpe de 1973, para dar paso a otro de sentido diverso que a nuestro entender conoce tres fases de desarrollo tanto en el interior de Chile como en el exilio.

La primera de reflexión teórica profunda acerca del pasado reciente, presente y futuro de la izquierda chilena y particularmente del socialismo dentro de ella.

La convicción de que un proyecto de cambio de aspiraciones sólidamente estratégicas no puede soslayar ante el pueblo y la sociedad una respuesta absolutamente cristalina alrededor del problema teórico y práctico de articulación de socialismo y democracia; la noción de autonomía para el análisis de la realidad nacional;! el horizonte latinoamericano como entorno prioritario de nuestra política internacional; la fuerte adhesión a los postulados del no alineamiento y los principios de autodeterminación y no injerencia; el rechazo de la política de la sociedad civil y las organizaciones de masas, la apreciación de la necesidad de una renovación profunda del movimiento popular y la izquierda chilena, constituyen parte del amplio núcleo de coincidencias que dan paso a la segunda fase del proceso, consistente en un claro fenómeno de convergencia política que se verifica tanto en el interior como en el exilio entre numerosos actores del área socialista que exploran incipientemente formas de encuentro orgánico. Ello abre paso al fenómeno de la "convergencia socialista".

La tercera fase la entendemos como aquella consistente en un esfuerzo explícito de los diversos componentes que expresaba la, convergencia socialista, en traducir lo que hasta entonces había sido un fenómeno de reflexión ideológico política que arrojaba un saldo de significativas coincidencias, en un

proceso material de configuración orgánica de un actor político o de una fuerza política de los socialistas chilenos, capaz de intervenir influyentemente en la lucha por la democracia y los cambios y capaz de reciclar una presencia central del socialismo chileno en una nueva etapa de la historia del país.

Hoy en 1986, constituye sin embargo un hecho inocultable que el desarrollo del proceso de renovación socialista descrito está encontrando significativas dificultades a la hora de enfrentar la tarea de agrupar en una sola fuerza política (no necesariamente un solo partido), con capacidad de intervención unívoca en la política nacional al denso espectro social y político que desde 1979 vino reconociendo filas en este proyecto.

No es ocasión de pasar revista al itinerario de dificultades que está encontrando en su desarrollo el proceso de renovación socialista. Sin embargo, constituye una constatación central que está en la base de la realización e invitación al Seminario, la de que el fenómeno de convergencia política de aspiración renovadora y vocación protagónica que ha venido empeñando a las vertientes, laica, cristiana y marxista del socialismo chileno desde 1979, expresa inequívocos signos de declinación.

Ello compromete la proyección futura de una corriente central en la lucha del movimiento popular por más de medio siglo y por otra parte ha continuado desde nuestro punto de vista, impactando negativamente la viabilidad de una razonable concertación opositora hasta hoy postergada en la lucha por la recuperación democrática en Chile. En efecto, la declinación de la presencia de una fuerza socialista autónoma ha contribuido, entre otros factores a una polarización de la oposición chilena entre un centro político marcado por el sectarismo ideológico y la impotencia en su rol de articulador de un consenso nacional para restablecer la democracia y una izquierda involucionada y anclada en políticas estrechas y de cuestionable viabilidad en la perspectiva de construir los mencionados indispensables consensos.

La hipótesis de que el momento crítico que vive el proceso de renovación socialista no es más que la consecuencia inevitable de un proyecto sin sustento teórico sólido, o que se levantó en apreciaciones insustanciales de la realidad nacional y del movimiento popular, o que lisa y llanamente, teniendo todo lo anterior carecía de fuerza convocante y atracción para ocupar un espacio ancho del movimiento popular chileno, nos ahorraría terminar de escribir esta invitación.

Sin embargo, vemos las cosas de otra manera y creemos que existen numerosos indicadores que permiten constatar que en el tiempo transcurrido a partir del momento en que la "renovación socialista" pasó del ámbito de la reflexión teórica para internarse en el área política, el proyecto conectó con aspiraciones profundas y tocó la sensibilidad de una ancha franja del mundo trabajador, de la juventud, el estudiantado, los profesionales, las mujeres y en general de amplios sectores de chilenos.

Constituye pues una segunda constatación fundamental que sirve de base a la realización e invitación al Seminario, la de que estamos frente a un proyecto cuya validez se sustenta en su voluntad de rescate de un patrimonio de ideas, sentimientos y valores fuertemente anclados en la memoria histórica del pueblo chileno; en un núcleo de sólidas concepciones ideológico políticas y en la importante respuesta, adhesión y esperanza que ha despertado en breve tiempo en amplios sectores que han venido reconociendo filas en su seno cultural político.

Nos parece por tanto un ejercicio de interés más que puramente académico, abrir paso a una reflexión orientada a examinar las raíces del entrapamiento del proceso de renovación socialista y a pesar revista a las tensiones y discrepancias, examinando también los puntos actuales de convergencia.

Con tal propósito, el Centro de Estudios Valentín Letelier CEVAL, quiere ofrecer un escenario de debate profundo e intercambio de ideas, sobre el camino recorrido, presente y futuro del proyecto de renovación socialista, a una parte fundamental del grupo de dirigentes que lo impulsaron decisivamente en los momentos principales de su génesis y desarrollo y que han vivido también parte de las tensiones y desencuentros que están en la base de la situación actual.

La idea es dar lugar a un debate franco y profundo, de perspectiva elevada, sustraído de divergencias y tensiones que hacen a aspectos coyunturales o contingentes. Por tal motivo y en ese espíritu la invitación la formulamos a título personal.

En consecuencia, sobre la base de las consideraciones señaladas y en el espíritu y con los propósitos enunciados, me es muy grato invitarlo a participar en el Seminario, esperando contar con su valioso concurso.

Fraternalmente.

Víctor Manuel Rebolledo González

Presidente Consejo Directivo CEVAL.

LISTA DE PARTICIPANTES EN EL SEMINARIO MENDOZA

- Jorge Arrate
- Armando Arancibia
- Ricardo Brodsky
- Berta Belmar
- Marcelo Contreras
- Jaime Cataldo
- Roberto Celedón
- Lincoyán Cepeda
- Guillermo del Valle
- Manuel Antonio Garretón
- Rodrigo González
- Pío García
- Oscar Guillermo Garretón
- Jaime Gazmuri
- Eduardo Herrera
- Marisol Lascar
- Josefina Lira
- Tomás Moulian
- Ricardo Núñez
- Gonzalo Martner
- Marcial Mora
- Guillermo Miranda
- Víctor Manuel Rebolledo
- Neda Rivas
- Eduardo Segura
- Moisés Signorelli
- Esteban Silva

¿EN QUE CONSISTIÓ LA RENOVACIÓN SOCIALISTA?

SÍNTESIS Y EVALUACIÓN DE SUS CONTENIDOS

Manuel Antonio Garretón M

El propósito de esta exposición es la introducción del debate posterior a través de una especie de ayuda memoria sobre las principales tesis, contenidos de lo que se ha llamado la Renovación Socialista, es decir, el proceso teórico y práctico de crítica al Socialismo clásico tal como se vivió en Chile hasta 1973 y de reformulación y actualización de su bagaje intelectual y político durante los últimos diez años aproximadamente. Como es un tema sobre el cual todos tienen un punto de vista, y a veces, visiones muy completas y complejas, mi tarea será solamente la de recordar y perfilar los grandes contenidos de la renovación socialista, recurriendo para ello a una clasificación o agrupación de componentes inevitablemente arbitraria, y confrontarlos, a modo de conclusión, con los problemas que han surgido en el curso de este proceso de renovación.

Renovación y unificación socialista

Me parece conveniente partir distinguiendo dos tipos de procesos que tendieron a confundirse, por cuanto se dieron en los mismos tiempos, pero que la realidad mostró que se trataba de dos cosas muy diferentes. El primero es propiamente el de Renovación Socialista, tal como lo hemos definido más arriba. El segundo es el de convergencia o reunificación de las diversas tendencias o fracciones constitutivas del campo socialista. El concepto de refundación socialista buscó abarcar y englobar ambos fenómenos.

En lo que sigue nos referiremos exclusivamente al proceso de renovación socialista y solo en las conclusiones haré alguna alusión al problema de la unificación y construcción de una fuerza política socialista. Sin embargo, vale la pena anotar que la simultaneidad y diferencia de ambos procesos, dio como resultado el que hoy tengamos actores políticos desgarrados entre lo que es su memoria histórica y su nueva inserción, o búsqueda de inserción en una realidad social profundamente transformada. Y ello atraviesa prácticamente todas las vertientes o fuerzas del Socialismo.

La renovación socialista no era una línea política específica ni una estrategia política, sino un cambio ideológico y, más precisamente, cultural, en cuyo interior podían darse muy diversas líneas, o estrategias políticas incluso contradictorias entre sí. Y la fragmentación actual del campo socialista en diversos grupos o partidos expresa en parte el privilegio dado al problema de líneas o estrategias por sobre el del "cambio cultural ideológico o de la renovación. La renovación cruza de algún modo todas las líneas o tendencias políticas. No hay identidad entre las ideas o tesis de la renovación y una de las fuerzas socialistas individualmente considerada. No podría decirse que hay un grupo privilegiado globalmente más renovado que otro. El campo socialista no se distingue internamente en términos de fuerzas renovadas y fuerzas no renovadas, sino en términos de líneas o estrategias políticas distintas.

La renovación socialista no consistía, entonces en cambios en las líneas políticas o las estrategias concretas, sino en un cambio cultural e ideológico.

¿Cuáles eran las dimensiones o componentes de este cambio cultural?

Sin poder evitar la arbitrariedad de cualquier sistematización, indicaremos cuatro dimensiones fundamentales de la renovación socialista. La primera se refiere a la crítica, distancia o ruptura respecto de algunos puntos básicos del modelo político clásico de la izquierda, e incluye tanto una separación

respecto de ciertos elementos de la tradición teórica ideológica, como una reevaluación crítica del pasado de la izquierda y de su experiencia bajo la dictadura militar. Una segunda dimensión o componente es la revalorización de la democracia política en lo que tiene de radicalidad contrastada con lo que puede denominarse la radicalidad socialista. Una tercera dimensión se refiere a las articulaciones en la sociedad internacional y entre política y sociedad civil a nivel nacional. La cuarta dimensión considera la inserción del socialismo en la izquierda y en el conjunto de la política chilena.

La crítica al modelo político tradicional de la izquierda

El proceso de renovación socialista significó un distanciamiento respecto de algunos componentes del modelo político clásico de la izquierda, de su matriz teórico-ideológica. Ello referido a la concepción marxista leninista, a la visión del socialismo y la democracia, a la relación entre nación, clase y partido y a las consecuencias de ello para la propia autopercepción.

Respecto de la tradición marxista leninista, la renovación socialista acepta muchos elementos provenientes de esa cultura, al mismo tiempo que entiende que en la o las fuerzas políticas que expresen la renovación deberá contarse con sectores que se autodefinen de esa manera, que se identifican como marxistas leninistas. Sin embargo, hay un abandono de esta versión como ortodoxia como "la" vertiente teórico-ideológica del Socialismo. Podrá haber elementos y sectores marxistas leninistas que se incluyan en los procesos y tendencias de renovación socialista, pero esta deja de tener al marxismo leninismo como su referente. Su identidad no se encontraba en el marxismo leninismo, sino que junto al abandono de este como su matriz básica o única de reflexión y acción, hay también contradicción con algunos de los elementos específicos de esa tradición. Por un lado, la concepción marxista leninista está constituida para pensar un modelo particular de cambio social cual es la revolución y la revolución consiste en el colapso de un orden social, la toma de poder por un determinado actor, el inicio de un proceso de destrucción del orden antiguo, fundamentalmente en el régimen político, y la construcción de un nuevo orden social que es visto como un largo momento de liberación, como el alba de los tiempos en que "cantan los ruiseñores" al decir de Kundera. Me parece que el marxismo leninismo sirve para pensar y actuar la revolución y no otro tipo de procesos. Y, más allá de la retórica o del alcance metafórico que quiera darse al concepto revolución, lo cierto es que a diferencia de lo que se percibió en la década del 60, no tenemos el problema de la revolución ad- portas, y entonces, para pensar y actuar otro tipo de procesos sociopolíticos, el marxismo leninismo no nos sirve como matriz básica. Por otro lado, la concepción marxista leninista implica pensar y actuar la historia con pretensión científica, en términos de leyes generales de evolución histórica de las cuales las sociedades particulares son ilustraciones. Y aquí también este enfoque científico iluminista, dificulta el reconocimiento completo y complejo de las sociedades concretas. Finalmente, un tercer elemento del marxismo leninismo con el que se establece una distancia es la idea que el actor que encarna estas leyes de la historia que permiten realizar la revolución es una clase social determinada que se expresa o identifica con una vanguardia o partido.

Un segundo distanciamiento de la renovación socialista respecto de la matriz clásica de la teoría y la acción de la izquierda se refiere al tema mismo del socialismo. En el modelo tradicional de la izquierda, primaba una cierta concepción del socialismo que se deduce fundamentalmente también de las leyes históricas y que consiste en la postulación de un modelo (en el sentido fuerte) o sistema de sociedad que se contraponen y supera el de la sociedad capitalista. Hacer el socialismo, entonces, es en la matriz clásica de la izquierda, hacer la experiencia socialista histórica, transitar a un modelo de sociedad, a un tipo de sociedad definida en sus rasgos fundamentales, realizando ciertas cosas que están de algún modo

codificadas. Yo creo que hay aquí una distancia por cuanto este modelo socialista se definía básicamente al nivel de lo que, buena o malamente, se pueda llamar modo de producción.

Porque el socialismo consistía fundamentalmente en la eliminación al nivel económico de las características básicas del capitalismo. De ahí la importancia en los modelos socialistas de las nacionalizaciones o estatizaciones y expropiaciones, las planificaciones centrales, etc. la definición del socialismo partía de las transformaciones económicas, cambios en la propiedad privada y en las relaciones de producción para permitir el posterior desarrollo de las fuerzas productivas. De este modelo histórico clásico de socialismo, al menos de su pureza original, tiende a haber un distanciamiento en la renovación socialista la que busca reformular el concepto mismo de socialismo, como enunciaremos más adelante.

Pero no se trata solo de una crítica al economicismo del concepto o modelo socialista histórico, sino también de su crítica en cuanto modelo único universal aplicable a todas, las experiencias históricas, rescatando así el carácter nacional de un socialismo para cada país, y en cuanto portador de un tipo de régimen político que en vez de superar las limitaciones del sistema democrático ha eliminado sus grandes conquistas. El reconocimiento de los avances democráticos, en términos de igualdad y justicia sociales, que ha logrado el socialismo histórico no impide una crítica radical, en lo que se refiere a su aplicación a nuestros contextos, a su modelo político de identificación entre estado y partido y de subordinación de las libertades públicas. Al mismo tiempo hay también una crítica a este sistema político en cuanto su adscripción irrestricta a uno de los bloques mundiales ha limitado la independencia nacional.

El tercer componente del modelo clásico de la izquierda, respecto del cual también la renovación socialista toma su distancia y produce una cierta ruptura, es la versión instrumental de la democracia. En efecto, en el entendido relativamente ambiguo que el socialismo es portador no solo de un cambio económico, el régimen político y el estado se constituyen como emanación o reflejo de esa transformación económica. El socialismo tendría así un modelo de régimen político, o sea, de mediación entre estado y sociedad, distinto, original. Por lo tanto, la democracia política por razones históricas puede ser aceptada, pero no es un componente esencial del ideal socialista. Una buena ilustración de esta visión es la distinción entre tareas democráticas y tareas socialistas; ello quiere decir que las tareas democráticas son valiosas, positivas e importantes, pero que no son propiamente socialistas. Esta distinción está ligada a esa concepción relativamente instrumental de la democracia, puesto que el fin que se postula puede hacerse con democracia política o con otro instrumento y eso dependerá de las circunstancias históricas, sin que la democracia política tenga una valoración por sí. El distanciamiento de esta visión por parte de la renovación Socialista abre paso a un nuevo campo de desarrollo teórico, ideológico y práctico como veremos más adelante.

Un cuarto componente que caracterizaba el modelo teórico ideológico y político de la izquierda era una reducción, que se daba sobre todo al nivel práctico, del concepto de nación, país sociedad, a un concepto de clase o, en el mejor de los casos movimiento popular, mediado este, y por lo tanto también reducido en cierto modo, ya sea por el concepto de partido o el concepto de izquierda. Esto tiene como efecto una determinada política de la izquierda que tiene como eje su propia unidad concebida como una finalidad a la que se subordinan otros requerimientos de política nacional. En efecto, hay una desviación hacia la razón de partido (cuando decimos partido no nos referimos solo a uno, sino también a la izquierda concebida como unidad); lo que es bueno para la izquierda es, por definición, bueno para la nación. Y, por lo tanto, el éxito de esta concepción del modelo socialista de la revolución finalmente descansa fundamentalmente en la unidad del actor que lo implementa, es decir, en la unidad de la izquierda. De

modo que el grueso de la política de izquierda se dirige hacia ella misma, se define en términos de sus relaciones internas.

Respecto de estos cuatro componentes, entonces, la tradición marxista leninista, el modelo socialista clásico de sociedad, la visión instrumental de la democracia y la reducción nación-clase-partido que se expresa en un determinado tipo de acción política, la renovación socialista marca una distancia y en algunos casos ruptura, manteniéndose siempre del campo cultural de la izquierda.

La reevaluación del pasado y la experiencia dictatorial

Pero esta primera dimensión de ruptura o distancia con el modelo político tradicional de la izquierda, no se reduce a algunos componentes de matriz teórico-ideológica, sino que se refiere también a su propia experiencia histórica. Hay, aquí, a su vez dos aspectos: la referencia al período de la Unidad Popular y a la experiencia de la dictadura militar.

Se trata aquí del análisis crítico no ya del pensamiento socialista, de las diversas vertientes teóricas o ideológicas; sino de lo que ha sido la práctica histórica de la izquierda en Chile, principalmente en torno a los dos grandes hilos señalados. No pueden entenderse los procesos de renovación socialista sin esos referentes históricos.

Respecto del período de la Unidad Popular, más allá de la valoración positiva de una enorme cantidad de aspectos y elementos de esa experiencia, lo que distingue el análisis autocrítico de la renovación socialista de otras autocríticas, es que supera la obvia y simple versión de una pura derrota. Hubo un proyecto popular de inmensas proyecciones, hubo una derrota (lo que es un puro dato objetivo sin componente autocrítico excepto la debilidad frente al adversario), pero hubo a la vez fracaso. La aceptación e intento de explicación de un fracaso más allá de una derrota frente a un adversario superior en fuerza, obliga a una crítica muy profunda. Insisto, no es en el rescate de los elementos positivos que se comparte con muchos otros sectores, ni en el diagnóstico elemental que hubo derrota, donde reside la especificidad del análisis del período de la Unidad Popular por parte de la renovación socialista sino en la conceptualización y comprensión de un fracaso.

En esta reevaluación del proyecto de la U.P. hay diversos elementos. Uno de ellos refiere al contenido mismo más allá de las medidas democratizadoras y de participación popular, del proyecto y utopía socialista que perseguíamos. ¿De qué socialismo se trataba? ¿Era tan distinto en nuestras mentes y en nuestras prácticas al socialismo histórico real? Y si lo era ¿Por qué la indignación generalizada de la izquierda frente a los discursos de Allende en que hablaba de un segundo camino al socialismo, en democracia y sin dictadura del proletariado? Otro de estos puntos críticos es el problema de las vías al socialismo. Aquí la pregunta básica es ¿por qué las dudas y ambigüedades, salvo muy importantes excepciones, cuando se nos preguntaba por las elecciones en el año 1976? Es decir, una de las características que definen la renovación socialista respecto del proyecto de la U.P. es que no limita su reflexión crítica a la implementación del proyecto, ni al grado de radicalidad o moderación de su aplicación, sino a algunos de sus rasgos constitutivos, al proyecto mismo.

Siempre de modo esquemático, en esta evaluación del pasado hay un elemento muy delicado con el cual será muy difícil ajustar cuentas, por cuanto pertenece al nivel más profundo de los mitos y de los símbolos de identidad, cual es el de la herencia de Allende. Y, sin embargo, en toda evaluación del pasado y su proyección actual está presente este elemento con una carga muy honda de desgarramiento y significación

polivalente. Por supuesto, que la herencia de Allende y el símbolo de Allende no pertenece a la renovación socialista ni a ningún sector particular de la izquierda sino, al conjunto de ella. Pero también es cierto que cada sector o grupo construye, su propio Allende, de las versiones más ortodoxas hasta las más renovadas, hace su propia lectura de él, lo que es propio de los grandes mitos de una nación o de un sector de ella. Para la renovación socialista, Allende expresa las grandes virtudes de la izquierda, combinando la vocación popular con la presencia y el manejo institucional, adelantando más intuitiva y prácticamente que a nivel teórico la vinculación entre socialismo y democracia política, combinando el proyecto nacional con su instrumento, la unidad de la izquierda (elemento este último que constituye el aspecto más crítico de su herencia). No es extraño, entonces, que tanto la renovación como la unificación del campo socialista a quieran hacerse bajo la figura de Allende, reclamando su legado. Por otro lado, en la medida que los procesos de la renovación socialista apuntan a reivindicar un proyecto de nación y a convocar más allá de la izquierda misma, no puede hacerse abstracción del hecho que Allende y la Unidad Popular son también símbolo de contradicción en la sociedad chilena, expresión de una época que marcó una profunda división entre los chilenos y cuyas heridas no está claro que hayan cicatrizado. La izquierda y la renovación socialista dentro de ella no pueden dejar de referir su identidad a Allende y la Unidad Popular. Pero es una identidad contradictoria, hecha de afirmación y de despliegue positivo del mito, donde hay que estar consciente de esta contradicción para no quitarle a la convocatoria socialista su proyección nacional.

La experiencia de la dictadura enfrentó al socialismo y a la izquierda chilena con una realidad que no podía sino incidir en la reformulación de su proyecto teórico ideológico y político. En efecto la naturaleza del golpe militar y de la dictadura mostró que en estos países con clases medias diversificadas y ejércitos modernos la alternativa real no era socialismo o fascismo, sino dictadura militar o democracia política en el que una mayoría sociopolítica va realizando transformaciones con sentido socialista. Lo que reveló el golpe militar fue que el fracaso de la Unidad Popular consistió en su incapacidad de constituir una mayoría social y política que resistiera la reacción de las fuerzas conservadoras contra su proyecto transformador. Paradojalmente se mostraba que sólo se puede realizar un profundo proyecto transformador si se cuenta con mayoría para ello y que esa mayoría solo puede constituirse en un marco político e institucional de tipo democrático. Dicho de otra manera, la alternativa real a la democracia política, "formal o burguesa", no era el socialismo sino la dictadura o régimen militar. Por lo tanto, si socialismo habrá en estos países tendrá que ser en democracia política. Pero la experiencia de la dictadura puso en el tapete el tema de la condición humana universal e histórica más allá de sus dimensiones clasistas. El tema de los derechos humanos, como variaciones históricas y culturales del derecho a la vida, replantea la naturaleza de un proyecto de clase en términos de una vocación nacional. El lenguaje y la práctica de los derechos humanos llevan a reconocerlos como algo que trasciende la naturaleza de clase y es válido para todos, lo que cambia la connotación de enemigo y obliga a promover una institucionalidad en que ellos se respeten y desarrollen. Pero la experiencia dictatorial muestra no solo la importancia y el carácter irrenunciable de las libertades públicas y de un tipo de institucionalidad que las garantice y promueva, sino también lleva a la valorización de las formas autónomas de afirmación y de lucha como sujetos por parte de los diversos sectores sociales. La acción colectiva simbólica, expresiva, defensiva, reivindicativa, participativa, de enfrentamiento y autoafirmación, la creación de espacios de dignidad y la búsqueda de autogobierno, son todas dimensiones de un proyecto que no descansa en la pura dependencia del sistema político y que redefine el sentido mismo de la acción política.

Así, tanto la revisión del pasado como la experiencia del régimen militar, como la reflexión crítica de los socialismos históricos, llevan a un distanciamiento y redefinición del modelo tradicional de la acción

política de la izquierda, lo que incluye un alejamiento del marxismo leninismo, una redefinición del socialismo una revaloración de la democracia política y un replanteamiento de las relaciones entre partido y sociedad. Este distanciamiento o ruptura constituye la primera dimensión o eje de la renovación socialista.

Tres observaciones son necesarias para finalizar este análisis. La primera es que la ruptura o distanciamiento de un modelo y matriz teórico político tradicional, no significa abandono de la izquierda ni de su cultura, sino una mutación o giro manteniendo la identidad y afiliación a ella. No hay aquí un desplazamiento hacia el centro y una social democratización, sin que ello signifique ninguna connotación peyorativa. Ya hemos dicho que la renovación socialista apunta a un cambio cultural dentro de la izquierda manteniendo la vocación popular y de transformación y sustitución de la sociedad capitalista y no se refiere al problema de las estrategias y líneas políticas, aunque puede tener diversos efectos, no necesariamente inequívocos sobre ellas. Por ejemplo, yo creo que es un error pensar que la renovación socialista se traduce en sí en una mayor moderación o una mayor radicalización política. Puede llevar a una u otra y lo más probable es que se den ambos efectos. Insisto, la renovación socialista no se identifica con ninguna línea política coyuntural específica. La segunda observación se refiere a que este distanciamiento de un determinado modelo teórico -ideológico hace posible la confluencia de diversas matrices de reflexión o acción políticas, sin que la renovación socialista se identifique con ninguna de ellas en una globalidad. Así, por ejemplo, hay un aporte ético del pensamiento cristiano, una sintonía con ciertas corrientes del marxismo, una absorción de teorías y métodos del pensamiento científico social, etc. Todo ello le da al socialismo renovado una gran riqueza y diversidad teórico-ideológica que se aparta de cualquier ortodoxia, al mismo tiempo que los elementos éticos corresponden a concepciones meta científicas de diversas vertientes culturales. Dicho de otro modo, no hay un horizonte teórico e ideológico limitado y unilateral sino un campo cuyo núcleo se diversifica y enriquece permanentemente con nuevos aportes a partir de grandes inspiraciones y tradiciones abiertas. La tercera observación se refiere a que esta primera dimensión de distanciamiento del modelo teórico político tradicional de la izquierda pareciera enfatizar el elemento crítico-negativo más que la proposición alternativa, por un lado, y los contenidos intelectuales más que los aspectos más referidos al estilo y acción o prácticas políticas, por el otro. Nuestro esfuerzo ha sido precisamente marcar los puntos de ruptura, en los que no se es tradicional. Pero es evidente, como se verá al analizar las otras dimensiones de la renovación socialista, que cada uno de estos elementos crítico negativo involucra, aunque mas no sea germinalmente, una propuesta alternativa que define un contorno positivo del socialismo. Así, por ejemplo, en la crítica a la noción clásica de revolución como toma del poder y ruptura hay la propuesta de un proceso de constitución de mayorías y una redefinición de la noción de poder extensible a todas las esferas de la sociedad y no exclusivamente en la del Estado. En la crítica a la visión cientificista de leyes generales válidas para todas las sociedades, hay el rescate de un método de análisis que privilegia las contradicciones históricas específicas de cada sociedad. En la crítica a la visión instrumental de la democracia política hay una opción por ese régimen como parte del proyecto socialista. En la crítica a los modelos socialistas históricos, hay en germen un concepto de socialismo que rescata el predominio de la sociedad civil y de movimientos sociales autónomos, las formas de autogobierno y autogestión colectiva, la afirmación de la vigencia universal de los derechos humanos, de las libertades públicas, del pluralismo de proyectos sociales, la irreductibilidad de estado, régimen político y sociedad civil. En la crítica a los reduccionismos clasistas, hay la postulación de un proyecto nacional no reducible a ningún mesianismo de clase. En el distanciamiento del modelo partidario clásico, hay la propuesta de un sistema de representación multipartidaria donde no se identifica a priori una clase o una categoría, con un partido y donde se enfatiza una relación no vanguardista entre

partido y masas, lo que lleva a una afirmación de la democracia interna del partido. Y así podría seguirse. Lo mismo puede decirse respecto al estilo y practica políticas. La renovación socialista privilegiará todas aquellas prácticas y formas de organización, que signifiquen autonomía de los sujetos sociales y expresión de autogobierno y libre determinación, constitución de mayorías sociopolíticas para la realización de transformaciones sociales en los ámbitos global y sectoriales, ejercicio del poder local, democratización del estado y de las organizaciones sociales, y políticas, etc. Es obvio que a estas alturas no pueda haber un modelo cristalizado de la práctica y estilo políticos de la renovación socialista, máximo si ella no se identifica como tal con ninguna organización política que puede ser considerada en cuanto tal como referente. Hay entonces, embriones y jirones de prácticas y estilos que pueden detectarse empíricamente en múltiples experiencias de base y tipos de liderazgo, pero no un modelo constituido.

RADICALIDAD SOCIALISTA Y RADICALIDAD DEMOCRÁTICA

Una segunda dimensión de la Renovación Socialista, en parte, ya señalada y relacionada con la anterior, es el descubrimiento de la opción por la democracia política, como el régimen político que se incorpora como elemento constitutivo del proyecto de transformación social, del proyecto socialista. Es posible que todavía las expresiones teóricas y prácticas del socialismo no se hayan aún repuesto de lo que significa este descubrimiento y opción, lo que impide una verdadera coherencia al respecto y la asunción de todas sus consecuencias. Creo conveniente plantear este problema en términos de la conciliación conflictiva entre dos radicalidades que en la reflexión teórica y en la experiencia histórica se han presentado como contradictorias: La radicalidad democrática y la radicalidad socialista. Vale la pena aclarar que estamos usando el concepto democracia en el sentido preciso de régimen político, que es con el cual se presentan las tensiones. Es decir, no hablamos aquí del ideal democrático en sentido genérico ni de la democracia como atributo de toda la sociedad, con los cuales es muy fácil mostrar que hay identidad con el ideal socialista, sino de la democracia como un tipo particular de régimen político caracterizado por la elección de gobernantes por voto universal, estado de derecho, libertades públicas garantizadas, separación de los poderes del estado, alternancia en el poder político, sistema de representación en que gobiernan las mayorías y se respetan las minorías, pluralismo ideológico político, etc. Es decir, se trata de una forma específica de mediación entre estado y sociedad que puede ser válido para algunos contextos históricos y no para otros. Ninguna sociedad puede escapar al problema de cómo se gobierna y que condiciones definen esa forma de gobierno y al problema de la definición de la relación entre la gente y el estado, es decir, el tema de la ciudadanía. Y la democracia política es una respuesta histórica, particular a estas dos cuestiones, así como hay otras respuestas posibles. No hay experiencia histórica de socialismos con democracia política así definida. Las sociedades socialistas poseen otro tipo de régimen político y en las sociedades con regímenes democráticos el paso hacia estructuras sociales definitivamente socialistas ha encontrado obstáculos enormes que terminan por permitir reformas, pero no superación del capitalismo. La radicalidad democrática consiste en que solo se pueden hacer ciertas cosas en política si se cuenta con mayorías para ello y esas mayorías están definidas por ciertas reglas preestablecidas y que en ningún caso pueden afectar los derechos básicos de los miembros de la sociedad. La radicalidad socialista consiste en que hay que eliminar la explotación, es decir, la apropiación del sobre trabajo de los otros por parte de algunos, lo que constituye lo esencial de la relación y la sociedad capitalistas. Y eso no parece que pueda hacerse bajo el régimen de democracia política, como se ha mostrado teórica e históricamente.

Este es el meollo del problema y a esta contradicción o tensión hay que responder sin retóricas ni evasivas. Todo proyecto político o histórico global tiene que hacer una opción explícita por el régimen político o sistema de gobierno y ciudadanía, opción que pasa a formar parte constitutiva y definitiva de tal proyecto.

Ello implica reconocer la autonomía del régimen político en relación al sistema económico social: Son dos opciones diferentes, irreductibles que no se derivan la una de la otra. Si todo proyecto histórico o social global (y ya clarificaremos más adelante algo de esto) tiene que tener un proyecto de régimen político, entonces, el régimen político que la renovación socialista postula para un país como Chile, (pues no en todas partes la opción socialista tendrá un mismo proyecto de régimen político en tanto éste se define históricamente) es el régimen democrático. Pero ello tiene ciertas consecuencias que provienen de lo que llamamos lo radical democrático, y que enfrentan lo radical socialista. ¿Cómo se concilian ambas radicalidades?

Mi impresión es que no hay manera de resolver esta contradicción sin un cambio en el concepto clásico de socialismo. Habría, entonces, que indicar que el socialismo tiene un modelo; (y más adelante criticaré la idea de modelo) una propuesta de organización de la economía y también una propuesta de organización de la sociedad civil y del estado. Pero no tiene un modelo per se de régimen político, sino, este varía de acuerdo a los contextos nacionales. Entonces, para ciertos países e insisto que esto no es necesariamente universal, el socialismo no podría sino aceptar que el régimen político válido y bueno es el régimen democrático. Pero desde ese momento, la democracia política (tal como hemos definido y que algunos llaman democracia burguesa, formal, representativa, liberal, constitucional, etc.) pasa a ser un elemento constitutivo" del proyecto socialista, forma parte de su identidad, irrenunciable tanto como las propuestas económicas y sociales de superación capitalista, es decir, en tan socialista" aunque se comparta con sectores no socialistas como las tareas económicas básicas que se denominan socialistas (expropiaciones, nacionalizaciones, gestión y apropiación colectiva, etc.). Se supera así la distinción falsa entre "tareas socialistas y tareas democráticas". La constitución de la democracia política es una de las tantas tareas socialistas, y en algún momento puede ser la tarea principal, aun cuando nunca un proyecto socialista se agotará en la propuesta de democracia política, como ninguna sociedad se agota o define solo al nivel del régimen político o del puro modelo económico, o del puro modelo cultural o del puro estado. Pero en ese plano, el del régimen político la democracia política, su construcción y ampliación es un valor y principio histórico irrenunciable para ciertas sociedades, si el proyecto de régimen político, en este caso la democracia política, es parte del proyecto socialista, y tan importante como el proyecto de sociedad civil y de estado, y si cada esfera guarda cierta autonomía, es normal que entre ellas haya tensiones, "chantajes" de la democracia política al socialismo; tanto socialismo, cuanto la democracia política lo permita. Y a su vez habrá un "chantaje" del socialismo a la democracia política: si no se crean ciertas condiciones sociales, la democracia política se hará inestable y llegará a su colapso. Pero se trata de contradicciones y chantajes mutuos que se dan no desde fuera sino en el interior de un mismo proyecto socialista y que el socialismo debe ir resolviendo históricamente, enfatizando a veces el régimen político, otras veces el de la transformación económica social, otras veces el de la independencia nacional, pero nunca abandonando ninguno. Ello permite afirmar que en un momento determinado la identidad socialista sea, por ejemplo, la lucha por los Derechos Humanos elementales, en otro momento la lucha por elecciones libres, en otro por la expropiación de los monopolios, etc. No renunciar a ninguno de los componentes propios del proyecto, significa adaptar sus exigencias y requerimientos mutuos a la situación histórica objetiva de la sociedad resolviendo en cada caso cual es la problemática principal que se enfrenta.

Es evidente que aquí se ha operado una redefinición del socialismo clásico, por cuanto tiende a desaparecer la idea de la "toma del poder", en un momento y locus determinado, a la que sucede el desencadenamiento de la transformación del orden social. La existencia de un régimen político democrático, que supone sin duda poder y dominación, es contradictoria con esta idea de toma de poder,

pues el concepto de incertidumbre y reversibilidad es esencial a tal régimen: nadie se toma el poder político de una vez para siempre; si ello ocurriera, no estaríamos en un régimen de democracia política.

Es evidente que esta reformulación plantea un problema a la teoría y práctica histórica del socialismo, del que no es fácil salirse y del que pueden desprenderse algunas consecuencias. La primera es que el eje fundamental, si solo puede avanzar en la transformación social bajo el principio de mayorías políticas, de la acción histórica y social, pasa a ser la política y si se quiere la cultura, la política cultural, la construcción de consensos, la convicción, la enseñanza y aprendizaje lo que supone a su vez las grandes acciones colectivas de movilización, lucha, presión y enfrentamientos políticos. La segunda es que el socialismo ya no puede definirse como un modelo de sociedad caracterizado y establecido de una vez para siempre. No hay, en sentido estricto, "sociedad socialista" porque el socialismo es un principio de transformación social, la superación de alienaciones, opresiones y explotaciones basada en la idea de la emancipación social y autogobierno de gente, con un rol protagónico de trabajadores y dominados, pero no es un esquema de mecanismos concretos, un sistema social predeterminado. En ese sentido el concepto de transición al socialismo, propio de la visión clásica y tradicional de la revolución y donde se hace referencia a un período y un momento precisos, pierde su sentido. No hay transición de una sociedad a otra, hay transformación permanente. No hay modelo socialista, hay proceso socialista, que es siempre reversible y transformable, a diferencia de los modelos de sociedad. La idea de un modelo de sociedad es contradictoria con el principio de régimen democrático que supone disputas competencias, transacciones entre propuestas que correspondan a diversos modelos encarnados por diversos actores en interacción. La definición de socialismo no puede de ser ambigua, por cuanto este consiste en la definición histórica a juicio de la gente, de los diversos componentes de las clases populares, de trabajadores manuales e intelectuales, de cuáles son las contradicciones principales más urgentes de la sociedad capitalista y como superarlos en un determinado momento histórico, en el entendido que no habrá paraíso terrenal ni "nueva" sociedad sin contradicciones. En sentido estricto, no hay proyecto de sociedad socialista ni modelo global concreto definido para siempre, no hay "toma del poder" ni un momento en que se "empieza" a construir el socialismo, pero hay siempre política socialista posible, tarea socialista frente a todo. "No hay Sociedad Socialista" instalada, hay transformación socialista y gobierno socialista posible en un régimen de democracia política. El principio de superación de la sociedad capitalista hace que no se pueda confundir la renovación socialista con ninguna variante laica o cristiana de la social democracia. El principio de afirmación del régimen político democrático aleja a la renovación socialista de las variantes clásicas del marxismo-leninismo, aunque puedan encontrarse en forma individual elementos de uno u otro.

Inserción Internacional, Movimientos Sociales, Partidos Políticos

La tercera dimensión de la renovación socialista se refiere a un conjunto de articulaciones e inserciones en la sociedad, a saber, la inserción internacional, la misión de la sociedad civil y la concepción del partido político.

En relación a la inserción internacional del socialismo, si se afirma como proyecto básico un proceso nunca terminado de eliminación y superación de las contradicciones de la sociedad capitalista (alienaciones, opresiones, explotaciones), se está afirmando una no alineación en términos de bloques que representan modelos establecidos de sociedad y, en cambio, una alineación en función de políticas histórico-concretas. El socialismo no es así una tendencia inevitable e irreversible científicamente probada a nivel mundial de superación del capitalismo, sino una idea o proyecto de proceso, de nación, de construcción de nación.

¿Qué es socialismo? No un modelo universal de sociedad ya edificado en algunos casos históricos, sino una oportunidad, una posibilidad para la nación. Y en el caso de América Latina y de Chile, la nación tiene un doble componente histórico cultural que lo aleja de una identificación absoluta con algunos de los bloques. Somos, nos guste o no, occidentales, quizás parcial o malamente como copia retardada, pero lo somos. Pero somos también dependientes, tercer mundo. La combinación de ambos componentes define nuestra especificidad. Somos a la vez Kundera y García Márquez, Macondo y postmodernismo, adobe y computadora. Ambos elementos son cruciales. Porque el socialismo afirma una nación atravesada por esta contradicción. Pertenecemos al mundo occidental con lo que ello significa de tradición cristiana, socialismo e individualismo e individuación y a la vez al tercer mundo donde importan las categorías, las clases, la afirmación de sujetos colectivos. No nos podemos identificar con el bloque capitalista occidental, ni con el bloque socialista ni tampoco con el del tercer mundo en cuanto tales, aunque las políticas concretas nos acerquen más a uno que a otro, especialmente _ al último. La Renovación Socialista es, entonces hija del socialismo occidental y de las luchas de los países subdesarrollados, cerca de la experiencia de Berlinguer y del Partido Comunista Italiano, pero también de los valores que aportaron la Revolución Cubana y nicaragüense. Y todo ello ubicará al socialismo en una posición autónoma de los dos bloques que se disputan la hegemonía mundial.

En relación a la visión de la Sociedad Civil, la renovación socialista se planteó una problemática que muchas veces quedó reducida a consignas ideológicas, al pragmatismo cotidiano y también dio origen a grandes confusiones. Se trata del tema de la autonomía de los movimientos sociales o del reforzamiento de la sociedad civil. A lo que se afirma la básicamente; frente a la alta dependencia del movimiento social respecto del sistema político partidario, era el reconocimiento de la irreductibilidad de tres elementos: el Estado como el lugar de todos y representación de la unidad de la nación, el régimen político como representación de la pluralidad donde actúan principalmente los partidos, y la sociedad civil como el campo de participación de los sujetos y actores colectivos no reductibles al sistema de representación partidaria. Implícita a esta problemática habría una doble percepción: la de la reducción progresiva del Estado en su aparato y poder redistributivo mientras se acrecentaba su poder coercitivo y desaparecía el régimen de representación. Por otro lado, la percepción que surgían en la base social formas de organización, demandas y dinámicas que rompían radicalmente el modelo de imbricación entre liderazgo político y social que caracterizó la acción colectiva o de masas en Chile. Se apostó entonces, a la idea de una sociedad civil emancipada autónoma y crítica del sistema partidario. Pero las cosas mostraron una mayor complejidad en su desarrollo. Si uno examina las encuestas de opinión pública, por un lado, se verá la amplia legitimidad y demanda social del estatismo de un rol activo del Estado en todos los problemas de la vida nacional. Por otro lado, la apuesta a un movimiento social estrictamente autónomo, al menos en el caso estudiantil, pero también en el sindical, se mostró incapaz de enfrentar una realidad donde los liderazgos siguen siendo partidarios, pero de forma más compleja y menos mecánica que en el pasado. La Asamblea de la Civilidad que algunos ingenuamente saludaron como la máxima demostración de madurez del movimiento social frente a las incapacidades de las estructuras político-partidarias, no habría sido posible sin una explícita concertación de éstas, pero ellas a su vez confrontadas consigo mismas no podían resolver sus contradicciones sino era fuera de ellas mismas, en ciertos campos del movimiento social. Se revelaba así la complejidad del problema. Por un lado, no era realista la apuesta a una especie de basismo o de representación de la sociedad civil y que en el caso chileno el momento partidario es insustituible en la construcción de actores sociales: hay momentos más societales y momentos más partidarios por otro lado. Habría una verdad insoslayable en la crítica al tipo de relación entre movimiento social y partido, que se revela también en las encuestas y en las movilizaciones, y, por lo tanto, en la afirmación de la

irreductibilidad de la sociedad civil al sistema partidario o al Estado: hay una demanda social por autonomía, por distancia. Lo más probable, entonces, es que no se asista a la emergencia de una forma totalmente distinta de relación entre política y sociedad civil, con constitución independiente de los movimientos sociales, sino a una forma de combinación cercana a la tensión (y no a la mera interacción entre ambos como en el pasado), entre estos dos elementos. Ello implica que el locus principal de resolución de esta tensión son los partidos mismos por el peso específico que tienen en Chile y en la constitución del movimiento social. Lo que lleva a replantear la concepción clásica del partido.

En efecto, respecto de este punto; el de la visión de los partidos o sobre la relación entre partido y sociedad, la renovación socialista buscaba alejarse de los modelos clásicos en América Latina y en Chile: el partido vanguardia, que todos aspiraban a ser, el partido populista. Se buscaba partidos que asumieran el principio de representación, dejándole a la sociedad el desarrollo del principio de participación. Partido o partidos en que la democracia interna no fuera expresión ni de lo que se denominaba centralismo democrático ni tampoco del fraccionalismo y caudillismo. En estos puntos es donde menos ha habido renovación práctica. Ha habido renuncia a adoptar las necesarias innovaciones institucionales, las fórmulas de organización de comportamiento político cristalizadas institucionalmente que aseguren democracia interna (rotación de cargos, cuotas mínimas para las mujeres, democratización del sistema interno de elecciones, etc., etc.).

EL SOCIALISMO Y LA IZQUIERDA CHILENA

El último componente o dimensión de la renovación, que corre el riesgo de confundirse con un problema de línea política y que me parece fundamental separar a lo que no pertenece a ese nivel, era de la inserción del socialismo chileno en la izquierda y en el conjunto de fuerzas políticas. En la renovación socialista se barajaron en este plano dos grandes tesis o propuestas, aun cuando su formulación concreta fuera objeto de grandes debates. La primera era una respecto de la dualidad y unidad de la izquierda la segunda la del bloque por los cambios. Ambas suponían una determinada visión del sistema partidario. La primera, que a veces se denominó la tesis de las dos izquierdas afirmaba que tanto a nivel sociológico (base social), como a nivel cultural e ideológico, como de espacios políticos, se había producido una bifurcación de la matriz clásica de la izquierda chilena en dos posibilidades organizacionales: una que acogerá el componente clásico marxista leninista de la izquierda y la otra recogerá el componente de la renovación socialista. Se trataba de desarrollar al máximo ambas posibilidades y la autonomía de una respecto de la otra. Ello permitiría plantear el viejo problema de la unidad de la izquierda en forma más madura. Por un lado, este pasaba a ser uno de los problemas a enfrentar en una política de izquierda y no el problema único como hemos indicado al que se subordinaba todo el resto. Por otro lado, la posible unidad de la izquierda tenía como condición el pleno desarrollo de ambas opciones en términos organizacionales, materiales y de presencia social y popular. Solo así la unidad asumiría la diversidad y no sería mera absorción de un polo por otro. Si a esto se le quiere denominar dos líneas de izquierda o dos izquierdas me parece una cuestión secundaria. Lo cierto es que hay que reconocer a la vez la existencia de concepciones y proyectos sociales distintos dentro de lo que se llama el campo de la izquierda y que ambos dos se constituyen y expresan desde ese campo y desde esa tradición, aunque sea en un caso para renovarla. Replantear la constitución de la izquierda en términos de los grandes proyectos que la diferencian y, por lo tanto, reformular el clásico problema de su unidad como el de la interacción entre dos componentes distintos, me parece un avance desde el punto de vista de la política nacional y, en ningún caso, distanciamiento de lo que define el ser de la izquierda en este país. Una de las defensas de las posiciones más clásicas u ortodoxas frente a la renovación socialista es el clasificarla de centro o social

demócrata, sin recordar que precisamente en Chile la matriz clásica marxista leninista dio históricamente tanto para una línea moderada y gradualista (PC) como para líneas más radicales (MIR, PS). De nuevo se confunde aquí una matriz teórico práctico de la política con un problema de líneas históricas.

Esta visión de los dos universos de izquierda necesarios a desarrollar (llámesele o no dos izquierdas) se acompañaba de una manera de pensar el sistema político partidario y su futuro dentro de un régimen democrático. En efecto no se trataba de pensar solo la izquierda, sino el país. Era posible así pensar un esquema político partidario de tipo cuadrangular o de cuatro polos. Por un lado, una derecha capaz de expresar y representar una cierta fuerza social en el juego democrático comprometiéndose con sus reglas y resultados. Por otro lado, un polo de centro que está representado principalmente por esa versión cristiana de tipo social demócrata que es la Democracia Cristiana con algunos otros sectores de centro. En tercer lugar, el polo Socialista y, finalmente, el polo Comunista, uno y otro con agregados que giran en torno a ellos y en cuyos detalles no cabe adentrarse. En la construcción de este esquema de sistema de sistema partidario se enfrentaban dos problemas. El de una derecha democrática que aún no cristaliza orgánicamente y el del campo socialista que permanecía fragmentado y descompuesto. Este último problema puede formularse así: hay una irreductibilidad sociológica, cultural y de espacio político para el mundo socialista. El "hueco" está ahí, y todo el problema consiste si ese hueco se va a llenar fragmentadamente o con una fuerza organizacional única. Ambas posibilidades son válidas y legítimas. Porque puede postularse que en este país hay demasiada densidad social, organizacional e ideológica como para que se produzca unificación de las fuerzas socialistas y que es mejor que permanezca la densidad de ellas expresada en diversas organizaciones o partidos políticos. El único problema que la opción de fragmentación o no unificación del campo socialista presenta es que lo hace muy dependiente del polo de centro o del polo de la izquierda comunista y pierde capacidad de desarrollarse y de ser articulador de un bloque sociopolítico que combine adhesión democrática y voluntad de transformación social. Pareciera ser que, en un proceso de construcción y consolidación democrática, un socialismo fragmentado debilita el proceso general y rigidiza las alianzas y acuerdos necesarios. Ello ha podido apreciarse concretamente en la conformación de los bloques ideológicos políticos Alianza Democrática y Movimiento Democrático Popular donde en ambos casos las expresiones socialistas han sido subsumidas por los componentes fuertes de cada bloque es decir, por los dos partidos más estructurados a nivel nacional (DC y PC) si el PS en la Alianza no tiene la fuerza suficiente para terminar con la política de exclusiones ni el PS en el MDP tiene la fuerza de llevar al PC a las posiciones más conducentes a una transición democrática, ambos quedan a merced ya sea del polo de centro ya de la izquierda comunista. A su vez los sectores socialistas que han intentado mantener su identidad como fuentes de unificación han mostrado su incapacidad para ello y su tendencia a la marginalización; las elecciones estudiantiles son una prueba de esta incapacidad del campo socialista fragmentado a disputar la hegemonía DC o PC.

La idea de una izquierda socialista desarrollada y autónoma respecto de la izquierda comunista y que replantea el problema de la unidad con esta a partir de su propio proyecto, es entonces lo que cabe rescatar al discutir el problema de la unificación del campo socialista. Esta se da en torno a un proyecto teórico ideológico e histórico social distinto al de la izquierda comunista aun cuando pueda haber amplios campos de acuerdo. No cabe entraparse en la discusión retórica sobre las dos izquierdas, ni confundirse con la cuestión de las líneas concretas. La renovación socialista, eje teórico práctico en torno al que cabe construir el campo socialista, no está ni más a la izquierda ni más a la derecha que la matriz marxista leninista. Es sencillamente algo distinto, en otro nivel, que puede dar origen a políticas más moderadas o más radicales sin ninguna definición esencialista a priori en estas materias.

La segunda idea de la renovación socialista respecto de la inserción en la historia política chilena de hoy y del futuro era la del "bloque por los cambios", y sin duda que ella está en estrecha relación con la idea anterior de los dos universos o matrices de izquierda. En efecto, lo que se afirmaba aquí era que si quería pensar el país y su futuro, la demanda política, más que afirmar como un fin en sí la autoridad de los componentes de izquierda era la construcción de una mayoría sociopolítica que combinara' la adhesión democrática con un horizonte de profundas transformaciones sociales en que eso, en términos políticos significaba un bloque histórico que incluyera al centro progresista (expresado parcialmente por la DC) y el conjunto de la izquierda sin exclusiones (izquierda socialista e izquierda comunista). Esta era la gran responsabilidad histórica. Si para ello era una condición la unidad de la izquierda, entonces ella se transformaba en un imperativo; pero como un instrumento para algo de más amplio alcance y en lo cual se subordina. La meta es la construcción de un bloque cultural y socio político que asegure democracia política y cambio social y en términos de esta meta hay que juzgar los instrumentos que se utilicen. Es un hecho que esto dio origen en el campo socialista a visiones mecánicas o inmediatistas que se expresaron en alianzas con el centro político apresuradas y sin ejercer todo el poder de presión para ampliarlas al resto de la izquierda, o en la insistencia en recrear urgentemente un frente de izquierda. En ambos casos no prevaleció la tesis fuerte y de largo plazo del bloque por los cambios no significa renunciar en el futuro a la idea de la posibilidad de un gobierno de izquierda, sino reconocer que ello deberá darse en el seno de un acuerdo histórico de más largo alcance que permite diferentes coaliciones gubernamentales, entre ellas, una de izquierda que puede ser la más adecuada en un determinado momento. Lo que sí implica esta propuesta es que se abandona la pretensión que la construcción democrática y la transformación social serán responsabilidad y tarea exclusiva y excluyente del actor de izquierda unida.

CONCLUSIÓN: UN BALANCE

Voy a concluir con algunas observaciones en un intento por conceptualizar los problemas presentados en el desarrollo de las propuestas Socialistas.

Primera observación. ¿En qué consiste o consistió la Renovación Socialista? En el fondo en la práctica consistió en un nuevo lenguaje y en una nueva relación política, una nueva manera de ver las relaciones políticas con otros sectores sociales y políticos del país. El fenómeno de reunificación socialista frustrado hasta ahora a medio camino, los procesos de renovación y los dos componentes señalados quedaron bifurcados. En todos lados del campo socialista quedaron cosas nuevas y cosas viejas. Y lo que predominó fue la discrepancia por líneas políticas. La cultura de la Renovación no llevo hacer precisamente eso, no llevo hacer cultura.

Segunda observación. Una de las características de la izquierda chilena y del Socialismo históricamente fue la captación conjunta de los dos componentes de la política: El elemento institucional, cupular, instrumental, como quiera llamárselo y el elemento simbólico expresivo, popular, épico. Allende fue siempre una gran síntesis de ambos: La "Muñeca" que significa negociación, política. Senado, acuerdos, y el Allende da la presencia popular, el discurso de la revolución con vino tinto y empanadas. Pero también mucho otros actores políticos combinaron eficazmente este doble componente de la acción política, aunque fuera con signos muy diferentes: es el caso de la revolución en libertad de Frei con un proyecto de modernización y una movilización juvenil y también popular que se auto perseguía en términos de liberación (paradojalmente, Pinochet también, desde un ángulo y perspectivas totalmente diferentes, combina un uso del poder instrumental, con la exaltación de los elementos simbólicos como la cruzada antimarxista de salvación occidental). Lo que quiero indicar como hipótesis es que el drama de la política

chilena y, en especial, de la izquierda actual es que los dos componentes se bifurcaron orgánicamente y unos quedaron a cargo de la institucionalidad, la instrumentación, lo cupular, y otros a cargos de la ética y la épica, las huelgas de hambre, la teología de la liberación, etc.

En otras palabras, la dimensión "movimientos" se desprendió de la dimensión "partido" y quedaron uno y otro por su lado; es decir, movimientos y partidos a medias. Movimientos con dificultades de representarse y globalizar. Partidos muy inteligentes con dificultad de convocatoria en un medio donde no están dadas las condiciones propias de la convocatoria de partidos democráticos como son las elecciones. Y este desgarramiento se produce de alguna manera cuando confrontamos la radicalización no ideológica principalmente, sino visceral, de vastos sectores juveniles populares y poblacionales donde se da todos los aspectos movimientos, defensa comunitaria, simbólico expresivo ("no negociamos con torturadores") huelga de hambre o injurias, con el conservatismo y moderación de amplios sectores nacionales también populares (vale la pena revisar las encuestas a este respecto), el desgaste de la movilización. Entonces, será una enorme dificultad del actor socialista, o de los actores socialistas, de juntar ambos elementos, y la bifurcación que expresa esta separación entre lo instrumental, institucional, lo cupular y lo popular, la épica, la ética, la movilización. Y esta separación se produce organizacionalmente con lo que la fragmentación se consolida. La renovación queda nuevamente desgarrada y a medio camino.

Tercera observación. El predominio del debate y de los problemas de línea política, paradójicamente, más que en propuesta coherentes de líneas o estrategia política se transformó en discrepancia y disputas por estilos, por esta distancia entre el componente instrumental y componente simbólico expresivo de la acción política. Y este se expresa en el modo como todos los sectores socialistas y la izquierda tratan los temas de la transición y el cambio político. Se mezclan ahí los problemas del pasado, del presente, y del futuro, lo que impide secularizar la política, es decir, plantearse específicamente, terminar con la dictadura y sustituirla por un régimen democrático, en vez de mezclar en ello la resolución de todos los problemas de la vida individual y colectiva. El término de la dictadura de Pinochet no es entonces un fenómeno político concreto acotado por ciertas estrategias específicas y factibles, sino el resumen de todas las utopías es imposible de sentir fórmulas precisas que den cuenta de la realidad y rompan el inmovilismo. En síntesis, las dificultades planteadas se expresan en una misión mítica de la transición política sin las referencias históricas que harían posible una discusión adecuada sobre las líneas o estrategias políticas a seguir.

Cuarta observación. No puede juzgarse con todo, la renovación socialista con un criterio de corto plazo. A todo proceso cultural e ideológico hay que darle, más de cuatro o cinco años, para evaluarlos cabalmente, ellos duran décadas. Por lo tanto, los problemas señalados no pueden permitir una evaluación socialista como terminada o agotada. Pienso que, por el contrario, recién se inicia, y los problemas que se han indicado son propios de un proceso de gestación más que de maduración, lo que abre un campo riquísimo para el futuro. Insisto, se trata de un cambio cultural en la izquierda que tomaría años en descartar y cristalizar. Su horizonte no es la coyuntura, aun cuando ella pueda eliminarse con su reflexión y su práctica, sino la construcción progresiva de nuevas formas de organización y convivencia social; de ahí su radicalidad, pero también su lenta progresión.

ROBERTO CELEDÓN

Mira, me gustaría formular algunas observaciones con respecto a la intervención de Manuel Antonio que, a pesar del preámbulo de él, yo la encuentro extraordinariamente completa y brillante y quizás exactamente por lo mismo permite aventurar ciertos problemas que él distinguió, pero, que inevitablemente estaban presentes en lo que es el proceso de renovación político-ideológica, con lo que es el proceso de construcción, de lo que es la nueva fuerza socialista, porque creo que la conceptualización de Manuel Antonio realmente permite tener un panorama mucho más claro respecto de lo que eventualmente pudo separarnos o no.

En general, creo que los temas que abordó, el ordenamiento que hizo es extraordinariamente completo y amplio.

Pero yo quisiera centrarme en 2 puntos, y mi primera reacción respecto de su intervención: quizás sea esto.

La primera, diría que es algo que quizás esté implícito, no está explícito, que es las fuentes de la Renovación.Cuál es la realidad que interpela a la teoría y la práctica de la izquierda chilena o el Socialismo que obliga a revisar ciertas concepciones del orden teórico y a exigirnos ciertas conductas distintas en la práctica política. Y creo que Manuel Antonio la reduce a una que es la evaluación de la experiencia vivida hasta el año 73; la derrota y fracaso, y creo que le falta lo fundamental, que es la experiencia del autoritarismo.

Yo creo que realmente lo que explica la riqueza de la renovación son los cuestionamientos que nos formula la realidad vivida a partir del autoritarismo, a nuestras concepciones teóricas y políticas como izquierda chilena. Porque creo que de alguna manera la Renovación debería haber comprometido y nosotros deberíamos habernos preocupado de que el universo a quien nos interesaba interpelar con el tema de la Renovación debería haber sido todo el mundo popular, todo el mundo de la izquierda chilena, y no encasillarlo, exclusivamente a las fuerzas socialistas.

Yo creo que efectivamente la práctica que vivimos a partir del año 73 en que los temas de los Derechos Humanos, el tema de la Democracia, el tema de los Cristianos, del rol de la Iglesia, del compromiso de los cristianos que optan por los pobres que tiene cierta aproximación, aunque no es una visión clasista, tiene cierta aproximación, crea cierto grado de convergencia con el mundo popular con las fuerzas marxistas; el concepto de nación a partir incluso de nuestra propia experiencia del exilio, de la significación de la Patria, de la Nación y esta visión que bien criticaba Manuel Antonio de cierta visión reductivista de clase, también el tema de la democracia como demanda, porque la democracia de alguna manera en la crítica anterior del pensamiento de izquierda está asociada, a un concepto predominantemente burgués, la democracia era burguesa y de ahí se fundamentaba cierta lejanía, además de cierta visión clasista, pero, la democracia era cierto aporte a la historia al desarrollo de la humanidad que hacía la burguesía, y los otros, porque entendíamos que la contradicción a partir de la implantación de la dictadura pasaba a ser el elemento central, el restablecimiento de las libertades públicas, el restablecimiento de la democracia, etc. etc.

Pusimos en el orden del día la democracia como régimen político, pero yo agregaría un elemento extra que la democracia que quien traiciona la democracia y quien no tiene hoy día una concepción democrática de la política y del ejercicio del poder político es la derecha, es a quienes nosotros ayer le atribuíamos que era cierto monopolio de ello, de aporte histórico de ello, la democracia como régimen político. Yo creo que es un dato muy importante para el futuro, porque creo que los sectores de la alta burguesía en Chile

no tienen hoy una concepción democrática, no les interesa la democracia por los demás, eso como observación.

Es lo que diría respecto de las fuentes de la renovación en que lo dicho, me parece que es muy importante, porque nos pone en el país real que hemos vivido.

La segunda observación: y ahí yo entiendo y no me siento representado por todo lo que plantea Manuel Antonio, porque creo que nos está pidiendo sacrificio demasiado grande. Esa es mi impresión cuando él aborda y trata de sistematizar el problema democracia y socialismo. Creo sinceramente que termina des apoyando el socialismo de todas sus virtudes históricas, de todo lo que potencial y políticamente debe representar. Porque de alguna manera empieza, haciendo esta distinción muy interesante entre radicalismo democrático y radicalismo socialista, tomando cierta opción por el radicalismo democrático, y trata de ordenar todo su pensamiento político a partir de lo que denomina como radicalismo democrático. Entonces el socialismo, por lo menos de alguna manera deja de ser la utopía, o el modo de entender la política al que nosotros nos aproximamos y de alguna manera traducimos en nuestra práctica política.

Yo creo, que cuando se renuncia a la idea de revolución, o sea, que el Socialismo implica un acto de ruptura con el Sistema Capitalista, cuando se renuncia a cierto proyecto socialista, a cierto modelo socialista, cuando se prioriza exclusivamente lo democrático por sobre lo revolucionario que está dado por una realidad determinada, yo creo que de alguna manera cuando se pierde la perspectiva de toma del poder, de alguna manera los costos políticos, ideológicos, , son a mi juicio y no quiero caer en esquematismos, yo diría cierta social democratización del socialismo, que puede ser adecuado en países como Europa, no lo sé, pero puede' ser adecuado, pero para nuestra realidad con tan profundos abismos políticos muy difíciles de superar. Yo creo como lo plantea el propio Manuel Antonio que hay un basamento común, hay un basamento común en la percepción y el tema democracia y socialismo sin perjuicio de que necesariamente hay que considerar las exigencias políticas, prácticas, históricas que plantea Manuel Antonio, y que ahí hay una tensión que de alguna manera, yo me aproximaría de una manera distinta. Yo creo que en parte en el propio raciocinio de Manuel Antonio de la constatación de que en las actuales sociedades socialistas no hay regímenes políticos, democráticos, es una constatación que todos de alguna manera lo percibimos así y lo valoramos así. Pero de ahí a concluir que hay cierta contradicción esencial entre" socialismo, construcción socialista y construcción de un régimen político democrático en que la hegemonía de los trabajadores se desarrolle de una manera no democrática, sino que autoritaria, creo que ahí está el punto. Un poco nuestra reflexión es cómo en una construcción socialista efectivamente asegurar que la hegemonía de los intereses fundamentales que expresa esa sociedad sea de manera pluralista democrática, con todas las características, porque yo más o menos digamos, me siento absolutamente representado por el concepto de democracia con el cual trabaja Manuel Antonio.

Creo que políticamente crearía abismos muy difíciles de superar, este cierto despojamiento de objetivos políticos de la fuerza socialista, eso quería plantear para empezar a introducirme al debate.

TOMAS MOULIAN:

La verdad es que todavía no se bien si las discrepancias que intuyo con la exposición precedente son de fondo o tienen relación con detalles de la exposición o con malos entendidos lingüísticos. Al principio, cuando recién terminó de hablar Garretón, pensé que tenía algunas discrepancias de fondo, parecidas a otras ya expuestas por algunas personas. A lo mejor algunas de las aparentes contradicciones se diluyen si son fraseadas de otra manera.

Quisiera comenzar diciendo que existe una trayectoria histórica de la renovación. Todavía no ha llegado la hora de escribir una historia de ese proceso. Creo que hay un cambio de énfasis que comienza en algún momento. Hubo un primer discurso de la renovación que representó básicamente un arreglo de cuentas con el pasado y en el cual los elementos de fracaso y de culpabilidad jugaron un papel decisivo. Más adelante viene la crítica a las teorías en uso, que habían predominado en la política de la izquierda y que representaba modos cristalizados de entender el socialismo y la revolución.

El cambio de énfasis está marcado por la crítica al estatalismo, a la política cupular, que se orientaba básicamente hacia el poder institucionalizado y concretizado en aparatos. Esta segunda dimensión terminó siendo muy importante, porque ella imprimió un sello a la práctica política de algunos partidos del arco socialista. Hasta aquí dejo esta primera observación que tiene que ver con una historia que alguna vez tendremos que escribir para descubrir con que cambios de la situación política estuvo vinculada, con que experiencias colectivas tuvo relación.

En verdad hoy día el término renovación me incomoda, lo que quiere decir que haya adjurado de lo que yo mismo escribí. Quizás me pasa eso porque estoy muy dedicado a la historia política y pienso que hay que reivindicar la tradición histórica de la izquierda chilena. La palabra hay que conservarla porque se ha impuesto, pero tomando en cuenta que el "nuevo discurso" de la izquierda debe ponerse como tarea recuperar lo tradicional, la constante vocación democrática. Nuestra experiencia fueron los partidos de la década del sesenta y no conocimos la izquierda previa, sin cuya existencia se puede decir que no hubiese habido democracia en Chile. No se trata de hacerse ilusiones sobre lo que fueron esos partidos para construir un cómodo espantapájaros, la izquierda radicalizada, especialmente el Partido Socialista radicalizado, y poder destruirlo con toda comodidad.

La izquierda de aquella época tenía, por el lado de los socialistas, una concepción más amplia del marxismo. El Partido Comunista podía tener una teoría muy inadecuada (la versión estalinista del leninismo) pero poseía una gran flexibilidad política y una sólida concepción de la política en ese partido entre una teoría esquemática y una política flexible es muy ilustrativa de las características del sistema político, especialmente de lo que fue la izquierda. En suma, esa izquierda fue, con dimes y diretes, aliancista, una parte de ella era anti ortodoxa y tenía una concepción latinoamericanista. Fue una izquierda que funcionaba bien dentro del sistema de partidos. Cuando entre 1932 y 1938, con el segundo gobierno de Alessandri, tiene lugar una especie de restauración conservadora, no desprovisto de componentes represivos y con aspectos de "autoritarismo legal", la izquierda de la época fue capaz de captar las profundas transformaciones del campo de fuerzas, que habían tenido lugar en el período de crisis. El núcleo de esa transformación era la existencia de un partido intermedio poderoso como el Partido Radical que estaba en posición de ser "seducido" por políticas progresistas o reaccionarias. Existió una izquierda que fue capaz de realizar esa operación, encontrándose con una fuerza intermedia que evolucionaba hacia la izquierda, en buena medida porque sus partidos fueron capaces de proporcionarle oportunidades políticas.

En la década del sesenta la evolución se produce en sentido contrario, en parte (efectivamente) como consecuencia de las debilidades de la política de cambios y reformas de los años cuarenta. En todo caso en esa fase originaria de nuestra democracia contemporánea hay muchos aspectos que la izquierda de los sesenta olvidó y que la actual debería repensar, tomar en cuenta como parte de nuestra experiencia colectiva, en vez de negarlo como el "nefasto ciclo reformista".

En la recuperación de la tradición histórica de la izquierda, tan maltratada -por ejemplo- por los historiadores socialistas, es necesario estudiar la trayectoria de Allende. Este representó, en el contexto ideológico de la década de los sesenta, lo mejor de la izquierda que, difícilmente, se había ido construyendo. Tuvo el coraje político de ser quien recomendaba la flexibilidad y la política de alianzas amplias dentro de un Partido Socialista cada vez más dogmático. Fue capaz de hacer política parlamentaria y electoral sin perder de vista la sensibilidad socialista, por tanto, manteniendo una postura tercermundista y antimperialista, apreciando las luchas de liberación que tenían lugar en el continente latinoamericano, pero sin convertir ninguna experiencia particular en un dogma.

Allende creyó en el socialismo como antiimperialismo y, básicamente, como superación de la democracia. Por ello fue capaz de plantear la política de la Unidad Popular y, en el interior de esa política, con todas las debilidades propias del proceso de sectarización que se vivía, impulsó una línea de apertura hacia los partidos de centro. Si, Allende encarna lo mejor de la tradición política de la izquierda.

La causa de nuestro fracaso fue que la "vía chilena al socialismo" no se aplicó realmente. Hubiese requerido formas de alianza política muy diferentes, la aplicación irrestricta de la política que Allende y el Partido Comunista planteaban.

La llamada renovación enfatiza demasiado los aspectos de cambio del discurso, dejando de lado los aspectos de continuidad. No se toma en cuenta que en la construcción de identidades políticas juega un papel básico la memoria histórica. La izquierda con tradición democrática no fue "inventada" por los intelectuales después de 1973, como respuesta defensiva al golpe. Existía desde mucho antes, por encima del discurso doctrinario con sus referencias a la "dictadura del proletariado".

Una referencia a lo que dice Garretón sobre el marxismo leninismo de nuestra izquierda. En lo central estoy de acuerdo con él, pero quiero agregar que la política chilena estuvo plagada de contrasentidos y paradojas. El marxismo-leninismo de los comunistas me sigue pareciendo un modo inadecuado de pensar el socialismo futuro, Pero hay que recordar que los comunistas también usaron de ese marxismo-leninismo para pensar las reformas, como una teoría de la revolución que servía para justificar el gradualismo político y, más aun, que utilizaban para formular el camino no violento o la "vía chilena". Hay un aspecto del leninismo de los comunistas chilenos que habría que revalorizar: como método realista del análisis de la política, método basado en un intento de cálculo minucioso de la correlación de fuerzas. La fuerza política de los comunistas en el pasado se basaba en su capacidad de objetivar sus diagnósticos y de forjar su línea política en ellos más, que en los propósitos doctrinarios o en los enfoques teoricistas.

Garretón tiene razón cuando propone la historicidad del socialismo. Pero esa afirmación también merece un comentario. Es verdad, y lo ha sido históricamente, que en 1938 la izquierda tuvo el osado realismo de no plantear ni nacionalizaciones ni socialismo. Se propuso empujar la industrialización y la democratización, desencadenando un fecundo proceso de cambio y modernización de la sociedad chilena, limitada pero eficaz y, sobre todo, duradero. Pese a que en otra parte hemos dicho que pusieron más énfasis en la estabilidad o institucionalización política que en los cambios, nadie puede decir que ese no fue un modo de ser socialistas, adecuado para la época, que realizaba los intereses populares y también viabilizaba el desarrollo general de la sociedad chilena.

Todo eso es verdad, pero, en todo caso, somos históricamente diferentes de un partido como la Democracia Cristiana, el cual también tiene componentes populares y propone reformas, defiende la democracia y los derechos humanos. Pertenece a universos culturales diferentes y tenemos otra idea

del futuro, aunque durante períodos enteros podamos ser aliados y realizar una política semejante, con parecida sensibilidad.

Hay un aspecto que no podemos perder de vista si queremos conservar lo que en nuestra sociedad ha sido un componente básico de la identidad socialista: la voluntad de superar el capitalismo, aunque sea solo como norte, como componente utópico.

En la formulación de Garretón hay otro punto dudoso. Él dice "el poder no se toma". Quiere decir que el socialismo no puede plantearse como "asalto del poder" y que no planteamos el socialismo como dictadura, esto es como un régimen despótico que elimina la competencia del poder está socialmente planteado en la sociedad burguesa, puesto que está tomado (en mayor o menor grado, dependiendo de la organización de lo político) por ciertas clases sociales. Es imposible evitar que ellas no pierdan parte de su poder, aunque deseemos evitar la monopolización autoritaria de las oportunidades políticas.

Por último, una observación sobre el tema, hoy día tan manido de la secularización de la política. En verdad el tema está de moda, pero nuestra historia política nunca jamás fue plenamente secularizada. La interferencia en la política de los problemas religiosos contaminó de pasión los conflictos y luchas. Mucho antes que existieran partidos marxistas, que pretendían cambiar la sociedad, ya existía el elemento no secular en la política chilena. No fue introducido por éstos, era previo. La experiencia demuestra, especialmente la de estos años, que es necesario evitar la política que supone que existe una verdad objetiva y que se tiene el derecho de imponerla por cualquier medio. La política se estructura en forma de una religión o, dicho de otro modo, como cruzada.

Pero el pragmatismo no parece ser la respuesta más adecuada. Es un error caer en ese chato realismo con el fin de evitar la política de los ayatolas. Permanece en nuestra cultura política, por lo menos en la de las élites, la necesidad de hacer política con algún referente de futuro.

GUILLERMO DEL VALLE

En primer lugar, yo creo que Tomás se ha referido a algunos aspectos que yo quería agregar a este debate, y es lo siguiente:

El tema de Renovación Socialista, incluso el tema previo a la renovación, el de la unidad o convergencia, que uno puede encontrar en la formulación inicial del "ancho curso del socialismo chileno" que inauguró este proceso hace ya algunos años, tenía una afirmación de diagnóstico, y por tanto de camino, que, a mi juicio, hoy día hay que revisar. Ese diagnóstico era afirmar que el Socialismo estaba, que era más o menos puro, o sea una corriente, muy clara, definida y acotada en relación al resto del mundo cultural de la izquierda en Chile y por tanto la tarea era fácil, el camino era, fundamentalmente, articular aquello.

Yo diría que en las afirmaciones anteriores había una dosis de optimismo alta y una cierta manipulación de la historia en función de afirmar un proyecto político, porque hay que reconocer que, en la realidad política chilena, en la historia del movimiento popular, hay una matriz originaria que podríamos caracterizar de nacional, democrática y popular que marca a la izquierda chilena, que la atraviesa, yo diría, horizontalmente. Yo creo que no son pensables la existencia del P.S. en Chile, con sus peculiaridades en relación al resto de la experiencia con algún signo de similitud en América Latina, y, las cualidades y características del P.C. que en Chile presentó esta gran esquizofrenia entre un pensamiento marxista estaliniano, tradicional, y una práctica política capaz de adelantar en su acción real temas que después, en los setenta, encontramos en el euro-comunismo, si uno no se remonta al origen de la historia del

movimiento popular chileno. Hay huellas de una experiencia original, como que el nacimiento de los dos partidos populares es, esencialmente, un hecho socio político y el pensamiento político de don Luis Emilio Recabarren es el de una izquierda nacional, que indican que hay cierta matriz, ciertos elementos culturales, ciertas relaciones incluso sociales de esa izquierda que le asignan peculiaridades a sus distintas expresiones políticas, en su devenir posterior.

Por eso ni el comunismo ni el socialismo en Chile son, uno la traslación exclusivamente mecánica de la doctrina ideológica cerrada de la III Internacional, aunque indudablemente hay mucha más dependencia en el caso del partido comunista, y el otro, el socialismo, tampoco es la traslación mecánica ni de la II Internacional ni del populismo que navegó con bastantes aguas anchas en el resto de los países latinoamericanos.

Es a partir de estas constataciones que podemos afirmar, también, que en el proceso de desarrollo de las fuerzas políticas de la izquierda chilena se van generando espacios distintos, el del marxismo más ortodoxo ligado al P.C. y el de una búsqueda más nacional, más popular en el caso del socialismo. Reconocer el elemento originario, las especificidades de ambas expresiones y la constitución de vertientes distintas son cuestiones básicas para analizar el mundo social, político y cultural de nuestra izquierda.

Reconocido el espacio socialista, en el marco del mundo cultural más complejo de la izquierda chilena, saltamos del análisis y el diagnóstico a la opción política. La unificación y renovación del socialismo, en una opción de transformación de realidades, porque hemos dicho que sin Socialismo fuerte no hay Bloque por los Cambios y sin dicha mayoría pierden viabilidad las transformaciones anticapitalistas en Chile.

Un segundo comentario que quiero hacer, entrando más directamente al tema de la renovación, es que hay otro factor que la explica, además de los ya relatados. Manuel Antonio destacaba uno, que era la derrota y Celedón agregaba otro, que llevamos casi 13 años de autoritarismo, lo que implica un cambio de realidades y necesarios reacondicionamientos; yo agregaría un factor extra nacional, en definitiva, la crisis más global de la utopía en la cual fácilmente nos inscribíamos y hacíamos política, hasta antes de la década del 70.

Si uno mira la guerra entre Estados Socialistas (Camboya-Vietnam) el proceso polaco, la invasión a Afganistán, en fin, una multiplicidad de hechos en el planeta, son todos elementos que refuerzan, que obligan a la renovación. El problema de la propuesta socialista, del modelo o la utopía a "vender", y que estaba más o menos hecha y reforzada en la década de los 60 por la experiencia cubana en el caso latinoamericano, entra a resquebrajarse y por tanto obliga también a repensar las cosas, a escarbar en esto que hemos llamado la renovación.

Un tercer comentario que quiero hacer se refiere al impacto que tiene en la propuesta de renovación el momento histórico concreto en que surge. La renovación tiene su punto de auge en el proceso político previo a las protestas en Chile. Es el momento en que lo fundamental era un gobierno, una dictadura, a la ofensiva, que aparecía tomando iniciativas en todos los planos de la sociedad, con el tema del nuevo escenario, con las modernizaciones, con un movimiento social absolutamente desarticulado, con la combinación más radical del elemento de fracaso que mencionaba M.A. Garretón con la eficacia dictatorial del elemento autoritario de estos 12 años como lo afirmaba Celedón. Es con una gran sobre valorización de ambos aspectos, y en medio de una gran aridez en el escenario político en donde se instala la renovación como proceso político. La renovación se constituye como un esfuerzo por reponer temas y repensar globalmente todo, con una radicalidad rupturista muy amplia, perdiendo de vista los elementos

de continuidad del sistema político chileno a pesar de la Dictadura, de las mareas más de fondo de la sociedad.

Esto repercute también en que la renovación, si bien responde a la crisis en general de la utopía socialista y del socialismo real a nivel mundial, es débil en la relectura y la reapropiación de la historia nacional. Yo creo, que en general, este proceso en ese escenario político, se ve carente, a excepción de una visión bastante lineal e interesada de la propia evolución del espacio socialista en el plano político, de la historia del Partido Socialista y su diferenciación respecto del Partido Comunista, a excepción de eso, hay, yo diría un raquitismo absoluto en la capacidad de vincular los temas iniciales de la Renovación a lo que es la historia concreta de los sujetos sociales y políticos, sus interrelaciones y sus sentidos comunes en nuestro país.

Creo, finalmente, que a pesar de los límites de este radicalismo rupturista con todos, los paradigmas anteriores, los temas de la renovación, su crítica fundamental, sus intuiciones propositivas principales responden a una necesidad en el movimiento real de las clases populares, yo diría del conjunto de las fuerzas por los cambios, y por eso es que, con excesivo rupturismo y todo, remueve a nuestra izquierda, provoca procesos, pone en marcha caminos nuevos, no solamente a nivel teórico, sino también dina yo en el seno de los partidos y en una multiplicidad de experiencias sociales dispersas y parciales, como eran en esos años.

Un cuarto comentario que haría se refiere al momento en que el esfuerzo renovación se pone el problema del escenario político; creo que la emergencia del nuevo cuadro político del 83 en adelante descoloca a todo el proceso de Renovación que recién comenzaba a constituirse social, política y culturalmente a través de la Convergencia Socialista.

Entonces, es evidente que los temas no alcanzan la maduración suficientemente, quedan a medio camino y se ven crecientemente complicados. La lucha ideológica que en relación a ellos genera el otro segmento de la izquierda, particularmente el Partido Comunista, refuerza esta situación.

La opción de constituirse en factor político de cierta significación nacional (Bloque Socialista) como para enfrenar el cuadro político abierto por las protestas y, por tanto, la apertura de grandes espacios de masas y de recomposición de fuerzas políticas, del 83 en adelante, es un proceso con altos y bajos donde uno puede percibir que esta matriz renovadora, la cual estoy convencido que hay que seguir profundizando, comienzan a revelar algunos problemas, más directamente políticos, de orientación política que anotaría a modo muy sintético.

Primero: hemos propuesto el Bloque por los Cambios, como gran formulación, pero, yo diría que no hemos aterrizado, ni profundizado en ello suficientemente. El Bloque por los Cambios fue mucho más entendido casi como imagen frentista ideal entre el Partido Comunista, el Socialismo y la Democracia Cristiana, cosa que, si uno mira el escenario internacional y la Democracia Cristiana chilena, esa imagen ideal y frentista se hace extremadamente difícil.

Desde el punto de vista de la historia, el Bloque por los Cambios choca cotidianamente con el cuadro político del pasado y con la alta competitividad en las clases populares no entre el trabajador de izquierda o socialista con el trabajador de derecha, sino con el trabajador Demócrata Cristianos.

Lo mismo se da en las poblaciones, en los sectores medios, en la juventud. La pelea y la competitividad con la derecha la hacían los partidos de izquierda en el Estado, a nivel nacional, pero el encuentro cotidiano

de la militancia socialista o comunista se hacía con quien tenía al frente en las clases populares, y tenía fundamentalmente a los Demócratas Cristianos, lo que es desde el punto de vista de la historia y de la cotidianidad del activo de izquierda en este país, una dificultad grande para poder tejer la perspectiva del Bloque por los Cambios. Entonces hay ahí un primer problema, estando absolutamente convencido en lo personal de esa gran perspectiva, de ese Bloque por los Cambios como elemento para poder desarrollar una estrategia democrática y de masas al Socialismo, que no se piensa como un momento de asalto al poder de una minoría consistente, sino que, fundamentalmente como la posibilidad de constituir mayorías protagónicas y constructoras de una nueva hegemonía nacional. Esta definición central de la política de renovación socialista queda en un estado de elaboración tremendamente genérico, se deforma en más de una versión y no logra conectarse y enfrentar los problemas reales que entran el proceso. El Bloque por los Cambios pase a ser fundamentalmente un elemento de propuesta, más bien teórica.

Segundo: el Socialismo logra a través del esfuerzo de Renovación, antes de las protestas, empujan además de propuestas, ciertas iniciativas de reconstitución social.

Moulian hablaba de la reconstrucción del tejido social y hay cierta experiencia, yo diría, fragmentarias y micro sociales donde se da este esfuerzo de aplicar la renovación en el mundo de lo social, a partir de dinámicas reales. Esos esfuerzos de reconstrucción del tejido social y de renovación previo al 83 quedan absolutamente descolocados frente al escenario de las protestas. Resurgen las formas más tradicionales de nucleamiento de los sectores sociales y todo lo que eran las fórmulas organizacionales populares que se ligaban con este proceso de la renovación en el período previo, en general no logran ponerse al día y tienden por tanto a quedar en un rincón de los movimientos sociales, más que aportando en el centro de ellos.

La renovación en el plano de la reconstitución social no tuvo la capacidad de conectar las nuevas formas de organización social, que buscaban multiplicar las distintas diversidades del mundo social, con la ocupación, democratización y proyección de nuevas cualidades y características en las formas tradicionales del movimiento social. Se da más bien cierto alternativismo con ellas.

Entonces, hay un segundo problema que queda ahí planteado y todavía no resolvemos suficientemente. O sea, hay un cierto retraso de la experiencia originaria en el campo social de la Renovación, en relación al escenario de estos últimos dos o tres años.

Tercero: creo que la Renovación, como propuesta cultural, choca cotidianamente con el peso de la cultura marxista de signo tradicional, presente en la izquierda chilena y en sectores del mundo social.

Yo conversaba hacía un tiempo con un compañero que trabajaba en Educación Popular, en poblaciones, y me decía que era impresionante las encuestas que hacían en sectores jóvenes, por tanto, no aquellos que vivieron discutiendo las citas de Lenin o de Trotsky el 71 - 72 o antes, sino aquellos que hacen su experiencia en esta época de dictadura, era impresionante ver allí, como, desde la simplicidad del autoritarismo, hasta todo el problema del llamado apagón cultural, mezclado con el desarrollo lineal de la cultura histórica, generaba en esos sectores jóvenes una ligazón mucho más natural con dos o tres ideas fuerzas elementales que uno encuentra en el "Qué hacer" en el "Manifiesto Comunista", que con un esfuerzo por plantearse críticamente, o sea, hay un peso, hay una reproducción cultural del esquema simple para pensar las cosas, que fue hegemónica en la izquierda chilena, que fue hegemónico culturalmente, no solo políticamente, sino culturalmente, y que nos hace afirmar que por más que uno trate de romper la hegemonía política, sino altera el calado que generó esa hegemonía cultural y que es

muy fuerte, no avanzará. Esta es una cuestión que no hemos asumido suficientemente como socialistas, cotidianamente. Y más que provocar un diálogo con la "otra cultura", en función de transformarla, pensamos que las nuevas generaciones son cancha virgen para sembrar nuevos discursos, nuevas formulaciones, y chocamos con elementos de la realidad del sentido común y de los símbolos.

Cuarto: creo que ha habido un sesgo en la proyección nacional del Socialismo, de sus sectores involucrados en el Bloque, lo que da un contenido al menos parcial a la renovación.

Desde las protestas en adelante, por la aceleración del proceso político se recurrió, casi exclusivamente, para perfilarse en la escena nacional, frente al país, al recurso de ocupar la tarima que ofrece la Dictadura, los medios de comunicación. Eso, siendo necesario, fue en desmedro de la proyección por la vía de masas y de la acción cultural, y lo más grave, se dio con contenidos que subvaloraron la política de lo simbólico y sobrevaloraron la política institucional a que se refería M.A. Garretón.

Muchas veces lo fundamental que aparece frente al país como visibilidad desde el campo del Socialismo es la política institucional y por lo tanto la Renovación, desde el punto de vista de cómo se siente en el país, cuando se siente, porque en política no solamente vale lo que uno quiere hacer, sino que sobre todo lo que se ve de lo que uno realmente hace, eso es lo más importante en política, queda vinculada por la vía de lo institucional a una cierta ligazón estrecha entre renovación, modernización y moderación..

Un penúltimo comentario más general que quiero hacer, ya que me he alargado mucho, es que yo creo que nos encontramos en un momento en donde, como diagnóstico uno podría decir que este proceso de renovación socialista, que busca instalar a través de la unidad del socialismo una fuerza política que sea capaz de expandir esta cosa de la renovación, en el conjunto de la izquierda, el movimiento popular y las mayorías, se encuentra en un momento, yo diría, de cierto reflujo político, y expresado fundamentalmente en islotes de la realidad chilena, islotes sociales, políticos, que cruzan horizontalmente, el cuadro del Socialismo Chileno.

Hay ideas-fuerzas sembradas, hay corrientes horizontales dentro de los partidos, hay experiencias sociales con una gran dispersión y una cierta incapacidad de constituirse en referente social de todo aquello, y el problema al cual estamos enfrentados, desde el punto de vista de Renovación Socialista, es que si en el tiempo político útil que queda hasta la emergencia de un nuevo escenario nacional seremos capaces de que este proceso de renovación socialista y la unidad socialista adquiera la visibilidad suficiente y cierto peso en el país, como para poder concursar en el próximo escenario político, o quedar atrapados en el paréntesis del autoritarismo, como ha pasado en otros países latinoamericanos, porque lo que viene después es la reproducción del viejo cuadro tal cual fue y la renovación quedaría como un recreo del autoritarismo. Yo creo que estamos en un momento, no solamente respecto al tema de Renovación, en donde el tiempo político es de meses, quince o veinte en donde estos procesos, tanto de unidad como de Renovación, o adquiere una cualidad y una densidad suficiente, o quedarán atrapados.

Y para finalizar, creo que en el planteamiento de M.A. Garretón en relación a todo el tema Democracia y Socialismo hay una serie de afirmaciones que son bastante motivadoras al debate y polémicas, pero, el problema central no está dado a mi juicio entre una visión socialista de modelo y de utopía cerrada, hecha, predefinida y no nos preocupamos de lo que viene después del capitalismo, porque lo fundamental es sacarse el capitalismo de encima por lo tanto lo que viene después ya tenemos los libros guardados (como una lógica) versus pragmatismo absoluto. No es la disyuntiva real. Yo creo que el problema es de redefinir el objetivo socialista. Hay un proceso de redefinición del objetivo socialista en curso, y la renovación tiene

que ver con eso y principalmente con eso. Si no tiene que ver con eso la verdad es que pierde mucho sentido. Y esa redefinición del objetivo socialista tiene que ver con política socialista en el conjunto de planos, pero tiene que ver también con la síntesis de esa política socialista; o el socialismo es capaz de redefinir su objetivo, en la perspectiva de instalar una nueva hegemonía, que tiene la elasticidad suficiente para posibilitar alternancia en el gobierno, rivalidad política, pero que es un sistema con ciertos pilares fundamentales que mantienen vigencia y proyección a pesar de esa elasticidad, o, el socialismo, por la vía del pragmatismo, solamente aspira a ser un factor de la alternancia del sistema hegemónico del capitalismo y la burguesía. Y yo creo que esa es la disyuntiva real.

Yo creo que el objetivo de la renovación socialista es fundamentalmente el de re dotar de contenidos a una propuesta que nos permita, precisamente, trabajar por una nueva hegemonía en la sociedad y el Estado.

RICARDO BRODSKY

Quisiera, en primer lugar, agradecer a Víctor y al CEVAL la invitación que me hicieron para participar en este Seminario que, dicho sea de paso, considero una muy buena y necesaria iniciativa. Es de esperar que de ella surjan nuevos pasos que den nuevos impulsos al proyecto que nos ha reunido por varios años y que, a pesar de su situación de deterioro actual, nos sigue congregando.

Yo quisiera, en estos pocos minutos plantear básicamente algunas reacciones que me surgieron de la excelente exposición de Manuel Antonio, buscando concentrarme en aquellos aspectos que dicen relación con lo que estamos discutiendo en este minuto del seminario: el balance de las tesis de la renovación y su confrontación con la realidad.

Sin duda lo que considero más llamativo de la exposición de Garretón es su propuesta de conjugar los términos Democracia y Socialismo, dándole una mayor prioridad, si así puede decirse, a la democracia, por sobre el socialismo; es decir, incorporando como un elemento más definitorio de nuestra utopía la aspiración por un régimen político democrático que la aspiración por la justicia social, la igualdad y otras que han sido desde hace mucho los rasgos característicos del socialismo. Creo estar de acuerdo con Celedón cuando afirma que esa podría ser la idea central de la exposición que escuchamos, pero también creo que esa es justamente la idea más atractiva de discutir porque si hay algo cierto en todo lo que se ha dicho es que la conjugación práctica de la aspiración socialista con la aspiración democrática no es siempre fácil. El problema que veo en la afirmación de Garretón -y creo que de alguna manera es lo que ya dijo Moulian- es que hay una visión quizás un poco ingenua del poder. Si algo aprendimos de la Unidad Popular es que, para transformar la sociedad, o para hacer cambios reales que afectan intereses concretos, no sólo se necesita una mayoría capaz de conquistar el Gobierno por medio de los votos, sino también se necesita disputar el control de otras instancias a las que desgraciadamente no se accede por medio del sufragio universal: me refiero obviamente a la dirección de las FF. AA, al Poder Judicial, a la lucha cultural. Es decir, una política socialista no puede conformarse con simplemente tener derecho a participar en la contienda electoral, está obligada a buscar construir su hegemonía en todos los planos, si quiere sobrevivir y si quiere salvar la democracia, porque, evidentemente, si bien entre democracia y socialismo, hay tensiones, nuestra experiencia nos dice que, entre democracia y capitalismo, las hay aún mayores.

Una segunda cuestión a la que quisiera referirme brevemente es a la afirmación de Garretón en el sentido que se puede distinguir entre lo que podríamos llamar una cultura de izquierda renovada y las políticas que cada uno de los sectores que participan de esa cultura promueven o adoptan. Estoy de acuerdo con

esa idea y me parece muy útil para explicarnos el término del Bloque Socialista. A mi modo de ver, mientras más lejos está el Bloque Socialista más nos damos cuenta de lo importante que era, a pesar de que no hemos superado ninguna de las diferencias políticas que nos llevaron a "superarlo". Quiero decir, aunque sea para que quede como testimonio, que fue un gran error terminar con el BS. Con ello, lo único que se demostró es que no estamos preparados para construir una gran fuerza socialista, la que necesariamente va a tener en su seno no sólo distintas opciones políticas, sino que debería estar conformada por diversas vertientes culturales del socialismo. La intransigencia de los partidos que conformaron el BS, su incapacidad para poner por encima de diferencias tácticas el gran acervo político y cultural que representan las tesis de la renovación y refundación del socialismo, son errores que estamos pagando y vamos a seguir pagando muy caros.

Para terminar, quisiera referirme a una imagen que usó Garretón para ilustrar lo que él llama la bifurcación entre lo instrumental-institucional con lo simbólico, con la dimensión ética y mítica que siempre ha tenido y probablemente tendrá la política de izquierda en Chile. Soy un convencido que sin mito no hay política eficaz en la izquierda. Eso tenemos que reconocerlo. La pura racionalidad no funda adhesiones suficientemente enfáticas y definitivas, menos aun cuando el escepticismo y la falta de credibilidad se han convertido en una las notas características de nuestro tiempo. No es casual que Garretón nos haya traído a colación a Kundera, ese genial escritor checo, predicador de la desesperanza y el escepticismo. Kundera no cree en el "horizonte luminoso de la humanidad", en la Larga Marcha hacia la felicidad y un mundo mejor, y yo creo que muchos socialistas de mi generación sospechan que algo de verdad hay en esas dudas. No por eso dejamos de ser socialistas, pero tenemos que reconocer que nuestra relación con los mitos es bastante conflictiva, porque, entre otras cosas, el mito no acepta dudas. En fin, aquí hay un problema que no vamos a poder resolver en este seminario. Gracias.

MARCIAL MORA

Quisiera señalar que los chilenos adolecemos de dos defectos gravísimos; sobre todo los políticos, que somos poco prácticos y realistas.

El tema que se ha comentado hoy día ha sido el de la confrontación de las tesis de la renovación socialista con la realidad nacional.

Manuel Antonio Garretón en su intervención, resumió correctamente lo que han sido y son estas tesis y su puesta en práctica en el país, que pueden o no gustarnos o valorar nosotros otras de ellas, pero él las planteó claramente insertas en un proyecto político cierto. Porque lo que Chile necesita es que las tesis de la renovación socialista capten la realidad del momento.

El socialismo se inició y fue popular por que captó la realidad política chilena; de otro modo no habría llegado nunca al poder. Y llegó prácticamente primero a través del Partido Radical, que fue en Chile el primer partido socialista, anticapitalista. Los chilenos no recuerdan esas tesis socialistas del radicalismo y entonces, el socialismo que mantiene sus tesis antiimperialista, anticapitalista, popular, nacionalista y con estudios del marxismo está asumido desde el comienzo, de acuerdo con la realidad política chilena. El pueblo así lo comprendió haciendo suyos estos conceptos y dándole su apoyo a través de las elecciones que siempre tuvo el socialismo, a través de las elecciones que siempre tuvo el socialismo, a través de votaciones. Y se lo terminó dando en el último gobierno constitucional, el Gobierno de Salvador Allende.

La tesis de la renovación surgió en Chile del fracaso o de la poca práctica realista que se tuvo en el Gobierno de Allende, ya que se trataron de crear 500 proyectos, avanzar mil años en tres años y entonces ese fracaso trajo las tesis de la renovación.

Tratar de comprender por qué se había fracasado, que es lo que había que captar en la nueva historia del pueblo y en estos 12 años de dictadura. Y claramente se captaron cosas muy buenas. Se incorporaron al socialismo las vertientes cristianas. Se incorporaron independientes. Se captó a una enorme masa de mujeres.

Las mujeres han jugado en la renovación socialista un papel importantísimo que todos hemos comprendido.

Y se plantea también la tesis de la democracia, que sin esta no puede haber renovación socialista. Pueden a lo mejor haber políticas socialistas, puede haber proyectos socialistas, pero dejando de lado el planteamiento del violentismo y de la revolución.

Si la revolución está dentro del socialismo. Somos revolucionarios porque somos anticapitalistas, antiimperialistas y queremos llevar a la práctica nuestra doctrina a través del gobierno.

Por estas cosas es que las apreciaciones dadas por Garretón son prácticas, van hacia un planteamiento posible dentro de la realidad chilena y no nos enredamos en una serie de teorías.

Cuando se dice que el socialismo no tiene ideales, nosotros decimos que sí. El socialismo tiene ideales y los mantiene. Lo que sucede es que algunos tratan de buscarle más ideales, en circunstancias que los tiene a todos contemplados en su doctrina. ¿Qué ideal más bello es tratar de lograr la igualdad social y remover las prácticas capitalistas totalmente?

Lo que sucede es que cuando el socialismo llega al poder, debe mantener seriedad en el ejercicio del poder. Ver lo que se puede hacer y lo que no se puede, lo que se puede lograr durante el período en que se gobierna y, además, tener una línea inamovible, esto es, no ceder ante los halagos justamente de otros planteamientos políticos. Porque muchas veces sucede que la inmensa mayoría de los dirigentes socialistas son pequeños burgueses, que les gusta hablar de revolución, pero cuando llega el momento de aplicarla, se acuerdan de defender algunos intereses ajenos, y son conquistados con pequeñas granjerías por elementos políticos de otras tiendas.

La renovación socialista no ha tenido otra gracia que la de crear una élite pensante, con criterios teóricos y políticos serios, responsables. Y esto es indispensable para el futuro de Chile.

Los socialistas tenemos que tener claramente un concepto mental de lo que es ser socialista. Es mucho más importante que la teoría pura. Debemos ser socialistas prácticos, para realizar proyectos que la masa nacional desea que se realicen.

La renovación socialista ha dado un gran paso adelante en cosas prácticas. Ha incorporado una serie de nuevos elementos al socialismo chileno. A una nueva élite dirigente. Le ha dado nueva importancia al elemento cristiano, al elemento laico, a las mujeres y ha aclarado muchas de las teorías utópicas de quehacer político, poniéndolas en la realidad.

Quiero ser breve y por eso termino aquí. De otra manera, no vamos a alcanzar a tratar los otros temas del Seminario que nos quedan pendientes.

Gracias.

MANUEL ANTONIO GARRETÓN

Voy a referirme solo a algunos puntos de la discusión. En primer lugar, tengo la impresión de que el único problema serio de la "renovación" es el problema que insinué y planteaban muy bien varias personas; no hay una fuerza que expresé orgánicamente el tema de la "renovación". Pero mi impresión es que los contenidos, los temas de la "renovación" están presentes en prácticamente todas las fuerzas políticas de la izquierda y no solo de la izquierda. El problema que ha habido es la falta de materialización orgánica que tiene que ver con temas como los que indiqué y donde podríamos ser muy duros respecto a la clase política. Mi impresión es que el gran problema es ése y en ese sentido, yo creo que es un error hablar de la "renovación" como un tema pasado, como una historia terminada. Tenemos una tendencia en Chile al "chaqueteo", a matar las cosas en cuanto recién nacen. Insisto en que a ningún proceso se le puede pedir 3 a 4 años. Hay que pedirle por lo menos 10, 15 ó 20 años, así son los largos procesos de fuerzas políticas. Entonces creo que hay una serie de elementos, de material, que dan para un proyecto político de largo alcance. Pero hay un problema yo creo de incapacidad relativa de las organizaciones políticas de cómo trabajar esto y yo creo que el problema principal es ése, no el que haya habido un conjunto de tesis que ya de algún modo murieron. Porque yo también creo que esto de la "renovación" es un campo de ideas, sobre todo, como se ha dicho, de casi puro sentido común, extraordinariamente elemental y es lo que la gente hace, de algún modo siempre dice. Ahora, lo curioso, y lo que hay que preguntarse es ¿por qué razón cuando se devuelven estos temas, estas tesis transformadas en oferta política, a sus portadores puede irles mal en procesos electorales? Si se analiza el ámbito estudiantil, por ejemplo, yo no diría que la gente que vota contra los que se postulan como "renovados", sean gente no "renovada". Yo creo que es un problema de la manera como esto se vehiculiza, de la manera como se presenta. Y esto tiene que ver con el problema aquí señalado que todavía no hay formulación teórica, tiene que ver con el problema que los estilos pueden no haber cambiado y yo creo que sencillamente de algún modo hay que darle tiempo al tiempo y actuar sobre lo que podemos actuar, que es un problema de fuerza la política que de algún modo exprese mayoritariamente el contenido de la renovación.

La segunda observación, sobre las fuentes de la "renovación". Yo estoy absolutamente de acuerdo con los añadidos que se han hecho, sencillamente puse énfasis en unas cosas y no en otras. Estoy absolutamente de acuerdo, creo que no se puede pensar en la "renovación" sin la crítica al socialismo real, sin el fenómeno Checoslovaquia, Polonia, Unión Soviética, tampoco se puede pensar la renovación sin lo que viene después del fracaso y la derrota de la Unidad Popular, que es la experiencia autoritaria.

Lo anterior me permite pasar al punto, creo que no se me entendió, o yo me expresé mal, respecto del tema Socialismo y Democracia, que fue el centro de las observaciones que se refirieron a mi exposición.

Yo planteé, bien o mal, la idea de dos radicalidades en el sentido fuerte del término. Hay radical socialista y hay radical democrático. Creo que somos herederos de tres revoluciones, en el sentido metafórico del término vamos a hablar ahora, o de tres utopías. Somos portadores de algún modo de esas tres utopías diferentes y que están dichas en el famoso lenguaje de la Revolución Francesa. Somos herederos de la utopía democrática, que es sencillamente la utopía de las libertades, del tema de las libertades. Somos herederos también de la utopía socialista cuyo gran tema es la igualdad, y, por lo tanto, de sus condiciones materiales. El tema de las libertades no es el tema de los pobres. El socialismo es el tema de los pobres. El socialismo es el tema de los pobres y dominados, y somos herederos querámoslo o no, de una cosa mucho

más difusa y que es mucho más antigua, cual es la utopía cristiana que alguien podría escribir en el tercer término de la Revolución Francesa. Es el tema de la liberación que no es lo mismo que libertad o igualdad, sino la emancipación, o si Uds. quieren, solidaridad o fraternidad (Curiosamente se trata de utopías del siglo pasado o aún más antiguas. No conocemos aún las utopías del siglo XX o XXI). Son tres utopías, a mi juicio distintas, y de todas ellas somos herederos. Ahora bien, cuando pensamos en el socialismo, yo decía, que una sociedad es varias cosas: es Estado donde reina la unidad (en la sociedad moderna el Estado no es Sociedad Civil, no es la economía). Es Sociedad Civil donde reina pluralidad, y hay una tercera cosa que es el Régimen Político, donde reina la representación, yo creo que somos anticapitalistas y estamos por la superación del capitalismo respecto al tema del Estado. Hay un estado capitalista y nosotros estamos por la superación del capitalismo a nivel de la sociedad civil, o de la organización de las fuerzas materiales, de la economía, lo que Uds. quieran. Me costaría decir que somos anticapitalistas al nivel del régimen político, porque el capitalismo no es un régimen político, ¿Cuál es el régimen político que nosotros postulamos? ¿Somos anti algo, superamos algo? Nuestro régimen político es la democracia política. Y entonces, la pregunta de Bobbio a los socialistas no se pudo contestar de otra manera en uno de los importantes debates intelectuales que ha habido sobre este tema en el mundo occidental. Bueno, muy bien ¿qué sistema distinto de la elección de gobernantes Uds. proponen? ¿La democracia directa?, eso es un modelo. ¿La Dictadura del Proletariado? ese es otro modelo, ¿el régimen militar?, ese es otro modelo, ¿el fascismo? ¿El corporativismo? Todos esos son régimen político, pero es un componente. Es tan socialista como la apropiación colectiva del excedente, por ejemplo, lo que pasa es que se aplica a otro nivel. Por eso yo no estoy de acuerdo con la formulación que algunos hicieron en el sentido que yo subordino uno a otro, en el sentido que hay un paradigma principal, que yo opto por uno subordinado y el otro. No. Sencillamente digo, el socialismo implica definirse frente a las tres cosas. Estado, Sociedad Civil, Régimen Político. Lo que pasa es que decir esto no es inocente, porque régimen político implica método, regla de procedimiento de cómo se hacen las cosas, y en esta discusión de métodos hay que plantearse el problema de la revolución. Creo que el concepto de revolución es dos cosas a la vez y eso es lo que nos complica: es método político y en ese sentido muy honestamente, el método de la revolución política no es el método del régimen democrático. Son opuestos como métodos, lo que significa que uno no pueda pasar de uno a otro. Es una opción histórica. Pero el concepto revolución apunta también a contenido. Se puede decir que la superación del estado capitalista y la superación de la sociedad civil capitalista son contenidos revolucionarios y que el intenta esa superación, está haciendo una revolución. Puede intentarse en un régimen de democracia política. Y no me preocupa o acompleja el fantasma de la socialdemocracia, no solo porque valoro sus rasgos positivos, sino porque además no me siento para nada en ese sentido social demócrata. Porque creo que la utopía de superación del capitalismo abandonada por la social democracia se da a estos dos niveles: Estado y sociedad civil y no a nivel del régimen político, porque insisto, el capitalismo no es un régimen político. Por lo tanto, en ese plano no me interesa superar al capitalismo, me interesa superarlo en el plano del Estado y en el plano de la Sociedad Civil. ¿Por qué afirmar que tan democrático en materia de régimen político como socialista en materia de transformación del Estado y de la sociedad, no es inocente? Lo que se quiere decir es que se enfrenta la sociedad con una triple propuesta, la que al nivel de régimen es la democracia política. ¿Qué significa que esto no es inocente? Significa, primero, que la revolución en su concepto de método político no está presente en este proyecto socialista. En su otro aspecto, de utopía de transformación, si Segundo, que se acepta definitivamente la idea de reversibilidad, aceptar la idea de reversibilidad no significa no luchar porque a distintos niveles de transformaciones ellas se hagan irreversibles, por supuesto; pero significa que en cualquier momento por métodos democráticos se pueden perder conquistas que se han avanzado. Entonces hay el aspecto

incertidumbre que es básico y en ese sentido digo como soy tan democrático a nivel del régimen político porque eso es ser socialista en el régimen político, como soy socialista a nivel de los modelos económicos, del modelo del estado. No voy a aceptar el chantaje de uno contra otro. No voy a aceptar que por hacer transformaciones pierda mi aspecto socialista en el régimen político, que es democracia política. Ni voy a aceptar que por el chantaje de quedarme en el régimen democrático no haga las transformaciones. Pero evidentemente tengo un marco, tengo un método y ese método no es una cosa que me es impuesta desde fuera, es una cosa que yo también quiero asumir y desarrollar. Por eso creo que la cuestión de la reversibilidad y el principio de la alternancia en el poder son el test clave y en la medida que yo acepto el test de la alternancia en el poder y la reversibilidad, mi proyecto nunca puede ser un proyecto total nunca puede ser una derivación científica de la utopía, porque necesariamente pasa por la convicción, por la transacción, por el tema de los intereses. Necesariamente. Y en ese sentido, puesto que no hay "asalto al poder", puesto que hay un proceso permanente de lucha en todas las esferas donde hay poder, creo que definir al proyecto socialista o a la idea socialista como proceso en vez de como sociedad es mucho más rico. Yo creo que no hay sociedad socialista en ese sentido, en el sentido técnico que estoy hablando. Puede ser que al final ese sea un "sistema", pero ¿cuándo vamos a decir que hubo transición? Yo diría, el socialismo nunca se da por terminado, nunca podremos decir "ya estamos en el socialismo", porque como es lucha contra todas las contradicciones, las explotaciones o alienaciones, siempre las va a haber; no hay sociedad que no genere sus propias contradicciones y sus propias alienaciones. Entonces, en ese sentido yo diría, no hay sociedad, como no hay paraíso terrenal.

En cuarto lugar, vale la pena precisar el significado de la superación capitalista. La pregunta que yo me hago es la siguiente. Si en esta sociedad es evidente que la política socialista no puede dejar de ser anticapitalista, como se -insinuaba- en el debate; ¿de qué capitalismo estamos hablando? ¿Cuán capitalistas son estas sociedades? Son extremadamente débiles "en su capitalismo y, por lo tanto, el proyecto socialista no es necesariamente el proyecto socialista de las sociedades industriales, donde el gran problema, por ejemplo, es el conflicto capital-trabajo, porque prácticamente, el menos como se pensó en Siglo XIX el noventa por ciento de la sociedad iba a incorporarse a la relación capital-trabajo. Pero cuando resulta que hay aquí una cantidad enorme de gente que no pertenece al mundo capitalista, y donde aparecen temas como el de la independencia nacional, el tema del imperialismo, etc., que no son necesariamente el tema anticapitalista. (El tema anticapitalista es una cosa, el tema antimperialista es otro, alguien puede hacer una teoría y juntarlos, pero son temas distintos). Entonces, yo digo, bueno el componente socialista es mucho más que el componente de superación del capitalismo a nivel de la sociedad civil y a nivel del estado, porque estos Estados son malamente capitalistas. El proyecto socialista es también construcción de nación un ejemplo, hay una modernización incompleta y el socialismo tiene que asumir la modernización de la sociedad porque es la única manera, por ejemplo, de integrar los sectores marginales. El problema de Brasil no es solo el problema de cómo se transforma el capitalismo en cúpula donde hay capitalismo: el problema es todo el mundo sumergido y evidentemente eso no se resuelve con los modelos socialistas clásicos, por ejemplo, o planificación o expropiación, o nacionalización. Eso ayuda, pero no se resuelve. Por eso insisto que el proyecto socialista es un proceso de transformaciones que va enfrentando históricamente las contradicciones principales que la sociedad capitalista ofrece y que apunta siempre a una superación, pero puede ser que la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista como la nuestra no sea a esta altura la relación capital-trabajo, por ejemplo, y entonces, en ese sentido el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista. El último punto es una reflexión muy parcial sobre el tema de la secularización. Sobre esto yo creo que se plantearon bien los problemas y no soy un defensor absoluto de la secularización

porque no creo que ella se pueda dar irrestrictamente en estas sociedades que combinan el siglo XV, el siglo XIX, el siglo XXI. Combinan todo, pasado, presente y futuro, donde realmente el "ayatolismo" está presente. Un ejemplo Uds., recordarán la mezcla de todos estos elementos en el caso de la ENU, en la época de la UP, donde a un proyecto técnico hubo que ponerle algunas páginas, afirmando que ahí se realizaba la revolución, bueno y por primera vez la Iglesia y las FF.AA. se levantaron en contra y eso no era cuestión de un funcionario que lo puso, eso formaba parte de la cultura política. Por eso yo hablé de Kundera, pero hablé de García Márquez, creo que somos ambas cosas.

Pero quisiera plantear un solo punto particular. Yo no tengo claro si este es un problema de la sociedad (García Márquez diría sí) o, es un problema de la clase política. El problema de tener que hacer de todo una utopía o un mito, ¿es un problema de la sociedad de la "gente" o es un problema de la forma como se estructuraron las fuerzas políticas en Chile? La clase política es mucho más que los diputados, senadores, regidores, etc., que sumados son muchos; son los dirigentes sindicales, son los dirigentes de las comunidades de base, todos ellos son también clase política en Chile. Entonces digo, este tema tiene que ver con la clase política, donde el problema principal es como se actúa sobre una clase política, que tiene una tal densidad que su demanda aparece como la demanda de la sociedad. Cuando a uno le dicen, "es que mis bases, las bases, no van a aceptar tal cosa", normalmente esas bases son militantes a los cuales se les dijo tal cosa y, entonces, mi problema es el siguiente: a nivel de la clase política ¿no es necesario una cierta mutación respecto de la combinación del elemento instrumental y el elemento simbólico? Y aquí yo quiero volver a lo que dije. Yo no estoy, porque haya solo elemento instrumental en la política, porque yo no creo que eso pueda ser en estos países y en nuestra clase política. Mi problema es, que es lo que nos pasó es que se bifurcaron los dos elementos, que se entronizaron en organizaciones, distintas, en que unas quedaron con el símbolo, con la expresividad, (recordemos el componente simbólico fundamenta de las comunidades de base cristianas) y otros se quedaron con la negociación, con la concertación, la política clásica. Eso es lo que pasó. Ahora, para complicar más el asunto, ¿Cómo se logró la síntesis de lo instrumental y lo simbólico en la política anterior? además del liderazgo (el caso de Frei como el caso de Allende), hubo algo contra lo cual todos reaccionamos, que jugó un rol fundamental que era la ideología: el ideologismo era la mejor combinación de la revolución y el socialismo con el reivindicacionismo concreto de los pliegos de políticas sindicales. Yo creo que curiosamente hemos avanzado en partidos que son bastante menos ideológicos bastantes menos ideologizados. Los partidos en Chile tuvieron mucha fuerza cultural y mucha fuerza, digamos, de estilo de vida y mucha fuerza orgánica. Eran casi una forma de vida. Yo diría que se perdió bastante de ese famoso componente que tanto criticamos del ideologismo que jugó el papel de fundir los elementos instrumentales y los elementos simbólicos. Yo creo que este es un tema que hay que pensarlo mucho. Mi problema es que hay que reconocer ambos niveles y que es evidente que los mitos son necesarios, pero hay ciertas concesiones que la clase política se hace así misma para evitar un cierto nivel de secularización en que también es necesaria. La pregunta de cómo se termina una dictadura, por ejemplo, es una pregunta que puede contestarse a un cierto nivel de política secularizada. Se puede contestar y no se ha contestado. Yo creo que hay un problema en esto. Es difícil una secularización de la política absolutamente separada de la religión, de la moral, en este país. Pero si que se puede avanzar bastante en esto y creo que es más un problema de la clase política que la de la gente común porque cuando Ud. le pregunta a la gente común y corriente, está hace una diferencia entre los mitos y el discurso político y los problemas concretos sobre los que tiene bastante claridad. Entonces, mi impresión es que hay aquí un campo conformado por tres problemas el de clase política, por un lado; el de las dificultades de seleccionar objetivos propiamente políticos por otro, y, tercero, hay un problema de la bifurcación de los elementos constitutivos de la política en determinadas organizaciones. No es que no

haya mito, porque tiene que haberlos. No que haya política secularizada porque tiene que haberla. Lo malo es que, como consecuencia de las transformaciones ocurridas bajo este régimen, las maneras de hacer política y, entonces, sus elementos constitutivos se ramificarán separadamente en distintos actores.

LAS TENSIONES PRINCIPALES EN EL PROCESO DE RENOVACIÓN DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA CHILENO

Ricardo Núñez

Toda exposición oral comienza por advertencias. Por de pronto tengo la impresión de que los temas que voy a tratar ya han estado en el debate de las sesiones anteriores. Pero creo también que constituyen una sistematización que permita dar continuidad a la discusión.

Una segunda advertencia se refiere a la forma en que he abordado los temas de la Renovación y que, de alguna manera, por cierto, tipo de inclinación que no puede evitar, esa forma me lleva a establecer una relación con la experiencia del Bloque Socialista. De modo que, si bien intento plantear algunas cuestiones de fondo de orden teórico, más que todo mi marco de referencia son cuestiones de orden práctico, de lo concreto-político, que se relacionan con las dificultades que hemos tenido para construir lo que aquí hemos denominado líneas políticas.

Yo he tratado de distinguir algunas de estas tensiones y quiero decirles que no las he ordenado de mayor a menor importancia, sino más bien tal como fueron apareciendo en una reflexión muy genérica. He tratado de distinguir las a fin de ayudar a un proceso de discusión y de sistematización del problema más que a una profundización de las cuestiones que hay detrás de cada una de estas tensiones que yo he distinguido.

La primera tensión que quiero señalar es aquella referida a las razones por las cuales las llamadas Tesis de la Renovación no fueron capaces de encarnarse en el movimiento popular, en los sectores populares, en los partidos populares. Yo creo que sería muy simplista decir, mire, no se encarnaron porque fueron motivaciones puramente teóricas, que estuvieron en el plano de la realidad de la teoría y no estuvieron en la realidad de la práctica; sería muy simplista decirlo de esa manera, yo creo que es una cuestión mucho más compleja.

Una de las razones que creo que se ha señalado acá, y que quiero revelar, es que el escenario de la Dictadura fue un factor muy determinante para la incapacidad que tuvimos para desarrollar mucho más en expresión práctica, en expresión de movimientos, en expresión de lucha popular concreta, todo aquello que ha sido un factor de Renovación de lo que era nuestra práctica política, nuestra visión de política, nuestra visión de la Revolución, del Socialismo.

Otra razón que creo todos hemos percibido de una u otra forma como obstáculo para que la Renovación adquiriese otro dinamismo es algo que yo denomino el Conservadurismo de la izquierda, que no solamente se expresa en el Marxismo Leninismo que ha sido un factor muy importante para frenar la Renovación. Un cierto conservadurismo en la izquierda que es más que un mero conservadurismo en los partidos de la izquierda, es un conservadurismo en el propio movimiento popular, cierta incapacidad de poder replantearse o plantearse nuevos temas que enriquezcan, que desarrollen la teoría revolucionaria, que desarrollen o profundicen algunas cuestiones que han estado muy directamente relacionadas con la historia del movimiento popular.

La inercia de esta realidad político-cultural se da también en nuestras formaciones socialistas y no sólo en el PC (aunque en éste con más fuerza).

Existe ese conservadurismo en las bases socialistas y en ciertos sectores sociales en los que históricamente se ha irradiado nuestra influencia.

Entonces, el problema es que no hemos podido trasladar hacia ese pueblo socialista el desarrollo positivo de la renovación habido en las capas dirigentes, tanto a nivel de direcciones centrales e intermedios y a nivel de la intelectualidad orgánica o como quiera llamársele. Por lo tanto, creo que esa tensión entre "conservadurismo" de base y propuesta renovadora de los núcleos dirigentes, no la hemos enfrentado bien y es una cuestión pendiente a resolver.

Pienso que hay otra razón más para explicar por qué la Renovación no se ha extendido socialmente todo lo que quisiéramos.

Cómo decía Guillermo del Valle, el desarrollo de las protestas a partir de mayo de 1983 nos encontró a medio camino; en un momento de semi despegue de este proceso. Cuando se politiza muy radicalmente la sociedad chilena, vía las protestas a partir del 11 de mayo de 1983, lo que nos encontramos es básicamente con un intento de hacer política a partir de lo que algunos han denominado el peso de la historia, el peso de la noche o la memoria histórica.

En ese contexto entonces, nuestras respuestas acudieron al pragmatismo y este pragmatismo lo radico básicamente en el intento de buscar soluciones democráticas a la crisis chilena, fundamentalmente vía el entendimiento cúpular de los partidos, vía el mecanismo de relacionar políticas sólo a nivel de las cúpulas de los partidos. Pragmatismo que, en definitiva, para señalarlo con algún ejemplo, se ha reducido a la idea de que la política se realiza en las 4 cuadras o manzanas del centro de Santiago.

En general se repuso en el escenario político chileno una manera de hacer política, básicamente vinculada con los esquemas, mecanismos, valores, etc. que teníamos el 73. Teníamos digo porque de alguna manera también nosotros mismos proyectamos esa definición, incluso nosotros mismo buscamos fórmulas de hacer política que se entroncaban más con el pasado que con este proceso de Renovación Socialista. Me preocupa que tal manera de hacer política no solamente está en aquellos que eran portadores más genuinos de esa memoria histórica, es decir las anteriores generaciones, sino que también en las generaciones jóvenes, fundamentalmente vinculadas al proceso Universitario, Creo que en la Universidad las elecciones recompusieron los mismos 3/3 de la sociedad chilena; los mismos 3/3 que históricamente habían estado en disputa en el movimiento estudiantil, lo que apuntó como un hecho que ha sido central para explicar estas dificultades.

La segunda tensión que he distinguido en el proceso de renovación, vuelvo a repetir que no las tengo ordenadas de mayor a menor importancia, es aquella que se plantea desde su inicio, sobre todo cuando la Renovación adquiere cierta potencialidad orgánica, cuando hay cierta presión orgánica, primero en la Convergencia y luego en el B.S. Se nos planteó a todos un tema que mal resuelto y que estuvo cargado de dificultades de distinta naturaleza: el tema de cuál era el desarrollo orgánico posterior que esta Renovación debía tener. Entonces se nos planteó el tema de partido, del movimiento, de la federación, etc. en donde, la verdad es que unos eran partidarios de la federación, otros del movimiento, otros del partido único de los Socialistas chilenos, de los Socialistas Allendistas. Creo que ninguno profundizamos muy concretamente el desarrollo de esas ideas y de repente nos cobijamos, para resolver un gran

problema que tiene sentido estratégico, nos cobijamos digo-, en fórmulas incompletas para superar contradicciones entre nosotros. Eso fue, creo, lo que primó básicamente.

El tema del movimiento, de la federación de los partidos al no resolverlo, creo que todos, cual más o cual menos han buscado reafirmar sus propias identidades, por distintas razones. Una de ellas es ésta, lo que estoy señalando, la incapacidad que tuvimos o se tuvo para alimentar de mejor manera este proceso de cristalización orgánico que eventualmente pudiera tener el proceso de Renovación. Creo que aparte de haber sido planteado prematuramente, creo que, en definitiva, también, estuvo muy cargado de valores y de otro tipo de suspicacias (por denominarlo de alguna manera) que enredó este proceso de alguna manera. Esto nos ha llevado, a la búsqueda de nuestras identidades. Todos los actores políticos y también los actores movimientistas que estuvieron y están todavía en torno a este proceso han buscado identidad. Los partidos (IC, el MAPU, y también el PS.) se replantearon con ansiedad ese reencuentro con sus propias identidades.

Aquí engancho con una tercera tensión que está relacionado con esto, pero que tiene un signo más particular. Es el tema de la reagrupación del Tronco Histórico o reunificación del PS.

Este asunto estuvo y ha estado presente como un factor tensional, algunos mirándolo positivamente en términos de la coyuntura, y otros mirándolo positivamente en términos de plazos largos -y otros mirándolo como un factor negativo para el proceso de Renovación, otros mirándolo como un factor positivo.

Yo quiero decir algunas cosas sugeridas por que lo que dijo Tomás Moulian, algo que nosotros hemos señalado con mucha fuerza hace muchos años. La reagrupación, reunificación del PS solo es posible desde nuestra perspectiva, porque somos los únicos capaces de incorporarle a este proceso de reunificación, elementos de Renovación de tal naturaleza, que le permitan al viejo PS dar el salto cualitativo que no fue capaz de dar en décadas anteriores. Y en este sentido, la Renovación siempre estuvo en nosotros muy ligada a la cuestión del rescate. Rescate y Renovación, al interior nuestro, tiene una gran fuerza, y creo que nos ha estado iluminando, no con toda la fuerza que quisiéramos, pero nos ha estado iluminado en este proceso dentro de PS y que trasciende más allá de sus fronteras.

¿Qué significa rescate para nosotros? Yo no soy de los que todo el pasado histórico del PS hasta la década del 60 fue siempre un andar correcto, un andar victorioso, lleno y pictórico de éxitos. Sin embargo, creo que ahí, en el rescate de las mayores intuiciones que en el PS se dieron durante todo ese trayecto, ha estado y ha radicado fundamentalmente nuestra fuerza. ¿En qué sentido? Hemos buscado rescatar el sentido nacional, popular, revolucionario, anticapitalista, latinoamericanista del PS que se mantiene como una constante prácticamente, a través de toda su historia en tanto elementos teóricos que iluminaron no solamente la realidad chilena, sino que iluminaron la revolución posible.

Los elementos teóricos dicen relación con esta visión muy particular del Marxismo que hubo en el PS como un intento a partir de esa matriz teórica formular una revolución posible en Chile. Para eso nos hemos centrado en la figura de Allende como un factor que une, da continuidad a pesar de las vicisitudes orgánicas y de militantes que Allende tiene en el Partido. Pero también nos hemos dedicado a rescatar, a varios personajes que orientan todo este proceso que son factor muy importante: Eugenio González, Raúl Ampuero, Salomón Corbalán, Marmaduke Grove y Oscar Schnake, que de distintos puntos fueron capaces de alimentar una visión del socialismo que le impidió al PS andar a la deriva como el APRA o el ADECO, pero tampoco derivar hacia el PC a pesar de la división pro-PC que se produce el año 40-41, a pensar del PS de la década del 50. Esto le permitió al PS mantenerse con fuerza dentro de un espacio político muy

determinante en la izquierda. Para sintetizarlo, el tema" de haber puesto prematuramente las ideas de movimientos, federación, partido único, etc. y esta variable interviniente que ha sido la reunificación del PS y la visión del PS y de su reunificación que algunos tenemos, son en su conjunto un factor de tensión que sólo se puede superar si acaso creamos un espacio de identidad común en donde algunas historias, necesariamente tendrán más pero que otras.

La cuarta tensión que hemos vivido en estos tiempos está relacionada con el PC. Aquí se ha dicho de una u otra manera que siempre aparece el tema del PC. Creo que los problemas con el PC están referidos al tema de la unidad de la izquierda. Aquí ya se ha debatido, entre otros el tema de las dos izquierdas y los problemas más estratégicos de la Renovación en relación al PC. Creo que ya se entregaron los elementos para una discusión que podríamos profundizar más. Sin embargo, voy a recordar un viejo truco de los socialistas: para enfrentar al PC, recurrían a la idea del programa del Partido. Yo creo en el valor de un programa del partido.

Entre nosotros, fundamentalmente ha sido el MAPU el que ha planteado con mayor fuerza la idea de sistematizar una propuesta programática de transformación de la realidad capitalista chilena: una formulación socialista. Creo que el resto no hemos enganchado en esa perspectiva. Frente al tema del PC, por lo tanto, me parecería importante que rescatáramos esta idea, de partido programático y del valor del programa de la transformación que Chile espera del Socialismo como un factor de diferenciación no sólo del PC, sino también como un factor de propuesta nacional que nos permita la incorporación de las masas en la perspectiva del socialismo que queremos.

Una quinta tensión que, como la anterior, ha sido debatida previamente y que la hemos tenido en todo este proceso, ha sido la imposibilidad de unificar un criterio común de lucha antidictatorial. Creo que entre nosotros se plasmó con fuerza la idea de la Desobediencia Civil. Sin embargo, tengo el temor de que tal idea y tal planteamiento, tal método de lucha, fue bastante más reactiva que prepositiva. Reactiva, fundamentalmente a los intentos negociadores por un lado y por otro a los intentos de militarización de la política. No se plasmó con una propuesta más positiva de lo que entendemos por Desobediencia Civil. A pesar del éxito que hoy podemos observar en el sentido de que tales formulaciones están presentes en el discurso de la mayor parte de las fuerzas políticas opositoras hoy en el país, yo tengo la impresión de que la desobediencia civil, en algunos sectores del Socialismo Renovado, ha estado básicamente vinculada a una idea Gandhiana, pacifista de enfrentamiento a la Dictadura. Creo que todos caímos en ese tipo de interpretación y eso fue un factor que tensionó bastante la convivencia político-orgánica de los Socialistas. Se produjo una suerte de encanto por la moderación, incluyendo en primer lugar a mi propio partido. Caímos en una moderación extrema que no se relaciona con la realidad y con la radicalidad de la lucha política que hoy observamos. Existe un elemento subjetivo que creo que es muy fundamental en los socialistas, que es el de la recuperación de su propia dignidad, en tanto que su dignidad ha sido pisoteada. No hay posibilidad de reencontrarse con la historia del movimiento popular desde una perspectiva socialista si acaso no somos capaces de darle contenido democrático muy profundo al enfrentamiento con la dictadura. No es solamente un tema que me preocupa para derrotar a Pinochet, sino que para retomar una trayectoria que históricamente tuvo el PS. y el Socialismo en su conjunto. Es necesario reencontrarse con la historia de un partido de lucha, un partido de enfrentamiento con la realidad circundante.

Esto nos impidió observar con atención un fenómeno que hoy lo tenemos muy presente que es el de la radicalidad del mundo juvenil. Todos tenemos experiencia sobre el tema. El mundo juvenil en general, no solamente el poblacional, sino que también el universitario y el de los trabajadores, está claramente

radicalizado en términos de su lucha. Este fenómeno que se acrecentó muy rápidamente no fue observado oportunamente por este socialismo.

La sexta tensión que quisiera distinguir es una que tal vez, casi ya no merecía más discusión o análisis entre nosotros, porque creo que ha sido muy recurrente en las discusiones políticas en los últimos tiempos. Me refiero al tema de la Política de Alianzas. Pienso que fue la principal tensión del período, sin duda alguna, básicamente a partir de la adscripción que hace el PS., el MOC, la Convergencia Socialista a la AD por un lado y la no pertenencia a esa AD del MAPU, de la IC, de la Convergencia Universitaria en aquel tiempo.

Yo tengo la impresión de que aquí se dieron tensiones que, refiriéndose al mismo tema, tenían derivados distintos y originales diferentes.

En la crítica a la pertenencia a la AD no se criticaba la necesidad de tener relaciones políticas con el centro de la naturaleza que se tenían en la AD. A través de esa crítica se visualizaba o se intentaba visualizar, en algunos momentos, la idea de que el PS, el MOC y la Convergencia habían indefectiblemente derivado (vía la AD) hacia la social democratización de la perspectiva socialista. Debo decir que esta crítica careció siempre de fundamento alguno y tenía sólo el carácter de consigna superficial.

Y la segunda crítica es aquella que nos señalaba que tal opción, en definitiva, escondía un intento de exclusión y por esa vía la reposición en el escenario del Socialismo de un clásico (ya perdido en el tiempo) anticomunismo.

Digo reposición porque efectivamente creo que en la historia del PS., no creo que haya anticomunismo, pero hubo momentos donde se desarrolló un anticomunismo basado en la crítica a Stalin. Este problema creo que lo seguimos arrastrando. Ha sido debatido no solamente al interior de cada una de las orgánicas políticas que están en el socialismo, pero creo que se han ido acercando posiciones que hacen de este tema, un tema que a nuestro juicio va quedando más bien en el pasado, en la medida que se buscan y buscamos mecanismos de superación de la AD y de lo que ello implica.

Derivado de lo anterior, creo que una última tensión se refiere al tema de la relación entre socialismo y el Centro Político. Creo que aquí no hemos desarrollado todo el espacio de reflexión que necesitamos para un mejor andar en este punto. Nosotros, yo por lo menos estoy convencido, de que la DC efectivamente es una señora gorda, como dice Moulian, claramente vinculada con la perspectiva de cambio y que tiene, al mismo tiempo, un sector que en definitiva está más vinculado a los intereses de la Burguesía.

El problema para mi sigue siendo saber, si es efectivo o no que en las contradicciones que internamente se dan en la DC, los sectores que se imponen son o no los más claramente vinculados al status-capitalista, a la derecha política y a los sectores más relacionados con los intereses de la Gran Burguesía.

Ahora, sin embargo, creo que el problema del Centro Político es un poco más complejo que el de la propia DC, porque en definitiva, lo que hemos estado tratando de buscar en esta relación es un intento del Socialismo de comprender mejor un tema que nunca comprendió, sobre todo en los últimos años, que se refiere a las capas medias en el país, y que es uno de los elementos de la autocritica que nos hicimos post golpe de Estado y que Creo que sigue presente.

En Chile, tengo la impresión, de que las capas medias no son las mismas que estaban presentes el 73. Efectivamente creo que no son los mismos, desde el punto de la manera cómo se insertan en el Estado; de la manera como se insertan en la economía; de la manera en cómo se han articulado sus intereses

políticos y sociales. Creo que no son las mismas. Pero que son un factor gravitante, muy significativo, independientemente de la degradación que puedan haber tenido desde el punto de vista que su mayor importancia en el desarrollo económico, social y cultural.

Como habrán visto, las distintas tensiones a la que me he referido están más relacionadas a la política concreta, a las distintas derivaciones y dificultades orgánicas y políticas que ha tenido el proceso de renovación socialista, que a los temas teóricos-ideológicos que hay detrás de este complejo proceso. En consecuencia, no quisiera terminar mis palabras sin expresar mi convicción que independientemente de las dificultades objetivas que hemos tenido, que más allá que este proceso ha debido remontar enormes desafíos y vencer un sinnúmero de obstáculos, este sigue siendo el único capaz de vencer las camias de fuerza de la ortodoxia, las incomprendiones del sectarismo y las incapacidades del dogmatismo.

El socialismo del futuro tiene posibilidad cierta de convocar a las grandes mayorías nacionales, si remontamos las estrecheces del momento y remontamos efectivamente el camino largo que nos hemos propuesto con la seguridad de la certeza de nuestras afirmaciones centrales y con la fe cierta de que éste es el camino allendista que captara la voluntad transformadora de los oprimidos, marginados y explotados de la sociedad chilena.

MARCELO CONTRERAS

Yo quisiera intervenir, en primer lugar, para destacar la importancia de este seminario, convocado por CEVAL, en un momento en que quienes nos encontramos aquí, y los partidos que de una u otra forma representamos, nos enfrentamos no solo a una crisis política del proceso de renovación y convergencia que juntos hemos recorrido desde 1976 hasta ahora, y que nos llevara a conformar el movimiento por la convergencia socialista primero, el secretariado de convergencia y luego el bloque socialista. También nos encontramos frente a una verdadera crisis de identidad de este proyecto, al punto que se nos han desdibujado los contenidos esenciales, las ideas-fuerza, que dieron origen a este proceso, y que permitieron el encuentro, la confluencia, el trabajo teórico y político común, de personas, grupos y partidos de la llamada área socialista, en sus vertientes laicas del radicalismo, cristianos que militan en el Mapu y la Izquierda Cristiana, así como las vertientes marxistas del histórico partido socialista de Salvador Allende.

En el descarnado balance que tenemos la obligación de hacer quienes hemos estado comprometidos con este proceso, y que compartimos las principales responsabilidades en su conducción, debemos aceptar que no hemos sido capaces de rescatar aquellos elementos teóricos y políticos que constituyeron nuestro patrimonio común y que permitieron reconocerse en este proceso de renovación socialista a un ancho mundo de independientes que no se sentían identificados con la democracia cristiana o el partido comunista y que buscaban la emergencia de una propuesta estratégica, desde el seno del socialismo chileno, capaz de reconciliar, con credibilidad frente al país, una propuesta de transformación y cambios con los núcleos esenciales de la democracia. Un socialismo renovado, profundamente anclado en la izquierda, pero con capacidad de hacer una política nacional y popular. Un proyecto socialista respetuoso de las autonomías sociales, que renunciara para siempre a la tentación de manipulación de las organizaciones de la sociedad civil. Un actor socialista con voluntad y decisión para reponer una voluntad común de luchar contra la dictadura y construir una democracia estable para el futuro. Hemos dicho, además, que solo un actor socialista como el que aspiramos a construir en común puede abrir el camino de construcción de este histórico bloque por los cambios. Finalmente hemos asumido que esta tarea

supera a cada uno de nuestros partidos para convertirse en un imperativo colectivo, que no se construye sobre la base de la anexión de sus diversos componentes en torno a un partido eje, sino sobre una confluencia efectiva, teórica y política, de las diversas vertientes que solo pueden potenciarse en la confluencia común.

Sin embargo, hoy nos enfrentamos a un cierto fracaso político de la iniciativa del bloque socialista. Divergencias en nuestras políticas de alianzas, matices en el enfrentamiento político de la coyuntura, diferencias acerca de cómo avanzar en el proceso de unidad e integración del socialismo chileno, han terminado por esterilizar este proceso de convergencia, y hoy nos enfrentamos al ser o riesgo de una relativa dispersión, pese a los pasos positivos que algunos de nosotros creemos haber dado en este sentido.

Pensamos que hoy hay menos problemas políticos para avanzar. Sin embargo, nos enfrentamos a un problema de pérdida de credibilidad y confianza mutua entre nosotros a partir de nuestros desencuentros y diferencias. Y lo más importante, enfrentamos un problema de credibilidad frente al país por no haber sido capaces de avanzar en forma suficiente y sostenida en este proceso de confluencia. Hemos desilusionado las expectativas de los miles de jóvenes, de trabajadores profesionales, mujeres e intelectuales que confiaron y miraron con esperanza este proceso. Hemos defraudado las expectativas que creamos en partidos hermanos que desde el exterior miraron con simpatía este proyecto y le prestaron su generoso apoyo. Hoy tenemos que decidir con toda franqueza y lealtad, si creemos posible reponer esta empresa política. Cada uno de nosotros, y nuestros partidos en su conjunto, debe explicitar acerca de su disponibilidad y voluntad política para romper la lógica de la pequeña o gran camiseta, para retomar el camino de construcción del gran partido socialista que Chile necesita.

Existen diversas proposiciones acerca de cómo seguir avanzando. En este mismo seminario se han planteado varias. El propio Ricardo Núñez ha recordado la propuesta de unidad e integración que levantara el compañero Carlos Briones hace dos años, y cuyos contenidos siguen contando con el unánime respaldo del partido socialista. Sin embargo, este proceso no logrará avanzar si no somos capaces de despejar los problemas de credibilidad y confianza mutua; si no está claro en cada uno de nosotros la disponibilidad que cada uno tenemos para recorrer un camino claro, con metas e itinerarios definidos, que nos lleven a un congreso de unidad.

En la política no son muchas las opciones que tenemos. Todos los aquí presentes decimos estar de acuerdo que la democracia solo la conquistaremos a través de una sostenida lucha política, que no tiene el objetivo de derrotar a las FF.AA. sino la derrota política del proyecto de perpetuación del régimen militar del cual Pinochet es portador. Por ello nos hemos pronunciado categóricamente en contra de sostener diálogos estériles con el actual gobierno, y buscar, por el contrario, el diálogo con las fuerzas armadas para arribar a una salida política. También estamos convencidos que la violencia no nos lleva a la democracia. Hemos dicho que ese es un camino de derrota para el pueblo chileno y solo pone el terreno de enfrentamiento en el lugar que a Pinochet le interesa colocarlo: el de la guerra. Sin embargo, hemos sostenido que solo llegaremos una negociación con las fuerzas armadas en la medida que logremos reunir una fuerza civil organizada y movilizadada activamente en la lucha democrática, en donde no sobra nadie. Por ello hemos levantado nuestra propuesta de oposición nacional única que aspira a reunir en una sola voluntad y en lo posible en una sola estrategia a todos aquellos que hoy y mañana se encuentren dispuestos a luchar por la democracia.

Quizás nuestras mayores diferencias se centran en torno al problema de la política de alianzas que hoy debe mantener el socialismo chileno. El partido socialista ha sostenido que no considera útil para el país reeditar un frente de izquierda y mantiene una crítica política a la estrategia de rebelión popular que hoy levanta el partido comunista. Ello no nos lleva a sumarnos a la campaña anticomunista que hoy impulsa el régimen militar. Estamos por una franca confrontación y por todas aquellas formas de colaboración para el común objetivo democrático, en donde nos pongamos de acuerdo claro y mutuamente respetado, de las formas que adquiere la lucha política. Nuestro esfuerzo de más largo plazo apunta a desalentar la estrategia comunista de combinación de todas formas de lucha para incorporarlo plenamente a una concertación política amplia en torno a la fórmula de movilización y negociación. En el futuro aspiramos a recuperar al amplio contingente que hoy se nuclea en el MDP para el proyecto estratégico de bloque por los cambios.

Respecto a la DC hemos recorrido un inédito camino de colaboración y cooperación que nos interesa ampliar y desarrollar. Sin embargo, estamos muy lejos de asumir que el solo eje DC-PS conforma una mayoría suficiente para sostener el proceso de refundación y estabilidad democrática y abrir un proceso de cambios en el país. Por el contrario, aspiramos a caminar con ese partido, y con el conjunto de la izquierda en un proceso de colaboración y confrontación que permita la emergencia del gran bloque por los cambios que Chile necesita.

Todas estas reflexiones apuntan a mostrar que existen coincidencias políticas sustantivas entre quienes hemos sido los principales actores de este proceso de renovación y rescate del socialismo chileno. Creo que existen los núcleos e identidad que dan base suficiente para esta empresa. Yo creo que tanto en el partido socialista como en la mayoría de los partidos que conforman la llamada área socialista existe voluntad y disponibilidad para avanzar en este proceso, que por cierto supera nuestros partidos para inscribirse en el amplio movimiento social susceptible de identificarse con el proyecto de convertirse en un actor sustantivo en el escenario nacional, con capacidad de romper la lógica de los tres tercios en que se encontraba dividida la sociedad chilena antes del golpe militar, para reponer una propuesta de un gran bloque social y político comprometido con la democracia y el cambio, que integrara las vocaciones transformadoras de las democracia cristiana, con el compromiso de cambios que se anidan en el conjunto de la izquierda chilena.

Hoy ese patrimonio de ideas se encuentra oscurecido no solo por nuestros desencuentros y desacuerdos políticos u orgánicos. También nos enfrentamos a una crisis de identidad del proyecto de renovación, tan profunda que dudo mucho que todos los que hoy nos encontramos participando en este seminario volveríamos a suscribir al manifiesto de los socialistas chilenos que suscribiéramos en 1983.

A estas alturas resulta indispensable hacer un esfuerzo por reponer esas ideas. Terminar con la bizantina discusión acerca de si en nuestro país existen dos o una izquierda. La izquierda chilena es culturalmente una sola, sin embargo, lo novedoso ha sido que en estos años han emergido en su seno, desde sus entrañas, dos propuestas estratégicas distintas, llamadas a colaborar y a enfrentarse, tanto en el presente de lucha contra la dictadura, como en el futuro democrático. Lo que tenemos que asumir es que estas dos propuestas estratégicas atraviesan el conjunto de nuestros partidos, y también a importantes sectores del movimiento democrático popular. En su desarrollo, la propuesta estratégica de renovación y rescate del socialismo chileno tiene una menor constitución y su domicilio es difuso. Lo que hoy tenemos que preguntar nos es si somos capaces de remover los obstáculos para construir un ancho cauce del socialismo chileno, capaz de expresar teórica, orgánica y políticamente estos contenidos renovadores.

Hemos dicho que esta nueva fuerza política no solo es indispensable para los socialistas, sino que es una necesidad del país, que requiere de un actor socialista sustantivo, con la fuerza y la voluntad de romper la lógica y el sectarismo de los viejos partidos. Por ello creo indispensable reeditar este debate en el país, incorporando a todos aquellos interlocutores que hoy no se encuentran entre nosotros y que sin embargo son parte esencial del proceso de renovación. En conjunto debemos discernir como damos visibilidad política a la renovación socialista. Como somos capaces de actuar unidos en la coyuntura y proyectar nuestra acción en el futuro democrático. Y sobre todo demostrar que somos capaces de poner intencionalidad y voluntad para prefigurar un itinerario que nos lleve a la constitución del gran partido de los socialistas chilenos.

MOISÉS SIGNORELLI

Estimados compañeros:

Quisiera decir, primeramente, que yo hablo a título personal y como miembro del Comité Ejecutivo de CEVAL, y, por supuesto, recogiendo algo de lo que han sido y son nuestras posiciones políticas, en tanto corriente interna en nuestro partido.

Una de las críticas más ácidas que se han hecho al proceso de la Renovación Socialista, es aquella que señala que el socialismo chileno, en general, se ha social democratizado, se ha derechizado.

¿Por qué?, nos preguntamos.

Porque ella ha retomado críticamente las diversas tesis del movimiento socialista mundial y chileno y las ha llevado al terreno de la realidad del país de hoy y del país de hoy y del país del futuro. Y todo esto, como consecuencia de lo que nos ha tocado vivir en Chile durante los últimos 20 años.

Muchas cosas han sucedido en nuestro país en estos últimos años. Pero principalmente, para mí, hay algo esencial que ha sucedido en la realidad política chilena. Y ese algo no es otra cosa que, las fuerzas políticas de la izquierda chilena -dentro de las cuales nos insertamos nosotros como radicales-, todas ellas, han regresado a la realidad, han aterrizado en la pista de la sociedad chilena, luego de un fuerte impacto, producto de sucesivos malos aterrizajes.

Es que las políticas de la izquierda socialista estaban en la estratosfera. Demasiado “marchismo”; demasiado “concentracionismo”; demasiada vocinglería; escaso realismo; falta de conexión con el país real.

Lo que ha sucedido, entonces, es que las políticas socialistas de la izquierda chilena han retornado a la realidad. Han vuelto a ver la luz. Han renacido de las cenizas, cual ave fénix, para ser replanteadas en el terreno de lo real. No más en el terreno de la ficción.

Esto explica, entre otras cosas, el proceso de la Renovación Socialista en Chile.

Entonces, como primera premisa, diría que el proceso de la renovación surge como una necesidad de la realidad nacional, para que la nueva izquierda chilena la retome, le insuffle nuevos aires y la proyecte hacia el futuro. Esta es una exigencia que viene de lo más profundo del ser nacional.

La Renovación Socialista no es, como algunos sostienen -interesadamente, por cierto- un proceso que se explica por el reflujo ideológico sufrido a causa de la dictadura. Esta nos ha dado un golpe tan duro que hemos vuelto a ser nosotros mismos. Antes sufríamos de amnesia aguda.

Lo segundo que quiero expresar, es, la renovación no tiene necesariamente que llenarse de contenidos nuevos. Esto, ciertamente, es indispensable, pero, también, los contenidos programáticos e ideológicos pueden ser viejos, en el sentido de tradicionales. De hecho, en ciencia política, casi todo ya está estudiado y dicho. Los grandes pensadores políticos vienen del siglo pasado y, aún de mucho antes, y sus ideas perduran. Lo que la renovación socialista tiene que hacer es rescatar los conceptos, mal utilizados, y readecuarlos a nuestros tiempos y a los tiempos "del siglo venidero."

El problema de la democracia, del pluralismo, de la libertad, de las instituciones políticas, económicas y sociales, de la soberanía popular, etc., deben ser redimensionados para el siglo XXI. De ahí nuestra segunda premisa: la renovación socialista en Chile se ha iniciado ya y todo lo más que se requiere es asegurar su supervivencia para los próximos 10 años. Lo demás, para el siglo venidero, deviene por la propia dinámica del proceso de renovación.

Lo tercero que quisiéramos señalar. En el Chile de hoy, vivimos la etapa de lo que podríamos llamar la política-ficción. Todo es posible y creíble. Que somos más o menos en cantidad. Que tenemos un gran partido o un minúsculo partido. Que pesamos o no pesamos en la sociedad chilena. Con la primera elección soberana, la ficción se termina. Se aclarará quién es quién. Cuánto pesa cada cual.

Más de cuatro millones de chilenos jóvenes votarán por primera vez, y, además, no conocen lo que es la práctica democrática. Tienen escaso conocimiento de lo que fue la izquierda chilena y el gobierno popular. Han vivido en dictadura. Están todos mayoritariamente en contra de la dictadura -de eso no me cabe duda-. Serán los que determinarán el futuro democrático de Chile.

¿Les llegan a estos jóvenes las ideas de la renovación socialista? ¿No les pueden llegar? Mi respuesta es sí, con fuerza.

¿Por qué las ideas de la renovación socialista no llegan a estos jóvenes?

Aquí se han explicitado los diversos elementos que lo explican. El principal para mí es la carencia de un referente político concreto, entendiendo por esto, no un solo partido de la renovación, sino un conjunto de fuerzas que hablan y luchan por lo mismo. En esto hay que perseverar. Debemos perseverar. Sea en este período, sea en la transición a la democracia, sea durante el primer gobierno democrático, creo que estas fuerzas aquí presentes son la base de la nueva gran fuerza política de los socialistas chilenos.

El dilema es: o somos los que estamos aquí en esta mesa, o surgirá una nueva fuerza de todas maneras, porque, ya dijimos, que la renovación socialista surge como una exigencia de la realidad nacional, como una exigencia de la política chilena de hoy y del futuro.

De aquí nuestra tercera premisa: un socialismo renovado existirá en Chile y será la nueva izquierda del futuro. Nosotros debemos contribuir a su formación. Es una obligación. Es un deber socialista.

Terminamos con una referencia al radicalismo. Pensamos que el radicalismo chileno es una vertiente política socialista importante de Chile. Es una pata de la mesa de concertación socialista y del proceso de renovación socialista. Por su historia- de más de 120 años de vida política ciudadana. Por la cultura política que ha creado en Chile. Por su carácter nacional y, también, popular; Porque forma parte del proceso de

conformación de la nacionalidad chilena. Porque habló de socialismo en Chile en 1906, con Don Valentín Letelier. Porque una de sus virtudes principales en la historia de Chile -necesaria de ser retomada por la nueva fuerza socialista- es la tolerancia, el humanismo, la carencia de sectarismo.

Sabemos que el radicalismo, hoy y mañana, puede ser utilizado para diversos proyectos políticos. Nosotros estamos por un proyecto socialista democrático, que dé cuenta de lo que ha sido su desarrollo histórico.

Por eso, debemos perseverar en la unidad, en la discusión conjunta, en la praxis política unitaria, desde hoy y hacia el futuro.

Caminos para esto hay muchos. La confluencia política es uno. El intercambio político conjunto es otro. La alianza electoral mañana. El partido federado luego. Una gran fuerza socialista, después. ¿Cuántos años más?

Cinco, diez o quince años. No lo sabemos. Pero sí sabemos que Chile lo necesita, lo requiere, lo busca y lo anhela.

No nos parece correcto pensar que las dificultades habidas ameritan el abandono de los esfuerzos. Resignarse a abandonar el proyecto. No se puede actuar con criterios inmediatistas. La experiencia demuestra que determinadas dificultades insolubles de ayer, hoy no lo son. Si las condiciones objetivas, ayer no estaban, hoy pueden estar.

El proceso de renovación socialista, ya lo dijimos, no ha abortado. Sigue vigente y seguirá estando a la orden del día del futuro debate político de la nueva izquierda chilena.

Muchas Gracias

JAIME CATALDO

Quiero agradecer la invitación a este seminario. Creo que es muy importante las formas de invitación dado que lo hemos sido en cuanto a personas y no como representantes de partidos políticos.

Es sobre todo muy grato porque facilita, a mi juicio, ser franco para abordar un tema tan importante como lo es éste.

En primer lugar, creo que la discusión anterior fue interesante. Sin duda tenía una alta importancia porque si no tenemos acuerdos en qué era la renovación o para qué era se nos complica el debate. Importante también en el tema de la Unidad Socialista.

Este tema de las tensiones no es un tema de un proceso en el aire, es decir, es un tema de un proceso en que se han vivido cosas políticas, partidarias o no partidarias, estas son las tensiones que están siendo analizadas en este momento.

Yo creo que, si la renovación tuviera como vocación ser sólo un cambio cultural, no tendría mucha, importancia su avance su retroceso. El punto debatido ha estado y está en que la renovación tenía un rol protagónico que jugar en el proceso de ideas del socialismo chileno, tan atormentado, y tan disminuido, en la realidad política del país. Yo por lo menos lo entendía así, y cuando hablamos de propuesta política y hablábamos, justamente de renovar nuestras posiciones políticas le veía a la renovación un sentido muy significativo y hábil.

En ese sentido entonces, el interés de seguir hablando de la renovación para mí no tiene que ver con el nivel cultural que éste pueda tener, sino que tiene que ver con su incidencia directa en relación al tema de la política socialista y de la unidad del socialismo chileno.

Ahora, creo que de una u otra manera, es dramático, irónico incluso, constatar como los temas que hemos tirado a la cancha los socialistas, hoy tienen vigencia y como nosotros las fuerzas políticas tenemos tan poca vigencia o tanta distancia que existe entre la actualidad de nuestras ideas y de la gravitación efectiva que nosotros tenemos.

A mí por lo menos me incomoda constatar que la expresión mayor inicial, aunque sea aparente, del Bloque por los Cambios haya sido impulsada por el sector de derecha de la Democracia Cristiana a través de la Asamblea de la Civilidad. Porque eso es, un momento inicial del bloque por los cambios tal cual lo había sido formulado por nosotros.

Creo que éste es solamente uno de los temas para agregarle, a mi juicio, un carácter dinámico y polémico a esta realidad.

Yo creo que nuestro drama es constatar la importancia de lo que planteamos, pero al mismo tiempo constatar que lo que nosotros planteamos, no somos nosotros los protagonistas del desarrollo de estos postulados.

A mi juicio ninguno de nosotros se ha descolgado de manera suficientemente franca y real de los contenidos más sustantivos que nos cohesionaron en un momento determinado; a saber, que ese bloque por los cambios, que como dice Jorge, es efectivamente un proyecto de nación. Es exactamente esa la dimensión que tiene. Ninguno de nosotros se ha descolgado de la política de desobediencia civil. Ninguno de nosotros se ha descolgado de la idea fuerza de hacer del pueblo el protagonista hoy, mañana y siempre.

Para que repetir otras ideas, me refiero a las ideas fuerzas que permitían hacer política en este país. Pero el problema sigue, hay tensiones que aquí son señaladas. Yo creo que efectivamente el número y el orden de las tensiones que Ricardo señaló, tienen mucho que ver con la vida del bloque Socialista. Efectivamente, y me alegro de ello.

La primera, tú tienes razón, en dos cosas, en las que tú señalaste, pero hay una tercera y una cuarta cosa que no han sido mencionadas. Las tesis de renovación o las ideas fuerzas del bloque socialista o de los socialistas renovados, no se encarnaron en el movimiento popular entre otras cosas por una razón muy vital y muy simple: porque nuestra inserción en el mundo popular era escasa. Y ese es un pequeño detalle. Las cosas no se encarnan por editar documentos, sino que se encarnan estando allí, y teniendo allí un rol significativo. Y hay que ser franco y decir que la realidad de la Izquierda Cristiana, del Mapu, del Mapu Obrero Campesino del Partido Socialista y de otras fuerzas -al inicio del 84 o a fines del año 83- no eran significativas, en el mundo real de nuestro país y eso fue, por lo tanto, un elemento que fue muy importante en esta no inserción.

Y un segundo, motivo, tiene que ver con la dificultad que tiene este estilo de militancia renovada, que es un estilo que va a contrapelo de la realidad, de la realidad que se vive concretamente, cotidianamente en los distintos sectores sociales.

Nosotros queríamos hacer las cosas de una manera como no se debían hacer y perdimos un tiempo significativo por hacer un proceso de lealtad inimaginable con nuestro discurso de renovación, queríamos

entrar de una manera distinta. Y eso ha chocado con la realidad porque naturalmente en el país se vive una situación que es mucho más conservadora como tú lo señalaste y mucho más tradicional. En general uno tiende a hacer política como realizaba política antes, es así en la mayoría de los casos. Y la minoría de casos es una forma distinta de hacer política, son casos más particulares que atañen a esferas muchos más específicas.

Pero en Chile se sigue haciendo política, como se ha hecho siempre y nosotros quisimos durante un tiempo hacer política de manera distinta, y nos fue mal, en ese sentido. Debemos reconocerlo.

Entonces a esos dos elementos que señala Ricardo en su primer punto, yo agrego estos otros dos. El problema de inserción específica nuestra y un problema de estilo que no se correspondía con la realidad ya a fines del año 83, sobre todo en el primer semestre del año 84.

Porque al segundo semestre cambiamos nosotros de estilo.

Creo que, en segundo lugar, sobre el tema orgánico, nosotros fuimos absolutamente impecables dado que, a mi juicio, ese punto estuvo resuelto en esta misma ciudad en el mes de enero de 1984.

En definitiva, lo que acordamos, de hecho, fue reactivar el Bloque socialista que se impulsó prácticamente desde el mes de marzo de 1984, y de hecho funcionó como una federación de partidos, incluyendo a otros sectores que no son partido, pero éramos una federación.

En el fondo, ¿qué es lo que buscábamos y qué es lo que fuimos durante ese momento? Fuimos un actor, y esa era toda la tensión orgánica, no era otra. Es que no es posible sino ser actor, compartir, por lo tanto, sentimientos de desafíos y tensión política. Y esa posibilidad la tuvimos, la tuvimos durante 9 meses, y durante algunos meses por lo menos me consta que, en sectores del partido socialista, sectores del Mapu y sectores de la Izquierda Cristiana se jugaron lealmente en transformar esa concentración en un actor real en este país.

Ahora, el punto estaba en que, para ser un actor, entendiendo que la situación del país era compleja, se necesitaba de algo más que un sector del partido socialista, que algo mas que un sector de la Izquierda Cristiana y del Mapu y del Mapu Obrero Campesino. Se necesitaba poner toda la voluntad política y toda la fuerza política de cada uno de ellos, para que en ese momento precisamente pudiera generarse este actor político. Y eso no existió, ni comprobamos una voluntad leal, completa, cien por ciento del conjunto de los actores para poder hacer de ese bloque socialista un actor único con una política, porque había elementos políticos comunes, pero faltó una voluntad política, que yo creo que es un elemento que lo quiero señalar con mucha fuerza porque es un elemento determinante para el posterior fracaso del Bloque Socialista.

Y creo que allí mayor responsabilidad, sin lugar a dudas tienen aquellos que tenían una doble actividad política, en el Bloque y en la Alianza Democrática. De hecho, privilegiando la acción política de la Alianza Democrática, más allá de discursos y de las voluntades personales. Como partidos, ello sucedió así.

En tercer lugar, sobre la tensión Partido Comunista, allí el problema, estaba planteado de manera muy franca. El punto era qué política teníamos hacia el Partido Comunista, dado que mientras un sector del bloque socialista tenía una política clara en la Alianza Democrática y por lo tanto tenía una política bastante desarrollada hacia el centro político, simultáneamente se oponía a tener una política hacia el Partido Comunista. No querían tener una política activa hacia el PC. Ello fue un grave error.

Hubo que sacar a la fuerza en el Bloque Socialista las decisiones de declaraciones conjuntas del bloque socialista con el MDP. Los que estuvimos allí lo sabemos, no es necesario repetirlas. No era una voluntad consciente, de compartir al mismo tiempo una política hacia el centro político y una política hacia la izquierda comunista expresada básicamente en el MDP.

Yo creo que esa tensión fue muy fuerte en ese momento, y hoy día, es menos importante. Yo creo que sobre este tema hoy día tenemos mayores puntos de acercamiento.

El punto anterior, el tema orgánico, el del actor, el que tuvimos en la mano durante mucho tiempo, hoy día es más lejano.

Creo que la cuarta tensión, la que tiene relación con la lucha antidictatorial, para mí, por lo menos, y lo pude observar en varios sectores del país, fue tal vez, uno de los aciertos mayores que tuvo la renovación socialista. La política de desobediencia civil, impulsada por nosotros fue ampliamente acogida por los más vastos sectores de la población, y no sólo a nivel popular, sino que los sectores políticos distintos al ideario socialista empezaron a sostener esta política como la de ellos.

Incluso hoy la Democracia Cristiana, una parte importante de ella y el Partido Comunista también lo sostienen, a través de distintas formas, pero así lo plantean. Es una política que ha ido ensanchando su base de apoyo y de reconocimiento. Lo que hubo en Chile durante el año 83 y 84 fue desobediencia civil, no hubo violencia aguda.

Yo creo que ese criterio único de lucha es una tensión que no existió y por el contrario creo que hoy es menos aún una tensión del Socialismo chileno y de la renovación del socialismo, puesto que a este criterio de lucha se han agregado criterios convergentes en torno a salidas políticas y en torno al famoso problema de la negociación y la transición. Creo que hoy en estas materias tenemos elementos más coincidentes que en el año 84.

Yo pienso que, en relación al punto del Partido Comunista, está vinculado la tensión de política de alianzas.

En ese sentido pasaba a desnaturalizar de manera importante la práctica política del bloque en relación a su idea originaria y profunda del bloque por los cambios. Porque la política del bloque por los cambios, desde ese punto de vista, aparecía como la idea del entendimiento entre el socialismo y la Democracia Cristiana. Y eso no es Bloque por los Cambios que formulamos en el manifiesto de los socialistas y no es la idea que tenemos como proyecto de nación, en ningún caso. Pero en ese momento producto de la política concreta de las orgánicas que estábamos en el Bloque Socialista, se desvirtuó la naturaleza de nuestra política de unidad social y política del pueblo.

Yo creo que esta tensión también podría decaer de manera importante.

Yo creo que en los sectores socialistas y de renovación existe un criterio mayor de convergencia sobre una política hacia el centro político, pero creo que simultáneamente también existe una mayor convergencia de una política hacia los sectores del MDP o hacia el Partido Comunista en particular. Creemos que la política por el Bloque por los Cambios en esta medida pasa a ser algo más integral, más equilibrado y más viable, más posible para nosotros.

En relación a esos temas hay una pérdida de tensión. Sin embargo, creo que, en relación al problema de la autonomía del socialismo chileno, hay una ambigüedad» porque la autonomía no está vinculada por lo menos por la experiencia de todos estos años al punto de si los socialistas estamos en el MDP o estamos

en la Alianza Democrática. No radica en definitiva allí el problema de la autonomía de socialismo, sino que está radicando cada vez más, de manera más significativa en el peso real del actor socialista y de su política para el país.

Y como seguimos divididos los socialistas chilenos, también aquellos que estamos por la renovación, sigue siendo un problema de alta vigencia. Nuestra propia pérdida de actualidad, porque mientras se desarrolla el proceso político chileno, nosotros no logramos crecer en los niveles que se requieren para poder gravitar como la Democracia Cristiana y el Partido Comunista en el país.

Entre otras razones que explican esta realidad es justamente la falta de unidad del socialismo y la debilidad tema para sostener políticas comunes. Si yo soy franco, puedo decir que hoy día, más que ayer, el problema de autonomía del socialismo es un problema mayor, que puede terminar, provocando, no voluntariamente, sino que, obligando a ciertos, actores socialistas a acciones y alianzas políticas que en definitiva van a desnaturalizar aún más los espacios de autonomía que hasta ahora ha gozado.

Lo que sucedió con la elección del Sindicato N.º 2 del carbón, es un ejemplo, 1 compañero candidato del MAPU se perdió por 5 votos, de un total de 600 y tanto, simplemente porque no hubo un proceso creciente de unidad del socialismo allí; en Huachipato vamos a perder también los socialistas porque llevamos 4 o 5 candidatos; en la Universidad Católica de Valparaíso nos disputamos entre el MAPU y el PS Briones porque tiene que haber solo un candidato de los dos; y en la Católica de Valparaíso nos hemos conflictuado con los Almeyda y la Izquierda Cristiana; y en la Universidad de Concepción nos hemos tomado con la IC en varios Centros de Alumnos. Vamos a seguir tomados y perdiendo, porque siempre pierde uno, aunque no siempre el mismo. En el fondo el que pierde es el socialismo ante la imagen del estudiantado, de los pobladores, trabajadores o de la opinión pública. A ellos no les importa las dificultades internas nuestras, lo que le importa es que ve bajando el socialismo en relación a los eventos que son populares y democráticos, y ese es el dato. En esa medida, por lo tanto, cuando sectores del socialismo ven que no hay unidad, entonces buscan necesaria y particularmente en procesos electorales arrimarse a un aliado que sea más fuerte, que le asegure su puesto en la directiva. Eso atenta de manera progresiva a una pérdida mayor de autonomía del socialismo chileno.

Yo creo que hay dos tensiones más que no las entendí del planteamiento de Ricardo y que a mi juicio son muy importantes.

La primera de ellas son las tensiones internas de cada uno de nuestros partidos. Creo que son más que gravitante, son muchas veces determinante para el proceso de renovación y de unidad del socialismo chileno.

Yo creo que sobre este punto en algún momento sería importante poder hablar con altura y con franqueza. Si cada una de las orgánicas del socialismo chileno sigue funcionando a partir de las necesidades de su propia situación interna, vamos a seguir sin unidad socialista y vamos a seguir alejándonos de la posibilidad de tener un socialismo gravitante, poderoso y extendida a tono el país.

En esta materia hay un problema de tiempos políticos, que es importante. No es suficiente que en algunos momentos pensemos cosas parecidas las fuerzas que estamos en el proceso de renovación y unidad socialistas.

Lo importante es que hagamos coincidir los tiempos políticos, porque si el MAPU pensó hace 2 años atrás, y ahora lo piensa el Partido Socialista o el Partido Socialista hace un año atrás pensó una cosa que el MAPU

la va a pensar en 6 meses más, no sirve. No sirve que sigamos el ritmo de las orgánicas internas porque no van a coincidir en el tiempo político necesario para que se pueda producir una acción política común, presente, y por lo tanto que tenga el resultado esperado.

Creo que esta situación me hace llegar a la última tensión que es aquella que ya ha empezado a provocar dificultades más que notoria y tiene que ver con las repercusiones del no avance del proceso de renovación y de unidad política del socialismo chileno con los movimientos sociales.

No quiero ser pesimista, pero en la Universidad, cuando se habla del Socialismo se habla de las disputas por las candidaturas y por las alianzas de la Universidad, no hay grosso modo unidad de socialismo allí en el campo universitario. Hay disputas, una disputa muy fuerte.

Igual realidad tiene la política poblacional. El Movimiento Dignidad donde de una u otra manera estamos todos nosotros, es un movimiento que está inmovilizado por razones estrictamente políticas, no son otras las razones, es por la falta, por la ausencia de un proceso de unidad de las fuerzas políticas socialistas.

En el campo sindical, sucede algo similar, es decir, que hay una proyección que atenta con la autonomía del socialismo chileno. Ya no sólo las diferencias van en relación a la esfera de las orgánicas y de las cúpulas actuales, sino que ya está teniendo un costo significativo en la expresión del movimiento social, y eso sí que ya me preocupa porque me parece que es extraordinariamente crítico.

Creo que un ejemplo distinto de lo social es el caso de las mujeres, pero sólo es el único.

Ahora para terminar con esta visión tajante y crítica, quiero señalar 'que las tensiones políticas, la mayor parte de las tensiones políticas señaladas, hoy, están más allanadas que ayer. Naturalmente que el año 84 y el año 85 y que por lo tanto el punto más sustantivo, más sustancioso que queda por resolver, es aquel nuevamente de actor político que pueda expresar esas políticas que existen a mi juicio, que existen, que están ahí, pero que sin este actor carecen de vigencia, carecen de fuerza y por lo tanto no van a ser efectivas, ni para el país ni para el proceso de recomposición del socialismo chileno que tanto se necesita.

Yo he querido ser crítico para justamente señalar la urgencia de la necesidad de reponer el tema del actor socialista, bajo la forma que sea posible para poder hacer más eficaz las potencialidades que sigue teniendo el proyecto de renovación socialista.

LAS RESPUESTAS POLÍTICAS DE LOS SOCIALISTAS CHILENOS

Roberto Celedón

Primero quisiera hacer una confesión. Si no hubiese estado ayer presente en el debate, me habría sido muy difícil hacer estas notas de presentación sobre el tema, porque la primera aproximación es el título, y yo recibí el título, cuando me pidieron que preparara esta exposición. Y tenía la dificultad de saber en qué tiempo estábamos hablando, la respuesta política de los Socialistas, los Problemas del país, y tenía cierta dificultad (que más de alguno ha expresado) de saber cuál es la respuesta socialista a los problemas de hoy del país, pero, de alguna manera este seminario tiene un carácter de cierto balance de un proceso, y por lo tanto eso me da una pauta (más el aporte de algunos compañeros), para encarar esta breve, brevísima exposición.

El primer elemento que quisiera destacar es algo que puso Manuel Antonio, ayer en su debate y que no fue centro de nuestras reflexiones, pero yo creo que fue algo muy importante: que las diferencias entre

los distintos componentes de las fuerzas socialistas se ubican más en el campo de la línea política que en la concepción sobre los contenidos o en la concepción sobre la Renovación. Y yo creo que está diciendo una gran verdad, porque además de los elementos de contenido que aquí se han definido, respecto de la Renovación, todos entendíamos la Renovación como un camino, como un esfuerzo necesario y un camino inevitable, indispensable para construir una mayoría y darle realmente perspectivas mañana a una alternativa democrática y a una alternativa popular. Sin este esfuerzo de renovarnos, de ajustar nuestras cuentas con la historia de ayer y con el presente, creíamos que la izquierda chilena no iba a tener posibilidades de presentarse nuevamente como alternativa real de poder; alternativa confiable de poder y por lo tanto la Renovación tenía este otro elemento, que no ha sido suficientemente destacado, la Renovación era un tremendo desafío a fin de construir un camino de mayoría para el Socialismo y darle nuevamente perspectiva a la demanda popular de superación del capitalismo.

De alguna manera, y quizás tardíamente, comprendimos que el uso del tema de la sospecha democrática que había sobre la izquierda, como un elemento causante, como el elemento aglutinante de las fuerzas que participaron en el Golpe de Estado y este saldar cuenta de nuestra relación con la Democracia, pasó a ser un elemento muy sustantivo, en nuestra reflexión y en la respuesta de la escena de los distintos actores políticos y especialmente de los socialistas.

Entonces, como quería marcar la primera idea de que la observación de Garretón me parece que es justa, que las diferencias están en el campo de la línea política, y ello significa de algún modo, en la definición de objetivos, el camino de consecución de estos objetivos y, en la forma concreta como interveníamos en la realidad política nacional. Ahí estaba el centro de los conflictos que enmarcó, de alguna manera, la existencia del Bloque.

Un segundo elemento, porque creo cometer una tremenda injusticia si coincidimos en el planteamiento de Manuel Antonio, porque podríamos situar la responsabilidad en la dirección política de ese actor socialista que hubo. Si el problema es de línea política, más que de elementos conceptuales, la responsabilidad está en aquellos que tuvieron la responsabilidad de dirigir ese actor socialista, y creo que sería una enorme injusticia porque (aquí quiero hacer la segunda observación) yo creo que no hubo actor socialista en forma, durante el período de emergencia de la política en Chile a partir como aquí se ha situado del inicio de lo que se denomina llamado a "protesta", porque hay un hito muy importante de Mayo del 83 como alguna revista lo tituló "emerge la política", donde surgen los distintos actores políticos y actores sociales de manera convulsionada pero emergen emergente. Yo creo que no hubo un actor socialista en forma y he tratado de reflexionar respecto al traslado que hay entre cierto lenguaje teatral hacia la política, (actor, escenario). Yo creo que para que alguien sea actor tiene que tener cierta personalidad, perfil político, cierto perfil político muy nítido, cierta conciencia del rol que tiene que jugar, y a su vez cierta propiedad, cierta exclusividad en la función que va a cumplir; o sea, personalidad política orgánica estructurada, una conciencia del rol a representar y propiedad o exclusividad en esa función. No todo el que se sube al escenario es un actor.

Yo creo que aquí había problemas muy serios para constituir el actor socialista, durante este período, porque el socialismo fue sobre todo un campo de disputas, quizás desde la crisis del P.S. en 1979, y ahí dio inicio a su vez del proceso de convergencia socialista como bien lo ha marcado la introducción de este seminario. El socialismo empezó a ser un camino, pero también y, quizás, sobre todo fue un campo de disputa inter socialista por un lado y también respecto de las dos potencias en torno al cual el accionar socialista se iba a relacionar: por un lado, la D.C. y por otro lado el P.C. Para la D.C. no era indiferente el

actor socialista que surgiera desde la crisis; y al P.C. tampoco le era indiferente. Pero sobre todo la dispersión socialista estaba marcada fundamentalmente, por una lucha (sobre todo en el Socialismo histórico) Inter fraccional y de alguna manera, todo este proceso que se inicia con la Convergencia socialista y que culmina en su expresión orgánica con el Bloque Socialista, es un proceso que está marcado por la sospecha, está sometido bajo la sospecha y en parte, de alguna manera, la sensibilidad yo creo fue muy dominante en los Socialistas del tramo histórico, como se denominaban, la sospecha de que fuerzas de los socialismos emergentes trataban de copar un espacio que les era legítimo, que históricamente les pertenecían a ellos, como también todo (y bien lo señalaba Tomás Moulian y las frases iniciales de Oscar Guillermo Garretón), hay una enorme sospecha respecto de lo que era realmente el alcance de la Renovación, porque aquí hubo, desgraciadamente una destrucción del mundo simbólico, hubo (a mí me tocó vivirlo desde el exilio) una quema de partidos, y del rol del partido, una quema de la ideología a la cual se abrazaba anteriormente y que te daba un cierto campo de certeza, en que tú no sabías bien los contenidos, los perfiles de la Renovación, cuáles eran los límites de la Renovación, cuáles eran las afirmaciones y las convicciones políticas profundas que expresaba. Yo creo que el Bloque Socialista fue un proyecto de actor o un actor socialista incompleto, con muchas contradicciones entre los componentes de esa conformación. Carecía de autonomía real, política y orgánica.

Había quizás un divorcio muy profundo entre la realidad y la voluntad de ser del Bloque Socialista, porque yo creo que en la realidad era un esfuerzo de concertación política entre 6 componentes y 4 claramente de composición partidaria, pero se había planteado un objetivo en torno del concepto de nueva fuerza socialista que además creaba conflictos internos a cada uno de los componentes, no había ninguna claridad respecto de la significación real del concepto de nueva fuerza socialista: si era un partido nuevo, un partido único que superaba al conjunto de los otros conglomerados que concurrían a su constitución o era un partido, o un esfuerzo de integración de los nuevos socialistas a los viejos socialista.

Entonces, yo creo que había un divorcio muy profundo entre la realidad del Bloque Socialista, que no pasaba de ser una concertación partidaria, con los contenidos que se había autodefinido: ser el germen o el canal de constitución de una fuerza socialista. Respecto del Bloque, yo diría que ha habido un obstáculo de fondo (y lo aprovecho de señalar), que para cumplir esta pretensión que por lo demás, desde un punto de vista cuantitativo, de tiempo político real, fue el que más nos desgastó, el famoso tema orgánico fue el que más nos desgastó, es donde más invertíamos tiempo político real, era necesario, había cierto pre requisito que era el necesario entendimiento, concertación o Unidad de los herederos legítimos del P.S. Chileno, porque si no, nos íbamos a enfrentar a un problema que posteriormente fue mucho más claro en el desarrollo del Bloque, que en la alternativa de constituir dos fuerzas socialistas si no había cierto cansancio, cierto entendimiento de los distintos componentes del P.S respecto de este nuevo compromiso de ampliación de la zona de influencia, y de ampliación del rol político de los socialistas, nos iba a llevar a un problema que iba a ser insoluble que era tomar la opción de constituir dos fuerzas socialistas en torno a la cual no había ningún consenso político, porque los más entendíamos exactamente el Bloque como un esfuerzo de aglutinamiento de los distintos componentes socialistas pero para constituir una sola fuerza socialista.

Yo creo que las dificultades del P.S. del Tronco Histórico, necesariamente pesaban sobre el desarrollo de este intento de actor socialista incompleto que fue el Bloque y hay un obstáculo político real, que aquí se ha señalado en algunas intervenciones en el día de ayer, que era de alguna manera el actuar del Bloque fuera un actuar extinguido, no había claridad respecto a la naturaleza del Bloque, porque la I.C. y el MAPU querían que fuera el tercer referente político nacional y ese era un punto sobre el cual mí, impresión en el

P.S. que dirigía el Compañero Briones (o que dirige el Compañero Briones), no había claridad y de alguna manera, un Frente Interno en torno al cual ordenaba tiempo, ritmos, contenidos con las fuerzas del Socialismo llamadas "Emergentes" o "Socialistas de Origen Cristiano", como se quieran llamar, a fin de provocar la integración de ellos, cosas que crearon aprensiones del orden, también orgánico enormes en estos componentes del Bloque Socialista, especialmente en la I.C. Entonces, la naturaleza del Bloque no era clara. El otro elemento, que es desde donde se hacía política era el punto clave. Si hacíamos política socialista desde el Bloque o desde donde y aquí la práctica marcó que se hacía preferentemente política desde el lugar donde estaba aparentemente la fuerza dirigente Briones, y, quizás un ejemplo dramático de esto fue el caso del Pacto Constitucional, que forma parte sustantiva de uno de las tres propuestas del B.S. surge desde el B.S., se elabora desde el B.S. y después de un breve proceso es expropiada por la Alianza Democrática con mucha propiedad, no es que subjetivamente se haya expropiado, porque aquí había un momento de enlace, de ambigüedad entre el B.S. y la A.D., lo que a su vez marcaba otro problema muy serio, cuál era el espacio que en la oposición política chilena ocupaba el BS y más bien parecía que el BS estaba en el limbo cosa que aprovechó muy bien el MDP, porque aunque no nos gustase, nos desagradaba, el MDP monopolizó la expresión política de la izquierda chilena, incluso hasta hoy día no hemos podido romper la imagen que existe, de que la expresión, los herederos políticos de la izquierda chilena están centralmente en el MDP. No estaba clara la naturaleza del Bloque, no estaba claro el lugar que ocupaba en el escenario político nacional el B.S. y yo creo que son elementos que efectivamente dificultaban que esta expresión orgánica imperfecta, incompleta fuera plenamente responsable de la causa primera que señalaba Manuel Antonio, de que el problema real está en la línea política más que en los contenidos y alcances de la Renovación.

Ahora, entrando a los puntos más específicos del tema, yo diría que desde un punto de vista formal, las propuestas políticas de este actor socialista con la naturaleza que hemos tratado de adquirir fueron tres fundamentalmente: la Oposición Nacional Única, la Desobediencia Civil Como un método de hacer el país ingobernable a la Dictadura y el Pacto Constitucional, enmarcado dentro de una temática que tenía mucha importancia que era el tema de asegurar la gobernabilidad de la futura Democracia Chilena. Estas eran las tres propuestas políticas del Bloque que en el acto del Caupolicán las hizo públicas el Coordinador del Bloque Ricardo Núñez.

Yo creo que en un simple repaso de estas tres, no hay duda de que el aporte principal del Bloque fue el Pacto Constitucional, donde tuvo responsabilidad directa en su surgimiento en el planteamiento del tema, en la necesidad de ponerse de acuerdo y como un camino, además para el acuerdo del conjunto de la oposición, la posibilidad de poner de acuerdo a todas las fuerzas políticas respecto de los cuales iban a ser los contenidos y naturaleza del futuro estado democrático y creo que fue un ejercicio del cual, de alguna manera, surgió después el Acuerdo Nacional.

Ahora, he señalado que el primer problema era el de la concertación, de la unidad democrática, y había aquí una ambigüedad política en torno al tema de la Oposición Nacional Única; no había suficiente idoneidad en el planteo, por la situación que señalaba de participación del 50% del Bloque en un referente que personificaba el tema de la exclusión y que permanentemente, vía los desafíos de definiciones que planteaba el régimen nos creaba un conflicto serio, pero lo que es más grave, desde el punto de vista de responsabilidad interna, es que el Bloque nunca se confrontó ideológicamente con el "exclusionismo"; nunca participó activamente en la lucha política para derrotar a la exclusión.

Yo creo que ahí hay de alguna manera una responsabilidad política nuestra; de los que participamos en el B.S.

Creo que en el tiempo el Bloque deshecho una oportunidad histórica de hacer una contribución muy sustantiva en este plano, que fue al tiempo de la declaratoria de Estado de Sitio en noviembre de 1984 y el curso prolongado del 85.

Yo creo que ahí había una conciencia muy clara de crisis o fracaso de los referentes políticos y quiero hacer simplemente una referencia (porque puedo tener mucha subjetividad sobre el tema).

Creo que la iniciativa de la Intransigencia Democrática fue una iniciativa que perfectamente el Bloque podría haber planteado y conducido con mucha fuerza porque yo creo que en sus contenidos, y en su voluntad unitaria, expresaba exactamente las bases políticas con las cuales se constituía el B.S. y desgraciadamente, creo que no fue así, creo que ahí tuvo una oportunidad política muy concreta en que el Bloque asumiese un rol activo en la búsqueda de una nueva concertación política a nivel nacional.

¿Cuál es el cuadro en que nos encontramos actualmente respecto de este tema, que nos creó muchas tensiones? Yo creo que el tema de la concertación y unidad democrática hoy día ha tenido avances muy, muy sustantivos. La constitución del llamado CPP, (Comité Político Privado.) la constitución de la Asamblea de la Civilidad.

Creo que con propiedad uno puede decir que el tema de la exclusión es hoy día un tema, sino completamente, casi completamente superado en Chile. Y aquí se puede hacer mucha crónica política.

El tema que se produce (por ejemplo) a partir de la carta del MDP a la A.D. y la conducta de los radicales y posteriormente la conducta de los Socialistas, lo importante que fue para efectos de desempatar el problema del término de las exclusiones, o sea, era un factor muy determinante, muy clave la conducta política, la voluntad política como el tema de la exclusión y no la hubo en tiempo oportuno, entonces me marco lo que señalaba ayer Jaime Cataldo; en este punto hoy día hay avances políticos sustantivos y fue un tema que de alguna manera, internamente nos tensionó.

Un segundo tema se refiere al problema de la unidad en los objetivos y los métodos de lucha. Yo creo que aquí también las fuerzas que estaban al interior del BS, o el BS creo que tenía un enorme claridad política al respecto de que el objetivo era el objetivo democrático y esto de alguna manera haciendo un contrapunto con los otros conglomerados políticos en que (y no creo ser injusto en la valoración) yo creo que la A.D. se conformaba inicialmente con ciertos modos de democracia restringida, porque el tema de la exclusión, referido al tema de las hegemonías, para asegurar hegemonía era funcional el tema de la exclusión y yo creo que la A.D. no le hacía caso al tema de la democracia restringida, no era lo satisfactorio, no era lo que ellos quizás buscasen, pero en nombre del realismo, del pragmatismo estaba dispuesta a llegar a fórmulas de Democracia restringida y por otro lado había también uno -en el campo del MDP y especialmente del P.C.- una ambigüedad enorme con el tema de la Democracia avanzada o Democracia Popular.

Creo que las fuerzas políticas que estaban al interior del BS plantearon con mucha nitidez el tema de la Democracia plena, el tema del retorno de la soberanía del pueblo.

Respecto del método, creo que también la realidad le ha dado plena convalidación a lo que era también la apreciación común de las fuerzas que eran componentes del B.S. al definir la estrategia como el camino

principal y como el objetivo y método posible que era la búsqueda de la derrota política de la Dictadura: Movilización Social más Desobediencia Civil, a fin de procurar la derrota política del régimen. Movilización Social, Protagonismo Popular, Desobediencia Civil, constitución del protagonismo popular como poder democrático real que se puede plantear de manera alternativa al estado institucional, al estado oficial y como garante de la futura democracia y el tema de la estrategia de la derrota política de la Dictadura, era sinónimo, era contradictorio con dos elementos que estaban: que era la negociación intro-sistema y en el otro lado, la militarización de la lucha, la militarización creciente y progresiva de la lucha y en esto yo creo que el B.S. o los partidos del B.S. tuvieron una enorme claridad política, pero una inmensa incapacidad práctica de conducir a sus componentes en esta línea central.

El tercer punto diría yo que lo centraría en el tema anunciado por muchos de la política de alianzas. Y aquí plantearía tres puntos:

1º Las diferencias (hubo diferencias muy claras) respecto del sentido del entendimiento con el centro político. Para unos, el sentido político, histórico del entendimiento del Socialismo con el centro político tenía por objeto asegurar el objetivo democrático, era necesario para la lucha democrática del pueblo y para asegurar mañana, dar estabilidad a esa democracia.

Y yo creo que para otros la alianza con el centro político tenía un carácter estratégico. Y yo recuerdo una reunión interna del Bloque Socialista sobre este punto, casi podría señalar la fecha, el 8 de mayo del 85, a propósito de la discusión de los pactos socialistas, ahí un compañero, con mucha honradez, dijo que el objetivo (que era un tema de conflicto muy especialmente con la I.C.) el objetivo estratégico era el entenderse por un largo tiempo con el centro y con la derecha en el marco de la A.D. Estamos en medio del Estado de Sitio, también en la A.D., se hace un esfuerzo muy pertinaz, de búsqueda de entendimiento con la derecha política, con la derecha del MUN y del Partido Nacional fundamentalmente, porque creen que por ahí hay salida democrática.

Este es un punto yo creo de contradicción, porque no creo que ningún partido componente del B.S., rehusara el entendimiento con el centro político; simplemente le da un nivel de profundidad distinto.

Respecto del otro actor (porque había diferencia de la alianza con la izquierda) y aquí ya se ha señalado el tema de la unidad de la izquierda versus dos izquierdas. Yo creo (y en eso no comparto plenamente lo que planteó ayer Manuel Antonio), porque el tema de las dos izquierdas tiene una naturaleza mucho más ontológica que política, porque nadie ha planteado una unidad monolítica o una izquierda en el sentido político, por el contrario, hay siempre explícitamente, además de un reconocimiento de cierto cuadro de crisis en la izquierda, hay una afirmación de constitución de un actor socialista en el seno de la izquierda, eso nunca lo hemos visto como contradictorio con la afirmación de unidad de la izquierda. Porque creo que tenemos un actor social, una historia, objetivos globales comunes en el componente social de la izquierda, el mundo popular diría yo es exactamente el mismo y el tema de las dos izquierdas, trata de hacer cierta diferencia ontológica, definición de seres distintos, con objetivos distintos y ahí, sin duda que nos íbamos a encontrar con intencionalidades políticas también diversas y pugnantes entre sí.

También hubo diferencias respecto de la comprensión de la alianza de los socialistas. Hubo una fuerza socialista, dos fuerzas socialistas; que fuerzas socialistas, nuevas, fuerzas socialistas viejas, etc., esto fue un tema, al cual ya he hecho referencia, que fue un tema conflictivo.

En la situación actual respecto de este tema que fue tan conflictivo entre nosotros, yo diría que más o menos aquí hemos salido todos perdiendo a mi juicio. Yo creo que hoy día la D.C. se entiende directamente con el P.C. o con el MDP en la medida que se han superado otros problemas de orden político que había mencionado anteriormente, la tendencia es a la relación directa DC-PC y el caso más evidente fue la Asamblea de la Civilidad y la composición del Consejo de la Asamblea de la Civilidad y el MDP, si bien verbalmente, retóricamente, manifiesta su disposición a la unidad de la izquierda, de hecho no está dispuesto a hacer ningún paso a que la viabilice realmente, porque quiere monopolizar para sí toda la imagen que hay de esta materia y quiere constituir hegemonía en torno de él, respecto del tema de la unidad de la izquierda. Entonces, hoy día, en materia de política de alianzas, vemos una relación directa, sino privilegiada, pero muy directa, y puede tener alcances históricos distintos entre la D.C. y el P.C. y no hay, viabilidad en el corto plazo de constituir una unidad de la izquierda porque el MDP es un factor que va a retardar este proceso.

Entonces la Mesa de Izquierda, en que están todos los componentes de la izquierda chilena, en definitiva, no tendrá personalidad política para actuar en el escenario nacional, y cuando actuó, en su primer acto de vida que fue con motivo de la declaración con respecto del Acuerdo Nacional, cómo terminó siendo contradictorio con percepciones al interior del MDP, ahí en ese mismo momento nació y murió, como expresión pública, la Mesa de Izquierda. Entonces ahí tenemos un problema importante.

Un cuarto punto y último, en este esfuerzo de ordenación de temas, es el tema de la resolución de la crisis política a nivel nacional. Aquí ha habido una permanente tensión entre ruptura democrática y negociación.

Este tema se refiere fundamentalmente a cómo concebimos la Transición, se refiere fundamentalmente a 3 momentos: es, como concebimos la salida, la caída de la Dictadura; como concebimos la Transición y como el reordenamiento mañana de la futura institucionalidad democrática.

Aquí se plantea el tema, inevitablemente del Acuerdo Nacional que puede ser también analizado perfectamente en torno a esta coordenada: ruptura democrática o negociación. Y aquí es quizás el primer instrumento en que nuevamente los, componentes del Bloque, después de la crisis del Bloque, están unidos en la percepción respecto de esto, independientemente de los que están dentro, de los títulos, de suscriptores, aprobantes del documento o adherentes del documento, y aquí yo quiero previamente afirmar que creo que el Pacto Constitucional, es de alguna manera el germen, el método y muchos elementos de su contenido están en este Acuerdo Nacional.

Pero, respecto de un punto que pasa a ser clave, respecto de la resolución de la crisis política a nivel nacional, aquí el Acuerdo Nacional, los componentes Socialistas del A.N., han demostrado una enorme incapacidad política de conducción.

Yo creo, que fundamentalmente ha quedado marcado por las interpretaciones políticas del MUN y de los Coordinadores del Acuerdo Nacional. Entonces, incluso en este punto, aún en el tiempo del "Año Decisivo" se ha sido absolutamente incapaz de darle a un documento, que podría ser un modo de ruptura con el régimen y una definición respecto de la Transición hacia la Democracia, ha habido hasta el presente una enorme incapacidad política de reencuadrarlo en torno de los objetivos que también de manera común lo hemos definido respecto del "Año Decisivo", respecto de este año.

Pero creo que aquí es donde quizás haya más tema que aportar en el campo de las fuerzas componentes del socialismo chileno y donde es quizás hoy día, donde hay mayores posibilidades de concertar la fuerza socialista y donde creo se producen consensos y visiones muy similares.

Creo que respecto del tema de formas de término del régimen se ha producido un consenso bastante significativo en términos de ponerse en la opción de ruptura democrática sin perjuicios de considerar que hay momentos de negociación, pero dentro del marco de la ruptura y no dentro de un marco de integración opositora al marco institucional del régimen, o sea, negociación para la ruptura democrática, de alguna manera es por todos aceptada, negociación sin ruptura con la institucionalidad de la Dictadura, yo creo que es un punto límite.

Yo creo que sobre este tema en general hay mucho consenso entre las distintas fuerzas socialistas y aquí, sin duda que una concertación de ellas puede ser muy significativa, puede ser un aporte muy importante, también creo que sobre la transición propiamente tal que es un punto, que hoy día pasa a ser absolutamente, extraordinariamente relevante, después de Pinochet ¿Qué? un punto político institucional, también y creo que es uno de los temas más urgentes, en el orden político, aquí hay también un punto que es muy importante, en torno al cual se puede decir una palabra común.

Otro problema político en que se podría aportar es el tema desde donde se produce la concertación política opositora, en que espacio se produce la concertación política opositora de manera pública, de manera abierta frente a todo el país y frente a la comunidad internacional. Pasar de esta concertación política privada a una concertación política pública. El espacio donde eso produce; también creo que las fuerzas socialistas pueden decir una palabra en común en concreto, y que puede ser muy determinante. Pero queda pendiente el tema desde donde hacer política desde que espacio hacen política los socialistas. Y eso lo planteo como interrogante.

Bueno, yo quisiera un poco llegar hasta aquí.

GONZALO MARTNER

Yo me quiero referir en esta discusión a una preocupación especial que es la de cómo se reconstituye un actor político concreto que exprese esto que hemos estado discutiendo particularmente ayer y que es un conjunto de referencias que más o menos compartimos.

Y me voy a referir a tres cosas concretas que yo creo que tienen que ver en definitiva con este problema no en su dimensión más específica que entiendo la discutiremos, luego que exponga sus ideas Oscar Guillermo Garretón, sino en esta etapa de las tensiones y de cómo nos rearticulemos, en definitiva, a partir de las tensiones y de los logros alcanzados.

Lo primero y diría, que tiene que despejarse es un cierto modo discursivo por una parte y barroco por otra de relacionarnos. Creo que no tiene sentido y en eso Guillermo del Valle tiene toda la razón de que nos pongamos a hacer el listado de las cosas que nos han pasado en materia de desencuentros políticos, pero si es importante hacer referencia a otras cosas más generales que tienen que ver, creo yo, con este modo discursivo y barroco de relación. Discursivo por qué, porque obviamente aquí hay un problema muy de fondo entre nosotros respecto del famoso tema de la secularización de la política, planteado ayer en modo abstracto y vivido de manera excesivamente concreta por todos nosotros. Y en particular el famoso tema de las alianzas. A mí me sigue (y no quiero ahondar demasiado en el punto), pero me sigue pareciendo absolutamente increíble que, a estas alturas de los acontecimientos, venga Celedón y nos diga que, en

definitiva, en la reunión del 8 de marzo, de mayo del año 85, nosotros dijimos que (P.S. Briones), teníamos una alianza estratégica con el centro y la derecha. Mas parece que es un modo de relación entre nosotros que no tiene que ver con los planteamientos que pueden ser muy criticables, pero que no son los que tenemos y respecto de ese punto y muchos otros, nos hemos relacionado una y otra vez sobre las bases de cincuenta mil equívocos y particularmente, diría yo, que era muy inconsecuente, porque finalmente se nos ha criticado terriblemente, respecto de este problema. En definitiva nosotros hemos asumido de una cierta manera el problema de la relación con el centro político y con la derecha, creo que hemos tenido una cierta coherencia y hemos tenido una cierta coherencia y hemos estado dispuestos a pagar costas, pero llega un momento en el cual y me parece muy positivo otras fuerzas de esta área también empiezan a tener políticas activas en esta materia y, en definitiva, lo que a mi a estas alturas me molesta es que sigan disparando contra el pianista, entonces nosotros hemos estado dispuestos, después de una larga relación difícil, compleja con Gabriel Valdés y hoy día la I.C. se sienta con Bulnes, pero nos siguen criticando de que nos sentemos con Valdés, entonces, asumamos de una vez por todas la secularización en la política en la que esto tiene de necesario, no en definitiva y Uds. me escucharon ayer, soy muy crítico respecto al mero pragmatismo en política, pero bueno, hagámosle manera seria esta discusión. Y quiero poner un ejemplo, el de la Revista Alternativa y el Congreso Alternativo.

Yo he tenido discusiones con algunos de los compañeros que estamos acá, terribles; muy angustiantes en términos personales porque tenemos una amistad fuerte, respecto a porque nosotros íbamos a los diarios en circunstancias que no estaba invitado el P.C. y cómo aceptábamos nosotros semejante cosa y yo les insisto, es una cuestión muy "jodida" en donde las cosas terminaban mal en términos personales y entonces uno ahora se encuentra con que el MAPU y la IC van a sentarse a esa "cosa" (perdonen la expresión) ridícula del Congreso Alternativo, pero nos siguen disparando a nosotros como pianista, yo creo que llega un momento en el cual es importante tener un cierto balance, una cierta reflexión y en conjunto que asumamos las dificultades, que creo que no son difíciles. En particular yo creo que es un error y creo que todos deberíamos retirarnos del asunto del Congreso Alternativo, pero asumamos que es un problema difícil y Uds., creo que están asumiendo cosas que nosotros asumimos antes, pero hagámoslo en conjunto y hagámoslo de manera seria y consistente y no sigamos con el viejo cuento de que el P.S. Briones está aliándose con el centro y con la derecha. Y el modo barroco de relaciones (y ahí paso a otro capítulo) que el de estas cosas que en vez de decirse que no estamos de acuerdo y por lo tanto queda la "crema" entre nosotros lo llamamos superaciones positivas y lo llamamos redefiniciones y yo creo que ese es otro punto que también es muy importante que a estas alturas de los acontecimientos seamos capaces de enfrentar de manera muy clara.

El Bloque, en definitiva, en su expresión original, se acabó; y se acabó, primero se fue despacito, la I.C. no se notó mucho, no hubo nunca discusión en ese punto y más aún, y lo digo muy concretamente, nosotros como P.S. de Briones no tenemos relaciones bilaterales con la I.C., yo diría que hace un año y medio y nosotros como Comisión Política estamos hace como dos meses pidiéndole una reunión a la I.C. y todavía no logramos tener esa reunión. Entonces ese problema, cuando me refiero a este modo barroco relacionarnos, estamos en estos espacios comunes con la I.C. y el MAPU, en todo el asunto del Acuerdo Nacional, en la Mesa de Izquierda, en la Intransigencia, porque también estamos en la Intransigencia dignamente representados por Manuel Antonio Garretón y sin embargo no somos capaces. Bueno, no quiero alargarme más sobre este punto ni quiero (insisto), ser odioso ni muchos menos, y creo que los temas son otros, pero en el tema de los modos de relacionarnos trataremos en parte de que a lo menos esta reunión nos sirva para avanzar en ese punto.

Ahora creo que efectivamente en la redefinición de este eventual actor hay a lo menos dos problemas esenciales: lo primero un poco lo que señalaba Moulian recién. Yo diría que tenemos que ser capaces de hacer algo que, así como algo que podríamos señalar. como una Política Socialista de Responsabilidad Nacional, creo que es un término que inventó Arrate, Socialista porque es anticapitalista y antiimperialista y se refiere a un mundo simbólico de definiciones programáticas básicas y es de responsabilidad nacional porque asume el país, los satélites, Chernóbil, la deuda, las 60.000 restricciones y creo de eso por suerte estamos en una etapa donde podemos hacer discusiones distintas de las abstractas. Yo entiendo, y algo lo conversamos con Celedón, que el prefería todavía seguir en este plano más general, pero la verdad es que tenemos hoy día mucho material concreto para discutir sobre eso. Yo voy a sacar el correspondiente folleto: Pacto por la Justicia Social. Aquí hay un intento de esta cosa por lo menos y estamos trabajando en este momento, lo sacamos una semana después de la Demanda de Chile, otro documentito que se llama "Viabilidad Económica de la Demanda de Chile", lo estamos discutiendo entre los distintos partidos, entonces hoy día tenemos mucho material, muchas cosas más avanzadas que nos permiten asumir.

Entonces el problema, es que la idea es tratar de discutir el cómo, por qué no nos sigue nadie, pero en definitiva sobre la base de materiales que están, de dinámicas que están y que nos permiten ya establecer como Socialistas y en el sentido amplio y genérico esta relación por ejemplo con la Asamblea de la Civilidad que ha sido muy clara y nítida y eso que no quiero rescatar particularmente a compañeros que están en el exterior, pero la redacción del Documento la Demanda de Chile, ese un documento que está redactado por dos compañeros nuestros que son Sergio Bitar y Carlos Ominami (...) que tiene mucho de responsabilidad nacional precisamente, porque ahí habían 20 documentos iniciales la suma de los cuales hacía una cosa absolutamente imposible y ha salido por el contrario una cosa consensual, una cosa que permite precisamente (bueno, todo esto (...) muy en contradicción por la autonomía de los movimientos sociales, pero fin, hay que asumir esas contradicciones que en definitiva, de una manera positiva para este conjunto de cosas. No me extiendo sobre eso, porque solamente quería mencionar y ojalá podamos, ya sea acá, ya sea en Santiago seguir trabajando, porque tenemos las instancias seguir haciéndolo. No me extiendo más.

Ahora, el problema de las alianzas es obviamente, y estamos referidos a la famosa temática de la línea, es sin ser el único problema y en eso hay que ser muy nítido, es un problema muy importante y ha sido el que nos ha impedido, probablemente superar una cantidad de problemas; desde luego, el Bloque. El Bloque nació herido de muerte porque no había acuerdos con la política de alianzas y creo que cualquier iniciativa nueva o cualquier conjunto de pasos (no me refiero a ninguna cosa concreta, pero cosas que hagamos en conjunto no pueden seguir teniendo ambigüedades en este punto).

Ahora el problema es saber si estamos o no dispuestos y ahí la autocrítica es válida para todos, si estamos o no dispuestos a llegar a un acuerdo y ese me parece que es el tema político central en este punto y, por suerte, definido ese punto, yo creo que hoy día tenemos una configuración de la expresión nacional, que, si existe esa voluntad, creo que nos permitiría llegar a conclusiones muy claras.

Primero que nada, compartimos todos los que estamos acá, el Acuerdo Nacional. Antes no teníamos un escenario de arco constitucional en el cual estuviésemos todos actuando y ese es ya un dato muy importante. Ahora, (¿después de cuántos meses se ha firmado el Acuerdo?) recién estamos logrando reunimos para discutir que hacemos con el Acuerdo y por la petición de los Compañeros del MAPU para que un conjunto de cosas que se pueden hacer. Nosotros, en particular hemos tomado una serie de definiciones que consisten en lo que hemos llamado la "subsunción de la A.D. en el Acuerdo y en definitiva

terminar con la A.D. como espacio político y revertiría hacia el Acuerdo, de modo de redefinir nuestra relación con el centro político a partir del espacio del Arco Constitucional, que es una definición nueva y distinta, que hasta acá no hemos tenido ocasión de discutir con los comunistas. Ese es un punto que creo que efectivamente nos permitiría avanzar bastante en relación a ese gran problema de la relación con el centro, del cómo lo hacemos y del cómo no lo hacemos y particularmente como nos relacionamos con la derecha" Por último, el tema de la Unidad de la Izquierda, de la relación con la Izquierda, creo que hay avances también. Todos estamos participando, cosa que no ocurría para nada cuando se inició el Bloque y cuando se produjeron todos estos problemas, todos estábamos participando en esta famosa Mesa de Izquierda.

En definitiva, por lo menos hay ahí un lugar en el cual, a lo menos consultarse de manera más o menos fluida en la izquierda y creo que hay que ir más allá y en particular, nosotros estamos pensando que toda esta temática de la cuestión social sea una cosa positiva, prepositiva, que emerja, no solo del espacio de la izquierda, pero sí con un peso muy fuerte de la izquierda. Nosotros estamos absolutamente dispuestos a hacer de eso una iniciativa común de todas las fuerzas de izquierda, por cierto, en relación a todo el ámbito opositor y todo el mundo social. De modo tal, que entonces se trata obviamente de (y creo que podemos revestir cosas concretas en ese punto) pero nosotros estamos (por cierto, eso tenemos que discutirlo), absolutamente convencidos de que no tiene ningún sentido para volver a tener capacidad de proyectarse simbólicamente nuestra condición de luchadores de izquierdas socialistas, no tiene ningún sentido que asumamos el discurso comunista, y en eso nosotros hemos sido extremadamente claros, y simplemente, no lo vamos a hacer. No más y en eso creo que la combinación de ambas cosas, que hace muy firme nuestro discurso, pero que se debe tener capacidad propositiva, de hacer emerger espacios de colaboración con el P.C., nosotros creemos que eventualmente ese es otro tipo de discusiones que podemos asumir en conjunto y, que nos pueden llevar eventualmente, en relación al cómo actuamos en el Arco Constitución al cómo actuamos en el Arco Constitucional, cómo actuamos en la relación con el centro político y cómo actuamos en el ámbito de la izquierda, nos pueden llevar eventualmente a un conjunto de acuerdos de todo este mundo que está acá. y eso nos permitiría, tal vez, despejado el problema del cómo nos relacionamos, despejado el problema de las alianzas, un gran acento propositivo en materia de política socialista de responsabilidad nacional, eventualmente nos permitirían entrar ya al tema de la reconstitución de un actor común que obviamente es indispensable para que este conjunto de cosas anteriores tenga sentido.

GUILLERMO DEL VALLE

Yo creo, en primer, lugar hay que hacer un esfuerzo por tener una discusión que no nos lleve a la tentación de tratar de readecuar y ordenar los datos de la realidad a la medida de cada uno y sus respectivas posiciones, sino que con la mayor altura posible y con una mirada de responsabilidad global hacia el conjunto del proceso de Convergencia, del Bloque Socialista y del proyecto de Renovación Socialista. Con ese ángulo yo quiero decir que los 7 años de esfuerzo de Renovación Socialista, en sus distintas etapas nos dejan un conjunto de saldos positivos sobre los cuales montar hoy día cualquier paso hacia adelante.

Yo creo que, si hemos estado ayer discutiendo tanto de los contenidos de la Renovación, como de la evaluación de ella, es sobre la base de que hemos desarrollado un proceso real que ha tenido actores, prácticas y ciertos temas que nos dejan excedentes sobre los cuales poder empinarnos y mirar hacia el futuro. A partir de esa práctica real, de sus errores y limitaciones, hay que provocar ajustes para seguir avanzando.

La segunda cosa que quiero decir es que podemos distinguir dos etapas gruesas de este proceso: Una que podríamos caracterizar como una etapa de política ideológica (sobre la cual no me voy a extender), que uno puede encontrar básicamente en la Convergencia, en el período previo a las protestas, del auge del proyecto de la dictadura, de las modernizaciones, cuyo elemento vital es la puesta en escena de ciertos temas políticos de manera ofensivas en la izquierda y en la oposición, aunque sin duda, con un signo extremadamente rupturista con respecto al pasado, a partir de una sobrevalorización del impacto del autoritarismo en la sociedad chilena.

Ayer tocamos el tema (no me quiero alargar), pero creo que hay que definir una etapa esencialmente político-ideológica como mecanismo de avance de este proceso de Renovación Socialista, hasta el 1983.

Creo que hay una segunda etapa, que es la que ha estado más en evaluación ayer y ahora en las intervenciones de la mañana, particularmente la de Roberto, que es una etapa más político-orgánica. El proceso que venía abriéndose curso a través de lo ideal se vio enfrentado en la necesidad de competir políticamente de manera prematura; a pesar de las diferencias que había, a pesar de lo incompleto del proceso, hubo que readecuar la marcha.

El Bloque se crea tras esa opción. Una etapa político-orgánica que apunta a levantar una referencia que compita en lo político, que exprese alguna significación orgánica para poder entrar en la arena que nos imponen las protestas del 83 en adelante. Esa es la segunda etapa que ha sido materia de evaluación y a la cual me quiero referir.

Yo creo que podemos hacer una lista muy larga de problemas y muchas interpretaciones de reuniones que van a y que vienen, pero podemos también hacer una lista muy larga de acuerdos y aciertos. Lo importante es detectar aquellos elementos principales, no únicos, pero sí principales, que están en la base de las debilidades que tiene esta etapa político- orgánica, el Bloque Socialista, y sin cuya resolución no hay posibilidad de avance.

Creo que hay tres aspectos políticos y un cuarto aspecto más de actitudes y estilos que yo relevaría como problemas principales, sin desconocer que hay otros, pero poniéndolos en lugar de prioridad.

El primero de ellos es lo yo llamaría la ausencia en todos los partidos de una política clara de defensa de los trabajadores y de contenido popular al insertarnos en el debate nacional, en el debate institucional, en la práctica política. Yo creo que esta bifurcación que mencionaba M.A. Garretón ayer, entre la práctica política institucional y la cosa simbólica, no se resuelve por la vía de compartimentos estancos, ni teniendo respuestas contradictorias en cada uno de dichos planos, como por ejemplo en lo simbólico siendo populistas, y en lo institucional elitistas. Yo creo que hay un problema de síntesis de una política que logre poner en el plano del debate nacional, de la práctica política institucional, temas y aspectos que refieren a lo popular, por ejemplo en el tema institucional hay cuestiones que son comunes de todas las fuerzas políticas, como la pluralidad del sistema político, o, la alternancia, pero hay otros aspectos que no son comunes a todos, que se refieren a la postura socialista de defensa de los trabajadores y del pueblo en el plano constitucional, y a su vez, el problema de lo simbólico no se resuelve, insisto, con populismo o con consignismo (han habido intentos de resoluciones así) sino también con contenido. Un grupo puede hacer muchas huelgas de hambre, pero desde el punto de vista sustantivo no representa necesariamente una política seria de defensa de los trabajadores.

El segundo punto, y no me voy a alargar en esto, porque me dicen que ya llevo 5 minutos, es el problema de la política de alianzas vinculada y medida en relación con la propuesta del Bloque por los Cambios. Yo creo que la política de alianzas en esta etapa del Bloque estuvo marcada, bajo la idea de la oposición nacional única, por el esfuerzo por concursar en el escenario nacional y de ganar espacios, con la percepción de que se venía la apertura política rápido, más que por una política consistente de mediano plazo hacia la Democracia Cristiana y el Partido Comunista y en relación a la constitución de bases más de fondo en la política por los cambios. Hay una alta dosis de coyunturalismo y de gran dispersión en este plano. Yo creo que el conjunto de la política de alianzas de todos los que estamos aquí, expresa una de nuestras grandes impotencias.

El tercer elemento que yo destacaría es la ausencia de claridad respecto del problema político orgánico. Yo creo que estaba poco claro si el proceso del B.S. gestaba un espacio para disputarse sectores independientes en función de más de un socialismo, o era realmente un proceso que nos comprometía hasta el final y por lo tanto involucraba la apertura de espacios anchos para la participación de mucha gente, militantes e independientes, para forjar protagónicamente una organización común. Lo cierto es que en el plano político orgánico hay ausencia de definición y de claridades y, en definitiva, diría que hay distintas visiones en este terreno lo que genera tensiones y conflictos.

Por último, yo relevaría problemas de actitud y estilo político que tienen que ver con la discusión de ayer y que lo sintetizaría en algunas imágenes.

Hay gente que dice (y lo hemos visto aquí), que el Bloque o la gente vinculada al Bloque, esos partidos, son sectores de muy buenas ideas, al punto que las "agarran" y las aplican todos los sectores, pero sin capacidad para conectar esas ideas con la fuerza propia. Yo creo que se revela un problema de metodología de constitución de actor político, o sea, creemos que constituir un actor político pasa un ochenta por ciento por el problema de elaboración y presentación de propuestas más que por la articulación de las propuestas con la acción y la constitución de un actor que se apropie y que se beneficie de esas propuestas.

Una segunda imagen tiene que ver con el problema de lo simbólico. Si uno mira en un foro en la Universidad y hay un D.C., un comunista y una persona vinculada a este mundo, la opinión de la gente sobre esta última es que en sus intervenciones es inteligente, es ecuánime, es sensata pero no entusiasma. O sea, hay una ausencia de mediación entre el análisis, la construcción de proyecto programático y el discurso político que apele a los sentidos de la gente.

La tercera imagen quiero iniciarla citando, más o menos, textual, algo que me decía un buen amigo del P.C. hace unos meses con mucha franqueza; él me dijo: "nos tuvieron por las cuerdas en un momento, a fines del 84 lograron pararse y decir aquí hay una izquierda distinta al MDP, no tanto en el desarrollo orgánico, sino que políticamente se perfilaba así, y tuvimos que estar en la mesa juntos y empujar el paro nacional juntos a fines del 84. Nosotros tratamos de evitar que Uds. aparecieran y Uds. aparecieron, se abrieron paso a codazos y se instalaron y luego cuando habían logrado eso tiraron pa'la cola y se autodisolvieron". Quiero decir que en estas palabras se gráfica la tercera imagen a propósito de metodología y estilo de construcción: una gran irresponsabilidad y falta de perseverancia política de los que estamos aquí presentes. En el M.D.P. por ejemplo, el Almeydismo para estar ahí ha pagado costos y ha tenido beneficios, pero ha sido serio en sus apuestas; los que hemos estado aquí no hemos sido serios en nuestras apuestas y el grado de credibilidad se va perdiendo. Entonces yo creo que no podemos

meternos en ninguna apuesta más que no involucre un salto en calidad respecto a estos medios de acción política y particularmente respecto de la responsabilidad con las cosas que hacemos.

Quiero decir que en este momento mi impresión es que el proceso de renovación socialista está viviendo un recodo. Creo que si somos honestos ninguno de los partidos aquí presentes está bien; todos están atravesados por contradicciones y creo que más allá del crecimiento vegetativo y de algunos módicos avances de cada cual, políticamente, desde el punto de vista del país, todos están aproblemados. Uno puede ver espacios políticos, culturales y sociales para este proyecto, huérfanos de conducción, dinámicas regresivas dentro de las orgánicas y ausencia de un espacio referencial común. Sin embargo, lo decía en parte Roberto, hay mayores posibilidades ahora que cuando creamos el Bloque, pero estas mayores posibilidades objetivas de acuerdo político se ven entrampadas por una tendencia alta a la dispersión y sobre todo por una gran tensión subjetiva. La Convergencia y el Bloque nacieron sobre la base de que había una gran confluencia subjetiva en un grupo de dirigentes entre los que me cuento, y hoy día hay en cambio, alta incredulidad y altas tensiones subjetivas. La disolución del núcleo dirigente que empujó este proceso desde Chile y el exilio es el talón de Aquiles en este momento del recodo. Mientras no se resuelva esto y con generosidad no surja una nueva actitud, es difícil avanzar.

Finalmente, quiero decir que, hacia adelante, para buscar nuevos caminos de avance es fundamental (y lo digo telegráficamente) 3 cosas: en primer lugar, que haya una autocrítica del conjunto, porque yo creo que seguir preso de una lógica "rasca", al mirar las cosas con prepotencia y decir, la culpa de esto lo tuvo mengano y yo expreso la "línea correcta", es una pequeñez. Aquí tiene que haber una autocrítica del MAPU, del P.S., de la I.C. de todos, porque creo que los problemas que hemos tenido en parte son problemas de impotencia del conjunto, porque en cada uno de los aspectos cada uno tiene su cuota de responsabilidad frente al problema del tipo de relación con el centro político, por ejemplo donde el P.S. acumula la crítica de todos, incluyendo la mía, el MAPU tiene también una gran debilidad; si uno viera un documento del MAPU parece que un tercio de este país no existiera, porque no se menciona nunca a la D.C. Entonces la política del MAPU frente al centro político es no tener política. El problema de la I.C. por ejemplo es que se pone en un balcón pretendiendo la posición de la verdad absoluta y los problemas se los achaca al P.S. Briones. Yo creo que esa cuestión no puede ser. La I.C. ha hecho un esfuerzo por relacionarse con lo simbólico, pero no ha resuelto una política popular. Salir de este recodo requiere una visión un poco más autocrítica del conjunto, porque todos estamos perdiendo con esta situación. En segundo lugar, se requieren rectificaciones políticas en los puntos críticos porque yo creo que, si hemos discutido, y ha sido rica esta discusión con la poca preparación que ha tenido es porque ha pasado agua bajo el puente y se ha demostrado que ha habido cosas en las que nos equivocamos. En tercer lugar, para avanzar creo que se requieren gestos y compromisos claros y responsables. Yo creo que para romper el problema del entrampamiento en la subjetividad y en la credibilidad se requiere de gestos políticos que permitan reponer una perspectiva común.

LÓGICA DE CONSTRUCCIÓN DE UNA FUERZA POLÍTICA SOCIALISTA

Oscar Guillermo Garretón

La construcción de una fuerza única de todos los socialistas chilenos es un proyecto político y una pasión.

En Chile no habrá democracia sólida, ni revolución verdadera sin su existencia. El alma popular chilena contiene dos ingredientes fundamentales, hasta ahora históricamente escindidos, que requieren fundirse para tener destino como nación: democracia y socialismo.

Para eso necesitamos una ancha fuerza socialista unitaria, superior en calidad y extensión a cada uno de nuestros partidos actuales y, también, a lo que ellos fueron en el pasado.

Por cierto, esto no significa partir de cero, ni menos renegar del pasado. Si hoy tiene sentido unir al socialismo es, entre otras cosas, porque durante largos decenios se hizo carne en nuestro pueblo. Somos herederos de una prolongada historia de luchas populares y socialistas que nos sirven de cimiento. Y contamos con una figura de dimensión universal que sirve de nexo entre el socialismo de ayer y aquel que hoy debemos recrear: Salvador Allende, quién, de todos nosotros, fue el que mejor captó el alma popular chilena, intuyó que nuestro proyecto era una original amalgama de democracia y socialismo, y por lo mismo fue quizás el que menos se equivocó.

El camino de la unidad socialista no es simple, lo sabemos todos. Sin embargo, ella es urgente. El país la necesita para potenciar su lucha y unidad en las batallas de hoy y mañana, para dar gobernabilidad y sentido progresivo a la democracia reconquistada. Además, solo un ciego puede dejar de percibir que, con la actual dispersión, el socialismo no tiene la menor posibilidad de eficacia política histórica: si levantamos la mirada más allá del interior de cada orgánica con sus pequeñas satisfacciones por tal o cual reclutamiento o victoria local, o repercusión de prensa, comprobaremos que las grandes alternativas nacionales se van constituyendo en torno a otros actores.

Por último, no podemos olvidar que la gran mayoría del pueblo socialista no milita en los actuales partidos del área. No fue actor sino víctima de las divisiones; hoy le incomoda la dispersión mientras añora su gran partido unido; y continúa siendo el gran ausente en la discusión sobre la unidad del socialismo, que en muchos casos ni siquiera comprende. Ese pueblo socialista tiene el derecho de exigir a sus dirigentes que creen las condiciones para poder reencontrarse en la lucha y en la tarea colectiva de definir los sellos y destinos de su fuerza socialista.

Para ese proyecto y pasión están hechas estas líneas apresuradas.

LO QUE DEBEMOS UNIR Y SU SENTIDO HISTÓRICO

1.- Nuestro proyecto tiene como meta unir en una sola fuerza política a todas las orgánicas y personas que conforman esa ancha y diversa "área socialista" chilena.

A todos los partidos en que se ha ramificado el antiguo Partido Socialista de Chile; a las nuevas vertientes socialistas de la década de los 60 que tienen su expresión política por excelencia en el MAPU y la Izquierda Cristiana; a las vertientes laicas del socialismo chileno; a las nuevas generaciones socialistas que han nacido al calor de la lucha contra la dictadura; y, sobre todo, a la enorme masa de socialistas sin partido que conforman una extendida identidad en el seno de nuestro pueblo.

Nuestro proyecto debe estar abierto a todos ellos, sin perjuicio que dependerá de cada uno la decisión de participar en su gestación.

2.- Este proyecto debe ser para nuestro pueblo y nuestra Patria.

Es sorprendente la porfía con que Chile se inclina hacia la democracia y el socialismo. La democracia ha sido conquista popular enraizada en el corazón de nuestro pueblo y, hacia adelante la amaremos y defenderemos aún más, porque sabemos lo que significó perderla y lo que cuesta recuperarla. Por su parte el socialismo en Chile no es un pensamiento de élite separadas de la gente: es cultura popular que renace cada día a pesar de la guerra que le ha declarado la dictadura en estos más de doce años.

Por esto, no habrá un Chile realizado, reencontrado consigo mismo, sin una fuerza política democrática y socialista, capaz de tejer un ancho conglomerado social y político por los cambios, que vaya más allá de la izquierda de ayer.

Más aún, cuando hablamos de la unidad del pueblo chileno, hay una amenaza que se cierne.

En el plano político hay tres grandes vertientes populares: la demócrata cristiana, la comunista y la socialista. La dispersión socialista tiende a polarizar las alternativas más masivas en torno a demócratacristianos y comunistas.

Esto presenta serios problemas. En lo inmediato, porque dificulta la unidad, ya que el socialismo -por su pertenencia a la izquierda y su mayor potencialidad de diálogo hacia el centro- es un factor decisivo de la unidad democrática del pueblo. En la democracia reconquistada, porque la gobernabilidad del duro proceso democrático requiere de una sólida izquierda socialista capaz de ser una alternativa nacional y no simple opositor irresponsable. Hacia más adelante, porque solo una fuerza profundamente socialista, democrática, nacional, popular y revolucionaria es capaz de asumir eficazmente la tarea de convocar al grueso de la población chilena a la transformación profunda de nuestra sociedad.

Por estas razones, la unidad que reclamamos no es un problema interno de los socialistas, sino una necesidad nacional.

CIERTOS RASGOS HISTÓRICOS QUE HOY DEBEMOS RESCATAR COMO PATRIMONIO COMÚN

1.- Hace pocas semanas, los militantes del antiguo Partido Socialista de Chile han conmemorado el 53 Aniversario de su organización. Se han multiplicado los recuerdos sobre Matte, Grove, Schnake, Allende y decenios de historia.

Para que esos recuerdos no sean retórica momificada sino herencia inspiradora, es necesario rescatar rasgos históricos del viejo tronco socialista, valiosos para los desafíos de hoy:

a) El socialismo se constituyó sobre la base de la unión de orgánicas diversos cuyos dirigentes tuvieron la grandeza y lucidez de comprender que solo así podían aspirar al triunfo de las banderas socialistas. Este fue también el camino en otras coyunturas críticas posteriores.

b) El socialismo se constituyó a partir de distintas vertientes ideológicas. Convergieron marxistas de pensamiento diverso, militares nacionalistas, de vocación popular como Grove y hasta vertientes liberal-masónicas. Su unidad compleja se hizo en torno a concepciones y banderas comunes cuyos contenidos hoy siguen rescatando todos los socialistas chilenos. La pervivencia tozuda de la identidad socialista demuestra que sería falso calificarla como una fuerza sin ideología o cultura propia que la defina. En cambio, sí demuestra que esa identidad pudo construirse eludiendo doctrinarismos dogmáticos y adscripciones internacionales.

c) El socialismo hizo una decidida opción anticapitalista -socialista- porque entendió que solo así Chile y su pueblo tendrían destino. Perspicazmente acompañó esta opción con una intransigente defensa de su autonomía internacional como fuerza política, en el marco de una política internacional fuertemente latinoamericanista, solidaria con todas las causas progresistas de la tierra y claramente antiimperialista.

d) El socialismo adoptó el marxismo con una aproximación autónoma y anti dogmática y así potenció su capacidad para entender y transformar nuestra particular realidad.

e) El socialismo hizo una opción al mismo tiempo clasista y popular. O sea, definió un proyecto que tiene su centro en los trabajadores chilenos, pero que apunta a convocar más allá de un clasismo estrecho, a toda una vasta constelación de clases, capas y culturas chilenas.

2.- Por su parte el MAPU y la Izquierda Cristiana, así como todo el fenómeno sociopolítico que representan, contiene rasgos que -han potenciado históricamente las posibilidades de victoria popular en Chile:

a) El nacimiento del MAPU significó definitivamente el fin de la escisión entre pueblo cristiano y pueblo marxista. Desde entonces, nunca más pudo utilizarse el factor religioso como barrera cultural antisocialista. El pueblo cristiano y el pueblo marxista -las dos más caudalosas vertientes culturales de los chilenos- pudieron mostrar su capacidad de fundirse en un mismo compromiso y proyecto popular. Más aún, el MAPU demostró que marxistas y cristianos podían compartir coherentemente una misma fuerza política, capaz de potenciar los aportes de cada una de estas culturas. Las divisiones del MAPU jamás tuvieron que ver con "incompatibilidades" entre ellas.

El nacimiento de la Izquierda Cristiana elevó ese aporte del pueblo cristiano a la izquierda y al socialismo. Contribución que, en estos años de dictadura, por el rol de los cristianos en la lucha, ha adquirido un carácter irreversible.

Toda fuerza socialista que no asuma plenamente este dato germinado con visor a partir de la década de los 60, irá contra la historia.

b) En el plano ideológico, la presencia de estas fuerzas da mayor potencia aún a concepciones sobre el socialismo ya contenidas en el PS. En particular su visión sobre el socialismo que supera con creces una lógica meramente economicista, para concebirlo como una transformación global de la sociedad, su base económica, su cultura y su vida cotidiana, en pos de una realidad más feliz, más digna y más humana para mujeres y hombres chilenos. Esta visión tiene dos consecuencias fundamentales a partir de la madurez alcanzada en estos años por las balbucesantes intuiciones originales: la valoración central del protagonismo del pueblo como clave de la estrategia política y de la sociedad futura que se quiere construir y, en segundo lugar, la capacidad de unir sin inconsecuencias ni contradicciones un proyecto basado en la soberanía popular, o sea, en la democracia y el socialismo.

3.- La existencia de vertientes socialistas de origen laico, principalmente expresadas en el radicalismo, agregan amplitud de convocatoria al socialismo chileno de mañana. Desde los tiempos de Valentín Letelier ésta es una bandera latente en el radicalismo y sería una ceguera política que quienes aspiramos a una fuerza socialista unitaria, demostremos incapacidad para nutrirla con esta tradicional cantera del socialismo.

4.- La lucha contra la dictadura, que en algo ya es también historia, nos permitió a todos descubrir que la política no se agotaba en los partidos, ni en la lucha estatal. Debimos aprender que la política es una actividad multifacética que se desarrollaba en todos los ámbitos de la sociedad donde el pueblo batallaba por espacios de libertad, dignidad y protagonismo. Debimos nacer carne en nosotros esa frase muy proclamada y poco asumida de que "la historia la hacen los pueblos". La importancia de un mundo popular organizado y activo ha sido la clave de estos años. Y así aprendimos, muchas veces a patadas, la importancia y autonomía de las organizaciones sociales. Aprendimos que la mayor parte de la fuerza política de un proyecto democrático y socialista no se contiene en las solas orgánicas partidarias.

Todo esto es patrimonio ideológico y cultural. Es mas que un programa o un proyecto. Son concepciones "doctrinarias", por llamarlas de alguna manera, que ayudan a tejer la unidad socialista.

EL CONTEXTO POLÍTICO NACIONAL EN QUE DEBEMOS TRABAJAR

En Chile y el mundo está claro que las luchas populares han puesto ya a la orden del día el tema de la transición a la democracia. Ni siquiera la dictadura aspira a recuperar el dominio que antes ejerció sobre la sociedad chilena. Cada actor nacional e internacional busca incidir al máximo en los rasgos y plazos de la transición.

El vivir tiempos de transición impone condicionamientos muy concretos a la constitución de una fuerza socialista unitaria. Queremos destacar algunos particularmente relevantes que emergen de una hipótesis central: en Chile no habrá derrocamiento armado de la dictadura; el proceso será fundamentalmente político y de masas. Esto implica un curso complejo y convulso, con sucesiones de crisis y rupturas parciales y donde el desplome de la dictadura no representa el aventamiento de todas sus fuerzas, sino que deja pendiente para la etapa democrática la consumación de muchas tareas.

Veamos algunos de esos rasgos y sus implicancias:

1.- La transición representa la crisis de una hegemonía dictatorial y el no triunfo estatal aún de una hegemonía democrática. Es entonces por definición, un período de "despelotes". La realidad se hace confusa, cada día se abren esperanzas y frustraciones nuevas, surgen y mueren alianzas diversas, irrumpen líderes promisorios que luego se esfuman, aparecen decenas de "presidenciables"... precisamente porque no hay ninguno claro.

2.- El socialismo debe reconstituirse en medio de la batalla política por unir y movilizar a todo el pueblo contra la dictadura. En ese medio debe legitimarse. Le sería fatal ensimismarse en su proceso, olvidando la gran batalla nacional por la democracia. Es condición de su reconstitución potente, que juegue un rol nacional importante y perfilado en la lucha por terminar con la dictadura. Esto da vital importancia a la capacidad del área socialista para tener espacios de acción común autónoma tanto en el plano nacional como a niveles locales, aunque evitemos por ahora la discusión sobre las alianzas políticas de cada sector socialista. Requerimos indispensablemente referentes socialistas unificados (mesas, concertaciones, pactos, movimientos, etc.) que actúen en el marco de la lucha de todos los chilenos, encauzando el conjunto del pueblo socialista.

3.- Las dictaduras siembran la dispersión y atomización como condición de existencia. Los períodos de transición son de reconstitución de los actores sociales y políticos. Chile es hoy una suma de identidades distintas que apenas comienzan a tocarse. En una imagen, Chile es un archipiélago de sensibilidades y culturas, con islas de vida propia muy distinta que inician intentos de acercarse: hay un mundo de la población distinto al sindical, o al de los colegios profesionales, o para que decir a aquel del barrio alto; y hay también mundos regionales diversos. Esta realidad sin duda incide en las diferentes sensibilidades existentes en el área socialista.

Por eso, la unidad del socialismo tiene como requisito, aceptar una cuota alta de heterogeneidad y diversidad inicial. Marcos doctrinarios, políticos u orgánicos muy rígidos hacen imposible toda unidad. Una mayor cohesión del socialismo irá de la mano con la reconstitución de Chile como nación unificada y con el propio proceso unitario del socialismo que se fraguará en tiempos largos, aunque lográramos hoy mismo la unidad orgánica. No entender esto es postergar indefinidamente la unidad de socialismo.

4.- En nuestras condiciones la estrategia de lucha es simultáneamente de ruptura y negociación. Ruptura, porque solo la fuerza del pueblo, su movilización tenaz, el hacer ingobernable el país para la dictadura y crear gobernabilidades alternativas a nivel local, sectorial y nacional (organizaciones, acuerdos, planes, plataformas, etc.), son condición para terminar con un régimen que no representa ni está dispuesto a respetar la voluntad mayoritaria de que se vaya. Pretender negociar sin lucha es una trampa mortal nacida de la derecha continuista o de la ingenuidad. Pero también una lucha rupturista que no asuma el desafío de la negociación se agota sin fruto político. Por cierto, no tiene sentido plantearse una negociación con Pinochet que ha demostrado hasta la majadería su ninguna disposición a dialogar. Sin embargo, hay fuerzas que serán derrotadas, pero no desaparecerán. El propio éxito de la movilización popular llevará tarde o temprano a negociar con las Fuerzas Armadas. El pueblo debe estar preparado para entender que ese es un fruto de su lucha heroica y no una frustración. Nosotros debemos tener clara nuestra perspectiva para que efectivamente no haya una frustración.

5.- Debemos preocuparnos de tener un programa o proyecto socialista para Chile, clave del país futuro que sea la base de nuestra convocatoria popular actual, perfil en las filas opositoras y guía firme de las negociaciones a enfrentar. Algunas claves generales de el, que pueden ser comunes a todos los socialistas son:

a) Asumir como propia la "Demanda de Chile" que recoge las reivindicaciones de los más amplios sectores de nuestro pueblo y transformarla en un programa priorizado que supere su carácter actual de suma de demandas.

b) La necesidad de diseñar y refundar un nuevo estado democrático con una institucionalidad que marque tajante distancia con la actual Constitución dictatorial; y que conciba la democracia como un proceso en constante profundización, basada en la voluntad soberana del pueblo y contraria a todo intento de congelar como inmutable una particular institucionalidad.

c) Una propuesta para reconstruir las bases económicas y materiales del país, que tenga como objetivos centrales la satisfacción de las necesidades básicas actuales del pueblo chileno entre las que destaca el empleo y asegurar un crecimiento sostenido, dentro del mayor grado de independencia posible, en vistas a satisfacer las necesidades futuras de los chilenos. Propuesta que descansa en el esfuerzo y los derechos de todos los dispuestos a asumir esta tarea.

d) Tener una política de defensa nacional basada en la convicción de que es una responsabilidad nacional de civiles y uniformados, con rasgos nuevos, que deslinda al mismo tiempo la visión de las Fuerzas Armadas como ghetto profesional aislado y aséptico y con las concepciones de "ejército popular alternativo".

e) Diseñar una propuesta de reconciliación nacional basada en la plena justicia e igualdad.

f) Tener una propuesta cultural nacional, solidaria y democrática que reemplace la cultura policíaca, arbitraria, individualista y servil al capital foráneo, secretada por la dictadura.

6.- Una transición como la chilena puede eludir muchos temas y problemas, pero hay uno ineludible: en algún momento habrá elecciones. Y ellas serán un hito decisivo en la constitución de las grandes alternativas políticas nacionales que se han venido gestando en la lucha contra la dictadura. Ellas marcarán fuertemente los sellos de la democracia futura.

Si el socialismo concurre dividido a esas elecciones o lo hace como aliado subordinado y mimetizado con otras opciones nacionales, el pueblo castigará la dispersión y tenderá naturalmente a polarizar sus preferencias hacia las alternativas más sólidas. La realidad de los últimos tiempos ya está anticipando esta previsión.

Este tema presenta tentaciones y trampas a cada fuerza del área socialista.

Las principales orgánicas provenientes del socialismo histórico pueden tentarse con la posibilidad de capitalizar la masa del pueblo socialista disperso y apostar así que, después de las elecciones, se transformarán en el polo inevitable de reagrupación del socialismo. Unos pueden apostar a su supuesta apelación a la memoria popular o a su arraigo orgánico, y otros a su imagen y presencia nacionales. Ambos pueden hacer cábalas sobre los beneficios que les aporta el pertenecer a una u otra coalición. El hecho que las razones no sean malas para uno u otro tiende a hacer pensar que todos tendrían alguna significación electoral, pero, sobre todo, que esa dispersión favorecerá antes que, a uno de ellos, a las otras alternativas nacionales más avanzadas en su constitución. Más aún, las alternativas democratacristiana y comunista presionarán decididamente para hacerse con una tajada sustancial del caudal popular socialista y así, al mismo tiempo, nutrir sus opciones y dejar anémica por largo tiempo una alternativa socialista.

Por su parte el rol del MAPU y la Izquierda Cristiana tiene peligros y significancias. Tienen peso orgánico en el área, tanto como los partidos del socialismo histórico o quizás más. Sin embargo, obviamente no pueden apelar con igual legitimidad a la masa de socialistas sin partido que existe en el país. Solos, su votación será probablemente menor a aquella de los principales partidos del tronco socialista y en esa misma medida su gravitación posterior en una reunificación socialista se vería mermada seriamente. Pero ellos cuentan en su mano con una clave decisiva de la reconstitución socialista futura, si es que en ese momento electoral aún no se ha consumado: si concurren a esas elecciones aliados con uno de los partidos socialistas históricos, su presencia desequilibra definitivamente la balanza en favor de ese polo y así, definen el centro de la reagrupación socialista posterior.

Sin embargo, aquí debemos hacer un alcance que hace a lo electoral, pero lo supera. Mapu e I.C. no son una misma cosa. En la IC. hay una tensión de proyecto que debe resolverse: ser parte en la construcción de nueva fuerza socialista u optar por ser un "partido popular cristiano". Creo que naturalmente el proyecto de un partido popular cristiano tiene su (espacio político más probable en las cercanías de la vertiente comunista de la que puede ser fluido complemento y no en la vertiente socialista que empujará a la unificación, ni menos en el centro donde la D.C. es el referente cristiano. Tarde o temprano la I.C. deberá resolver esta opción. Para el socialismo es vital recoger caudalosamente y a plenitud lo cristiano. Para lo cristiano, ser fuerza política autónoma tipo partido popular cristiano, significa, en un hito electoral y su realidad posterior, la jibarización política: el pueblo cristiano hará una opción popular, no confesional.

Por su parte, para el radicalismo, participar solos en una elección sería un error fatal. Actuando en cambio dentro de un acuerdo socialista, se potencian ellos, hacen una contribución valiosa a la alternativa socialista y se reafirma en su seno la voluntad de converger en una sola fuerza política.

Por último, vale la pena decir algo en favor del pueblo socialista sin partido. Si no existiera unidad socialista para enfrentar esa inevitable consulta electoral por la que pasa la transición, posteriormente tendrá pocas posibilidades de incidir en los sellos del socialismo futuro: deberá adscribirse simplemente a aquel

referente y a aquella dirigencia que salga aventajada en la consulta electoral. El protagonismo del pueblo socialista será escaso y sólo podrá manifestarse en los partidos en un proceso mucho más difícil y largo.

Por todas estas razones creo de elemental responsabilidad y sensatez, aunque a ese entonces no se haya alcanzado una plena unidad, que las fuerzas socialistas acuerden participar unidas en esa futura elección y aprovechen la coyuntura para avanzar en su unidad y multiplicar su propuesta en el pueblo. Criterio igualmente válido si es que el socialismo participara en frentes electorales más amplios.

Estos son todos desafíos y encrucijadas que la coyuntura nacional pone ineludiblemente a la construcción de una fuerza socialista para Chile.

LÓGICAS POSIBLES EN LAS CUALES BASAR LA UNIDAD SOCIALISTA

Los capítulos anteriores desembocan necesariamente en éste. Planteada la necesidad y urgencia de la unidad socialista, así como patrimonios y realidades a considerar, hay tres caminos para emprenderla, no necesariamente excluyentes entre sí:

- a) Fundar la unidad del socialismo en un consenso sobre idénticas bases ideológicas o doctrinarias, o sea, en una identidad de pensamiento.
- b) Fundarla en un proyecto o programa socialista para Chile, que entregue una alternativa concreta al pueblo de Chile para su lucha y en torno al cual coincidan todos los actores socialistas.
- c) Fundarla en una voluntad de unificación orgánica, basada en identidades difusas, que cree instancias locales, sectoriales y nacionales de encuentro, independiente de las diferencias ideológicas o programáticas que puedan existir.

Estoy convencido que el camino debe ser una mezcla de dosis muy precisas de estos tres caminos y a ello me quiero referir.

1.- La unidad ideológica o "doctrinaria" tiene viabilidad o se hace imposible según cual sea la forma en que se enfrente.

Es imposible si se pretende lograrla en base a concepciones o credos generales, ahistóricos, y totalizantes como podrían ser el "marxismo-leninismo", la "renovación" o la "socialdemocracia". En cambio, es posible si se asume la fuerte identidad ideológica y cultural que nos lega la historia del socialismo chileno.

El marxismo-leninismo no ha sido jamás en Chile pegamento de un partido. En el pasado, cuando proclamarse marxista-leninista era casi un pasaporte para pertenecer a la izquierda, existían numerosos partidos que lo asumían programáticamente -entre otros el PC, el PS, el MIR, el MAPU- mientras otros como el PR y la IC, coqueteaban con él. Jamás esa profesión de fe fue factor de unidad orgánica, más aún todos estos partidos "marxistas-leninistas" discrepaban entre sí e incluso se dividían entusiastamente... siempre en aras del marxismo-leninismo. En el mundo esta proclamación tampoco ha dado identidades y unidades orgánicas, la diversidad es grande e incluso no faltan partidos gobernantes que lo suscriben y que están enfrentados en serios conflictos ideológicos o bélicos: URSS, China, Vietnam, Yugoslavia, etc. Este no ha sido factor posible de unidad orgánica en Chile y el mundo. Menos lo es ahora en nuestro país, cuando ha aumentado la diversidad y heterogeneidad. Ponerlo como requisito de la unidad del socialismo sería sinónimo de ceguera o de falta de voluntad de lograrla, más aún cuando convocamos también al socialismo de origen cristiano y laico.

Tampoco el "socialismo renovado" es unanimidad del pueblo socialista. La renovación no cubre todo el socialismo. Compartiendo fervientemente este proceso, él es aún germinal y solo puede fructificar al compás de la politización del pueblo en su lucha por la democratización del país. Si la renovación no se revuelca con su pueblo en un mismo lecho, se agotará en un círculo limitado. La unidad es con el "tronco" y la "tranca"; es con renovados y ortodoxos, es con el pueblo socialista que, en muchos casos, no ha sido siquiera tocado aún por esta polémica. El socialismo renovado tiene el desafío de construir espacios de unidad del conjunto del pueblo socialista para concursar ante él con sus propuestas. Esta es clave importante de sus posibilidades de expansión en toda la sociedad chilena.

Y, por cierto, una alternativa socialdemócrata no tiene mayor destino en el socialismo chileno, que posee sellos revolucionarios ineludibles. Por lo mismo, no puede inquietar la presencia de esa tendencia en esta convocatoria: no tiene posibilidad de ser dominante en el socialismo, si tenemos confianza en su base popular.

Esto sin embargo no es sinónimo de un partido o una unidad sin ideología: no es una "chacra". Si somos serios y apelamos a las identidades históricas del socialismo que debe concurrir a la unidad, descubrimos perfiles -ideológicos claros y absolutamente propios, distintos de todo otro actor político chileno, y profundamente arraigados en el pueblo socialista del que nos sentimos parte. En términos gruesos, son aquellos expuestos en el punto II de este trabajo. Si somos serios, ellos y no otros, son las bases de la unidad ideológica del socialismo, ratificados históricamente a pesar de divisiones y desencuentros.

¿Da esto para un partido, un partido federado o un movimiento? No lo puedo decir. Dependerá de que cada vertiente socialista tenga la confianza suficiente en sus convicciones como para estar dispuesta a concursar con ellas ante toda la ancha masa del pueblo socialista y a aceptar su veredicto. Dependerá también de la real voluntad unificadora de cada uno. Yo, que creo decididamente en la renovación del socialismo, estoy convencido que solo con unidad se potenciará, se pulirá y vencerá. Ese mismo desafío tienen las demás vertientes, para dejar de ser una creencia de grupo, estrecha y estéril.

2.- Contar con un proyecto o programa para Chile, es una condición muy importante de identidad y alternativa socialista. Siempre ésta ha sido una clave más importante de la unidad o crisis de los partidos, que las ideologías en abstracto. Por otro lado, experiencias como aquellas de los economistas socialistas, sindicalistas socialistas, o mujeres socialistas, nos enseñan que, en este terreno, no sin dificultades, es posible construir bases sólidas de encuentro.

Este aspecto del camino de unidad es decisivo y podemos avanzar en él. Más allá incluso de "comisiones programáticas", por cierto, importantes, las propuestas sectoriales o locales elaboradas unitariamente, son un método concreto y democrático con que se va fraguando el programa único de los socialistas chilenos. E históricamente, una principal base de cohesión de una fuerza política está en la capacidad de unirse en torno a una misma propuesta de lucha y de país.

3.- Con todo, la voluntad unitaria es siempre ingrediente fundamental. Ella potencia los puntos de encuentro y resuelve las diferencias. En el marco de heterogeneidad social del país e ideológico-política del socialismo, esa voluntad es requisito indispensable.

Hay que construir a todo nivel "envases unitarios", capaces de ofrecer lugares de encuentro y lucha en común a todos los socialistas, militen o no en partidos.

Más aún, mucho pueblo socialista no sólo- no entiende las diferencias complejas de los partidos del área, sino que reniegan de ellas, añorando con impotencia su partido unido. Si queremos que todo el pueblo socialista haga pesar su voluntad, es indispensable crear esos lugares de encuentro, más anchos que cualquier orgánica partidaria actual.

Y en esto la dirigencia política del área socialista tiene una responsabilidad insustituible. La voluntad pasa por las "cúpulas". Solo ellas, no la base popular socialista, pueden crear los espacios orgánicos donde todos los socialistas puedan encontrarse.

Donde ha tenido la oportunidad, el pueblo socialista ha demostrado una profunda sabiduría para hacer superable lo que en las alturas a veces parece irreductible. Ha dado así una lección de madurez perspicacia para privilegiar lo que es más trascendental para el socialismo, los trabajadores y el pueblo.

Cuestiones tales como la creación de comités de unidad socialista a nivel local, movimientos sectoriales, mesas de encuentro, etc., tienen que ver con esto. También lo tienen la discusión sobre acciones comunes, mesas de concertación nacional, pactos o acuerdos para enfrentar encrucijadas futuras de conjunto. Teniendo donde expresarse, el pueblo socialista hará pesar además su decidido anhelo unitario. Por otra parte, contar con un "envase nacional", aunque sea de alcance limitado, juega un rol central.

Todo aquel que haya estudiado algo la historia del socialismo y otras fuerzas políticas sabe que esta voluntad de avanzar contra viento y marea ha sido clave para alcanzar la meta.

Estoy convencido que este tercer elemento de un camino unitario -la voluntad- es quizás el más decisivo. La voluntad de unidad orgánica es clave de la cohesión política, programática e ideológica, no al revés. Por lo mismo tiene un requisito indispensable: abrir siempre la convocatoria a todos sin excepción, pero avanzar con los dispuestos para impedir el bloqueo de los más reticentes.

Porque quiero mucho a mi partido y deseo que sus luchas y mártires no sean recuerdo de unos cuantos sino patrimonio popular; porque siento tener en conjunto con otros una responsabilidad ante el pueblo socialista; porque Allende nos mira y Chile me duele, confío que no pase mucho hasta que demos a nuestro pueblo la buena nueva de que cuenta con una ancha y poderosa fuerza política de todos los socialistas chilenos.

RODRIGO GONZÁLEZ L

Una de las tesis constitutivas del proceso de convergencia socialista es la afirmación de la existencia de una vertiente socialista en el movimiento popular chileno, que tendría una raigambre histórica, una densidad cultural y, en sus momentos de unidad, una capacidad de ser expresión política de anchas capas del pueblo, lo que permitiría diferenciarla de otras vertientes, también reales como la vertiente comunista, la socialdemócrata y la social cristiana. Una característica de esta corriente sería su carácter plural, que admitiría y tendría capacidad para recoger, sintetizar y proyectar nociones, ideales y procesos sociales que tienen su origen en áreas de la vida social o en tendencias del pensamiento de avanzada. Así habría sido con el populismo, el marxismo, el trotskismo y la corriente libertaria, todas ellas fundidas y reacondicionadas en el proceso de construcción del partido socialista chileno.

Esta diversidad de corrientes que nutren al socialismo tiene en nuestros días por lo menos tres matrices doctrinarias que es necesario recoger para dotar al socialismo de plena capacidad para interpretar la

cultura popular, y ellas son el marxismo en su versión crítica y no dogmática, el cristianismo progresista y revolucionario y el racionalismo laico en su lectura humanista y transformadora de la sociedad.

En lo que respecta a los cristianos de avanzada, que en Chile han tenido en la Izquierda Cristiana su lugar de acción y reflexión, por cierto, no el único, pero sí un lugar relevante que nadie podría subestimar, creemos que la renovación varió fundamentalmente las matrices ideológicas que regían el proceso de incorporación de los cristianos a la política, abriendo paso a desafíos que aún no están del todo resueltos.

Nos referimos a que existió un primer modelo de politización para los cristianos de izquierda, que surge a fines de los 60, es hijo de los avances del Concilio Vaticano II, de Medellín y de los diálogos cristiano marxista, y que termina por romper la unidad del tronco social cristiano, agitado por el dilema reforma o revolución. Este modelo, que nadie construyó como tal, pero que existía en la conciencia de los sectores cristianos que abandonaban el tronco demócrata cristiano, tenía una fascinación teórica por el marxismo, al cual se veía como la teoría científica capaz de dar todas las explicaciones del acontecer social. Coincidió con una época de revitalización del debate y de las confrontaciones al interior de la cultura marxista mundial. El mayo francés y la revolución cultural china, animadas por un debate renovador de los pensadores marxistas, se veían como estímulo que nos hablaban de un marxismo vivo y capaz de asumir los desafíos de la época. En América Latina la experiencia de la revolución cubana, con su mística igualitaria, su afirmación nacionalista y sus incentivos morales a la causa progresista era vista también como el anuncio de algo nuevo. La Iglesia se abría al mundo y a la ciencia, y en las ciencias sociales el marxismo era claramente la teoría superior que dirigía el conocimiento y abriría paso a las transformaciones.

Los intentos teóricos por articular fe y marxismo no fueron siempre exitosos. Así, algunos cristianos dejaron de serlo, otros se declararon marxistas en tanto científicos sociales, asumiendo el materialismo histórico y no el materialismo dialéctico; y otros, en fin, no resolvieron este dilema, viviendo su fe conflictivamente con su compromiso político.

Pero tras esta asunción acrítica del marxismo, que se presentaba como capaz de dar explicaciones globales y de tener un alto grado de infalibilidad, se asumieron implícitamente otras afirmaciones que eran altamente cuestionables aún dentro del marxismo, pero que la primacía en Chile de una lectura Althusseriana del marxismo hizo inevitable. Tales afirmaciones incidían directamente en la política. Así, por ejemplo, se asumió al sujeto histórico de los cambios como algo ya constituido: la clase obrera con su ideología marxista-leninista. El rol y la participación política de los cristianos era percibido por todos, por marxistas y cristianos, como un problema de alianzas. Así, la categoría alianza de cristianos y marxistas recogía un paso superior de la anterior que era de diálogo cristiano-marxista. Pero la lectura clasista de esta alianza no se sacaba con claridad. Las alianzas del proletariado sólo se hacen con otras clases. Se admitía así que la categoría "cristianos" hacía referencia a otras clases, ajenas a la clase obrera. Podía tratarse de pequeños burgueses radicalizados, ya que tal era la composición mayoritaria de Mapu e Izquierda Cristiana al nacer, o de "sectores atrasados del pueblo", aún dominados por una ideología espiritualista. Por la parte de los cristianos este complejo de no poder asumir el marxismo-leninismo a cabalidad nos llevaba a ser radicales en las actitudes políticas, enfatizando lo testimonial y profético. No tenía por tanto importancia la distinción que nos gustaba llevar a cabo en ese entonces acerca de si nuestra alianza era estratégica o sólo táctica. En cualquiera de los casos estábamos, por definición, excluidos del núcleo central de dirección de la revolución.

Los aportes que los cristianos haríamos a la revolución eran de carácter ético o moral. Es cierto que la ética tiene un gran aporte que hacer a la política y que quien se proponga realizarlo tiene un mérito destacado, pero esos problemas o se llevan al centro de la dirección política o quedan a cargo de partidos marginales destinados a desaparecer.

Por último, esta forma de entender el rol de los cristianos, a la cual el Mapu se resistió, haciéndose marxista y definiéndose como el tercer partido proletario chileno, tuvo su concreción en una tesis orgánica, que fue el rol de la Izquierda Cristiana en su primer momento. Era necesario potenciar la incorporación de estos sectores 'atrasados' que apoyaban los cambios pero que no eran (todavía) marxistas; para ello se necesitaba un partido que hiciera de canal privilegiado para la incorporación de los cristianos al proceso de cambios que se llevaba a cabo, cumpliéndose así el requisito de mantener dentro de la coalición gobernante un partido de cristianos que afirmara el pluralismo de la Unidad Popular.

Con el paso del tiempo hoy ya no compartimos esta visión, pero en ese momento fue sinceramente seguida por los cristianos de izquierda y creemos que fue importante que los cristianos de izquierda tuviéramos expresión política durante ese proceso. Al mismo tiempo, creo que otras ideas políticas estuvieron presentes en la Izquierda Cristiana, muchas de ellas no referido a lo doctrinario, sino provenientes, por ejemplo, de la vía no capitalista de desarrollo, pero aquí, hemos querido destacar un modelo de politización de los cristianos vigente en el clima cultural de fines de los 60 y principios de los 70.

Ese modelo y casi todos sus supuestos, que hemos querido destacar aquí de modo muy desordenado, fueron puestos en entredicho por el proceso político posterior al golpe militar. La derrota de la Unidad Popular y el posterior reflujo del movimiento popular nos puso ante una situación donde todo debía construirse de nuevo, incluso los modelos teóricos, las concepciones estratégicas y el rol del partido. El papel de sumatoria de cristianos a la revolución ya no era tan claro. De partida, los cristianos comenzaron a tener un protagonismo muy grande en la resistencia, que era de una participación directa, sin mediadores, en las tareas políticas de ese primer momento. La solidaridad, la recomposición de organizaciones, la creación de climas de libertad, que eran tareas de alto contenido político dadas las circunstancias que atravesaba el país, puso a los cristianos directamente a la cabeza, junto a no cristianos, de tareas populares. Este proceso que fue dando origen a una iglesia popular masiva, también fue teniendo expresión en una masificación de la política entre los cristianos. Quedó roto el predominio social cristiano sobre el ámbito cultural cristiano y fue visto como legítimo para cada laico incorporarse a los partidos de izquierda, según la línea política de éstos, y no según su definición doctrinaria. Por mucho tiempo el tema cristianismo-marxismo no existió como preocupación. La nueva teología no partía tampoco de la dicotomía entre concepciones del mundo, sino de una práctica común.

El problema de la revolución se "historizó", se hizo desafío para un movimiento popular concreto, que debía dar cuenta de sus retrocesos y sus estrategias. La revolución ya no era un modelo de manual, sino que debía partir de una situación concreta: la pérdida y la necesidad de recuperar la democracia.

Asimismo, el sujeto revolucionario se amplió, pasó a tener otras dimensiones, la del conjunto del pueblo, de todos los afectados por la dominación, sin que se pudiera deducir de que una clase era portadora en exclusividad de las claridades, ni que una ideología estuviera de antemano señalada para dirigir el proceso de la sociedad. La fuerza de las transformaciones brotaría ahora de un sujeto también por construir, que

se asemeja más al concepto de pobres de los teólogos de la liberación, que al concepto de proletario del marxismo.

En ese nuevo contexto, las tareas políticas aparecían como desafiantes. Afiliarse a la política no era ya seguir una ruta, sino abrirla. La crisis del proyecto popular exigía la renovación de la izquierda. La situación ponía de relieve la necesidad de actuar con nuevos métodos y estilos, porque sólo Así podría levantarse un nuevo proyecto. La forma -los estilos- no eran ya independientes ni de menor rango que el fondo-el proyecto-. La idea de un socialismo democrático, de una "república de trabajadores en democratización ininterrumpida", donde la participación del pueblo fuera el motor del avance de la historia no era ya una aportación ética, que buscaba limitar y moralizar a la "dictadura del proletariado", sino que era un proyecto nuevo que había que construir en el seno de la izquierda y del movimiento popular.

Los cristianos ya no teníamos un rol de segundo orden en las tareas de la liberación popular, se equiparaban al resto de los revolucionarios y las ideas se medían ahora por su eficacia para levantar al sujeto popular. La democracia no es asumida entonces como mal menor, sino como requisito institucional para el libre desarrollo del pueblo, y desde ahora tenía una concreción en la democracia interna de las organizaciones sociales y en la relación democrática entre partidos y movimientos sociales.

La politización de los cristianos de izquierda comienza a ser directa entre su fe que los inspira y un proyecto histórico concreto, que está por construirse, y que es el socialismo. La definición contemporánea de los cristianos de izquierda es ser cristianos socialistas, ya ni siquiera cristianos por el socialismo en la medida que ello denota que el proyecto está ahí, puesto o definido por otros. Es claro que en la mitad de los años 80 el contenido exacto de lo que será el socialismo latinoamericano dependerá de muchos factores, pero es un perfil por definir, una lucha donde la hegemonía la pondrá cada una de las clases y sectores populares intervinientes y cada una de las corrientes de pensamiento que tengan enraizamiento social en las clases constructoras de la nueva sociedad. Pero la utopía por la que luchamos se definirá por sus contornos concretos, no estará dada de antemano por ninguna doctrina oficial del movimiento popular.

Así las cosas, los cristianos se acercan hoy a la política de la izquierda directamente a los partidos populares, y conectan con el espacio socialista que resume y sintetiza la búsqueda de igualdad y libertad, de desarrollo y participación.

Este segundo modelo de la incorporación de los cristianos a la política no está consolidado, en la medida que el proyecto y la fuerza socialista aparece hoy difusa, pero si algo ha aportado la renovación es la crisis del modelo de los 60, el de un partido especializado y el de la alianza cristiano-marxista.

Esta versión retrasada de la politización de los cristianos, que busca dividir en el seno del pueblo según inspiraciones doctrinarias, se expresa hoy en retirada en la idea de un "partido popular cristiano". Asignarse tal rol no puede tener otro resultado que la "satelización" de ese partido alrededor del Partido Comunista, al cual se le atribuirían las virtudes de encarnar la correcta postura popular y al cual los cristianos le darían argumentos morales y ciertos visos de pluralidad a las coaliciones que éste encabezara. Una posición de ese tipo, por radicalizada que hoy parezca dada la actual línea del P.C., no sería más que una versión izquierdista del social cristianismo. La tesis de la unidad del pueblo capacidad en su seno de recoger la pluralidad de visiones propias del mundo popular, que en la noción de "partido-guía" o de aliado preferente, que son los anversos del "destacamento especializado" o del "partido popular cristiano".

VÍCTOR MANUEL REBOLLEDO

En primer lugar, quiero pedir excusas, tanto a Jorge Arrate que está inscrito para intervenir después que yo, como a todos ustedes, pues mi intervención creo inevitablemente sacará el debate del punto específico que nos ocupa y ello porque intentaré una reflexión que abarcará todos los temas tratados en este seminario en términos globales. Además, emplearé parte del tiempo que yo y mis compañeros no hemos utilizado en los anteriores turnos.

Quiero señalar en segundo término que hago esta intervención a título estrictamente personal, no hablo por consiguiente a nombre del CEVAL ni a ningún otro título.

Quiero comenzar señalando que considero indispensable para una cabal inteligencia por parte de Uds., del sentido profundo de nuestras apreciaciones y de nuestra visión de las cuestiones fundamentales que se han tratado en este seminario, en relación al fenómeno de la renovación socialista, intentar una reflexión preliminar acerca de dos cuestiones fundamentales y firmemente vinculadas entre sí. Me refiero en primer lugar a una visión de los elementos de nuestra autoidentificación como fenómeno político que podríamos denominar de "radicalismo de izquierda" y a partir de allí y en segundo lugar las peculiaridades de nuestra forma de aproximación al fenómeno de la renovación socialista.

Quiero partir de una primera apreciación que tiene cierta dosis de audacia para nosotros y que quizás incluso algunos de mis compañeros aquí presentes podrían matizar. Me refiero al hecho de que el radicalismo no es apreciado como parte de la izquierda chilena; y creo que despojando el análisis de toda carga subjetiva esa apreciación se corresponde con la realidad.

En rigor, quisiera reivindicar aquí y ahora para el radicalismo chileno, su carácter de fuerza política que operó transformaciones progresivas muy profundas y trascendentales en la sociedad chilena y que protagonizó batallas que contribuyeron fuertemente a la profundización y ampliación de la democracia en nuestro país.

Sin embargo, también en rigor, creo que el radicalismo ha sido más un socio sólido de la izquierda en momentos muy decisivos para el movimiento popular, léase Frente Popular y Unidad Popular, más que en un componente sustantivo y por ende irreversible de ella. Quiero aclarar que hago aquí referencia a la izquierda más como una noción de cultura política que como materialización orgánica frentista.

Si esto no fuera así, no habríamos pasado en los años cuarenta del Frente Popular a la Ley de Defensa de la Democracia y en los setenta y los ochenta de la Unidad Popular con el Partido Radical dentro de ella a que en 1986 el radicalismo de izquierda sea una corriente interna minoritaria, por lo menos minoritaria en términos formales dentro del Partido.

Sin embargo, hay un fenómeno que se repite, y este es que siempre que el radicalismo transitó junto a la izquierda, generalmente su cohabitación con el movimiento popular en determinados períodos dejó un producto, dejó un saldo. Y por muchos años el "radicalismo de izquierda" o la "izquierda radical" ha sido un fenómeno omnipresente en la vida del Partido y en la vida política nacional. Fenómeno en todo caso creo siempre marginal, contracultural que terminó casi inevitablemente en la emigración individual o de pequeños núcleos a los partidos de izquierda, particularmente el Partido Socialista.

Y para examinar el tema al que quiero llegar, esto es, como hemos visto, como nos hemos aproximado nosotros al fenómeno de la renovación socialista, es indispensable examinar cual es la especificidad del radicalismo de izquierda producto de la experiencia Allendista.

Y aquí yo creo que hay tres elementos fundamentales para entender el fenómeno y su carácter.

- En primer lugar y esto es esencial, cuando hablamos del radicalismo de izquierda hoy, cuando hablamos de la izquierda radical producto de la experiencia Allendista, no estamos hablando de un fenómeno político marginal, sino por el contrario, la izquierda radical fue hegemónica en el Partido durante largos años; y en términos muy sólidos por lo menos desde 1969 hasta varios años después de 1973. No hablamos hoy por tanto de un fenómeno marginal o que de alguna forma pueda ser entendido como una anormalidad.

- En segundo lugar, hay otro hecho determinante, y es que desde 1969 el radicalismo hizo un tránsito prolongado con la izquierda, y más que eso, hizo un tránsito con la izquierda en los momentos más cruciales y más dramáticos de su historia y lo hizo con extraordinaria lealtad. Se ha criticado incluso al radicalismo con algo de razón, un cierto desperfilamiento frente a los otros partidos de la UP, pero nadie ha puesto jamás en cuestión la adhesión ineludible del radicalismo al experimento de la vía chilena al socialismo, lo que en última instancia le acarreó por igual el despiadado castigo de las clases dominantes y la derecha. Y no es un hecho carente de significación para los efectos de lo que estoy planteando, el que el único miembro del parlamento asesinado el 11 de septiembre de 1973 haya sido Gastón Lobos, diputado del Partido Radical.

- En tercer lugar, con la inserción del radicalismo en la Unidad Popular en 1969, emerge toda una generación política a la que pertenezco y pertenece buena parte de las personas que configuramos el CEVAL, que solo ha hecho política en la izquierda, que no hemos conocido jamás otro radicalismo que aquel participando junto a otros partidos populares en un proyecto popular. Esto significa ni más ni menos y ojo con lo que voy a decir, significa ni más ni menos, que la gente que tiene de 40 años para abajo en el Partido Radical, ha hecho toda su experiencia política con una inequívoca noción de pertenencia a la izquierda y el movimiento popular.

¿Y cuál es el resultado de todo esto?

Es la existencia hoy de una franja muy significativa y ancha del radicalismo, que opera con un sentido de pertenencia cultural profundo e irreversible a la izquierda. Y estamos aquí frente a un fenómeno que no tiene nada de marginal; y que, por el contrario, expresa en términos sustanciales y estructurales una parte fundamental, un pedazo imposible de ignorar, de la realidad del radicalismo en 1986.

Esta realidad ha abierto desde 1983, un período de extraordinaria complejidad, caracterizado por una crisis de hegemonía destinada a confrontar en una tensión permanente, a esta izquierda radical producto de la experiencia Allendista, con el experimento de reinserción centrista del Partido Radical que se viene desarrollando desde 1983.

Ahora si nos preguntamos, ¿cuál es el futuro de la izquierda radical en este período?, creo que su futuro se mueve alrededor de tres hipótesis posibles, muy fuertemente vinculadas por lo menos desde mi punto de vista al desarrollo del proyecto de la renovación socialista en la izquierda chilena.

Comienzo por la primera hipótesis que es la más optimista y es que vamos a ser capaces de reciclar globalmente al radicalismo como una fuerza socialista y sólido componente del movimiento popular.

Una segunda hipótesis es que la crisis de hegemonía que vive actualmente el radicalismo se resuelva por la vía de la consolidación definitiva del experimento centrista en curso y que, por consiguiente, la

"izquierda radical" sea puesta irreversiblemente en minoría y se vaya convirtiendo por esa vía a la larga y crecientemente en un fenómeno de tipo marginal y contracultural y no en una corriente sustantiva.

Finalmente, así como comencé con la más optimista, terminó con la hipótesis más pesimista, que es más bien una variante de la anterior, y consiste en la lenta y paulatina desagregación y disolución en los próximos años del fenómeno radical de izquierda producto de la experiencia Allendista, por la vía de la emigración de pequeños núcleos o individuos a los partidos de izquierda, si la izquierda radical es puesta en minoría irreversible como ya he dicho.

Y decía, que la resolución global de esta cuestión en uno u otro sentido está vinculada al desarrollo del proyecto de la renovación socialista por lo siguiente: Porque creo que hay una característica a mi juicio fundamental del fenómeno radical de izquierda de la segunda mitad de los sesenta hasta hoy y es que su viabilidad y prácticamente su emergencia y desarrollo se liga estrechamente a su referencia e inserción en un proyecto de cambio más ancho y mayor, de envergadura nacional diría yo, que en su momento fue la Unidad Popular, Allende y la vía chilena al socialismo. Ya partir de ahora puede ser la renovación socialista. Creo que hay una estrecha vinculación y retroalimentación entre los procesos de convergencia política de los partidos de izquierda, que terminaron con la configuración de la Unidad Popular y el proceso interno radical que culminó en 1969 con el triunfo de la izquierda partidaria.

Y es por ello que cuando algunos años después de golpe, el esquema de coalición de izquierda que había enmarcado la emergencia hacia posiciones hegemónicas del radicalismo de izquierda dentro del Partido, entra inevitablemente en crisis y salta hecho pedazos, quedamos bastante a la intemperie y al cabo del tiempo atrapados en la dicotomía que emerge de la crisis y término de la Unidad Popular en 1979, entre un sector de la izquierda que abre paso al proceso de revisión crítica y reflexión teórica que hemos denominado renovación socialista por un lado y otro sector que se articula alrededor del Partido Comunista que busca sostenerse en un proceso a mi juicio involutivo, sustentado en una autoafirmación a partir de la ortodoxia ideológica.

Este prolegómeno más o menos extenso que he hecho, creo perfila algunos de los elementos sustanciales de nuestra forma de aproximación al fenómeno de la renovación socialista, que es necesariamente diversa a la aproximación que hace a este fenómeno el socialismo histórico y los partidos cristianos.

Y a mi entender, el proceso de renovación socialista, a la sensibilidad radical de izquierda en la que yo me inscribo la interpela de tres maneras.

En primer lugar, a diferencia de lo que ocurre con otros sectores, el producto de la reflexión teórica que surge de la renovación socialista, no conlleva para nosotros la connotación inevitablemente traumática de revisión de un universo teórico que nos sustentó como fuerza política, sino por el contrario, se nos representa como la emergencia en otros actores de la izquierda, de un núcleo de concepciones ideológico política muy sólidas, que interpretan de manera muy importante el sustrato teórico fundamental con que hemos actuado en política, en esencia, nuestra indesmentida aspiración de articular en un solo proyecto histórico una cristalina radicalidad democrática, esto es un compromiso incondicional con la democracia como régimen político y de avanzar al socialismo a través de la construcción de la adhesión consciente, mayoritaria y libremente expresada del pueblo por una parte, con una irrenunciable radicalidad socialista, esto es nuestra vocación de superar el capitalismo en Chile por la otra.

En segundo lugar, y es posible que con elevados grados de voluntarismo y una fuerte carga subjetiva, por lo menos en mi caso, vislumbramos en su momento el proceso de la renovación socialista, como una referencia de proyecto nacional y popular de sólidas posibilidades de desarrollo y con una ascendente perspectiva de éxito.

En tercer lugar, la apreciación anterior nos hacía ver en la renovación socialista un escenario propicio e indispensable, en el marco del cual en una nueva etapa pudiéramos interpelar nosotros al conjunto del radicalismo a un rol de fuerza socialista y popular.

Ahora bien, creo que todo lo dicho aquí, o sea, que somos y cual es por consiguiente nuestra aproximación al fenómeno de la renovación socialista, sirve de marco a la forma en que apreciamos las cuestiones principales que aquí se han abordado ayer y hoy, y a las que me referiré de manera naturalmente sintética y más superficial, que quienes han estado en el centro de este proceso.

Las tesis de la renovación.

Yo, en relación a las tesis de la renovación que bien sintetizó Manuel Antonio Garretón ayer en la mañana, quiero decir que son para nosotros asumibles totalmente y sin ningún tipo de traumas. Pero antes de entrar a referirme muy breve y puntualmente a dos o tres aspectos que me interesa remarcar, quiero hacer una cierta reivindicación de la renovación como concepto general, como necesidad general, ya que debo confesar que también me causa cierta inquietud la afirmación de Moulian de que el término renovación ha llegado a incomodarle.

Y quiero, recordar en todo caso, que la renovación como necesidad y como idea, que surge desde este proceso, guste o no ganó hegemonía incluso en otros sectores de la izquierda y no solo de la izquierda. Y voy a poner solo dos ejemplos de lo que digo. Hay numerosos documentos del sector socialista de Almeyda que en un momento incorporan el tema de la renovación a su discurso. Por otra parte, recuerdo el trabajo de Jorge Inzunza, "RENOVAR Y NO RENEGAR", que constituye el esfuerzo más serio del PC por involucrarse en el debate teórico de la izquierda y salir al paso a la línea de reflexión de este sector. Bueno, en ese trabajo Inzunza naturalmente nos excomulga a todos bajo la acusación de que nos habíamos alejado de los textos sagrados del marxismo leninismo, en lo que naturalmente teñí toda la razón, pues no cabe duda que los elementos principales de las tesis de este proceso, implican un claro desmarcaje del marxismo leninismo como universo teórico codificado; pero por otra parte y es lo que me interesa remarcar, Inzunza asume y no cuestiona la necesidad de la renovación como idea general, como necesidad.

Dicho esto; en relación al tema de las tesis de la renovación, voy a referirme como dije muy puntualmente a algunos elementos que me interesa remarcar.

En primer lugar, quiero referirme a lo que Manuel Antonio Garretón llamaba radicalidad democrática, entendida como la adhesión incondicional al sistema democrático, y en el caso de los socialistas, asumir que la democracia como régimen político, es un pedazo de la utopía socialista.

Yo creo que para la izquierda esta es una cuestión muy importante y que evidentemente, ésta no puede soslayar ante el pueblo y la sociedad, sin ningún tipo de ambigüedades, una definición democrática muy cristiana. Sin embargo, la cuestión no es simple. No es simple porque creo que, para la izquierda, una cristalina y total adhesión a la democracia, implica, aunque no se diga, una renuncia a la revolución, entendida en su concepción bastante arraigada de fenómeno metodológico de toma del poder, más que

como contenido y profundidad de las transformaciones operadas en determinado momento en una sociedad determinada.

Yo creo que hay que dar la cara a esta cuestión, y yo no temo a declarar que la asumo sin ningún tipo de traumas, en la convicción más profunda de que contribuye más eficazmente al cambio, un reformismo eficiente y operante que avanza en términos palpables y efectivos en la dirección de una transformación profunda de la sociedad, que el revolucionarismo discursivo que espera eternamente el gran día, mientras gobierna la derecha.

Y en relación a esto mismo, quiero hilvanar una segunda reflexión referida a la noción de radicalidad; o más claramente a cuáles son los elementos que identifican una política revolucionaria; que es lo que puede hoy identificar la idea de radicalidad para las fuerzas del cambio.

Y aquí creo que hay que ir a una superación de concepciones que han estado muy arraigadas en la cultura política de la izquierda. Durante los sesenta a partir del fuerte influjo de la revolución cubana, la idea predominante era identificar la radicalidad con el método. Quienes postulaban la vía armada eran revolucionarios; todo lo demás era reformismo, independientemente que, como el caso del experimento Allendista, se propusiera por vía política profundas transformaciones de la sociedad.

Otra concepción arraigada continúa siendo la asociación de la noción de radicalidad al apego a la ortodoxia ideológica y más concretamente al marxismo leninismo.

Y yo veo francamente indispensable que una izquierda viable en Chile sea capaz de vincular la" noción de radicalidad, más que al método o a la ideología, a la esfera de lo político programático, en concreto a la capacidad de desencadenar procesos eficazmente transformadores de la sociedad, y en segundo lugar veo la noción de radicalidad muy vinculada a la ética.

La consecuencia y el compromiso cotidiano con una renovada moral política metodológica constituye a mi juicio un otro elemento muy importante de una adecuada noción de radicalidad.

En tercer término, quiero referirme al tema del contenido de la utopía socialista en referencia al tiempo y espacio histórico en que nos desenvolvemos como fuerza política socialista.

Y aquí creo en primer término, que es indispensable enriquecer el contenido de la utopía socialista, teniendo en cuenta un aspecto de la realidad que debe ser asumido. Me refiero a la creciente complejidad y multidimensión de las relaciones dominación subordinación en nuestras sociedades.

Esto implica que el frecuente reduccionismo de la idea socialista a la sola socialización de los medios de producción se ha tornado muy insuficiente.

El socialismo como utopía de la igualdad y de poner fin a la explotación del hombre por el hombre, debe dar cuenta que hay un grueso universo de sectores explotados que no participan del proceso productivo, y que existen otras formas de dominación en la sociedad actual, de las que el socialismo debe dar cuenta en un indispensable proceso de ampliación y enriquecimiento del sentido de su utopía. Formas de explotación, discriminación y desigualdad, las sufren numerosos sectores de los cuales los obreros de las fábricas son una parte ciertamente importante pero solo una parte. En síntesis, en este aspecto el socialismo como utopía de la igualdad y del fin de la explotación y de la dominación de unos hombres por otros, no puede llenarse solo del contenido de ser una opción que aboga por la socialización de los medios de producción.

Un segundo aspecto de este mismo tema tiene que ver con las particularidades que impone a la alternativa socialista el tiempo y espacio histórico en que debe desenvolverse.

Y el socialismo como utopía nace en el siglo 19 bajo el influjo de las ideas de Marx como la utopía de la igualdad, como la utopía del reparto justo de la riqueza.

Sin embargo, hoy en el tercer mundo y en América Latina, la cuestión es más compleja. Y es más compleja por la sencilla razón de que la raíz humanista y liberadora del socialismo como utopía igualitaria, queda anulada de plano en sociedades subdesarrolladas con excedente prácticamente inexistente.

Y el socialismo no puede ser la alternativa de socialización de la pobreza y de la miseria.

No son más libres millones de etíopes que padecen hambre física bajo el gobierno socialista de Mengistu Halie Mariam, que lo eran cuando lo padecían bajo el régimen imperial de Halie Selasie hace algunos años.

No sirve la solución socialista a la etíope.

Con esto no quiero significar otra cosa, que la idea socialista en el tercer mundo y concretamente en Chile, no puede sino identificarse clara e indisolublemente a la idea del desarrollo. El socialismo en el tercer mundo debe ser la alternativa del desarrollo y la utopía socialista debe ser cada vez más la utopía de la igualdad y la utopía del desarrollo.

Confieso que no puedo sustraerme a la sensación de estar señalando una obviedad, obviedad sin embargo a menudo bastante soslayada y poco asumida en cierto discurso izquierdista marcado por la sacralización de la ideología.

Una tercera y última cuestión que me interesa tocar en relación a las tesis de la renovación es la relativa al Bloque por los Cambios.

Y yo creo que esta es una cuestión fundamental, porque pienso que la perspectiva de una refundación sólida de la democracia chilena y de un enfrentamiento responsable y con sentido histórico de la crisis nacional pasa por la articulación de esto que se ha dado llamar bloque por los cambios.

Y creo que esta no es una cuestión muy simple, porque si buscamos la raíz del fracaso de las fuerzas del cambio en Chile por lo menos desde 1960 para adelante nos encontramos con que todos los proyectos de cambio tropezaron en la misma piedra, y fue que pretendieron sustentarse en un conglomerado social y político mayoritario, que no lograron materializar más allá de la formulación teórica. Si analizamos las políticas de alianzas de los distintos actores progresistas en la década del sesenta; con lenguajes distintos, todas más o menos plantearon la creación de una fuerza que agrupara con cierta solidez al mundo del trabajo y los sectores medios.

Y aquí hay un fracaso histórico, aquí hay evidentemente una gran tarea pendiente, porque ni la Democracia Cristiana logró en su momento la "unidad social del pueblo" y se sustentó finalmente en solo un pedazo minoritario del pueblo, ni la Unidad Popular logró la "unidad de las fuerzas antiimperialistas y anti oligárquicas", y quedó al final sustancialmente divorciada de los sectores medios.

Por consiguiente, la construcción de una mayoría social y política por los cambios, esto que en las tesis de la renovación se ha llamado el "bloque por los cambios", continúa siendo una gran tarea pendiente y el desafío central de cualquier política que se oriente en la perspectiva de refundar una democracia estable, y de enfrentar con rigor la enorme crisis nacional.

Ahora bien, la pregunta de ¿cuáles son las claves y las lógicas para construir un bloque por los cambios? ¿qué cosas distintas a las hechas en el pasado debemos hacer para lograrlo? ¿qué debe hacer la izquierda para avanzar en esa perspectiva? y finalmente ¿qué debemos hacer los socialistas renovados y democráticos en función de poder avanzar en la perspectiva del bloque por los cambios?

Quiero explorar una respuesta a estas preguntas, señalando algunas premisas a mi entender fundamentales.

La primera es que la gran lección de los fracasos del pasado, por lo menos a mi entender, es que ni el centro político, ni la izquierda serán capaces de configurar aisladamente un bloque social mayoritario por los cambios en Chile. Cualquier veleidad en sentido diverso será volver a repetir el pasado.

La segunda premisa para mi es que un entendimiento político sustantivo entre la izquierda y el centro es insoslayable.

Y en relación a esto caigo al espinudo tema de la "unidad de la izquierda", de las dos izquierdas, etc. Y en relación a esto quiero sentar otras dos premisas que a mi juicio terminan de alumbrar lo que debe ser una política socialista en esta materia.

Yo sé de sobra que este es un tema discutido sin embargo una política clara en esta materia me parece fundamental.

La primera premisa, es que excluir o pretender excluir a parte de la izquierda de un bloque por los cambios nos aproxima bastante en última instancia a un diseño centrista inconducente que constituye una forma encubierta de volver sobre el pasado en una de sus variantes.

La segunda premisa es que cualquier fórmula de reconstitución de la Unidad Popular, con cualquier otro nombre, o hablando aún más claro, cualquier diseño de frente de izquierda, que, aunque se diga lo contrario es rehacer la Unidad Popular, no dará como resultado un bloque por los cambios. Quiero señalar que tengo la convicción profunda que de niveles muy anchos de entendimiento político entre los partidos que expresan mayoritariamente al mundo trabajador me parecen indispensables y necesarios. Pero confundir esta necesidad con un prurito frentista, que suele adquirir el carácter de compulsión, no es otra cosa que volver sobre el pasado en otra de sus variantes.

Por consiguiente, en la línea de este análisis, una política autónoma del socialismo renovado y democrático es a mi entender funcional y más que eso, condición indispensable de la viabilidad de un bloque por los cambios.

Una reformulación de los equilibrios y las fórmulas de entendimiento de las corrientes de izquierda es indispensable para superar las limitaciones del pasado.

Las tensiones en el proceso de renovación socialista.

Entro ahora telegráficamente al tema de las tensiones en el desarrollo del proceso de renovación socialista.

Y lo primero que quiero decir es que obviamente las vivimos en forma marginal, toda vez que, aunque por la vía de diversos dirigentes el radicalismo de izquierda ha marcado presencia en el proceso, no ha participado orgánicamente de él.

Sin embargo, hay algunas cuestiones que me interesaría señalar.

En primer lugar, en relación a las tensiones que Ricardo Núñez en su exposición asociaba al carácter orgánico de desarrollo del proceso de renovación socialista, quiero señalar dos cuestiones.

La primera es que el prurito voluntarista de materializar rápidamente el proceso en una perspectiva orgánica fusionista ha creado inevitablemente, una tensión con partidos que, compartiendo el universo teórico del proyecto, mantienen la legítima aspiración de permanecer como fuerzas políticas con perfil propio. Creo podría ser el caso sin ir más lejos del propio Partido Radical.

Y en segundo lugar hay una tensión cuyo desarrollo nos merece una observación muy semejante a la primera. La dicotomía en el proyecto de renovación socialista entre la convergencia de distintas vertientes del socialismo, por una parte y quienes han tendido a concebirlo como un proceso que en última instancia apunta a la reconstitución del Partido Socialista histórico por la vía de la fagocitosis de las otras vertientes ha jugado un papel no pequeño como obstáculo en el desarrollo del proceso, y particularmente para quienes hemos intentado una asociación a él del mundo radical.

Finalmente, en relación a la tensión derivada de las diferencias en materia de política de alianzas, quiero decir que hay una que como radicalismo de izquierda nos ocasionó serias dificultades en un momento.

No es un misterio que nosotros dentro de nuestro Partido nos hemos jugado, diría, hasta apasionadamente por la unidad de la oposición y por evitar la política de las exclusiones. Y en un momento en que quedó en evidencia que estas políticas se habían hecho hegemónicas en la Alianza Democrática y que ésta ya no sería un referente de toda la oposición, la participación de un partido del bloque socialista en la Alianza nos planteaba la evidente dificultad de sintetizar nuestra política ya señalada con la invocación al radicalismo a entender que este proyecto del bloque era nuestro proyecto para una re inserción izquierdista.

Voy a entrar a la parte final de mi intervención entregando algunos elementos de balance y perspectivas del proceso que me sugiere el debate que hemos tenido ayer y hoy. Y la primera cuestión que me parece es que no veo renunciamentos sino una línea de reafirmación del núcleo de tesis fundamentales del proceso de renovación socialista. En segundo lugar, veo elementos significativos de política consensual para enfrentar la coyuntura. La Asamblea de la Civilidad, el Acuerdo Nacional, son puntos de encuentro de la mayor importancia de las fuerzas políticas que han integrado este esfuerzo, en la perspectiva señalada.

En tercer lugar, veo posibilidades razonables de lo que podría ser la construcción consensual de esto que decía Moulian, de un proyecto alternativo, de una política global para enfrentar los principales problemas de la sociedad chilena hasta principios del siglo XXI.

Y como aquí se ha reiterado en distintas intervenciones, el núcleo del problema de este proceso ha estado en la construcción del actor a partir de diferencias no en las grandes ideas sino en la línea política.

No considero pertinente internarme en la cuestión de quien es más o menos responsables. Pero quiero hacer un enfoque desde otro punto de vista.

Quiero decir que comparto, no todas, pero si una gran parte de las críticas que ha hecho Roberto Celedón al Bloque Socialista. Sin embargo, la cuestión que yo me planteo es: ¿a qué nos interpela la visión crítica y el fracaso orgánico? a la superación o al abandono.

Y yo creo que quienes estén por el abandono deben decirlo y explicarlo. Y quiero decir que nosotros estamos por la superación de los problemas.

Creo que la única justificación moral y política para abandonar y no volver por los fueros de la renovación y la nueva fuerza socialista, sería asumir frontalmente por uno, varios o todos los actores que han dado vida al proceso, que las tesis que le dieron vida ya no nos interpretan, que todos estos años hemos estado equivocados. Y participó de la convicción más profunda de que no ha sido así.

Y quiero hacer una referencia muy franca, de que es lo que representa para nosotros un esfuerzo por superar las dificultades por las que atraviesa este proceso.

- En primer lugar, significa reponer un proceso con cuyos contenidos fundamentales nos identificamos profundamente.
- En segundo lugar, significa reponer un proceso esencial en la línea de reconstituir una perspectiva de cambios en la sociedad chilena, con posibilidades razonables de superar los errores del pasado.
- Finalmente significa desde mi punto de vista, la constitución del único proyecto posible que constituya una referencia viable para un reciclamiento del radicalismo como fuerza socialista.

Lógicas de construcción de una fuerza política socialista.

Termino con una breve referencia al tema de las lógicas de construcción de una fuerza política socialista. Y aquí antes de entrar a las lógicas mismas, creo previo señalar algunos requisitos indispensables que tienen que ver bastante con el ámbito de lo subjetivo, que suele jugar un papel más preponderante de lo que imaginamos. Y quiero hacer este planteamiento mucho con el carácter de apelación personal, desde la equidistancia de alguien marginal a este proceso en términos formales y objetivos, pero profundamente vinculado subjetivamente a él. Y en esto es posible que lo que yo diga interprete a un grueso universo de lo que es el ejército de independientes socialistas que esperan mucho de esto.

Y aquí mis palabras van dirigidas a los dirigentes aquí presentes.

- Apelo en primer lugar a la voluntad política. El despliegue de una enérgica voluntad política es una condición básica del éxito de cualquier empresa y de esta muy concretamente. Y aquí en este punto solo quisiera recordarles que la voluntad política de los conductores que hicieron la Unidad Popular se enfrentó para esa empresa en 1969 a dificultades probablemente bastante mayores que las que enfrenta el proceso de renovación socialista.
- En segundo lugar, apelo a la generosidad. Solo quiero llamar la atención en este punto de que para algunos temas nacionales hemos dado grandes muestras de realismo y generosidad, y hemos estado dispuestos a sentarnos a la mesa con sectores con los que nos separan grandes cosas, enormes cosas. Yo solo quisiera ver reproducida esa misma generosidad y realismo para sentarnos a la mesa los socialistas.
- En tercer lugar, hago sinceramente una gran apelación a la responsabilidad, que tiene mucho que ver con recordar que existe un contingente suficientemente significativo de sectores que reconocieron filas los últimos años en este proyecto y desde la desaparición del Bloque Socialista continúan esperando una respuesta.

Ahora respecto a las lógicas, después de la ponencia de Oscar Guillermo Garretón y de la completa intervención de Guillermo del Valle solo quiero hacer unas puntualizaciones.

Creo que una lógica que debe englobar todas las demás es la de superar la ansiedad, partiendo de una correcta concepción del tiempo histórico de desarrollo y expansión de un proyecto político de la envergadura del de la renovación socialista.

- La segunda gran lógica es reponer un proceso de convergencia política que a mi juicio debiera sustentarse en los siguientes criterios:

a- Un proceso de convergencia y encuentro de las fuerzas socialistas a nivel de frentes sociales, mujeres, estudiantes, sindical, respetando los ritmos y posibilidades de cada uno.

b- Poner en el horizonte una perspectiva de encuentro orgánico de tipo federativo que permita una intervención unívoca en la política nacional, pero respetando el espacio de expansión y propio perfil de los distintos partidos. Creo que una perspectiva así viabiliza y acomoda bastante a las posibilidades de inserción de la corriente socialista laica que expresa el radicalismo en el proceso.

c - Finalmente creo que, como objetivo mínimo, las fuerzas socialistas deben plantearse el horizonte de comparecer juntas en una sola plataforma electoral, independientemente de que sea en un marco más amplio, a la primera elección democrática.

Queridos compañeros; quiero terminar mi intervención transmitiéndoles la sensación que tengo, de que estamos en un momento en que toda nuestra capacidad, en que toda nuestra voluntad está puesta a prueba. Y creo que mucho, sino todo depende de nosotros mismos.

Y de lo que hagamos hoy, dependerá, que en unos años más, cuando se escriba la historia de este tiempo difícil, muchos de los que estamos en esta sala y otros que no están, sean recordados, o bien como pirquineros, y no uso el término en su acepción peyorativa, sino en el sentido de gente, que hizo por separado pequeñas cosas, o bien seamos recordados como constructores de grandes edificios políticos.

Termino mi intervención señalándoles que para que la gran empresa, de que la idea de sintetizar en un solo proyecto histórico, socialismo y democracia, cuente en los años venideros en Chile, con una gran fuerza política para llevarla adelante, el CENTRO DE ESTUDIOS VALENTÍN LETELIER está disponible para lo que sea necesario.

Muchas gracias por su atención.

UNA MAYORÍA POR LOS CAMBIOS

Víctor Barrueto

INTRODUCCIÓN:

Hoy cuando parece más posible y necesario el levantar una alternativa democrática frente a la dictadura y para el conjunto del país, adquiere mayor vigencia la discusión en torno a las "estrategias de cambio" y a las "propuestas de nuevo orden" capaces de crear una fuerza con la potencia histórica suficiente como para transformar Chile. Hay dos preocupaciones que son premisas para esta discusión: una se refiere a la constatación de que una alternativa de las características señaladas no surgirá de la mera formulación de propuestas y la búsqueda de consensos en las alturas, sino que supone más bien el desarrollo y activación de un sujeto popular autónomo con múltiples actores que expresen su descontento, sus demandas y aspiraciones para que penetren el conjunto de la sociedad, y desde ahí surjan alternativas reales; y la otra se refiere a cómo asegurar con eficacia una redemocratización del país, y al mismo tiempo avanzar hacia

una sociedad más justa de manera estable, sin el riesgo de que a cada paso de mayor igualdad, Chile se enfrente nuevamente a una regresión autoritaria y capitalista extrema.

En el seno del área socialista se ha venido gestando una respuesta que ha recibido distintas denominaciones: bloque por los cambios, movimiento por los cambios, movimiento democrático-popular.

Sobre esta propuesta queremos reflexionar. No me cabe duda de que esta propuesta política puede constituirse en el contenido central en torno a cuál coincidan los diversos sectores socialistas y al mismo tiempo ser el aporte más decisivo, como visión de las cosas, que el socialismo hará al movimiento popular y a la lucha democrática, hoy y mañana.

I. EL DESAFÍO

1. La idea es la reconstrucción, desde hoy, de una mayoría por los cambios profundos, que regenere el amplio tejido social y político que se pronunció en 1970 -tras los programas de Salvador Allende y Radomiro Tomic- por los cambios, como un nuevo, más amplio y revitalizado movimiento.

Se constata que, en el pasado, el movimiento popular ha sido la principal fuerza de transformación democrática en nuestro país. Sin embargo, la historia no ha sido de plena unidad de todas las fuerzas democráticas. Lo que se propone es un concepto de ampliación del movimiento popular histórico. El largo período de dictadura -de hambre, de cesantía y de persecución en común, de encuentro en la lucha y de imborrable experiencia solidaria, de expectativas frustradas y de ideales compartidos- han sentado bases vitales para ese objetivo.

La idea anterior supone asumir seriamente por los menos, las siguientes cuestiones:

1. No se trata de una nueva visión frentista o una simple alianza entre sectores políticos, sino que un movimiento de base social y cultural expresión de un nuevo consenso progresista, en el cual toda alianza política debe concursar.

La coordinación unitaria y desde abajo de todas las organizaciones e instituciones sociales y culturales populares, y su articulación progresiva, constituye el principal camino de avance, y donde el encuentro de las diversas corrientes ideológicas se ve redefinido y condicionado a la realidad directamente social-popular.

La configuración de un consenso en torno a ciertas ideas-fuerza de un amplio y diverso espectro de sectores que busca darle un nuevo curso histórico a la sociedad toda es el principal sentido de esta propuesta.

2. Un nuevo concepto de lo popular, que exige superar tanto la visión estrecha de lo popular como la pura izquierda o como pura alianza de clases, y la aguda separación entre lo social y lo político surgida estos años. Entender que el "lugar" de construcción de esa mayoría es privilegiadamente el pueblo mismo -entendido como la gente que habita y trabaja en este país, con sus propias aspiraciones, ideas y sentido común y con su reclamo por ser "sujeto de la historia"- y no el de las mediaciones político-ideológicas superestructurales. Asumir así, por ejemplo, la articulación entre sectores considerados tradicionalmente más populares y los llamados "sectores medios" como una cuestión que comienza a producirse antes que en las representaciones políticas a nivel propiamente social: transformar la relación entre obreros y técnicos en las fábricas, la relación entre sindicatos y gremios, la relación entre organizaciones poblacionales y la "Cruz Roja" o los "Clubes de Rotarios" a nivel comunal.

3. Asumir una nueva relación entre lo social y lo político, desarrollando la autonomía, el cuerpo y la movilidad de las organizaciones sociales, respetando su propia capacidad para plantear no sólo sus demandas, sino que también su capacidad de proponer sus propios proyectos alternativos de cambio como actores sociales nacionales válidos.

4. Recoger e incorporar activamente todas las ideologías populares en su versión progresista y transformadora, para que aporten de manera pluralista a la conformación de esa mayoría: el marxismo en sus diversas versiones, el socialcristianismo y cristianismo popular, el racionalismo-laico, así como las aspiraciones propiamente nacionales.

5. La expresión política del pueblo no se agota sólo en la izquierda histórica, sino que también se expresa en la D.C. la "unidad social y política" del pueblo, por lo tanto, debe contener especialmente al P.C., a la D.C. y al llamado "espacio socialista". El P.C. como partido orgánico particularmente a la clase obrera y la D.C. como partido orgánico particularmente a los sectores medios, constituyen aportes sustantivos, al mismo tiempo que tienen sus límites para expresar a las mayorías. En ese sentido una fuerza socialista renovada en potencialmente la que contiene la mayor representatividad nacional-popular.

Se necesita con ésto superar la división tradicional a tres bandas entre izquierda, centro y derecha, por una que ponga en el centro quienes están por los cambios y quienes se oponen a ellos.

La constitución de una fuerza socialista renovada de amplia representatividad popular con una alta capacidad de síntesis e interpretación de los diversos "polos" de esta mayoría, y que asume consecuentemente esa estrategia de cambio es un factor decisivo desde lo político-partidario para viabilizar ese camino.

Así mismo una renovación auténtica de los estilos y formas de hacer política que comprometa en particular a esa fuerza socialista, pero también en algún grado al P.C. y a la D.C. y a las otras organizaciones partidarias, es un factor previo y necesario a la perspectiva propuesta.

También es cierto que se mantendrán elementos de continuidad posiblemente redefinidos, en los cuales es necesario apoyarse. En este sentido la existencia de una izquierda y un centro, aunque pierda relevancia constituye una realidad en la cual claramente la izquierda constituye el segmento más decididamente transformador.

La pura reconstrucción de la izquierda histórica, así como una pura política de unidad democrática amplia sin voluntad y vocación transformadora no constituyen alternativas de futuro reales.

La actual política del P.C. sólo puede llevar a la conformación de una oposición de izquierda en un nuevo sistema sin capacidad de hacer del pueblo una alternativa nacional de cambios.

La actual política de sectores socialistas puede llevar sólo a fortalecer una alternativa de centro que conforme una mayoría por la estabilidad, pero no una mayoría por los cambios.

LA DEMOCRATIZACIÓN Y SUS CONDICIONES:

La democratización de las estructuras del estado requiere desde un inicio acompañarse con un profundo proceso de transformaciones de la sociedad (que coincide con una reconstrucción nacional) como condición de su estabilidad y permanencia. Es imposible democratizar el país y no enfrentar los inmensos problemas de cesantía, hambre y desigualdades acumuladas. Será necesario por lo mismo producir

cambios significativos en la estructura económica-social para lograr una adhesión inmensamente mayoritaria al proceso democratizador y darle a éste continuidad en el tiempo. Cualquier salida que se limite a establecer los mecanismos democráticos y a administrar el actual sistema, tendrá una alta inestabilidad, y tarde o temprano se enfrentará a una nueva restauración capitalista con formas más o menos autoritarias, si no es capaz de dar nuevos pasos en un sentido democratizador más radical.

El conjunto de cambios orientados a satisfacer las necesidades y demandas de la población que den una base social mayoritaria al proceso democratizador y aseguren con eso su estabilidad, constituyen al mismo tiempo el tipo de transformaciones que pueden erradicar las causas que generan el autoritarismo. En efecto, la concentración del poder económico, político y cultural en una minoría está en la base de esa realidad y la satisfacción de las necesidades de la población pasa justamente por la distribución del poder económico, político y cultural en la sociedad.

Son estos cambios entonces los que pueden no sólo comprometer una adhesión mayoritaria a la democracia, sino que también ayudar a desmontar las estructuras que hacen posible el autoritarismo y al mismo tiempo extender y profundizar la democratización del país.

La constitución así de un bloque histórico mayoritario que combine el compromiso democrático con un profundo proceso de transformación de la sociedad es indispensable para darle estabilidad, profundidad y continuidad a la democratización del país.

Y esta conclusión nos lleva directamente al tipo de propuesta y consenso necesario a construir desde hoy en esa perspectiva.

La sustitución de la dictadura y de todo el sistema autoritario por un sistema democrático amplio y participativo, en que la soberanía popular se ejerza sin restricciones en todos los órdenes de la vida social, es la piedra angular de la propuesta.

Avanzar en la construcción de un consenso real en torno a ello supone asumir y resolver de manera justa la articulación de distintos proyectos e ideas-fuerza presentes en la oposición: entre ellas el par más decisivo es la articulación entre libertad e igualdad.

Se trata en fin de cuentas de la articulación entre democracia y socialismo. La posibilidad de esa articulación está en definitiva en un tipo de socialismo que surge como una profundización de la democracia en cuanto, no sólo la extiende al terreno económico y social generando mayor igualdad y justicia social, sino que también busca superarla en el terreno propiamente político, ampliando la democracia representativa y haciéndola más participativa al sustentarla en un sistema general de democracia directa y de consejos.

UNIDAD DEMOCRÁTICA Y MAYORÍA POR LOS CAMBIOS

La mayoría por los cambios se construye hoy en medio de la lucha contra la dictadura y, por lo tanto, en el marco de la unidad democrática más amplia posible. La pregunta que surge es cómo se acumula efectivamente en esa perspectiva, fortaleciendo y no entorpeciendo la unidad democrática. Nuestra respuesta es que ello se logra haciendo del "factor popular" un elemento central y decisivo de la lucha y unidad democrática.

¿Qué significa esto?

- que sea la movilización popular, la presión social directa y la lucha reivindicativa el sustento principal de la demanda democrática;
- que la unidad social del pueblo se concrete a todo nivel y las demandas populares más sentidas se hagan presente con mucha fuerza en toda propuesta nacional;
- y que a nivel político nacional predomine por sobre divisiones entre izquierda y centro la unidad de la oposición y el fortalecimiento en ese marco de consensos progresistas que busquen concretar a nivel político la unidad del pueblo (cuestión en la cual la unidad de la izquierda siempre será un elemento dinamizador).

En relación con esto quisiera hacer dos reflexiones. Una sobre los bloques políticos y otra sobre la forma de caída de la dictadura.

La conformación de la AD y el MDP no es un avance en la superación de la división tradicional entre centro e izquierda, sino que incluso ello es un retroceso. En efecto, no sólo se mantiene esa realidad, sino que además se engorda la expresión política de centro (AD) y se estrecha la expresión política de izquierda (MDP), a sabiendas que la izquierda constituye el punto de partida más sólido y dinámico de un bloque por los cambios.

Asumir la actual realidad para avanzar en una dirección coherente con la perspectiva señalada exige anteponer la unidad del conjunto de la oposición por sobre los bloques particulares, buscar formas de unidad democrática que comprometan a las bases sociales Asamblea de la Civilidad y organizaciones sociales nacionales junto a las directivas partidarias y que existan realmente no dos partidos poderosos, sino que tres, es decir, que el socialismo opere como tal, ubicándose claramente en la izquierda y jugando un rol activo en la articulación con las otras dos grandes fuerzas nacionales. Con esto se abre una relación más fluida entre centro e izquierda al mismo tiempo que se realzan los elementos más populares y progresistas de esa realidad.

Respecto a la caída de la dictadura, en esta perspectiva, ella se entiende como una conquista popular, resultado de la iniciativa y movilización del pueblo democrático, y no de un "ajuste" interno negociado entre distintos sectores del bloque dominante. En este último caso, la "democratización" estará marcada desde su nacimiento por el autoritarismo capitalista.

El desafío en este sentido es transformar la crisis del régimen en una movilización popular tal, que, si no se produce directamente su derrocamiento, obligue, por lo menos, a cualquier solución parcial en las esferas del poder -que las habrá y muchas- tomar en cuenta los intereses de los sectores populares. Ese mismo hecho condicionará significativamente los procesos posteriores que se abran frente a esas soluciones parciales.

Se trata en este sentido de optar como método de lucha, por sobre las negociaciones superestructurales y por sobre las acciones conspirativas de vanguardia, por la lucha de todo un pueblo: es la protesta masiva de la población civil, son las huelgas regionales y nacionales, marchas de los mineros, sublevación de zonas de pobreza aguda, paros cívicos regionales, protesta estudiantil generalizada, marchas campesinas, salidas a la calle de la población y las mujeres, encuentros de las organizaciones de distintos sectores para formular y coordinar sus demandas. Esa es la fuerza que abrirá la democratización del país.

UNA MAYORÍA DEMOCRÁTICO-POPULAR

A diez años de dictadura una característica común es la revalorización de la democracia y la libertad como bienes tan preciados como la igualdad y la justicia: que no son cuestiones "dadas". Que es necesario luchar por ellas igual como luchamos por mayor igualdad. Y que entre democracia y justicia hay una relación importante ya que nunca en Chile las desigualdades e injusticias aumentaron tanto como en estos años sin libertad y sin democracia.

Todo esto para señalar el carácter intrínsecamente democrático de la mayoría posible. Y no se trata solo de la valoración de los mecanismos democráticos llamados "formales" sino que, de algo más profundo, que es la autodeterminación del pueblo y la nación misma. Se trata de entender la política y la revolución misma como niveles cada vez mayores de participación y protagonismo popular. La democracia para ser más real supone siempre un alto grado de constitución del pueblo en sujeto activo a todo nivel, así mismo como la participación y el protagonismo popular necesitan de mecanismos democráticos que posibiliten e incentiven esa realidad. Si no es así los mecanismos democráticos se pueden vaciar y los intentos de protagonismo se ahogan.

Hablar de pueblo es hablar de "mayorías". Mayorías que buscan expresarse y decidir sobre sus vidas y su destino. El cambio fundamental que queremos producir y la condición de todos los cambios es justamente eso la elevación del pueblo a "soberano" efectivo y cotidiano. La democratización ininterrumpida, total y radical de la sociedad es el único camino para ello. La conquista del estado por la sociedad. En todo este sentido la mayoría que queremos construir es una mayoría democrático-popular.

La constitución del pueblo en sujeto protagonice, la conquista permanente de mecanismos democráticos y la expresión de los intereses de las mayorías en la dirección del estado es el marco de construcción y de definición del sentido del cambio que queremos para Chile.

II. CAMINOS DE AVANCE Y LATINO SOCIALISMO:

La experiencia de todos estos años de dictadura parece ser el mejor escenario para comprobar la posibilidad y la necesidad de conformar esa "nueva unidad social y política del pueblo".

La experiencia subjetiva de compartir una lucha común entre la izquierda y el centro, en particular en las nuevas generaciones cuya principal o única vivencia ha sido la de estos años, así como la mayor concertación social no mediada ideológicamente por los partidos (muy limitado aún) ha sentado bases vitales para el objetivo antes señalado.

En la lucha democrática se ha producido un nuevo encuentro del pueblo que tiende a superar sus divisiones ideológicas o políticas, expresándose en instancias unitarias como el C.N.T., la FECH, la FEUC, los organismos de Derechos Humanos y tantos otros, donde lo central es la defensa de los intereses populares y la convergencia en torno a las aspiraciones de justicia y democracia: ahí están los "Seguel, los Bustos, los Yerkos y los Di Giorgio".

La verdad es que ello no ha estado atravesado por una intención explícita de expresar esa realidad y perspectiva dándole un sentido histórico-cultural de mayor proyección: falta no sólo en lo cultural, sino que ha nivel político partidista es donde se hace particularmente difícil y complejo expresar bien esa nueva unidad por los cambios, y donde la falta de un actor socialista poderoso que haga suya esta opción, a mi modo de ver, ha sido la principal dificultad.

Ahí está la instancia y urgencia para el país y para nuestro pueblo de esa fuerza socialista de la que tanto hemos hablado y que a pesar de todo tan poco hemos construido.

La construcción de esa izquierda nacional es vital además no sólo en nuestro país, sino que recorre además el conjunto del continente. Hay una renovación en curso y necesaria de llevar a buen término que tiene su origen en los procesos de reconstrucción del mundo popular bajo condiciones autoritarias luego del fracaso de las experiencias políticas previas de los movimientos populares latinoamericanos, tanto las de corte populista como las de izquierda (tanto de la izquierda tradicional como las del militarismo de izquierda).

América Latina ha vivido los últimos años un doble y simultáneo proceso de imposición autoritaria y destrucción del movimiento popular, y luego su contrapartida, de lucha democrática y reconstrucción del mundo popular.

La renovación tiene su punto de partida en esos procesos reales, que exigieron readecuarse a los nuevos escenarios, pero que al coincidir eso con una profunda autocrítica respecto al pensamiento tradicional de la izquierda por las derrotas y fracasos vividos, ha llevado al intento de producir cambios en las concepciones y prácticas políticas más allá de las puras readecuaciones obligadas frente a un escenario autoritario.

La renovación no tiene nada que ver así con una supuesta moderación ni es puramente una mera modernización para ponerse al día: en ello está el intento histórico de reponer el socialismo como alternativa para nuestras sociedades y con un arraigo muy profundo en el movimiento popular.

Un socialismo para "estos países" y no para Europa: un socialismo latinoamericano, libertario, pero consciente de su "medio" subdesarrollado y pobre; un socialismo profundamente democrático, pero también profundamente transformador.

En Chile en particular, un socialismo libertario y democrático, pero tremendamente vinculado a la tradición popular y revolucionaria del socialismo chileno.

El desafío de repensar la revolución, la democracia y el desarrollo de América Latina nos hermana estrechamente y nos obliga a estar muy atentos a los procesos populares cercanos, en particular al surgimiento de nuevas izquierdas y al desafío de crear nuestra propia manera latinoamericana de mirar las cosas, como por ejemplo lo ha hecho la "Teología de la Liberación"; el marxismo latinoamericano tiene así un desafío planteado.

Santiago, 19 de mayo de 1986.

"RENOVACIÓN SOCIALISTA: PASADO Y FUTURO"

Aníbal Palma F.

En la imposibilidad de concurrir al seminario organizado por CEVAL en Mendoza sobre el "PROCESO DE RENOVACIÓN SOCIALISTA", por encontrarme cumpliendo tareas docentes en la Universidad de Bremen, me atrevo a formular algunas reflexiones sobre el tema sin otra pretensión que la de sentirme partícipe de una iniciativa que valoro altamente.

En primer término, creo justo agradecer esta oportunidad que nos brinda CEVAL de retomar el debate sobre un proyecto con el que estamos vinculados desde su origen y que en nuestra opinión mantiene plena vigencia.

Comenzamos pues, por reiterar la confianza que nos asiste en que seremos capaces de enfrentar con éxito el desafío de reformular un proyecto socialista que interprete a una franja muy amplia de la sociedad chilena decidida a superar esquematismos y rigideces del pasado. Un proyecto que se adapte a nuestra realidad y que a partir de ella pueda ofrecer una fórmula válida para otros países de América Latina y del Tercer Mundo agobiados por similares problemas y que al igual que el nuestro se debaten en el subdesarrollo y la dependencia. Un proyecto que asimile las lecciones de nuestra propia experiencia como también la de otros pueblos que en situaciones y épocas diferentes se han propuesto también la tarea de superar las estructuras capitalistas. Un proyecto, en suma, que se nutra y fortalezca con ideas y concepciones renovadas en lugar de traducirse en un intento más de trasladar experiencias ajenas.

Hemos manifestado en oportunidades anteriores que en los países del Tercer Mundo y particularmente en América Latina existe, por decirlo de algún modo, una demanda por el socialismo que se expresa en unos por su militancia en determinados partidos, en otros por un compromiso ideológico de orden personal, pero que en su gran mayoría se manifiesta en una forma de intuición de masas sin una acabada concepción intelectual ni preferencias partidistas.

Esta demanda por el socialismo requiere la formulación de una oferta que abra perspectivas de participación a todos esos sectores. Este constituye a mi juicio el gran desafío y nos aboca a esa tarea que solo podremos realizar si somos capaces de hacernos presentes, una vez más, en el gran debate ideológico con planteamientos originales que ofrezcan reales posibilidades a un socialismo en democracia. En un pasado reciente demostramos audacia y capacidad para hacerlo. La "vía chilena al socialismo" ofreció fórmulas y caminos novedosos que concentraron la atención internacional en nuestro pequeño y lejano país. El viejo mundo, sus intelectuales y particularmente el universo de la izquierda europea y latinoamericana, observaban expectantes la experiencia de un pueblo que se proponía realizar un programa de transformaciones profundas desafiando la dominación imperialista y la resistencia de los sectores que serían necesariamente afectados, respetando el orden jurídico vigente, en pluralismo, democracia y plena libertad.

Era una época en que el criterio predominante en el mundo de la izquierda estimaba inviable un proceso de transformaciones que no partiera con la ruptura del sistema y era generalizada la desconfianza en la vía electoral.

La constitución de la Unidad Popular y su Programa de gobierno contribuyó a romper el inmovilismo que provocaba un debate que se prolongaba sin perspectivas de término.

El triunfo de Salvador Allende demostró que era posible el acceso al gobierno de sectores que abiertamente planteaban un programa de transformaciones estructurales. Aún más, en las elecciones de septiembre de 1970 quedó en evidencia que los dos tercios del país aceptaban esa posibilidad. Posteriormente, la implementación de ese programa demostró además que era posible introducir cambios profundos en el marco de la legalidad del sistema.

No pretendo ahondar en una temática en torno a la cual la discusión no está agotada y sobre la que existe una abundante literatura. Lo que pretendo recordar es que no es primera vez que la izquierda chilena o

sectores de ella demuestran capacidad de renovación y audacia para explorar nuevos caminos. La experiencia de la Unidad Popular y del gobierno del presidente Allende es una demostración de esa fuerza renovadora que ha estado siempre presente. También lo fueron en su época el giro impuesto al Partido Radical por las tesis de Valentín Letelier, la fundación del Partido Socialista, la formación del Frente Popular, la gestión del gobierno de Pedro Aguirre Cerda, la emergencia de sectores cristianos comprometidos con el socialismo, y como éstos podríamos citar otros ejemplos.

El golpe de septiembre de 1973 pone a prueba esta capacidad renovadora. Algunos sectores retoman posiciones que se creían superadas y cuestionan la validez del proceso. Esto los lleva a una involución y a refugiarse en la rigidez de la ortodoxia. La autocrítica llega a extremos que lindan con el masoquismo. Otros en cambio, junto con asumir los errores, no reniegan de la viabilidad del camino intentado y destacan sus logros. En lugar de poner el acento en la responsabilidad propia y en la de otros se esfuerzan por extraer lecciones que pueden ser útiles en el futuro. Es en estos sectores donde la capacidad de renovación se mantiene.

Una de las lecciones que se recoge es que un proceso de transformaciones profundas que se pretenda llevar a cabo dentro de la legalidad de un sistema y no a partir de su ruptura, debe estar apoyado por una mayoría sustancial que le permita vencer la resistencia de quienes no se resignen a perder o ver disminuidos sus privilegios y la de aquellos que desde fuera sientan peligrar su sistema de dominación. Esta lección que no todos asimilan en la izquierda chilena fue debidamente apreciada en otros países. La propuesta del compromiso histórico con la Democracia Cristiana que plantea el Partido Comunista de Italia, por ejemplo, está influida por el desenlace del proceso chileno.

En su momento nosotros tuvimos la oportunidad de conformar esa mayoría y no supimos aprovecharla. Una correcta política de acumulación de fuerzas nos hubiera permitido retener si no a todos por lo menos a un contingente significativo de los que respaldaron el programa de Radomiro Tomic. Esto no implica desconocer que al interior de la D.C. había sectores que se esforzaron por impedir cualquier acercamiento. Es posible también que esto por sí solo no hubiera evitado el golpe, pero al menos no lo habría facilitado. Es sin duda una experiencia que debemos tener en cuenta.

El desafío de hoy pone nuevamente a prueba su capacidad de renovación.

Si ayer se habló de la "vía chilena al socialismo" nos corresponde hacer que en el futuro se nos distinga por el aporte de una concepción renovada en que "socialismo y democracia constituyan un solo proyecto histórico" Para lograrlo debemos primero intentar una labor de rescate de ambos conceptos. Es necesario rescatar el socialismo del sistema puesto en práctica en los países del llamado socialismo real como también es necesario rescatar la democracia del capitalismo. La identificación automática que generalmente se hace en ambos casos desorientar a unos y desilusiona a otros.

Creemos que la experiencia del llamado socialismo real no se adapta a nuestra realidad ni es compatible con la idea de democracia que nos anima. No negamos el avance que ese sistema significó en la mayor parte de los países que lo aplican, como tampoco sus logros y el alto grado de justicia social que ofrece, pero desde el momento que niega el pluralismo choca frontalmente con la convicción profunda que tenemos de que sin pluralismo se pervierte la democracia.

En consecuencia, no negamos sus méritos, pero no es éste el socialismo que queremos.

También es necesario, como dijimos, rescatar el concepto de democracia del sistema capitalista porque éste por su esencia misma constituye una negación de la democracia. Las contradicciones que genera y la explotación que permite a unos sobre otros hacen imposible la utopía de justicia y libertad que impregna una auténtica concepción democrática. Esto no implica desconocer el alto grado de justicia social alcanzado en los países capitalistas más desarrollados, superior en algunos casos al que presenta el socialismo real, pero no podemos ignorar que han llegado a esa situación privilegiada a través de un proceso de acumulación de riqueza que no es viable en el mundo subdesarrollado. Pretender que el desarrollo capitalista permita en nuestros países alcanzar un estado de bienestar social aceptable significaría desconocer las circunstancias históricas que hicieron posible la acumulación de riqueza en unos pocos mientras condenaban a la mayoría al subdesarrollo y la dependencia.

En Chile, la labor de rescatar la democracia del capitalismo debe ir unida a una campaña de desmitificación. Esto por cuanto se acostumbra a proyectar sobre nuestro país una imagen mítica que la ha hecho conocida en el mundo como una nación ancestralmente democrática, lo que podría inducir a pensar que su vida social discurrió en términos armoniosos sin tensiones ni conflictos. Esto no es por cierto así. No lo fue en el pasado remoto, ni en el pasado reciente ni mucho menos en la actualidad.

La democracia en Chile ha sido en el pasado y lo será en el futuro el resultado de diversos procesos de lucha protagonizados por sus hijos más esclarecidos y sus amplias masas de trabajadores. Nunca ha sido ni un presente ni un legado ni una concesión graciosa del pasado. La oligarquía chilena que detentó el poder por más de un siglo se ha encargado de difundir esta imagen que no se compadece con la realidad histórica. Su concepción de democracia alcanzaba solo a una minoría privilegiada. La ampliación de sus beneficios a las grandes masas ciudadanas es producto de la lucha de los sectores populares y se logra no hace muchos años tras duros combates. Por cada avance, por cada conquista se pagó un alto precio y es precisamente cuando el proceso democrático había alcanzado su grado más alto de desarrollo que es brutalmente interrumpido por el golpe militar.

En estas condiciones, la renovación resulta insustituible como elemento esencial de un progreso que se plantea una ruptura con el pasado y una superación del presente. Ahora bien, las líneas estructurales de esta oferta ideológica y política no podremos formularlas en la dispersión y en la anarquía. Solo podremos hacerlo en la unidad y en la subsecuente convergencia de todos los que comparten este anhelo. Esto nos lleva a intentar decir algo sobre el tema de la "nueva fuerza socialista" y a un repaso somero de lo que fue la Convergencia y el Bloque.

En nuestro concepto, es fundamental conformar una nueva fuerza que exprese esta oferta renovada de socialismo. Para lograrlo es preciso priorizar este proceso y sumarse sin egoísmos partidarios ni sectarismos ideológicos, abandonando complejos vanguardistas y afanes hegemónicos. Comprendemos que no es esta una tarea fácil ya que obliga a romper con una vieja tradición de la izquierda donde cada cual considera legítimo juzgar cualquier iniciativa en función del interés de su respectiva tienda política. Debemos entender que así no se avanza. Que eso no es renovación.

Que ha sido justamente la persistencia en esas viejas prácticas lo que nos enfrenta a un hecho doloroso pero real. Mientras el proyecto de renovación mantiene vigencia los intentos que hasta ahora se han hecho por articular una fuerza capaz de impulsarlo han fracasado.

Primero fue la Convergencia que nace en Ariccia-Italia, en 1979 en un primer Seminario convocado por Raúl Ampuero. Esta iniciativa encuentra de inmediato un amplio respaldo que se expresa en el apoyo de

algunos partidos y movimientos, pero fundamentalmente en la adhesión de amplios sectores de independientes. Lo que es más importante, renueva la fe en muchos escépticos y reincorpora a elementos valiosos que se habían restado como consecuencia de sus propias crisis y desilusiones. Pero también provocó el rechazo de otros que la hicieron de inmediato objetivo prioritario de sus críticas que llegaron a veces al ataque descalificador.

Irrumpen en el debate de la izquierda chilena, que no supera el trauma de su fracaso, planteamientos nuevos que despiertan inquietudes y afanes constructivos. Empieza a tomar forma un proyecto que se planteaba al futuro con audacia y optimismo. El mayor mérito de esa iniciativa que surge en Ariccia fue su amplitud. Abría un espacio de esperanza que superaba el marco tradicional de los partidos para ofrecerlo al amplio mundo socialista. Su rápido desarrollo en el exilio europeo y latinoamericano y posteriormente en Chile, hace evidente que se estaba dando adecuada respuesta a un requerimiento muy extendido y que el proceso de articulación que se iniciaba era correcto. Sin embargo, en pleno crecimiento se introduce un factor que a poco andar se transforma en un elemento de distorsión, de freno y descomposición.

Se inicia una etapa reductiva en que la amplitud inicial se subordina al control partidista. Surge primero un Secretariado de Convergencia que agrupa a los Partidos que participan del proceso y después nace en Chile el Bloque Socialista que veladamente al comienzo y abiertamente después se plantea el reemplazo y superación de la Convergencia. Se impone el criterio tradicional de construir alianzas a través de una sumatoria de partidos y movimientos.

El Bloque sin embargo mantuvo por un tiempo instancias que permitían la participación a quienes no militaban. Junto a las colectividades políticas funcionaba el grupo de convergencia que integraban destacados intelectuales e independientes de izquierda, en las Universidades actuaba la convergencia universitaria que tuvo un crecimiento vertiginoso alcanzando niveles que no se han repetido, se proponía además como objetivos inmediatos organizar la convergencia en el plano sindical, poblacional y campesino. Las directivas políticas se reservaban la conducción, pero permitían otras formas de expresión que garantizaban cierta amplitud. Pero el Bloque tampoco fue capaz de persistir en esta política y en lugar de mantener, fortalecer y aumentar las instancias no partidistas, se empeñó en eliminarlas. Desapareció primero el grupo de convergencia, la mayoría de cuyos integrantes se incorporó al Partido Socialista. Después la convergencia universitaria es reemplazada por el Bloque en el que sólo actúan los partidos. Esto repercute de inmediato en su votación que disminuye notoria y progresivamente en cada elección. Por último, se renuncia a organizar la convergencia en otros planos lo que limita sus posibilidades de desarrollo.

El proceso reduccionista que se ha descrito afecta también a los partidos. Desaparece el MAPU OC y finalmente termina por liquidar al propio Bloque Socialista del que hoy sólo queda el recuerdo.

Triste resultado de una política profundamente equivocada de la que nadie resultó en definitiva beneficiado y cuyo desenlace todos lamentamos. Hoy no tenemos Convergencia Socialista, ni Bloque Socialista ni contamos con ninguna instancia que agrupe o coordine a los que seguimos compartiendo la misma utopía. Es una situación absurda en que no es el proyecto el que fracasa. Todo indica que mantiene vigencia y la mejor demostración es que ninguno reniega. Lo que ha fracasado y tenemos que asumirlo es su implementación. No hemos estado a la altura de la responsabilidad que asumimos, pero aún es tiempo de enmendar y esforzarnos por superar una situación que creemos transitoria. La realidad actual impone urgencia a esta tarea. Dispersos somos vulnerables a la manipulación de otros. Aislados no podemos

aspirar a ejercer ninguna hegemonía y facilitamos a otros que nos hegemonicen. La creación de una nueva fuerza socialista que agrupe a todos los partidos, movimientos, grupos o personas que comparten una visión renovada del socialismo no significa necesariamente la desaparición de las orgánicas partidarias que la integran para dar paso a un nuevo referente político. Lo natural y lógico es partir por un Frente o Federación en que cada miembro mantenga su individualidad y en el que junto a los partidos se abran canales de participación a las diversas expresiones de la base social que se sientan interpretadas. Insistimos en este aspecto porque los partidos políticos están llamados a constituir una parte importante pero no la única de la fuerza llamada a impulsar nuestro proyecto.

Esta iniciativa no puede tampoco interpretarse como una maniobra para dividir el campo socialista o postular la existencia de dos izquierdas antagónicas. No se nos escapa que algunos pueden estar animados de ese propósito como tampoco el que a determinadas instancias nacionales o internacionales esa perspectiva puede resultarles grata. Por lo mismo es que deseamos ser muy precisos a este respecto. Somos decididos partidarios de la unidad amplia y no excluyente de la izquierda, pero eso no se logra pretendiendo repetir mecánicamente experiencias del pasado y postular la reconstitución de la Unidad Popular. La U.P. fue una respuesta correcta a los requerimientos de una determinada coyuntura histórica. Su integración, la correlación de fuerzas y la hegemonía que se daban en su seno, reflejaban igualmente la realidad de esa época. Hoy la situación es diferente tanto a nivel nacional como internacional y también lo es en la izquierda chilena. En su interior se perfilan con claridad distintas visiones sobre el socialismo y junto a una concepción marxista leninista que ha dejado de ser hegemónica se ha ido configurando una concepción diferente, enriquecida y renovada con nuestra experiencia y la de otros pueblos, abierta y receptiva a los nuevos aportes de un debate ideológico en permanente desarrollo. Ha facilitado este proceso la superación de algunos complejos que marcaron toda una época. Hasta no hace mucho para ser un buen socialista había que rechazar la democracia burguesa y para ser revolucionario desconfiar de la vía electoral. Hoy se entiende que la democracia no es una necesidad táctica ni una etapa de tránsito al socialismo sino una meta en permanente demanda de conquista y perfeccionamiento y que el carácter de revolucionario se mide por la profundidad de los cambios que se pretenden introducir en una sociedad para abrir paso a otra y no por los medios que se postulen.

En las condiciones expuestas, una real unidad de la izquierda sólo es posible si somos capaces de vertebrar estas dos grandes vertientes que, expresando concepciones diferentes sobre el socialismo, están llamadas a complementarse para avanzar hacia la meta de superar las estructuras capitalistas, vencer la resistencia de los sectores privilegiados por el sistema y resistir la ofensiva imperialista. Estamos convencidos que la coexistencia de estas dos fuerzas no debilitará la unidad. Por el contrario, está llamada a fortalecerla y brindarle mayores posibilidades de crecimiento. La competencia entre ambas será algo legítimo y natural.

La hegemonía de una u otra no dependerá de expresiones voluntaristas o de intentos alejados de la realidad sino del mayor o menor respaldo que reciban de los sectores que aspiran a representar. La posibilidad de que sea nuestro proyecto el que se transforme en hegemónico por su implantación en la base social y capacidad de conducción, depende en gran medida de lo que seamos capaces de hacer en adelante.

No podemos perder más tiempo. Estamos enfrentados a la urgencia de la historia cuyo ritmo de marcha se torna vertiginoso. Hemos sembrado esperanzas y no podemos seguir cosechando frustraciones.

EL SOCIALISMO, ENTRE AYER Y MAÑANA

Raúl Ampuero

No se podría escribir la historia chilena del último medio siglo sin reconocer un rol determinante al Partido Socialista. Su participación decisiva en la movilización y en la reorganización de los trabajadores después de la Gran Crisis, tanto en el campo sindical como político; su contribución al programa del desarrollo industrial en el curso de la Segunda Guerra; su aporte a la renovación intelectual de la izquierda en los años posbélicos; su resuelta iniciativa para forjar un movimiento de avanzada nacional y el Estado; como objetivo la transformación radical de la sociedad y el Estado; su tenacidad -en fin- para defender y ampliar los derechos democráticos y los niveles de vida del pueblo, son hechos demasiado evidentes para ser ignorados.

Dada su latente carga subversiva, entre otros objetivos los militares golpistas se habían propuesto extirpar de la memoria de las masas las huellas de tal comportamiento. Intentaron identificar al socialismo con las prácticas más abyectas de la corrupción, la violencia y el abuso. No obstante, luego de doce años de dictadura se comprueba una terca persistencia de las aspiraciones y los valores que singularizaron la trayectoria del socialismo y la conducta de sus hombres. Cabe esperar que a medida que se ensanchan los espacios democráticos, el socialismo volverá a ser la bandera de la mayoría del pueblo y, particularmente, de la juventud dispuesta a cancelar para siempre los horrores de la tiranía militar. El socialismo como experiencia viva, que alcanzó a mostrarle a los pobres, a los marginados, a los oprimidos, la posibilidad concreta de lograr la justicia social, y enseñó a todos los chilenos el camino de la dignidad nacional.

Pero si doce años de dictadura no han apagado las aspiraciones, los recuerdos ni los sueños, han logrado sí debilitar y desarticular el principal agente operativo del socialismo: el Partido que representó y divulgó esas ideas a lo ancho y a lo largo del país en el curso de varios decenios. Se hace urgente, entonces, salvar la brecha entre el vigoroso instinto reivindicativo de las masas y la carencia de una fuerza conductora que le de coherencia política y eficacia combativa a sus demandas. Esta circunstancia nos plantea la exigencia insoslayable de apresurar la creación de estructuras políticas que otorguen rápida consistencia organizativa a la vasta área socialista y sirvan de apoyo fundamental a la reconstitución del partido de los socialistas. Porque es legítimo reconocer en el P.S.CH. histórico el instrumento principal en la configuración de una conciencia socialista, pero es también innegable que desde mediados de los años sesenta nuevos contingentes han venido a enriquecer el acervo humano y cultural de este sector, provenientes de otras vertientes ideológicas, pero igualmente colocados en la perspectiva de la transformación revolucionaria del país.

Estamos enfrentados a una tarea que no se agota en la mera restauración formal del partido que la furia castrense logró desarticular el aciago 11 de septiembre, sino que paralelamente exige una profunda renovación de sus hábitos organizativos, de sus esquemas políticos, de sus métodos de decisión y de sus formas de enlace con el movimiento social. Se trata de una auténtica reconstitución, luego de un paréntesis de doce años en que ha sobrevivido simbólicamente, más como mito que como entidad orgánica, privado de mecanismos expresivos de la voluntad democrática del conjunto de sus militantes. Reconstitución, decimos, para no herir la susceptibilidad de quienes han creído encontrar en la voz "refundación" un secreto propósito de escamotear la vocación revolucionaria del viejo partido. Reconstitución, en fin, que simultáneamente al rescate de su identidad ideológica implique una audaz adaptación al nuevo escenario en que debe combatir.

"No nos bañamos dos veces en el mismo río". Tampoco se transitan dos veces los caminos de la historia. Tenemos a nuestras espaldas muchas cosas de las cuales enorgullecemos: creadores aportes a la teoría de la revolución latinoamericana, valerosas batallas contra las fuerzas regresivas del fascismo, resonantes victorias cívicas a la cabeza del pueblo, el generoso sacrificio de héroes innumerables, pero todo eso será fecundo solo en la medida que nos habilite para conquistar el futuro". Se vive desde el porvenir" decía Ortega y Gasset, y si esto es verdad para los hombres, es mucho más cierto para un Partido.

En el fondo de las discrepancias que obstaculizan la unidad, a veces de modo expreso y otras en forma indirecta, yace el problema de lo que es permanente y esencial en la tradición del socialismo chileno y de cuáles son los cambios específicos que hoy exige la renovación. Detrás de esta cuestión central se esconden a menudo motivaciones menos legítimas y menos limpias, pero, por eso mismo, es preciso abordarla sistemáticamente si se quiere construir un instrumento político adecuado a las tareas que le esperan.

Se han hecho numerosas tentativas para individualizar las constantes históricas del socialismo chileno, sobre todo en el plano teórico, y ellas dejan de manifiesto un amplio margen de consenso. Casi todos esos trabajos asignan al Partido una orientación ideológica particularmente rectilínea, sin alteraciones de ruta ni mutaciones visibles, lo que es sólo parcialmente verdadero. No obstante, la continuidad de ciertas concepciones de principio, persisten algunas zonas ambiguas, que ayer originaron graves contrastes de interpretación y conspiran hoy contra la homogeneidad que se busca en el proceso de reconstrucción unitaria. Parece necesario, en consecuencia, entrar francamente en el análisis de esas materias para remover obstáculos insidiosos y abreviar la fase de dispersión orgánica.

En la definición global de los postulados que inspiran la presencia socialista, hay tres momentos principales: la Declaración de Principios del acto de fundación (19 de abril de 1933); el programa del Partido Socialista Popular de 1947, y las resoluciones sobre "Principios orgánicos" aprobadas en la Conferencia de Organización de 1967. Se trata en los tres casos de acuerdos que condicionan fuertemente la acción del Partido y modelan, no tanto la conciencia de sus militantes como la mentalidad del grupo dirigente. Otras declaraciones ocasionales sobre la materia, de menor rango o simplemente personales, no dejaron huellas perdurables o carecieron de la jerarquía suficiente para influir en la imagen del Partido.

"La Declaración de Principios" comienza diciendo que "El Partido Socialista adopta como método de interpretación de la realidad el marxismo, enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social", con lo que se ubica en el campo de quienes rechazan al marxismo como doctrina dogmática, como verdad revelada, para asumirlo como teoría científica sujeta a la continua verificación de la historia. Tal concepción del marxismo -podemos asegurarlo- permanece como postulado básico e inamovible en toda su ya larga existencia.

Sorprende, sin embargo, encontrar a continuación en el mismo documento, afirmaciones que parecen contradecir la formulación inicial y recoger, en cambio, nociones más propias del marxismo escolástico implícitamente rechazado en precedencia. Así, cuando agrega: "Durante el proceso de transformación total del sistema es necesaria una dictadura de trabajadores organizados" y cuando añade, "la transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación".

No pretendemos sostener la tesis de que el marxismo científico deba ser necesariamente reformista ni negar que en determinadas circunstancias una fase de dictadura revolucionaria sea históricamente ineludible. Lo que interesa subrayar es el hecho que se establecieron conclusiones tan generales y definitivas sin una fundamentación suficiente para justificar su validez, omitiendo el riguroso análisis que el primer postulado parecía exigir, y sin enunciar siquiera los medios alternativos que el Partido usaría para el acceso al poder. Dada la época de emisión del documento cabe pensar que -más que una servil repetición de nociones en boga en la literatura de la III Internacional - tales acuerdos fueron inspirados por las condiciones concretas de la lucha en el Chile de entonces. Apenas un año antes una conjuración oligárquico-militar había malogrado la tentativa de establecer una República Socialista y en cuanto Arturo Alessandri asumiera la Presidencia de la República, en brazos de la derecha, había recurrido a las "facultades extraordinarias" como método habitual de gobierno y promovido la creación de una Milicia Republicana de agresiva orientación contrarrevolucionaria. No resulta extraño, entonces, que en tal ambiente se estimara utópico el acceso al poder por métodos democráticos y se concibiera un hipotético Gobierno Popular en términos de dictadura. Por lo demás era un tiempo en que el régimen soviético no adquiría aún los rasgos auto créticos que caracterizarían más tarde la degradación de la "dictadura del proletariado".

Si el texto fundacional parece desdeñar al valor de la democracia y de las libertades públicas en el proceso de transformación de la sociedad, la práctica política del Partido -en cambio en un plano más realista- se resuelve en el amplio y enérgico empleo de los instrumentos democráticos y electorales y en la sistemática resistencia a los estados policiales de excepción.

Un segundo momento de definiciones de principios lo constituyó la elaboración y aprobación del Programa de 1947. Se trata sin duda del documento de más rico contenido ideológico, de mayor calidad didáctica y de más amplia discusión democrática que haya elaborado el Partido. En la fundamentación teórica de tal documento el marxismo no es una pura y solemne declaración de fe en una doctrina, sino un instrumento analítico de penetrante eficacia. A la luz de sus enseñanzas se describe un amplio arco de materias para darles una respuesta socialista, anticipando juicios y criterios que en los años siguientes pasarán a integrar el patrimonio intelectual de una vasta corriente política. Desde el golpe de Estado Militar, tanto en el interior como en el exilio, este documento ha ganado una renovada autoridad en todo el campo socialista y encuentra una aceptación generalizada y sorprendente si se piensa que han pasado casi cuarenta años desde su formulación original.

Es significativo que en toda la extensión del programa del 47 no aparezca ni una sola vez la locución "Dictadura del Proletariado" o "de los Trabajadores", tan escueta y axiomática en la primera Declaración de Principios. Ni para propiciarla ni para refutarla, lo que lleva a pensar que no se propone una sustitución de criterios de fondo, sino una interpretación o reelaboración más meditada y madura de una expresión sólo ocasionalmente usada por Marx y recogida con excesiva desenvoltura por algunos de sus seguidores, hasta erigirla en postulado esencial de la concepción marxiana.

Más adelante volveremos sobre el tema. Por ahora interesa destacar que el documento del 47 se esmera en señalar cómo el poder socialista no significa la negación de la democracia sino, por el contrario, agrega a su dimensión meramente política un contenido económico y social que la hace más amplia y más justiciera. "Así -dice- mediante la abolición de los privilegios económicos, será posible la verdadera libertad en una democracia auténtica". En este sentido, es el reverso de lo que se conoce por dictadura en el lenguaje político moderno.

A propósito de la planificación y la libertad señala que "fundamentar la democracia política en la seguridad económica es condición básica de una planificación socialista". Después añade este párrafo esclarecedor: "La desaparición paulatina de las formas estatales de control político, correlativa al desarrollo planificado del trabajo social, hará posible una verdadera democracia, es decir, una democracia orgánica en la que los hombres, ciudadanos y productores, realizarán la integración de lo individual y lo colectivo, de la libertad y de la necesidad". Finalmente, entre las Directivas principistas incluye esta frase "junto con socializarse los medios de producción será reemplazada la pseudo democracia actual, que se basa en un concepto individualista y abstracto de la soberanía popular, por una democracia orgánica, que responda a la división real del trabajo colectivo".

Consignemos, como simple curiosidad, que en el cuerpo del programa no se da una denominación global al proyecto político que su texto propone. La fórmula República Democrática de los Trabajadores aparece por primera vez y solamente en la carátula f de la edición original, como título del volumen y con el fin de resumir y sintetizar su contenido, transformándose con el tiempo en un lema central de los objetivos del Partido.

Un tercer momento de definiciones de principios lo encontramos en la Conferencia Nacional de Organización, realizada en 1967. Una sede impropia, desde luego, porque únicamente un Congreso General tenía legítimas atribuciones para innovar en la posición teórica del Partido, como suprema expresión de la voluntad democrática de sus bases. De modo adjetivo y subrepticio, entonces, en una asamblea convocada para circunscribirse a los temas organizativos y constituida por dirigentes de dudosa aptitud para adoptar decisiones en el plano ideológico, se presentan y aprueban sorpresivamente algunas tesis que alteran profundamente su perfil histórico.

..."Marx y Engels -se dice- uniendo sus concepciones teóricas a la práctica revolucionaria determinan las características generales que debía poseer el partido vanguardia de los trabajadores. Lenin, organizador del primer partido que fue capaz de derribar el sistema capitalista e iniciar la construcción de una sociedad socialista, sistematizó y desarrolló el papel dirigente del partido en la lucha de clases y fundamentó sus principios orgánicos y normas de vida interna. El conjunto del pensamiento de los fundadores del socialismo científico y el aporte legado por el conductor máximo de la Gran Revolución Socialista de Octubre constituyen la ideología marxista-leninista, base teórica y práctica de la lucha de los trabajadores por su liberación económica y social".

Para ratificar la nueva profesión de fe, la misma resolución sostiene entre los "Objetivos del Partido Socialista": "El Partido Socialista, de acuerdo con su doctrina, sus principios marxista-leninistas y sus objetivos políticos, es una organización revolucionaria que expresa y representa los intereses históricos de la clase obrera y de las masas explotadas de Chile".

Nunca antes el Partido se había adscrito a tal escuela, apreciada siempre como una corriente de pensamiento estrechamente ligada a las concepciones soviéticas y a las deformaciones burocráticas y autoritarias promovidas por Stalin. El acoplamiento del marxismo con su versión leninista, en términos de hacer del conjunto una doctrina global y cristalizada, única interpretación correcta de la teoría clásica, fue una burda invención de Stalin como herramienta que le sirviera para consolidar su dominio personal sobre la Unión Soviética, y para transformar la experiencia revolucionaria rusa en un modelo supremo y universal. Por una parte, Stalin asume el papel de profeta exclusivo de la nueva ciencia, y, por otra, el

"Partido de Lenin" pasa a constituirse en el centro de la revolución mundial. El marxismo deja de ser una teoría científica para transformarse en una doctrina de Estado.

Históricamente, el primero que habla del leninismo como sistema teórico complementario de las tesis formuladas por Marx fue Bujarín, en un discurso de 1924 pronunciado en la Academia Comunista. Hasta entonces los colaboradores inmediatos de Lenin habían apreciado sus enseñanzas sólo como un notable y original aporte a la aplicación del marxismo en un país de capitalismo incipiente. Fue Stalin en persona quién, poco después, en abril del mismo año, en una conferencia en la Universidad de Sverdlov sobre "principios del Leninismo", promulgó la famosa definición: "El Leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. Más exactamente: el Leninismo es la teoría y la práctica de la revolución proletaria en general, la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular". La tendencia a sacralizar las ideas de Lenin llega a su más alto grado en el conocido discurso de juramento de Stalin ante el Congreso de los Soviets.

La consagración del binomio marxismo-leninismo como un cuerpo doctrinario integral e indivisible constituye desde entonces la base ideológica del estalinismo y de los partidos que se formaron bajo las banderas de la III Internacional. Simultáneamente fueron condenados como heréticos los trabajos que se distanciaban de tales concepciones, como los de Gramsci y Rosa Luxemburgo, por ejemplo, y todas las experiencias que no se sujetaban a los cánones consagrados. Desde su fundación el PS había rechazado esta tendencia, hasta que la insólita Conferencia del 67 lo liga forzosamente a una escuela política extraña a su tradición y lo sumerge en un universo intelectual que no agrega nada a la comprensión de los acontecimientos contemporáneos¹. Basta recordar que el genocidio de la población cambodiana bajo el régimen de Pol Pot se cumple en nombre del marxismo-leninismo y luego también en nombre del marxismo-leninismo se justifica la intervención militar vietnamita para derrocarlo.

Se plantea hoy la necesidad de hacer plena luz sobre el tema viejo y nuevo a la vez de la compatibilidad del socialismo y de la democracia, sea como propuesta política, sea como posibilidad histórica. Hablamos del socialismo, naturalmente, en el sentido de un sistema alternativo al capitalismo, y de la democracia como un régimen que conserve y ensanche el acervo de libertades y derechos civiles y políticos consagrados en las constituciones liberales.

El problema de la compatibilidad pueda considerarse en dos fases sucesivas: la de la lucha por el poder y la de la institucionalización ulterior. En la primera la cuestión se centra en los métodos que se proponen para asumir la dirección del Estado; en la segunda, en la creación de un sistema que junto con extender el dominio social de los medios de producción preserve todos aquellos derechos ya conquistados en la democracia tradicional.

... Formulada en un plano abstracto, la discusión alrededor de los medios de lucha se torna bizantina y justificaría las posiciones más diversas. El propio Marx, en un conocido discurso pronunciado en Ámsterdam (8 de septiembre de 1872), llegaba a admitir que los trabajadores de algunos países (la referencia era a Holanda, Inglaterra, y Norte América) podrían alcanzar el poder con medios pacíficos. Sería, sin embargo, una imperdonable ingenuidad de nosotros, los chilenos, y de quienes se encuentren en situación análoga, recomendar métodos democráticos para enfrentar la dictadura, que consiste

¹ Carlos Altamirano, en cambio, sostiene en "Dialéctica de una Derrota" que esta definición "recoge con retraso el quehacer concreto de la mayor parte de su existencia (del Partido)". Tal declaración no sería sino "la reafirmación de un principio que ya formaba parte de su acervo político-ideológico". Edición Siglo XXI, México.

precisamente en la negación de los mecanismos más elementales de la democracia. Lo específico de la situación chilena es el carácter totalitario del poder militar y el uso ilimitado de la fuerza para reducir y aplastar cualquiera manifestación de disenso, de descontento o de protesta. En ese cuadro todo gesto de rechazo del sistema adquiere los contornos de un desafío e implica, a su vez, una cierta dosis de violencia. El régimen autocrático no acepta ni reconoce ninguna clase de oposición lícita: el simple hecho de ejercer la legítima defensa frente a la agresión represiva del Estado pasa a constituir un acto virtual de subversión. Parece justo, por tanto, plantearse en nuestro caso el dilema de optar por medios pacíficos o medios violentos no como un problema metafísico, sino como un asunto de estricta ponderación política, a fin de elegir aquellos que mejor correspondan al nivel del movimiento de masas, que reduzcan el costo humano de la resistencia y debiliten material y moralmente la dictadura.

En suma, dando por descontado el derecho de los pueblos a la legítima defensa colectiva de sus libertades, su derecho a la rebelión contra la tiranía -reconocido por filósofos, juristas y teólogos de los campos más variados- la elección de los medios de lucha depende enteramente de la situación concreta. Si en 1970, en condiciones de normalidad democrática, los procedimientos electorales ofrecían razonables expectativas de victoria a todas las corrientes políticas como lo demostró el triunfo de Allende- hoy esas condiciones están canceladas: toda la normativa constitucional está concebida para perpetuar la dictadura y otorgar un poder discrecional y omnímodo a quién la ejerce.

Desde otra perspectiva, tampoco basta con acceder al poder por las vías democráticas, de ser ello posible: el golpe del 73 se dio contra un gobierno popular que respetó escrupulosamente las reglas inscritas en la Constitución, tanto en su instalación como en el propósito de establecer un orden socialista por vías legales. Propalando una versión delirante de los efectos de las reformas en curso y con el apoyo de los partidos burgueses, de los tribunales y la prensa capitalista, de las corporaciones patronales, del Gobierno Norteamericano y sus servicios secretos, de las compañías multinacionales, en fin, se alzó en armas el Ejército. Es decir, cuando un pueblo decide dar a la democracia una dimensión socialista, el frente de las fuerzas reaccionarias prefiere sepultar la democracia.

Conviene no olvidarlo. De tal experiencia se desprende que no son los revolucionarios ni los marxistas quienes deban hoy ofrecer garantías de lealtad hacia la democracia, sino al revés, aquellos que ya una vez se conjuraron para destruirla y bailaron desaprensivamente sobre sus escombros.

Con esta experiencia a las espaldas, es difícil ir más allá de lo expresado en el Programa del 47: "este desplazamiento (del poder político desde la minoría capitalista a la clase trabajadora) -dice- será necesariamente la culminación de un proceso orgánico, que se realizará en la superficie de la vida histórica en la forma que determine la resistencia que ofrezcan los grupos privilegiados a las fuerzas en ascenso de la revolución socialista". "La condición revolucionaria del socialismo (...) -concluye- no depende, por lo tanto, de los medios que emplee para conseguir sus fines". Ni tampoco -añadiríamos nosotros- depende de ellos su condición democrática.

Producida la transferencia del poder político, el problema de la compatibilidad de la democracia y el socialismo se plantea, en otros términos, y nos enfrenta a la cuestión de la "dictadura del proletariado", tema largamente debatido en la literatura de izquierda.

Como se sabe, Marx fue notoriamente parco en la formulación de esta tesis: sólo se refiere a ella en tres ocasiones y siempre en textos de importancia menor². Mientras en "La Lucha de clases en Francia" la expresión está fuertemente impregnada de un ánimo polémico (que Engels recoge más tarde, exasperando su propósito provocativo), y se asimila en el texto al gobierno de la clase obrera, vuelve a emplear la fórmula de la dictadura en términos más explícitos y persuasivos en su carta a Weydemeyer, sosteniendo que el aporte suyo a la teoría de las clases se circunscribe a haber demostrado: 1º) que la existencia de las clases está ligada solamente a determinada fase de desarrollo histórico de la producción; 2º) que la lucha de clases necesariamente conduce a la dictadura del proletariado; 3º) que esta dictadura constituye sólo el pasaje a la supresión de todas las clases y a una sociedad sin clases".

En la "Crítica al programa de Gotha" se expresa así: "entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista está el período de la transformación revolucionaria de una en otra: a ello corresponde un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado".

Ni en estos escritos ni en otro alguno se detuvo Marx a describir la forma política de la "dictadura", de donde nacen las discrepancias que se proyectan hasta hoy en la interpretación contradictoria de nuestros propios documentos teóricos. Nos parece que una correcta lectura de las tesis marxianas debiera tener en consideración:

a) que el Estado es siempre la cristalización institucional de un dominio de clase, cualquiera sea el grado de participación y el ámbito de garantías de que gozan sus ciudadanos. En cuanto el fin de todo Estado es el de proteger y reproducir un cierto modo de producción, está al servicio de la clase dominante, lo que lleva a Marx a sostener que todo Estado es, en un grado o en otro, una "dictadura". Un concepto explícitamente recogido por Lenin en "Estado y Revolución": "las formas de los Estados burgueses son extraordinariamente variadas, pero su sustancia es única: todos estos Estados son de un modo u otro, pero en último análisis, necesariamente, una dictadura de la burguesía". Lo que singularizaría el Estado proletario sería la circunstancia de estar destinado a disolverse paralelamente a la desaparición de las clases.

Salta a la vista la impropiedad del empleo extensivo de la voz dictadura (al menos en su acepción contemporánea y corriente) que parece dirigido a disipar toda ilusión acerca del carácter neutral del Estado.

Hoy es generalmente aceptado que todo Estado se asienta en la hegemonía de una clase, cuyos intereses son privilegiados en desmedro de los intereses de las clases dominadas; pero tal hegemonía puede ejercerse mediante el uso discrecional y arbitrario del poder político (esto es, de una manera dictatorial) o mediante mecanismos de persuasión, jurídicamente regulados en el marco del Estado de Derecho (es decir, de una manera democrática). Se hace, pues, una clara diferencia entre la naturaleza del Estado y las formas políticas que asumen los gobiernos; una distinción fundamental para concebir una estrategia política correcta. Así, al asumir el poder los trabajadores se constituyen en clase dominante, y si bien la burguesía percibirá ese régimen como una dictadura (en la medida que sustituye las antiguas relaciones capitalistas de producción) en los hechos se tratará de una ampliación real y sustancial de la democracia.

² "La lucha de clases en Francia" (1850); - Carta a Weydemeyer (5 de marzo 1852), y "Crítica al Programa de Gotha" (1875).

b) -que, aún en su formulación original y sumaria, la "dictadura" del proletariado se entiende sostenida y ejercitada por el conjunto de la clase trabajadora, al punto de que se le designa indistintamente como "dictadura del proletariado", "gobierno de la clase obrera" o "autogobierno de los productores", especialmente en los comentarios de Marx y Engels a la Comuna de París, donde valoran ese episodio revolucionario particularmente por sus características de democracia dilecta, lo que viene a confirmar la interpretación anterior.

c) -que los mecanismos de Gobierno establecidos en los países del "socialismo real", aun presentándose como formas de la dictadura del proletariado, han suplantado el autogobierno de los trabajadores por la gestión absolutista del poder por el partido gobernante, reduciendo los órganos de poder popular a un rol puramente simbólico.

De lo dicho se desprende que el programa del 47, al formular el postulado de la República Democrática de Trabajadores, permanece fiel en esencia a la tesis marxiana del Estado, optando, sin embargo, por definir el nuevo régimen por sus rasgos positivos en lugar de caracterizarlo desde el punto de vista de la clase que ha sido despojada del poder. Con mayor razón, luego de doce años de cesarismo militar, porque los valores democráticos han pasado a ser un patrimonio legítimo y una aspiración vehemente de las masas, la alternativa natural a la dictadura.

Precisamente porque la idea de la democracia resume una ardiente esperanza colectiva, el debate político tiende a centrarse en torno a las diferentes connotaciones que ella sugiere. Es un tema complejo porque al mismo tiempo que aparece como un gran objetivo unificador de las fuerzas de oposición, viene utilizado para ocultar concepciones radicalmente diversas y aun antagónicas.

Algunas aclaraciones previas se hacen indispensables. Debemos entender la democracia, ante todo, como una categoría histórica, lo que equivale a sostener que su contenido ha variado en los distintos tiempos y lugares. Para decirlo con palabras del programa del 47: "cada etapa del desenvolvimiento histórico ofrece al hombre determinadas posibilidades de libertad, dentro del conjunto de relaciones objetivas que resultan fundamentalmente del régimen de propiedad y de producción". De ahí que se pueda hablar de la "democracia" de las ciudades griegas, donde una exigua minoría de ciudadanos libres gobernaba sobre una enorme masa de esclavos, o de potencias "democráticas" en el curso de la Segunda Guerra, para referirse a naciones que mantenían bajo el yugo colonial a una parte considerable de la población del planeta

Desde tal punto de vista la democracia que conocemos en occidente está condicionada por la estructura de clase de la sociedad que la sostiene; es, en suma, una democracia burguesa, donde la igualdad abstracta de los ciudadanos ante el derecho corresponde a una sustancial desigualdad de los hombres en las relaciones de producción. Y no es ésta una asimetría desdeñable o secundaria, porque es en la esfera de la economía donde se adoptan las decisiones que determinan las condiciones concretas de la vida de la comunidad. De ahí que para nosotros la democracia que vivimos era una democracia trunca, incompleta y formalista, porque independientemente de la generación electiva de los órganos del poder público, era la clase capitalista -nativa y extranjera- la que manejaba las riendas del poder real. Nuestra insistencia en colocar bajo control social los centros estratégicos de la economía, socializando los medios de producción, correspondía y corresponde a la línea de extender la socialización del poder, para darle a la nueva democracia una dimensión auténticamente igualitaria. Es en este sentido que la democracia y el socialismo -tal como lo entendemos- se integran en una aspiración única e inseparable.

Jurídicamente, el Estado Socialista aspira a suprimir solo aquellos "derechos" que constituyen la base del sistema de dominación que se propone sustituir; esto es, los que permiten a unos hombres explotar el trabajo de otros. En esencia, desde el punto de vista social tales "derechos" son en verdad privilegios, por cuanto en la realidad solo pueden usufructuar de ellos unos pocos, aunque en teoría se les reconozca un valor universal. Así ha ocurrido siempre que se pasa de un modo de producción a otro. De ahí que los actos del Estado que opera el cambio han sido vistos como un despojo por las clases vencidas porque si formalmente derogan para todos lo que antes constituía un derecho, en la práctica lo suprime solamente para aquella minoría que estaba en condiciones materiales de ejercerlo. (Bastaría recordar la actitud de los dueños de plantaciones en Estados Unidos y el Brasil frente a la emancipación de los esclavos para comprobar como una medida de evidente sentido democrático es percibida por los terratenientes como un acto despótico).

Si bien la democracia de trabajadores implica un nuevo orden social, ello no significa desconocer que la democracia burguesa, en relación con regímenes anteriores, serviles o esclavistas, ha logrado avances sustanciales en el ámbito del progreso material y también en la esfera de los derechos políticos y de los valores humanos. Un patrimonio que el socialismo estaba y está decidido a conservar y a enriquecer.

Esta concepción de la democracia como una radical socialización del poder en todas sus formas, como sustancial extensión de la capacidad de decisión del pueblo y del autogobierno, superando los privilegios de clase, ha estado siempre implícita en la mentalidad del partido y contradice los injustificados reproches de quienes nos atribuyen una pretérita insensibilidad hacia los valores democráticos tradicionales. A nuestro juicio, si tratáramos de encontrar una clave objetiva para juzgar el nivel de democratización de una determinada fase histórica sólo podríamos encontrarla verificando el grado en que el sistema ha contribuido a emancipar las fuerzas del trabajo. Frente a quienes aceptan la democracia exclusivamente como un sistema político destinado a perpetuar el capitalismo, nosotros la concebimos siempre como un ordenamiento institucional que debía garantizar el advenimiento pacífico de los cambios requeridos por la sociedad.

Desde el punto de vista político la estrategia del PS se viene inspirando desde hace años en las tesis del Frente del Trabajadores, vale decir, en un sostenido esfuerzo por articular un bloque social capaz de dar respuestas adecuadas a los problemas fundamentales del país y de movilizar tras esas demandas a la mayoría de la población chilena. Pese a la diferencia de perspectivas, hasta el "golpe" del 73 se estimó que tal política debía descansar en un eje constituido por socialistas y comunistas, como agrupaciones representativas de la clase obrera, el segmento más avanzado de la sociedad. Tanto la constitución del Frente de Acción Popular (1956) como de la Unidad Popular (1970) respondió a esta idea fundamental, si bien en el primero la conducción de los partidos marxistas fue preponderante -casi exclusiva- en tanto al proceso de la Unidad Popular se agregaron la izquierda radical y sectores cualitativamente significativos desprendidos de la Democracia Cristiana. La participación victoriosa de la U.P. en la contienda presidencial de 1970 -ocasión en que alcanzó el 36,2% de los sufragios- ha hecho olvidar, sin embargo, que seis años antes, bajo las banderas del FRAP, la izquierda había caído derrotada con el 38,6% de los votos, de donde podría deducirse que a la ampliación del arco ideológico del movimiento no correspondió un crecimiento paralelo de su fuerza electoral.

Debe reconocerse que la dirección bipartidista del movimiento popular, con altos y bajos, entre conflictos y compromisos, funcionó con cierta eficacia hasta la instalación del gobierno popular para, desde ese momento, demostrarse dramáticamente inadecuada tanto para imprimir una orientación coherente al

conjunto del gobierno y del movimiento como, más adelante, para enfrentar la sublevación militar y organizar la resistencia a la dictadura.

Entre otros factores importantes, la crisis del proceso fue resultado de las graves insuficiencias del mando político, la amarga comprobación de que el eje socialista-comunista carecía de la unidad de concepciones y perspectivas indispensable para llevar adelante un proyecto de gran alcance. Hasta entonces, la presencia de socialistas y comunistas en la arena política era concebida como una simple contienda por la hegemonía entre tendencias emparentadas por una común vocación marxista, siempre inclinadas a encontrar una línea de compromiso. Por algún tiempo se pensó que las diferencias eran sólo tácticas, coyunturales, o irrelevantes frente a los graves desafíos de la historia. Había en todo esto una ingenua sobreestimación de la fuerza unificadora de la teoría común, la ilusión de que las discrepancias encontrarían tarde o temprano un momento de síntesis o una solución ecléctica. No obstante, sus respectivos comportamientos prácticos y la divergente interpretación de significativos procesos y acontecimientos chilenos e internacionales han terminado por configurar dos tipos diversos de política popular, una de matriz "bolchevique-leninista", estrechamente ligada a la historia y las características de la política soviética, y otra de carácter "nacional y autonomista", que sostiene como postulado fundamental la fusión del socialismo y del autogobierno de los trabajadores en la estructura de la sociedad futura.

Disuelta de hecho la Unidad Popular después del golpe, ha perdido también su vigencia la premisa de un entendimiento socialista-comunista como centro de gravedad de la política de izquierda. Crece, en cambio, la convicción de que en la cultura popular existe una potencial "área socialista", coincidente en sus líneas generales con las elaboraciones del P.S. histórico, pero que desborda su base tradicional de apoyo. En esta tesis se inspiraron los trabajos de la Convergencia en el exilio y volvemos a encontrarla en la fundamentación del Bloque Socialista en el interior, concebida en uno y otro caso como una plataforma de confluencia de las agrupaciones de orientación socialista (P.S.CH., MAPU, MO. C. Izquierda Cristiana) y de grupos y militantes independientes, y destinada a constituir un centro de integración, iniciativa y movilización de la política popular.

El Bloque, además de servir de marco propicio al lento y accidentado camino de reconstitución del P.S. histórico, ofrece la posibilidad de desarrollar en su interior un debate abierto a las nuevas circunstancias políticas, verdaderamente pluralista, y, sobre todo, permitiría darle realidad operativa a un nuevo estilo de conducción, creando una ancha zona de contacto e intercambio entre el pueblo y el partido (o los partidos) en la elaboración de una línea que recoja toda la originalidad y la riqueza de las experiencias acumuladas por la población en doce años de dictadura. El viejo esquema partido-masas, como tipo de relación de una vanguardia iluminada con la base social de apoyo resulta insuficiente, mecánico y paternalista y exige a su vez una suerte de democratización.

A nuestro juicio, entonces, la consolidación del Bloque y su rápida adaptación al rol de representante orgánico del "área socialista" debería constituir una tarea preferente en la lucha contra la dictadura y en la perspectiva de un nuevo orden social. A partir del Bloque adquiere un nuevo significado la política de alianzas del campo socialista. El llamado a una amplia concertación de fuerzas opositoras, aun incluyendo sectores de derecha, con vistas a derrocar a Pinochet y su camarilla es sustancialmente correcto; no se divisa otra manera de romper la incondicionalidad de las Fuerzas Armadas, único apoyo efectivo con que actualmente cuenta la tiranía, absolutamente huérfana de sustentación civil. En esta línea, sin embargo, la iniciativa del Pacto Constitucional, tal como fue formulada inicialmente en la reunión de la Convergencia

en Madrid (1983), fijaba ciertos límites que en el Acuerdo Nacional aparecen sobrepasados. El Pacto, en efecto, tendía por una parte a extender el frente antidictatorial para acelerar el colapso de la autocracia y, por otra, a asegurar que la eliminación del régimen militar no generaría una situación de caos e ingobernabilidad, como pronosticaban los voceros de la Junta, dado que los pactantes comprometían su leal subordinación a las reglas de la lucha democrática. Si bien estas ideas están también contenidas en el Acuerdo, se añaden en su texto algunos postulados que podrían insinuar una eventual entente programática, un cierto pre-compromiso de gobierno. La redacción del documento es lo bastante imprecisa para justificar la duda y, por eso mismo, una explícita aclaración parece necesaria. En caso alguno el Acuerdo podría hacernos partícipes de un proyecto de reconstrucción nacional diseñado por los mismos sectores y entidades empresariales que sostuvieron el programa de desmantelamiento industrial, la destrucción de las organizaciones sindicales y de la legislación del trabajo, el envilecimiento de sueldos y salarios, el endeudamiento frenético de la Nación en beneficio de un reducido núcleo de especuladores. Un plan socialista para levantar el país de la postración actual deberá considerar, ante todo, la necesidad de compensar a los trabajadores los inhumanos sacrificios impuestos por el régimen castrense. Una cosa es la renuncia a toda forma de sectarismo para obtener la máxima unidad frente a la tiranía y otra, muy diferente, renunciar a nuestros objetivos fundamentales una vez restaurada la democracia.

Al margen de estas consideraciones, se hace también necesario subrayar que las agrupaciones socialistas limitan su compromiso a los puntos en que exista un acuerdo explícito y claro, y mantienen su natural autonomía en las materias ajenas al Acuerdo. Tal precisión se hace indispensable cuando algunos de los firmantes pretenden vetar toda tentativa de recomposición de la izquierda con la participación del P.C., invocando sus disposiciones.

Desde luego, la izquierda en la historia del país no es una mera referencia topográfica; por el contrario, es un protagonista de acentuado perfil cultural, independientemente de los episodios y problemas que alejan o aproximan sus diversos componentes. Nada más natural, entonces, que por encima de sus particularidades tienda siempre a reconstituirse, no obstante, los cambios que el tiempo haya operado en su composición y en sus equilibrios internos.

El grado en que se puedan restablecer a corto plazo las relaciones socialista-comunistas y las posibilidades de inserción del P.C. en un amplio compromiso opositor dependerá más de aspectos tácticos que de cuestiones sustantivas y también de la medida en que el P.C. preste su protección a grupos disidentes del socialismo. Sería relativamente fácil concordar una plataforma de lucha inmediata o un programa común, pero quedaría por resolver el problema de los métodos de lucha, que en las circunstancias actuales adquiere una importancia decisiva. Faltarían argumentos para objetar en línea de principio el recurso de la violencia contra un régimen terrorista, a condición de que previamente se hayan ensayado a fondo todas las alternativas políticas y que el empleo de las armas sea una convicción ineludible y generalizada, que no es el caso del Chile de hoy. Indiscutible, en cambio, es la necesidad de renunciar al uso de la fuerza una vez restablecida la democracia, exigencia que, más que a los comunistas -que han observado lealmente ésta regla durante medio siglo- debería dirigirse con más propiedad a los participantes del Acuerdo que retornan de las filas del "golpismo" sin un asomo de autocrítica.

Mientras las fuerzas políticas opositoras alcanzan un despliegue más lógico, desde el punto de vista de sus propias tradiciones, de sus principios y de su implantación social, la Alianza Democrática puede cumplir un papel irremplazable para impedir el desplazamiento de la Democracia Cristiana hacia la derecha y robustecer al mismo tiempo la voluntad de lucha de las capas medias. La presencia socialista allí será muy

útil siempre que no se pretenda transformar la Alianza Democrática en un frente político de centro izquierda, destinado a administrar el proceso de transición.

Sería una visión reductiva del papel y la naturaleza del Bloque el considerarlo como una constelación de grupos destinados a coagularse finalmente en torno al P.S. histórico. Debería facilitar, es cierto, una remodelación del cuadro político para adecuarlo a las realidades y exigencias actuales, porque las entidades que hasta el 73 constituían la Unidad Popular eran el fruto de cierta lógica de la evolución política, que sufre un brusco corte con el golpe militar. Mirados retrospectivamente pierden significado muchos episodios coyunturales, litigios doctrinarios y conflictos fraccionales que dieron fisonomía e identidad a determinadas formaciones, enfrentadas ahora a situaciones absolutamente nuevas en el seno de la sociedad chilena y en la arena internacional.

Por lo demás, después del 11 de septiembre han cambiado los protagonistas de la lucha. Hechos y circunstancias que conmovieron nuestra sensibilidad de militantes en los años 60 y 70 -o antes todavía- carecen de sentido y de valor para las generaciones que comienzan a pesar en el destino del país, salvo como datos históricos marginales.

Se presentan, en cambio, fenómenos nuevos, como la creciente radicalización de un sector considerable del mundo cristiano, que envuelve a veces a destacados miembros de la jerarquía eclesiástica. De hecho, la Iglesia chilena en su conjunto ha desarrollado una valerosa acción contra las arbitrariedades y los abusos del poder, conquistando con ello una enorme autoridad moral y política. El Bloque, en su intento de construir una fuerza socialista unitaria, es la sede natural para integrar en una común empresa política a marxistas y cristianos revolucionarios, si no para constituir con ellos un solo partido, al menos para sellar una sólida alianza de proyección histórica.

Paralelamente al proceso de confluencia que se desarrolla en su interior el Bloque debería adoptar formas organizativas que tiendan a fundir las diversas agrupaciones partidistas en una sola voluntad política encaminada a ocupar las áreas sociales activadas por la resistencia a la dictadura. Debería, en suma, adoptar y desarrollar las formas de un movimiento:

- creando organismos de bases y ramas sectoriales multipartidistas, abiertos a la adhesión de grupos y personas sin partido;
- fomentando la participación de elementos independientes en todos los niveles de dirección;
- integrando la dirección superior constituida por delegaciones de partido con representantes de las formaciones sectoriales (estudiantes, mujeres, jóvenes, sindicalistas, profesionales, campesinos, etc.);
- adoptando un programa socialista concreto que sirva de base a la acción educativa y proselitista del Bloque, evitando definiciones sectarias o estrechamente ideológicas.

No obstante, la vehemencia con que los diversos sectores del socialismo histórico proclaman sus propósitos unitarios, los plazos se alargan y se enconan las disputas entre las diversas fracciones a medida que el tiempo pasa. Es el precio de una curiosa contradicción nacida con la adopción del "marxismo-leninismo" como modelo político y organizativo. Mientras en un plano general, tal decisión tendía a darle una fuerte centralización al mando y a acentuar el verticalismo en el funcionamiento del Partido, los verdaderos promotores del viraje fueron diversas tendencias y corrientes que, cada una a su manera, creían representar fielmente el nuevo espíritu. El resultado fue que el Partido no solo no alcanzó la

consistencia monolítica que se buscaba, sino que virtualmente legitimó desde entonces los grupos fraccionales. Cuando el "golpe" desbarató las instancias regulares y decapitó las autoridades legítimas, cada fracción se sintió llamada a asumir de facto la representación total del Partido.

El proceso de unidad podrá avanzar únicamente si se parte de la premisa de que no existe hasta ahora una dirección que pueda hablar en nombre de todos los socialistas.

Reconstruir las bases organizativas que permitan restablecer la voluntad colectiva del Partido, el pleno ejercicio de su soberanía interna, será tarea fatigosa y dependerá fundamentalmente del establecimiento de un auténtico centralismo-democrático, esto es, de mecanismos de decisión verdaderamente libres en la elección de los dirigentes y en la generación de la línea política, y, en un segundo momento, del leal acatamiento de las resoluciones de los organismos competentes, de parte de las mayorías y de las eventuales minorías. Un partido que se propone conducir un complejo proceso histórico no puede renunciar a exigir una fuerte coherencia en la acción a sus representantes y personeros. Menos aún si se propone como guía y persuasivo organizador del consenso y no como frío instrumento de dominación y control.

Al pluralismo del Bloque debería corresponder una severa disciplina en el Partido Socialista unificado, para servir de punto de referencia al proceso de movilización popular. Disciplina como condición complementaria de la democracia interna, expresada en todos los niveles de la organización en el curso del proceso de elección de sus autoridades y de formación de su voluntad política. En tales períodos es lógico que surjan opiniones dispares, se diseñen corrientes diversas y se adopten decisiones por mayoría, pero sería una grave amenaza para el futuro admitir que tales corrientes cristalizaran en alineamientos permanentes. Si son inevitables en el momento del debate, su legitimación como organismos de facto llevaría a la fatal degradación de la democracia interna, a una suerte de feudalización del Partido, en cuanto ineluctablemente derivan hacia estructuras fraccionales, dotadas de jefaturas propias que imponen un cierto régimen de obediencia a sus adeptos. Como consecuencia, los pronunciamientos de los organismos regulares (núcleos, ampliados, congresos) no serán ya el fruto de una deliberación libre, sino el resultado de los acuerdos de grupo, consumados generalmente a espaldas de los militantes.

Como corolario del rechazo de las fracciones (o como quiera llamárselas) las relaciones del militante con el Partido deben obedecer a la máxima lealtad y transparencia. Toda actividad política oculta, toda afiliación secreta, deteriora la confianza recíproca y conspira contra la eficacia de la acción colectiva. Como contrapartida, debería desaparecer de nuestras normas tradicionales aquella que prescribía sólo dos maneras de salir del P.S.: o muerto, o expulsado. Mas que acto de consciente adhesión a una causa, el ingreso al Partido era estimado casi un sacramento religioso, incompatible con el grado de madurez alcanzado por la sociedad chilena. Si bien la afiliación al Partido debe ser una decisión meditada y solemne, la crisis de las propias convicciones debería autorizar moralmente a abandonar sus filas, sin hacerse acreedor a calificaciones infamantes.

Un aspecto sobre el cual coincide el juicio de la generalidad de los estudiosos es el de la vigorosa afirmación de la autonomía del socialismo chileno. Desde su fundación declara su voluntad de independencia respecto de la II y la III Internacionales, que complementa con una visión continental de la lucha popular y una temprana vocación antiimperialista. El nuevo partido creía encontrar en la común historia de las jóvenes naciones de la América Latina y en su vistosa y a veces trágica dependencia de las grandes potencias el soporte natural de una respuesta política original y colectiva, que no podría provenir ni de la

Internacional Socialista, modelada en una perspectiva eurocéntrica de la historia, ni de la Internacional Comunista, gestada bajo la influencia de la revolución soviética, más como instrumento de la política exterior del partido gobernante que como asociación mundial de partidos obreros libres.

En el curso de los años la tendencia autonomista se ha venido consolidando en la medida que se acentuaban los rasgos autoritarios y nacionalistas del régimen soviético. Los procesos contra la vieja guardia bolchevique de los años 30, pero sobre todo el Pacto Germano-Soviético del 39, la ruptura con Yugoslavia el 48, y las intervenciones rusas en Hungría y Checoslovaquia en los años 56 y 68, señalan las etapas más notorias de una actitud crítica que, en tiempos más recientes y de manera más global, llevaron al Partido Socialista a traducir su autonomía en un firme y sistemático rechazo de la política de bloques y de la lógica que la inspira. La misma libertad de juicio en el plano internacional le permitió percibir precozmente el profundo significado revolucionario de la insurrección boliviana del 52, del alzamiento anticolonial argelino y de la rebelión castrista en Cuba, mucho antes que los P.P. Comunistas rompieran sus reservas y les brindaran su apoyo. Hasta el asalto de los militares, esta posición era uno de los temas, menos controvertidos en el interior del partido y uno de los postulados cardinales del Gobierno de Allende, inspirador de la decidida participación de Chile en el Movimiento de los Países No Alineados. Producida la fragmentación del Partido Socialista, solo el sector adscrito al Movimiento Democrático Popular ha roto por primera vez con esta línea de conducta, acogiendo -con débiles reservas- tanto las razones de Moscú sobre la invasión del Afganistán como las justificaciones soviéticas y del P.C. polaco sobre la represión al movimiento obrero en Polonia.

La posición y la conducta de la revolución chilena y latinoamericana en un mundo en que la polarización se agudiza tendrá una importancia creciente en el futuro inmediato, en el plano ideológico como práctico, con relación a la pluralidad de las experiencias revolucionarias del Tercer Mundo y a la soberanía de los países medianos y pequeños. La tendencia de las superpotencias a enfrentar los acontecimientos internacionales desde el ángulo exclusivo de sus intereses de Estado las conduce inevitablemente a falsear las luchas de liberación social y nacional, a limitar o condicionar su desarrollo y, a menudo, a imponer soluciones y desenlaces ajenos a la voluntad de los pueblos para ajustarlos a la lógica de la contienda bipolar. En el plano político e ideológico esa tendencia se refleja en la presentación de los conflictos más profundos como el resultado de meras maniobras conspirativas de la potencia adversaria, en la inclinación a trasladar al terreno militar la resolución de los antagonismos políticos y sociales, en la adopción de doctrinas que van desde la soberanía limitada al interior de la "comunidad socialista" hasta la completa asimilación de los movimientos de liberación al terrorismo internacional, según las más recientes versiones de la Casa Blanca. Concepciones todas que parten de una base común: la seguridad nacional de las grandes potencias sería en nuestros días el único principio válido, la regla suprema de la convivencia internacional, a la cual deberían adecuarse todas las naciones menores.

Tan deplorable como la convicción que mueve a las grandes potencias es la actitud de quienes en el campo de la izquierda aceptan servilmente sus consecuencias. Se ha llegado a sostener como verdad axiomática que "la contradicción principal del mundo contemporáneo es la que se da entre el capitalismo y el socialismo", y que siendo los Estados Unidos y la Unión Soviética los factores política, económica y militarmente más fuertes de cada campo, la supremacía de una u otra de las superpotencias determinará la suerte final de la contienda. Nadie podría escapar de este dilema. Es casi ocioso decir que la identificación total de dos modos de producción con los intereses nacionales de los Estados que aspiran a la hegemonía mundial es, desde luego, una simplificación maniquea de la compleja realidad de nuestro tiempo, cruzada por múltiples rivalidades y conflictos que van desde la movilización pacifista contra las

acciones y tendencias que inducen a la guerra, hasta los alarmantes síntomas de un retorno a las contiendas religiosas y raciales, pasando por la creciente resistencia del Tercer Mundo a sufrir pasivamente las degradantes consecuencias del monopolio financiero y tecnológico en manos de los países avanzados.

La caracterización global de una época es un ejercicio que depende del horizonte histórico que se intenta definir, de la naturaleza de los hechos que sirven de referencia, de la escala de valores que ilustra el juicio del analista, y hasta -en medida preponderante- de la sensibilidad y la formación cultural del observador. La premisa que comentamos no es, entonces, la fase inicial de un razonamiento, sino que supone una conclusión preconcebida; llevada hasta sus últimas consecuencias, envuelve la convicción de que el advenimiento del socialismo a escala mundial será el fruto de una victoria militar. De ahí la necesidad de evitar que el no alineamiento y el rechazo de la política de bloques se usen como un mero expediente verbalista para ocultar capitulaciones de fondo, y constituyen en cambio el punto de partida de una línea de intransigente defensa de la autodeterminación y de la paz.

La guerra de las Malvinas ofreció un ejemplo ilustrativo de las distorsiones a que conduce la evaluación esquemática y simplista de ciertos acontecimientos internacionales. Casi sin excepciones, la izquierda latinoamericana prestó su entusiasta apoyo a la descabellada aventura de los generales argentinos, considerándola un rudo golpe al sistema de dominación imperial, mientras era trasparente que se trataba de una desesperada maniobra para consolidar el vacilante poder de la dictadura bajo el manto de un chauvinismo desorbitado. Si era lógico reconocer la soberanía argentina sobre las islas como un derecho histórico, no era igualmente justo aplaudir el recurso a la guerra para lograrlo, tanto por la bastarda motivación que suponía como por el alto precio de sangre que se hacía pagar a la juventud argentina. (¡Y desgraciadamente no fue ésta la única debilidad de la izquierda a lo largo de la gestión militar del poder en Argentina!).

La autonomía en la vida internacional va más allá de una posición declarativa y de la condenación moral de una injusta situación histórica. La democratización de las relaciones entre los Estados, así como la vigencia efectiva de los principios de autodeterminación y no intervención requieren de la presencia de todos los pueblos en la conducción de la comunidad internacional, su sobre activa movilización en la promoción de sus derechos, su participación como protagonistas en la construcción de un nuevo orden político y económico y en la preservación de la paz.

RESCATE Y RENOVACIÓN: LA TAREA DE LOS SOCIALISTAS

Jorge Arrate

"La historia, que es vida, es decir, emergencia constante de formas nuevas rehúye todo encuadramiento en rígidos sistemas. Para ser eficaces, las ideas políticas tienen que ceñirse al ritmo del devenir social; cuando así no sucede, dejan de ser factores dinámicos para convertirse en estériles dogmas, en fórmulas muertas, en mecánicas consignas".

Eugenio González

La crisis de la izquierda

En abril de 1979 el Partido Socialista de Chile sufrió la más lacerante división de su medio siglo de vida, tanto por la profundidad de las cuestiones ideológicas y políticas que la motivaron como por la

oportunidad de su ocurrencia, en pleno esfuerzo por reconstituir energías para contribuir con eficacia a la lucha democrática.

La ruptura socialista evidenció, con dramática claridad, el desarrollo en el interior de la izquierda chilena de una crisis que significaba cuestionar las bases fundamentales de sus veinticinco años de unidad en torno a un proyecto común. En septiembre de 1973 una violenta intervención militar, puso término a la inspiradora experiencia socialista chilena que Salvador Allende había intuido varias décadas antes y luego impulsado audazmente. Los grandes partidos de masas, Socialista y Comunista, y las otras organizaciones políticas integrantes de la Unidad Popular, sufrieron implacable persecución, e iniciaron un período de varios años, que aún se prolonga, en que se debatirían entre la lucha por la sobrevivencia y los afanes jamás cumplidos de una rápida recomposición política y orgánica sobre las mismas bases esenciales del pasado. En el plano de las ideas, el lustro posterior a la derrota de 1973 se centró en el debate sobre sus causas y sobre la caracterización del régimen militar establecido en el país, con el fin de superar errores, corregir perspectivas y adecuar las políticas de alianza y las formas de lucha a las nuevas condiciones. No fueron claramente percibidos, en aquel tiempo, el horizonte que inspiraba a los dirigentes de la dictadura, la profundidad de sus intenciones de transformación, y el grado en el cual pretendían incidir en el curso de la historia nacional. Fue tan sólo en los años posteriores cuando se percibió con claridad la ambición estratégica de las "modernizaciones" impulsadas por Pinochet, el carácter acabado de las ideas sobre organización política y "democracia" contenidas en la nueva Constitución vigente desde 1981, y el impacto profundo en la vida social y material de la filosofía que inspiraba a la conducción económica, hoy cuestionada por la evidencia de su fracaso. Semejantes comprobación no pudo sino plantear aún con mayor dramatismo los temas del significado del 11 de septiembre de 1973 y de la reapertura de una opción de izquierda en la sociedad chilena. De este modo, mientras en su primer tiempo el énfasis de los análisis recayó en la consideración minuciosa de las equivocaciones, supuesta o realmente cometidas desde el gobierno entre 1970 y 1973 (política inadecuada hacia las capas medias, no desarrollo de una fuerza militar propia, errores en la relación con las Fuerzas Armadas, desequilibrios inducidos en el aparato productivo y financiero, ambigüedades en la política hacia Estados Unidos y los intereses transnacionales), en el tiempo siguiente comenzó a difundirse con mayor fuerza un intento de hacer una crítica a la izquierda con una perspectiva más larga, de introducirse en sus orígenes y características, en su desarrollo en el último cuarto de siglo, y en la forma cómo generó su proyecto y cómo lo llevó a la práctica.³

Surge así al debate, explícita o implícitamente, un punto central: el intento socialista encabezado por Salvador Allende estuvo signado por una tensión no resuelta entre el carácter del proyecto y el de sus actores políticos, los partidos de izquierda. El proyecto fue -especialmente en el contexto latinoamericano profundamente impactado por el éxito de la Revolución cubana-claramente una "herejía". Los rasgos de utopismo de su propuesta estratégica (identificación dialéctica entre democracia y socialismo) y, sobre todo, su adhesión básica a la lucha político-institucional como caracterización de la vía, representaron una

³ Esta línea de análisis, en la que se inscriben los capítulos 3 y 4, fue desarrollada, con diversos matices y desde diferentes ángulos, entre otros, en los trabajos siguientes: Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulian, "Una perspectiva para el análisis de los aspectos ideológicos y políticos del período 1970-1973 en Chile", FLACSO, Documento de Trabajo, Santiago, 1976; Jorge Arrate, "Apuntes para una autocrítica: la izquierda chilena y las Fuerzas Armadas", Chile-América 33-34, Roma, agosto-septiembre de 1977; diversos ensayos de Tomás Moulian, en Democracia y Socialismo en Chile, FLACSO, Santiago, 1983; Marcelo Schilling, "Hacia una crítica de la interpretación histórica de izquierda en Chile", Temas Socialistas 2 Eduardo Ortiz editor, VECTOR, Santiago, 1984; Ernesto Ottone, Hegemonía y crisis de hegemonía en el Chile contemporáneo, Ed. LAR, Madrid, 1984.

suerte de anomalía en el cuadro continental. Los actores, los partidos de izquierda, eran, por el contrario, ortodoxos. La "herejía" sostenida por Allende y la "ortodoxia" de los partidos convivieron en el interior del proceso. Esta asincronía ha sido un elemento siempre presente en los esfuerzos reestructuradores de la izquierda chilena realizados en los últimos años. Algunos sectores postulan que la tensión antedicha debe ser resuelta, como condición de una práctica política capaz de hacer avanzar las ideas de izquierda. La crisis socialista de 1979 fue, en el fondo, el resultado de una manera distinta de concebir la resolución de esta tensión. Algo similar puede sostenerse sobre los resquebrajamiento internos que, en grados mayores o menores y con expresiones diversas, afectaron a las otras fuerzas políticas y que configuraron un cuadro de crisis generalizada. Mientras una corriente del socialismo chileno buscó, después del golpe, resolver la asincronía descrita desarrollando las tendencias a la ortodoxia teórica en el interior del Partido y acercando su espíritu de lucha mediante la imposición del modelo leninista de partido, otra tendió a reivindicar elementos básicos del proyecto allendista en la perspectiva de hacerlos parte de una nueva propuesta de la que un partido renovado debería ser prefiguración. La primera corriente entronca con los desarrollos políticos y teóricos que adquieren significación en la década de los sesenta dentro del socialismo chileno y que culminan en su Congreso de 1967 con la apresurada consagración de la definición marxista-leninista. La segunda arranca su legitimidad histórica de la reivindicación de los rasgos fundacionales singulares del Partido, ratificados en su período reconstrucción teórica y política a fines de los cuarenta, y el ideario que en torno a la problemática democracia-socialismo inspiró, en lo central, la tentativa allendista.

El debate sobre la "experiencia chilena" desemboca así, por senderos diferentes. Es una discusión que no se produce en el vacío ni limitada a los marcos de lo puramente nacional. Los años de dictadura van dejando huellas, determinadas por la experiencia de lucha de los núcleos sociales y políticos sobrevivientes del desastre de 1973. El mensaje de parte de la izquierda exiliada va gradualmente adquiriendo énfasis y tiende a converger en sus puntos centrales con la idea de renovación que surge, en nuevas generaciones, también en Chile.⁴ Coadyuvan a este proceso diversos fenómenos. Tres requieren al menos una breve mención. El autoritarismo del régimen implantado en Chile influye en consolidar el antiautoritarismo de un sector de la izquierda, que se proyecta de un modo general, es decir, que implica pensar de nuevo el tipo de socialismo que se propugna y su vinculación con la libertad. La pérdida de la democracia y el desprecio con que la considera el discurso oficial en Chile induce una más profunda consideración del valor, sentido y contenidos de la democracia política y de la participación popular en las decisiones de gobierno. La violación y supresión de importantes derechos de la persona humana, antes consagrados en los textos legales y adoptados por la vida social chilena, genera una revalorización de su existencia y transforma el tema en tópico ineludible de los programas o propuestas sociales de la izquierda. El proceso descrito, aunque es de alcance general, es asumido en formas diversas por las distintas fuerzas o sectores políticos, según sus propias características o predisposiciones previas.

Por otra parte, la crisis orgánica, política y teórica de la izquierda chilena recoge también diversos elementos que surgen con gran fuerza en el curso del debate que se desarrolla en el conjunto del movimiento obrero mundial. Dos de los cimientos que sostenían, en el plano ideológico, el edificio unitario de la izquierda chilena pasa a ser objeto de viva discusión: el "socialismo real" y las diversas formulaciones de la teoría marxista. Por lo que respecta al socialismo chileno, éste se autodefine desde su nacimiento como partido, y con particular persistencia, en una matriz teórica y política explícitamente antiestalinista.

⁴ Entre muchos otros quisiera destacar a lo menos dos ejemplos: las actividades y líneas de trabajo del centro de investigación SUR, y la revista Crítica, que ha recogido sistemáticamente diversos aportes en torno a la renovación.

En la postguerra solidariza con la experiencia autogestionaria yugoslava y en 1968 condena la intervención soviética en Checoslovaquia. Sin embargo, se va desarrollando en su interior a 1973, a limar y luego prácticamente a suprimir todo atisbo crítico en relación con el tipo de socialismo experimentado en Europa del Este. La división socialista de 1979 y la discusión subsecuente reabre debate sobre el tema en el conjunto de la izquierda. No se trata, es claro, de una particularidad más de la izquierda chilena: en el seno del propio movimiento comunista internacional han surgido ya radicales diferencias de apreciación sobre las insuficiencias y limitaciones del socialismo existente y el debate sobre ellas se ha hecho universal. A su vez las discusiones marxistas de la última década y sus consecuencias políticas conmueven también las adhesiones a esquemas teóricos consagrados.

Razón de ser y sendero de la reconstrucción

Se abre así, dolorosamente, un nuevo capítulo. Su elemento central habrá de ser la tarea de construir un marco eficaz para impulsar una política socialista. El desarrollo de esta tarea parte de tres constataciones.

La primera, la constatación que el socialismo como fuerza operante y el socialismo como idea posible, en dos palabras, una opción socialista, no existe de manera perfilada en el ámbito nacional. Orgánicamente el Partido Socialista se encuentra dividido y, aparte de los sectores principales, varios otros tienen una existencia más o menos grupuscular, producto de escisiones anteriores o posteriores a 1979. Buena parte de la masa socialista en Chile permanece inactiva y sólo una minoría desarrolla, en uno u otro grupo, vida política orgánica.

La segunda, consecuencia casi evidente de la anterior, es la constatación que para los socialistas la necesidad principal del momento, tanto en el plano de la elaboración política como en la lucha concreta por la democracia, es la construcción de una opción clara que se plantee retomar la tarea inconclusa que legó Salvador Allende a través de la canalización del potencial socialista presente en el pueblo chileno. Se trata de recrear un proyecto de lucha y construcción social que recoja el rico legado del pasado potenciándolo con todo aquello de innovador que en los últimos decenios han aportado las diversas experiencias socialistas, los debates teóricos y, en general, los avances y desarrollos de la cultura.

La tercera -imperativo de la esencia y razón de ser de la política- el convencimiento que dicha opción debe aspirar a constituirse en principal, a acumular una fuerza mayoritaria y a desarrollar una capacidad de convocatoria superior.

La aceptación de las tres premisas señaladas induce necesariamente una política socialista que ha de desarrollarse en dos líneas básicas complementarias, capaces de enriquecerse una a la otra. Una, el esfuerzo por reunificar los sectores dispersos que se reconocen en la tradición histórica y principales contenidos doctrinarios del Partido Socialista de Chile. Este esfuerzo reunificador habrá de basarse en posiciones de principio y deberá desechar, por lo tanto, la reunificación per se como alternativa. La reunificación socialista debe ser viable y eficaz y no pura nostalgia convertida en acción política. La viabilidad y la eficacia del esfuerzo reunificador están principalmente determinadas por las coincidencias reales en los pilares que constituyeron el viejo ideario socialista: su comprensión dinámica y no dogmática del marxismo y su potencialidad revolucionaria, su búsqueda creativa de fórmulas políticas y sociales capaces de ensanchar la democracia en la construcción del socialismo, su énfasis la democracia en la construcción del socialismo, su énfasis en el rol protagónico del pueblo trabajador como personaje principal de la lucha, su autonomía internacional y su no sujeción a centros políticos e ideológicos, su latino-americanismo, y su rechazo de los bloques político-militares como categorías rectoras de una

política de cambio. De no existir una clara coincidencia en estos temas básicos, las tentativas de reunificación están destinadas a reproducir la pugna interna que caracterizó ciertos períodos de la historia socialista con estériles resultados. La otra línea, tan indispensable como la primera, es la construcción de una política de alianzas con sentido estratégico, es decir, la participación en un cuadro de fuerzas que, siendo diferentes, compartan lo esencial de una opción socialista común que, con perspectiva hegemónica, aspiren a construir. Esta tarea implica para el socialismo chileno la necesidad de activar un polo de fuerzas esencialmente diverso al existente en el pasado y, además, deslindar muy claramente posiciones de aquellos otros partidos o conglomerados políticos de la izquierda que levantan proyectos con aspectos básicamente diversos. Concretamente, se trata de reconocer la falencia actual del eje socialista-comunista que constituyó la fuerza dominante de la izquierda chilena en el último cuarto de siglo y de precisar con claridad las distancias entre la opción socialista que se reconstruye y aquella que sustenta históricamente hasta hoy el Partido Comunista y las fuerzas que se organizan en torno a él. Este propósito significa una radical reconversión de la naturaleza política de la izquierda que, antes organizada en torno al eje mencionado, transita eventualmente hacia una estructura caracterizada por la existencia en su interior de dos proyectos sociales concurrentes, en parte significativa coincidentes, pero que divergen en aspectos básicos.

Así, trabajosamente, surge y se perfila con creciente nitidez una nueva opción estratégica socialista en Chile, profundamente anclada en la historia y, al mismo tiempo, profundamente renovadora.⁵

El socialismo chileno como potencialidad

Las dictaduras arrojan un manto de sombra sobre la vida de los pueblos con tradición de libertad. Quienes discrepan son estigmatizados, sistemáticamente perseguidos y excluidos de las diversas esferas de la vida social. La existencia misma de personas e ideas se hace incierta y se convierte crecientemente en incógnita sobre el destino de las grandes visiones políticas y sociales previamente desarrolladas en un medio democrático. ¿Subsisten y cómo las ideas del pasado? ¿Cómo se han modificado en la conciencia oculta y resistente de sus portadores? ¿Habrán de resurgir, cuando la oportunidad llegue, de la misma o de distinta manera, con mayor o menor fuerza?

El régimen chileno, desde su trágico inicio en septiembre de 1973, se ha esforzado por erradicar de manera permanente ciertas ideas de la vida nacional. El sufragio universal, la democracia, el marxismo, el leninismo, el comunismo, el socialismo, entre otros conceptos, han sido objeto de explícitas condenaciones. El control pertinaz de los medios de comunicación y de los mecanismos de difusión ideológica ha sido puesto al servicio del desprestigio del ideario democrático y socialista, en un intento, a veces con absurdas pretensiones de liderazgo internacional, de suprimir para siempre de la conciencia de los chilenos la aspiración a formas de vida social diversas del capitalismo.

Algún día habrá de escribirse la historia de nuestras ideas clandestinas. Es una historia aún en curso, demasiado reciente como para analizarla con objetividad. No obstante, es posible afirmar que lo que hoy vemos es sólo una parte de un todo desfigurado y subterráneo que asoma muy parcialmente a la superficie. Años de prensa modesta y oculta, de libros circulados de un bolsillo a otro, de cartas

⁵ No es este el momento para analizar el desarrollo coyuntural de esta línea. En los últimos años se han generado diversas expresiones orgánicas de ella (Convergencia Socialista, Comité de Enlace Socialista, Comité Político de Unidad Socialista, Bloque Socialista). Más allá de sus características particulares todas ellas han significado un aporte a la línea de reconstrucción del socialismo chileno

censuradas, de voces que son puro susurro, de informes de viajeros que llegan desde o a la diáspora de un exilio anhelante de compartir vivencias, de impresiones que intentan aprehender una realidad sumergida, de círculos relativamente pequeños que se proponen custodiar y, cuando posible, expandir las ideas perseguidas, sin duda presentes en la memoria popular, pero cuya fuerza exacta se ignora.

No hay una respuesta cabal a la pregunta sobre cuál es hoy la condición de las ideas socialistas en la conciencia de los chilenos. Hay tan sólo deseos, bastantes intuiciones y algunos signos. El balance ponderado de ellos resulta optimista. Sin caer en la apología es posible sostener que el socialismo chileno ha tenido un historial de excepción en el período de la tiranía. Los socialistas exiliados han sabido mantener, aún en los más dramáticos momentos de disidencia interna, una vida activa y fructífera que ha contribuido a proyectar una imagen internacional hoy ya asentada. Pero, muy especialmente, el socialismo organizado en Chile, en sus diferentes manifestaciones, no ha cesado un solo instante de estar presente en las diversas expresiones de rebeldía popular. Todas sus tendencias o corrientes, hasta las más pequeñas, han tenido siempre una existencia, más débil o más pujante, pero siempre viva y audaz, durante los años de la dictadura. No ha habido un sólo día de este largo y brumoso período en que las banderas socialistas hayan sido abandonadas.

Este hecho objetivo e indesmentible está en la base de la afirmación formulada a menudo sobre la existencia de un "espacio" socialista en la sociedad chilena. Esta suerte de "área reservada" tendría como sustentos la vinculación histórica de las ideas y prácticas socialistas con diversas franjas de la clase trabajadora, la existencia de un perfil ideológico singular y propio, y el legado social de una lucha que, por sobre errores y aciertos, fue inalterablemente consecuente con los intereses populares y nacionales.

En todas o casi todas las sociedades modernas, pareciera existir un espacio para las ideas socialistas en sus diversos matices y expresiones. Entre otros, los casos de tres experiencias post dictatoriales de la Europa mediterránea parecerían confirmarlo sin duda: Portugal, Grecia y España. Desde este punto de vista la afirmación inicial no agregaría nada demasiado novedoso al análisis. El símil europeo, no obstante, su utilidad para determinados aspectos resulta, sin embargo, de discutible aplicación a la situación chilena. Situados, en cambio, en la realidad de las sociedades latinoamericanas, es posible constatar al menos varios rasgos singulares que le otorgan contornos propios al socialismo chileno. Ya examinados en páginas anteriores⁶, será ahora útil recordar tres. Primero, se trata de un fenómeno político robusto y permanente en el tiempo. Más de cincuenta años de historia de Chile dan cuenta de una fuerza socialista de presencia bastante estable y actuación política relevante. Una aproximación cuantitativa, reflejada en los resultados electorales, puede hallarse en la tabla siguiente:

RESULTADOS ELECTORALES DEL SOCIALISMO CHILENO

Año	Tipo elección a	Total de votantes	Votos obtenidos	Porcentaje
1932 (b)	P	429772	18642	4,3%
1937	P	412230	46050	11,2%
1941	P	450248	75500	16,7%
1945	P	449930	57432	12,8%

⁶. Especialmente en los capítulos 5 y 6

1949	P	464872	43432	9,3%
1953	P	779174	109897	14,1%
1957	P	878229	93787	10,7%
1960	M	1229503	119506	9,7%
1961	P	1385676	149122	10,7%
1963	M	2068463	229229	11,1%
1965	P	2353123	241593	10,3%
1967	M	2343287	326155	13,9%
1969 (c)	P	2.460.129	294.448 (PS)	12,2%
			51.904 (USOPO)	2,2 %
			346.352 (total)	14,4 %
1971 (d)	M	2835402	633.367 (PS)	22,3%
			29.527 (USOPO)	1,0%
1973	P	3.661.898	663.259 (PS)	22,30%
			10.889 (USOPO)	1.0%
			93.965 (MAPU)	2.6%
			37.767 (IC)	0.3%
			(total)	18,4% ⁷

Segundo, el socialismo chileno remontó permanentemente las fronteras de una acción testimonial o simplemente agitativa, para expresarse de modo sostenido como una fuerza política con vocación de gobierno. Un hecho incluso previo a su fundación, la llamada República Socialista de 1932, de fugaz existencia, fue antecedente inmediato a la creación orgánica del Partido. Posteriormente el socialismo chileno participó de manera estelar en la victoria y gobierno del Frente Popular y como Partido Socialista Popular se integró a la campaña presidencial y posteriormente al gobierno de Ibáñez, aunque por un breve período. En 1970 uno de sus militantes fue elegido presidente de la República.

⁷ (a) Parlamentarias: P.-Municipalidad: M. (b) La cifra para 1932 constituye la suma de los votos obtenidos por las principales agrupaciones socialistas que confluían en 1933 a la fundación del Partido Socialista de Chile. (c) A partir de 1969 se entregan separadas las cifras de las diversas organizaciones socialistas hoy integrantes del Partido Socialista de Chile o participantes del proceso denominado de Convergencia Socialista y de Bloque Socialista. (d) En las elecciones de 1971 el MAPU no presentó candidatos y apoyó al Partido Socialista.

Fuentes: Fernando Casanueva Valencia y Manuel Fernández Canque, *El Partido Socialista y la Lucha de Clases en Chile*, Ed. Quimantú, Santiago, 1973, p. 323. Las cifras de 1973 aparecen en Ercilla 1965, 14 al 20 de marzo de 1973.

Tercero, esta fuerza socialista de presencia sostenida y aspiración declaradamente dirigente, se ha caracterizado por proponer un programa de radical transformación de la vida social y cultural del país. La frustración sobre esta perspectiva permanente provocó la decepción socialista respecto a la experiencia de Frente Popular y, posteriormente, su formal distanciamiento del gobierno y políticas de Ibáñez. La propuesta nacional levantada en conjunto con las otras fuerzas de izquierda que constituyeron la Unidad Popular concitó un apoyo excepcional para un programa de tan radical contenido. Es este un hecho revelador de una conciencia sobre la necesidad del cambio social que no puede desvanecerse fácilmente ni, en definitiva, someterse a la represión, por brutal que sea, o al discurso de los ideólogos de la seguridad nacional y el autoritarismo.

Pero la idea de "espacio", aunque apunta a destacar un fenómeno real, presenta también limitaciones, surgidas generalmente de una determinada forma de utilización que la hace discutible. Una primera es el sesgo estático de la expresión. Normalmente la propuesta que acompaña al concepto es la de organizarse adecuadamente para ocupar dicho espacio, dejando en segundo plano la problemática tanto o más interesante de su expansión. O, más claramente, se tiende a separar este proceso orgánico de ocupación del espacio, del otro consistente en ensanchar sus márgenes sociales y políticos, postulando etapas de reconstrucción demasiado estrechas para dar cuenta de una realidad compleja y variada en su dinámico desarrollo. Por otra parte, la idea de "espacio" pareciera suponer una suerte de garantía sobre su existencia. Se trataría de un activo cuyos márgenes pueden estrecharse o ensancharse levemente pero que tiene una realidad asegurada. Por el contrario, más bien pareciera que, para que lo esencial de la idea tuviera vigencia, sería preciso cumplir con ciertos requisitos sin los cuales el "espacio" puede incluso llegar a hacerse no significativo. O, en el mejor de los casos, dar cabida a contenidos distorsionados, ideológica o políticamente, que no respondan a una existencia de continuidad con la herencia histórica del socialismo chileno.

No por un prurito de precisión semántica sino por las consecuencias para el análisis siguiente, es más adecuado utilizar el concepto de "potencialidad". Todos los hechos anteriormente señalados apuntan a que existe en Chile una "potencialidad" socialista de gran magnitud, que no tiene porqué someterse a los límites cuantitativos históricos, pero cuya realización está lejos de estar garantizada.

La energía que los socialistas lograron acumular en el pasado, con todo lo valiosa e importante que fue, no resultó suficiente para la realización de sus postulados esenciales. Es necesario plantearse la reconstitución de una fuerza socialista que sea superior -más amplia, más sólida, más grande- a la que existió. Poner en práctica este postulado implica, sin embargo, un paso previo: debe concordarse en qué se quiere, para qué se lucha, qué se desea emprender.

Una fuerza socialista para transformar Estado y Sociedad

La historia socialista pareciera demostrar que los procesos de división resultan ser mucho más fáciles que los de unidad. Felices los últimos, penosos los primeros, no pueden éstos, sin embargo, juzgarse livianamente, ya que no toda discrepancia divisoria merece ser condenada a priori. Las hay de aquellas que son indispensables para reiniciar una reconstrucción. Hay otras que están inspiradas por un proceso corrosivo y perverso en que cada disputa es interpretada como un momento de decantación que permite acerar más la fuerza de una orgánica: sólo permanecen en ella aquellos que piensan casi igual, que son, como alguien dijera, "los puros, y los maduros". Toda discrepancia es convertida en herejía, toda disidencia

constituye una "desviación" (de derecha o de izquierda). Estas distinciones deben tenerse presente al intentar la respuesta a la cuestión recién planteada: ¿qué se desea emprender?

Desde el punto de vista socialista hay varias perspectivas para responderla.

La primera es una concepción profundamente impregnada de la idea del partido-vanguardia, destacamento relativamente pequeño cuyo esqueleto está constituido supuestamente por cuadros de alto nivel ideológico, y que concibe la potencialidad socialista como la zona de operaciones de un esfuerzo político que está centrado en la captura del aparato del Estado para construir uno nuevo e impulsar desde allí la transición al socialismo. Los elementos de centralización, verticalidad y, a veces, monolitismo, están estrechamente asociados a esta perspectiva. Es, por su naturaleza, una visión bastante explosiva en cuanto a la integridad de una fuerza política: el núcleo de vanguardia tenderá siempre a someter, si no a eliminar del quehacer político partidario, a todos aquellos que no forman parte de él, promoviendo así los gérmenes de escisiones y divisiones. Las grandes masas y movimientos son, un elemento, pero no el principal, del proceso de lucha por la transformación política y social.

La segunda visualiza la potencialidad socialista como un soporte seguro para una fuerza política eventualmente significativa. Incrustada en un marco institucional determinado al que no se plantea transformar en el plazo mediano. Se trata de ejercer en su interior una influencia decisiva y asumir de esa manera una defensa honesta de los intereses y aspiraciones de los sectores más desposeídos. Esta visión puede asociarse con la imperante en diversos partidos socialistas o sociales demócratas europeos que, en virtud de sus propias condiciones nacionales e internacionales, no postulan un proceso de sustitución del capitalismo como objetivo posible de avizorar en la hora actual.

La tercera concibe la mencionada potencialidad como la plataforma reestructuradora de una fuerza política capaz de enarbolar una propuesta propia de transformación de la sociedad y el Estado, que tenga como protagonista e impulsor a una mayoría de la población. Esta visión, requiere como condición sine qua non una amplia integración de voluntad, vocación y esfuerzo socialistas en un marco que permita la existencia de diversidades -aunque no de irreconciliables antagonismos- y que ofrezca efectivas garantías de resolverlas mediante el juego legítimo de mayorías y minorías. Sólo esta última perspectiva puede desarrollar fuerza y no sólo conservarla, puede permitir que sobrevivan en la memoria histórica popular los signos de la identidad socialista, pero al mismo tiempo ser capaz de activar un proceso de lucha por una transformación radical de la vida de los chilenos. Se trata no sólo de ocupar un espacio prefijado o instrumentarlo a una visión y ejercicio político elitista, sino de proyectar una potencialidad en función de un desarrollo creciente de fuerza socialista.⁸

Esta opción impone un conjunto de condiciones y desafíos de dimensión no despreciable. Al menos los siguientes parecen esenciales: la reconstrucción crítica" de la práctica socialista del pasado; la resolución de la tensión entre la tradición y su rescate y la reconstitución renovada de una fuerza socialista; la traducción en una praxis política de las adquisiciones teóricas y experiencias vividas en el último decenio; y la elaboración de una política socialista que, enmarcada en sus grandes lineamientos de sentido estratégico, ofrezca solución a la problemática inmediata.

⁸ En esta línea ver los siguientes trabajos: Carlos Altamirano, "Ocho tesis para una definición del socialismo chileno", óp. cit.; Armando Arancibia, Álvaro Briones, Francisco Fernández y Marcelo Schilling, "El socialismo por el que luchamos". Pensamiento Socialista 29, julio-setiembre de 1983, Madrid, pp. 9-18; Freddy Cancino, "Apuntes para una caracterización renovada del partido". Pensamiento Socialista, mayo-octubre de 1985, Madrid, pp. 49-60.

Las cuentas con el pasado

Cuando en 1969 Raúl Ampuero escribió *La Izquierda en Punto Muerto*, motivó el primer capítulo, dedicado a la historia del Partido Socialista, con una frase de Santayana: "Los que no recuerdan el pasado están condenados a volverlo a vivir". La relación entre pasado y futuro, entre la historia y el porvenir, ha sido tema siempre presente en la reflexión de filósofos y políticos. Efectivamente, seres humanos y organizaciones de seres humanos, son una acumulación de experiencias ocurridas en el tiempo que configuran una determinada vivencia y constituyen una historia personal o colectiva. Son, también, aquello que pueden llegar a ser: potencialidades, impulsos latentes, proyecciones que habrá o no de realizarse. Y en la eventual concreción de ese proyecto implícito, posible, aunque no necesariamente realizable, la forma en que cada ser humano o agrupación de seres humanos es capaz de detenerse un instante en el camino para analizar el pasado, resulta un factor decisivo en la progresión al porvenir.

La reconstitución de una gran fuerza política socialista en Chile exige no esquivar el análisis de nuestro pasado dramático. Dramático en su más estricto sentido: emocionante, capaz de conmover, crítico y peligroso. Hay, efectivamente, dramatismo en la historia de los socialistas chilenos, en la acción de sus líderes históricos, en el comportamiento noble y sacrificado de sus héroes numerosos, en el momento estelar de su acción política, el trienio 1970-1973. Varios de los capítulos anteriores⁹, han intentado una contribución a este análisis. En muy apretada síntesis el postulado principal que surge de allí es el siguiente: la reconstrucción y renovación socialista y, en general, de una fuerza que impulse un proyecto socialista de largo plazo, debe aspirar a que la propuesta política y su principal protagonista se relacionen a través de una dialéctica que otorgue coherencia a la acción y credibilidad a los postulados, y que acumule fuerza en una dirección principal clara.

Hay que hacer las cuentas con el pasado para no volverlo a vivir. El precio de no hacerlo es la derrota.¹⁰

La síntesis entre tradición y renovación

El rescate de una historia socialista rica en perspectivas originales es factor indispensable en la reconstitución orgánica del socialismo chileno. Pero la historia, siendo sabia importante para el quehacer de hoy, no es la única fuente de inspiración ni es por sí sola suficiente.

La síntesis entre tradición y renovación es un paso esencial. Es éste un proceso que tiende a veces a visualizarse de manera equivocada. Tal cosa ocurre cuando se cree posible localizar en determinadas expresiones del socialismo el total o casi el total de cada uno de los elementos de la síntesis, identificando la tradición con el denominado "tronco histórico" y la renovación con las expresiones socialistas surgidas alrededor del año 1970 y con la experiencia de lucha de los últimos diez años, especialmente la vivida por las generaciones más recientes. En el hecho, tradición y renovación son elementos que están, con mayor o menor fuerza, presentes en todas y cada una de las expresiones socialistas. El proceso necesario no constituye un esfuerzo de suma de lo "histórico", representado por un cierto contingente humano, y lo "renovado" que sería aportado por otro diverso. Constituye, en cambio, un empeño para que cada segmento del socialismo chileno actual rescate sus propias tradiciones y realice su propia renovación, en un sendero compartido de fusión de ideas y de experiencias de lucha concreta. En este sentido, la

⁹ Capítulo 1 al 6

¹⁰. Este tema y los debates en torno a él en el período 1979-1983 fueron examinados en los trabajos publicados en mi libro *El Socialismo Chileno: Rescate y Renovación*, Ed. del Instituto para el Nuevo Chile, Barcelona/Rotterdam, 1983

responsabilidad del segmento histórico del socialismo no puede limitarse a aportar su valiosa tradición, siempre presente en la memoria popular, sino, además, elementos de renovación. Es un objetivo perfectamente viable: muchas de las ideas consideradas hoy renovadoras están, cuando menos germinalmente, ancladas en la historia del socialismo chileno, en los planteamientos de sus fundadores, en el ideario humanista, autónomo y auténticamente democrático contenido en el Programa de 1947, en la aspiración profundamente libertaria que caracterizó el proyecto de Allende.

Algo similar ocurre con la contribución de los grupos socialistas surgidos alrededor de 1970 (MAPU e Izquierda Cristiana). Muchas de sus motivaciones políticas primigenias, desdibujadas en el período inmediatamente siguiente a su surgimiento, renacen hoy día con fuerza. Hay también una recuperación del pasado que constituye una base sólida para la renovación. En cuanto al aporte del amplio contingente humano que se ha desarrollado en la última década al calor de la actividad de los movimientos sociales, especialmente en la base juvenil, poblacional, sindical y de mujeres, es imposible negar que, en su práctica, es heredero de un siglo de lucha del movimiento obrero y popular y, en este sentido, constituye un error suponerlo un segmento sin una tradición propia. Es más global, menos específica en su deslinde político, pero tan consistente como cualquier otra. La prolongación de esa tradición en los últimos diez años ha tenido la particularidad de desplegarse en condiciones que no son asimilables a las que enfrentó anteriormente el movimiento popular. Se trata de una práctica desarrollada en un momento de gran debilidad de las estructuras políticas partidarias y de gran fuerza del aparato estatal de represión. Este hecho otorga a dicha experiencia un sello particularísimo y un valor inconmensurable para los años venideros en la medida que ha estado marcada por una permanente demanda de democracia, participación y autonomía y por una sostenida reivindicación de los derechos de la persona humana.

En el plano de las ideas el núcleo central de la renovación es un nuevo planteo de la idea socialista. Esta tarea pasa por la construcción de un juicio autocrítico sólido sobre la concepción del socialismo elaborada en el pasado, por asumir el contenido anti dogmático y democrático de los debates ocurridos a nivel internacional en el movimiento obrero, y por reafirmar una vía propia y original para una transformación profunda de la estructura social, política, económica, cultural y moral de Chile, que rechace las deformaciones autoritarias y burocráticas que han caracterizado a la mayoría de las experiencias socialistas realizadas hasta ahora.

Los riesgos que acompañan el esfuerzo de sintetizar tradición y renovación son obvios: si se identifica tradición con nostalgia se impondrá una visión reducida, estrecha y sectaria. Si la renovación asume títulos propios, sin anclarse firmemente en la herencia histórica socialista, la disociación de ambos momentos - reivindicación y enriquecimiento, rescate y superación- frustrará las posibilidades de un nuevo proyecto histórico socialista.

Pareciera ser que este aserto no forma aún parte de un sentido común compartido. Es preciso pensar de manera distinta al pasado y no transformar a éste en modelo. Reconstruir un Partido Socialista de Chile por la pura suma de sus componentes históricos para reproducir una organización similar a la que existió, siendo un propósito y una tarea nobilísimos, es una aspiración absolutamente insuficiente para los grandes desafíos que hay por delante. Repetir lo ya dicho se hace quizá necesario: Chile requiere una fuerza orgánica socialista, un gran Partido Socialista, más fuerte y sólido que el anterior.

Enriquecer la teoría para una nueva práctica

El último decenio, como ninguno antes, ha visto surgir una abundante literatura sobre temas teóricos en la izquierda chilena. Especialmente significativas han sido en este plano las inquietudes y reflexiones de aquellos que han querido impulsar un proceso denominado de "renovación", de naturaleza necesariamente difusa y discutible, que, sin embargo, ha tenido impacto destacado, especialmente en las generaciones que nacieron a la lucha política después de 1973¹¹. Por su parte, aquellos que se sienten más identificados con una cierta ortodoxia teórica marxista han reaccionado, a su vez, exponiendo sus puntos de vista.

No han faltado las voces que atribuyen este florecimiento del debate teórico a un prurito intelectualizante o al predominio de cuadros de formación intelectual en los embriones direccionales de los partidos ilegalizados por la dictadura. La afirmación tiene algo de verdad, aunque con un contenido positivo. Durante largos años la izquierda, y especialmente la izquierda socialista, ha tenido alguna limitada expresión pública en Chile a través de intelectuales que han constituido -perseguidos en las Universidades dirigidas por Generales y Almirantes- el denominado "sistema académico informal". Las circunstancias fueron imponiendo una vinculación mucho más estrecha entre el intelectual, considerado antes como un ente básicamente académico, y la acción política en las peores condiciones de represión. La práctica política del período dictatorial hará un legado, entre otros, en esta materia, convirtiendo a numerosos "hombres de ideas" en "hombres de acción", haciéndolos "orgánicos" a un proyecto y a un partido.

La intensidad de las preocupaciones teóricas de la izquierda ha tenido, como ya se señaló, razones más amplias y han incidido en ella otros factores significativos. Uno, quizá el principal, es el hecho que los debates en curso no han sido un monopolio de los chilenos, sino que han constituido un fenómeno internacional de gran dimensión motivada por dos elementos centrales: la crisis del modelo derivado de las experiencias de los países del socialismo real, especialmente acentuada después de la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968 y más aún después de la constitución de un gobierno militar en Polonia en 1982. Y, segundo, el desmoronamiento del edificio teórico constituido sobre la base de la herencia establecida por Stalin y su codificación del marxismo-leninismo. La experiencia yugoslava, el desarrollo de los "eurocomunismos", algunas experiencias revolucionarias en el Tercer Mundo han abierto nuevas perspectivas teóricas, antes negadas o suprimidas por el poderío incontestado del "marxismo-leninismo" oficial.

Para la izquierda chilena, siempre interesada en los temas ideológicos, estos fenómenos no podían pasar inadvertidos. Tradicionalmente los partidos políticos chilenos, desde el centro hasta la izquierda -algunos sectores de derecha también- proveyeron a sus adherentes de ciertas certezas teóricas e hicieron de la teoría un instrumento indispensable de análisis. Siendo mucho más marcada esta tradición en las fuerzas de definición marxista, partidos chilenos pretendían constituir "cosmovisiones", en las cuales no sólo una práctica, a veces con carácter de "subcultura", era importante, sino también una teorización. Un dirigente radical de comienzos de los años 50 que enseñó filosofía en la Escuela de Derecho elaboró una frase decidora que quedó incorporada a una "Declaración de Principios" de su partido: "El radicalismo es una actitud ante la vida". Y lo eran, o lo pretendían ser, no sólo el radicalismo sino cada una de las fuerzas políticas chilenas.

¹¹ El aporte más reciente a esta temática es el libro de Eugenio Tironi, *La Torre de Babel*, Ediciones SUR, Santiago de Chile, 1985, en el que recopila varios de sus ensayos. Ver también Carlos Ominami, "Notas sobre marxismo y socialismo, hoy día". Plural 3, Rotterdam, 1984.

No es extraño, en consecuencia, que la teoría se haya constituido en un factor importante en la naturaleza crítica y compleja del proceso impulsado por la Unidad Popular. Es por ello que los debates realizados y los que quedan aún por realizar no sólo son legítimos sino indispensables. En general, tras el discurso que condena los refinamientos teóricos, que achaca a una manía de "intelectuales" (en sentido peyorativo) el poner en duda y pretender elaborar visiones disidentes de las oficiales, que falsamente contrapone el valor de la acción a las sofisticaciones de la abstracción, se encubre una postura conservadora marcada por el temor a un resquebrajamiento de las certezas conseguidas. Trisarlas significa crear grietas y erosionar el instrumento teórico que, cuando dogmatizado, se utiliza en una clave orgánica para establecer disciplina vertical y legitimar excomuniones múltiples.

El debate teórico de los últimos años ha sido útil y con sentido político. No ha habido en él teorización vana y autosuficiente, ni utilización mañosa o agotadora de las citas de los clásicos de pensamiento socialista, tan abundante en la literatura del marxismo codificado. Ha sido realizada, además, en clave chilena y latinoamericana, eludiendo la tentación de las modas o la imitación de lo europeo por el sólo hecho de serlo¹².

De los temas teóricos debatidos, la relación entre democracia y socialismo es el eje necesario de un nuevo proyecto histórico. Se trata de una cuestión abierta que exige soluciones específicas, aunque en último término siempre provisionarias, tanto cuando se quiere elaborar los grandes lineamientos de una propuesta de largo alcance, como cuando se trata de definir las bases de organización del instrumento político partidario.

La participación común de marxistas y cristianos en la praxis socialista plantea una diversidad de cuestiones teóricas, políticas y de organización. Las formas que ha de adquirir esta síntesis en el plano orgánico no están predeterminadas y deben adaptarse; a los grados de elaboración alcanzados y a la disposición práctica de los participantes.

El carácter del partido, su relación con los movimientos sociales y las temáticas "nuevas", y con los actores que las expresen, constituye otra área que requiere respuestas renovadas. La experiencia de todos estos años de lucha por la democracia habrá de ser, en esta esfera, excepcionalmente importante.¹³

Este rápido recuento no agota el listado de tópicos que ulteriores elaboraciones y una nueva práctica habrán de precisar. Tan sólo pretende identificar algunos de los aspectos principales que la reconstitución del socialismo chileno exige abordar en una perspectiva de largo plazo.

Pero el mundo de lo político no está dividido en regiones separadas: allá, lejano y convocante, el futuro atiborrado de utopías, y acá, inmediato y concreto, el presente con sus posibilidades limitadas y sus estrechas alternativas incapaces de ofrecer espacio vital a nuestros ideales superiores. No hay proyecto que pueda sostenerse sólo en sus grandes lineamientos, donde es más fácil la abstracción, sin traducirlos en una estrategia política que debe necesariamente confrontarse con otras diversas, impulsadas por otras fuerzas, y con las exigentes eventualidades de la coyuntura.

¹² En su libro *Democracia y Socialismo en Chile*, óp. cit., Tomás Moulian ha reivindicado expresamente esta perspectiva.

¹³ El importante tema de la naturaleza del partido no tiene, en estas páginas, un tratamiento sistemático completo. Numerosas ideas sobre la materia pueden encontrarse, entre otros, en los trabajos indicados en la nota 5 en este mismo capítulo.

UNA NUEVA SÍNTESIS DEL SOCIALISMO CHILENO

Dispersión y Vitalidad del Socialismo

Jaime Gazmuri

A partir de las grandes movilizaciones populares de 1983, han reaparecido en la escena pública chilena los partidos políticos. Condenados durante años a la represión o a la proscripción, su súbita irrupción en el escenario demostró el fracaso del régimen en su intento de crear un nuevo sistema político, y de borrar de la memoria histórica de los chilenos las identidades políticas y culturales creadas en más de un siglo y medio de vida republicana.

En el proceso de reconstrucción de los partidos y de las relaciones entre ellos, el socialismo emerge con un grado apreciable de dispersión política y organizativa. Desde el punto de vista orgánico existen más de cinco agrupaciones que se reclaman herederas del Partido Socialista de Chile; al menos otras dos -La Izquierda Cristiana y el Mapu- que componen junto a las anteriores la llamada "Área Socialista"; y diversos movimientos de base -entre los estudiantes, las mujeres, los sindicatos, los pobladores y los intelectuales- que se asumen como socialistas. Partidos socialistas integran distintos referentes nacionales y sostienen diversas alianzas políticas: el Movimiento Democrático Popular, la Alianza Democrática, el Bloque Socialista, el Acuerdo Nacional.

Durante el largo período iniciado con la derrota popular de 1973, el socialismo no ha sido capaz de reconstruir su identidad, ni de articular una política común para enfrentar las nuevas tareas impuestas por la drástica transformación del país que ha significado la implantación del régimen militar. Las causas de este fenómeno son numerosas y complejas. No es nuestro propósito abundar en ellas en esta oportunidad. Tienen su origen en las características del PS y sus tensiones internas al momento del golpe militar; en la intensidad de la represión que sufrió en los primeros años; en las diversas interpretaciones que se elaboraron para interpretar las causas de la derrota; en su carácter más laico y democrático respecto de otros grandes partidos populares como la Democracia Cristiana y el Partido Comunista y la consiguiente dificultad para mantener la unidad de una situación de enclaustramiento de la política y dispersión de la sociedad; en la pérdida de sus lideratos indiscutidos, y también, en el ensanchamiento de las fuerzas que se reconocen en el amplio espectro del socialismo chileno.

No es sin embargo la dispersión la única característica actual del socialismo. Paradojalmente esta se da junto a inequívocos signos de vitalidad: la propia diversidad orgánica, y principalmente la ampliación de las corrientes que se reconocen en el socialismo; la persistencia de los símbolos; la apelación de todos a un patrimonio común; la reproducción de identidad socialista en las nuevas generaciones; la vigencia de Allende como principal referente histórico del movimiento popular; la presencia, en fin, de numerosos socialistas en todos los procesos de reconstrucción del movimiento democrático, son todos elementos que permiten afirmar que el socialismo continúa siendo una de las grandes corrientes culturales y políticas de la sociedad chilena. En este sentido, las dificultades que enfrenta para reconstruirse en el plano político como una fuerza sustantiva afectan negativamente la lucha para recuperarla democracia y abrir un camino de superación de la crisis nacional. La dispersión y debilidad política del socialismo se convierte, así, en un problema no sólo de los socialistas, o de la izquierda, sino en una cuestión que afecta e interesa al conjunto de la nación.

Las vicisitudes del socialismo en estos años -sus debates, polémicas, nuevas elaboraciones, encuentros y desencuentros- han sido protagonizadas necesariamente por los relativamente poco numerosos militantes de las diversas organizaciones. Esto ha sido así particularmente en el país. En el exterior, al menos en numerosos países, fue posible una práctica más abierta. En cualquier caso, entre los miles de socialistas que no han participado de los procesos internos, los sentimientos unitarios son poderosos y profundos. Responden a la intuición certera de que la unidad es posible en tanto el socialismo es una realidad política identificable en el país, y al mismo tiempo necesaria.

No ocurre lo mismo en los niveles dirigentes. Predomina, en muchos de ellos, la idea de que la actual dispersión es más o menos inevitable y la tentación de suponer que la propia orgánica expresa el "verdadero" socialismo, en torno a la cual las masas socialistas finalmente se reencontrarán. Sostengo exactamente la opinión contraria. La unidad del socialismo es una cuestión urgente y aunque difícil, posible. La voluntad política de realizarla en los plazos más breves es precisamente una precondition indispensable para conseguirla.

Simultáneamente se hace necesario, reconstruir los elementos de identidad histórica y de proyecto de futuro que proporcione el grado mínimo de homogeneidad política capaz de refundar un Partido que expresa -en toda su diversidad- al socialismo chileno en las postrimerías del siglo XX y del XXI. Estos surgirán del debate y la confrontación abierta de nuestras distintas posiciones, realizadas con el único límite de la claridad y el respeto, y animados por la convicción de que superar la dispersión actual de los socialistas es una condición para el desarrollo de Chile como una nación democrática y soberana.

Las páginas que siguen pretenden explorar las señas de identidad y los elementos fundamentales de la política socialista que los tiempos nos exigen.

Una nueva síntesis histórica

Constituye un lugar común la afirmación de que la fragmentación política y organizativa es una tendencia natural del socialismo chileno. Una larga historia de divisiones y reunificaciones parece dar fundamento a esta suerte de fatalidad. Habría que agregar que los períodos de fragmentación ha sido también tiempos de esterilidad política, y que el Partido Socialista ha jugado un papel de significación en la historia moderna del país cuando ha sido capaz de combinar dos elementos: un proyecto y una política nacional perfilada y la unidad orgánica -a lo menos- de la gran mayoría de los socialistas. Estas condiciones se produjeron claramente en el primer período posterior a la fundación en 1933 y hasta el primer Gobierno del Frente Popular en 1938; y luego, a partir de la reunificación de 1957 y hasta la derrota de 1973. En ambas situaciones históricas la condición de la unidad y de la eficacia política de los socialistas fue la existencia de una política y un perfil histórico básicamente compartido por el conjunto, y, al mismo tiempo, la mantención de una estructura partidaria abierta y democrática que permitía la existencia de corrientes y matices que no amenazaban la unidad esencial.

Nuestra tesis central es que el socialismo chileno requiere hoy día elaborar una nueva síntesis cultural, política y orgánica si quiere proyectarse como una fuerza decisiva en el Chile de mañana. La cuestión de su unidad está estrechamente vinculada a este primer desafío.

La necesidad de una nueva síntesis viene dada en primer lugar por la situación del país. No es una exageración retórica afirmar que Chile vive la crisis más aguda de su historia. La dictadura ha destruido, junto con la democracia, las bases mismas de la convivencia civilizada entre los chilenos. Desde el punto

de vista político será necesario refundar el Estado, construir una segunda República, definir cuál será la arquitectura jurídica e ideal de la nueva democracia, y al mismo tiempo la relación de fuerzas sociales sobre las cuales se asentará de una manera estable. Un desafío político de esta magnitud no lo enfrentaba el país desde los tiempos de Portales. Pero al mismo tiempo será indispensable enfrentar una crisis económico-social también sin precedentes. La crisis es esencialmente de naturaleza internacional, y no interna. Ocurre, es cierto, que la política económica del régimen ha extremado la indefensión del país para enfrentar una coyuntura complicadísima y su herencia será en extremo gravosa, pero es claro que, una vez desaparecido este, los factores estructurales de la crisis que afectan a toda la periferia del sistema capitalista seguirán en pie. Ellos tienen que ver con un proceso de profunda readecuación económica y tecnológica de los países capitalistas desarrollados, cuyos costos se descargan con gran fuerza en la periferia -y en particular en las áreas con un grado de desarrollo intermedio como América Latina- y se expresan en fenómenos como la deuda externa, la relación de precios cada vez más desventajosa, el cierre de mercados y el aumento de la brecha, tecnológica. Todo ello hace que el desarrollo de nuestras economías sea particularmente problemático incluso suponiendo cambios drásticos en nuestras políticas y relaciones sociales internas. Es más, muchos de los problemas que estrangularán nuestro crecimiento simplemente no tienen solución en una escala puramente nacional. Crecientemente el espacio de resolución posible de una gran cantidad de los problemas que aquejan a Chile será América Latina.

Ya no es posible pensar, cómo lo hacían las izquierdas hasta la última posguerra, que las crisis del capitalismo central se resolverán por su colapso. La perspectiva de una revolución anticapitalista en Estados Unidos, Europa Occidental o Japón no forma parte de un horizonte histórico previsible.

Un proyecto socialista para Chile tiene que responder a estos desafíos, distintos y mayores que los de ayer.

Se necesita una nueva síntesis, en segundo lugar, porque hemos sido protagonistas de un intento de realizar la revolución socialista en el país, durante el Gobierno de Salvador Allende, que terminó con la derrota. La crítica de esa experiencia singular es indispensable para formular una política socialista, que no puede ser la mera reiteración de la anterior. Nos resulta indispensable recoger la rica experiencia que puso al movimiento popular chileno en el centro de la dirección del Estado, que le permitió superar su fase puramente agitativa y contestataria, que lo convirtió en una poderosa fuerza nacional y que le permitió realizar transformaciones de fondo en todos los planos de la vida social. Al mismo tiempo es preciso desentrañar las profundas insuficiencias que favorecieron la derrota y provocaron una regresión histórica de la magnitud de que la hemos vivido en estos años.

Una nueva síntesis, en tercer lugar, viene impuesto por la ampliación del arco de fuerzas ideales y políticas que se reconocen y forman parte del socialismo hoy día. Este se ensancha por la emergencia de poderosas fuerzas provenientes del mundo cristiano, que encuentran en su fe fundamentos e inspiración para luchar por una sociedad igualitaria y libertaria; por la incorporación al socialismo como área política específica de los partidos surgidos a finales de los setenta -los Mapu y la IC- que antes sustentaron proyectos de desarrollo autónomo; por el surgimiento de tendencias definidamente socialistas al interior del viejo Partido Radical; y por el apareamiento de diversos movimientos de base de inspiración socialista y que recogen muchas de las experiencias de lucha y reflexión de estos años de resistencia antifascista. Estas nuevas vertientes no solo suman cantidad. Son portadoras de un caudal de experiencias, de reflexión de práctica social, de estilos políticos y sensibilidades, de símbolos y de historia, capaces de enriquecer el socialismo chileno, y que es necesario fundir, con el patrimonio histórico construido por los socialistas en más de cincuenta años.

Porque, por último, la nueva síntesis que el socialismo necesita no nace del vacío. Tiene detrás de sí una larga y rica trayectoria. Una matriz política y cultural, que se expresó como Partido en el acto fundacional de 1933, y que, desde allí hasta la gesta de Allende en la Moneda, fue uno de los principales instrumentos políticos de los trabajadores y el pueblo chileno. Es por ello que -como ha dicho Jorge Arrate- es en la dialéctica del rescate del patrimonio histórico original del socialismo chileno y en la renovación de su proyecto y propuesta, donde será posible reconstruir una identidad y una política socialista para el porvenir.¹⁴

Las señas originarias

El rescate de las constantes que imprimieron un sello distintivo y original al socialismo chileno constituye una de las operaciones políticas y culturales fundamentales para reconstruir una identidad socialista que se asiente sólidamente en la memoria histórica de importantes sectores del pueblo chileno. Se trata de descubrir en el pasado, en la memoria común, las señas de identidad en las que nos reconocemos como continuadores de un proyecto profundamente inserto en la historia moderna de Chile, y que al mismo tiempo sean capaces de iluminar la búsqueda de los caminos del futuro. Ello implica una reflexión sobre la historia que es necesariamente selectiva, en la medida que recogemos lo mejor de una tradición y una práctica, los puntos más altos de una trayectoria que ha sido necesariamente compleja y contradictoria, plegada de luces, pero también de sombras. El rescate es una operación cultural en la que simultáneamente se reivindica y afirma un patrimonio de ideas, de sentimientos y de prácticas que han estado presentes de manera más o menos estables en el desarrollo del Partido Socialista, y se niegan y superan otras, aunque sea implícitamente. Se trata de recoger una tradición que se considera vigente, tanto para los que la construyeron como para todos los socialistas de hoy y de mañana.

Sin pretender ser exhaustivo, nos parece que esas señas de identidad originarias, y originales, capaces de sostener una visión compartida de la herencia común, son las siguientes:

a. La vocación nacional y popular

"falta un instrumento político eficaz que resuma la esperanza y la fe de un pueblo. El pueblo necesita un partido que, por su organización, por los hombres que lo dirijan y su voluntad de unión sea garantía de su nuevo destino político..."

"(el Partido) es la realización de la consigna de verdadera y sólida unidad política de la clase obrera, sectores campesinos y clase obrera, sectores campesinos y clase media del país: unidad eficaz de grupos sociales que tienen un interés común en liberarse de la explotación económica y política del gran capitalismo internacional y de la oligarquía nacional..."

"queremos poner todo lo bueno de nuestra tradición histórica, política y social al servicio de esa acción: despertar la sangre, los gustos, los afectos, despertar lo heroico que ha fecundado estas tierras latinoamericanas para darle un valor moral traducido en voluntad, espíritu de sacrificio y solidaridad a nuestra acción..."¹⁵

¹⁴ Jorge Arrate. "Renovación y rescate", entrevista realizada por el periodista Víctor Vaccaro. 1982. En "El Socialismo Chileno: rescate y renovación". Ediciones del Instituto del Nuevo Chile, Rotterdam. 1983.

¹⁵ Oscar Schnake Vergara. "El Partido Socialista no es uno más" 1938. En "Pensamiento teórico y político del Partido Socialista". Julio César Jobet y Alejandro Chelén R., Editorial Quimantú, Santiago 1972.

Este texto de uno de los fundadores del Partido Socialista expresa con particular eficacia ciertos rasgos que se reiterarán una y otra vez, muchas veces de diversas formas, en toda su historia. Uno es la permanente apelación a la raíz nacional del proyecto socialista, a la idea que el partido es producto de una necesidad histórica, en sentido fuerte, de las luchas del pueblo chileno, cuestión que está muy vinculada al nexo que se estableció en la época entre la experiencia de la República Socialista de 1932 y la necesidad de crear un nuevo instrumento político.

El otro elemento es el de la definición del Partido como instrumento del pueblo y no exclusivamente de una de sus clases, de la clase obrera. Ello no significa que no se atribuya a la clase obrera un rol central en el proyecto socialista, sino una fuerte resistencia a reducir al partido a ser la expresión exclusiva de proletariado. Con posterioridad, la retórica partidaria se referirá permanentemente al concepto de "clase trabajadora", y no de manera inocente. En la tradición teórica marxista esta es una categoría "imprecisa", no científica, alude a un conjunto heterogéneo que incluye al proletariado y otras capas sociales (artesanos, empleados, profesionales, minifundistas; etc.). Quienes sustituían permanentemente el concepto de "proletariado" por el de "clase trabajadora" eran marxistas perfectamente enterados de la imprecisión.

Lo que se quería subrayar, sin embargo, era el carácter popular, no obrerista, del partido y la idea del pueblo como sujeto de la revolución. Sujeto más amplio que el proletariado, diverso en su interior, y protagonista en su conjunto de la transformación socialista. Implícitamente había una crítica al concepto leninista del partido como vanguardia de una sola clase -el proletariado- que en alianza con otras -y eventualmente con sus propios partidos- dirige el proceso revolucionario. En la tradición socialista el partido aspira a expresar al conjunto de clases y capas explotadas y subordinadas, al pueblo, no solo en su programa sino al interior de su organización. Esa tradición y la práctica de un partido socialmente plural, expresión del mundo del trabajo, no logró expresarse en una teoría de partido que diera cuenta de ellas. Posteriormente el proceso de leninización que vivió el socialismo -y el conjunto de la izquierda chilena- en los años sesenta produjo fuertes contradicciones entre el "deber ser" del partido que se proclamaba como deseable y su existencia real.¹⁶

Es posible que las dificultades para dar cuenta en el terreno teórico de las originalidades de su propia práctica como Partido hayan tenido que ver, no sólo con la hegemonía creciente de un tipo de marxismo dogmático, sino también con el descrédito de las experiencias populistas latinoamericanas en la cultura del socialismo chileno desde su origen.

b. La impronta revolucionaria

"no se viene a nuestro Partido porque se sea intelectual u obrero; se viene porque se ha adquirido conciencia revolucionaria del actual momento histórico..."¹⁷

¹⁶ Sobre lo que aquí llamamos proceso de leninización de la izquierda, entre otros, ver Tomás Moulian "Evolución histórica de la izquierda chilena: la influencia del marxismo", en Democracia y Socialismo en Chile. Flacso 1983 y Jaime Gazmuri "En torno a los intelectuales y la política en Chile". Buenos Aires 1986.

¹⁷ Oscar Schnake. óp. cit.

"Tiene, por lo tanto (el Partido Socialista) la misión de educar a la clase trabajadora para hacerla capaz de cumplir la tarea que le corresponde en este período de crisis orgánica de la sociedad burguesa, y aquella otra que le exigirá en un porvenir próximo la construcción de la sociedad sin clases" ¹⁸

La afirmación de que los problemas de la sociedad chilena no pueden resolverse en los marcos del capitalismo acompaña al socialismo desde su nacimiento. A esta afirmación se suma normalmente la noción de que la transformación revolucionaria de la sociedad es una posibilidad más o menos inminente, una tarea planteada para los tiempos que se viven, y no para un futuro remoto.

Toda la primera época está fuertemente influida por el clima de crisis nacional de los comienzos de la década de los treinta y por la experiencia de la República Socialista. La aspiración a la conquista del poder de manera más o menos inmediata, es un sentimiento que ha acompañado a los socialistas durante una buena parte de su historia. En las condiciones de Chile ello se manifestó en una fuerte tendencia hacia el control -o la participación- del Estado, o más precisamente, del Gobierno. La participación de los socialistas en varias coaliciones de Gobierno durante la década de los cuarenta y la imposibilidad de realizar desde ellas una política de transformaciones profundas en el país, fue una fuente permanente de conflictos internos y de divisiones, que llevaron al Partido al borde de su disolución.

Con la constitución del Frap en 1957 y los alentadores resultados electorales de la candidatura de Salvador Allende en 1958, el objetivo de la conquista de un Gobierno Popular dotado de un programa revolucionario fue una constante de la política de los socialistas hasta la derrota de 1973.

Al margen de la crítica que pueda realizarse a las diversas perspectivas estratégicas que el P.S. ha levantado en su historia, un elemento permanente de su identidad es el concebirse a sí mismo como un instrumento de la transformación anticapitalista de la sociedad, y consiguientemente diferenciarse nítidamente de las tendencias socialdemócratas del movimiento socialista, ya sea a nivel latinoamericano o mundial.

c. La amplitud teórica en el campo del marxismo.

"El Partido Socialista acepta como teoría y método de interpretación de la realidad el marxismo, enriquecido con todos los aportes científicos del devenir social". ¹⁹

Producto en su origen de la convergencia de diversas corrientes marxistas; heredero de las tradiciones anarco sindicalistas de la primera etapa de la historia del movimiento obrero chileno; emparentado con las corrientes nacionalistas y revolucionarias que surgieron en América Latina bajo la inspiración del APRA del Haya de la Torre original; receptáculo de distintas disidencias del Partido Comunista Chileno que correspondieron a otras tantas fracturas en el movimiento comunista internacional (trotskistas, titoistas, maoístas); y abierto a recoger el aporte de revoluciones que tuvieron marcados sellos originales como la argelina, pero principalmente la cubana; en el Partido Socialista convivieron desde el comienzo varias corrientes teóricas y culturales. El marco comúnmente aceptado ha sido el marxismo.

Esta característica ha sido fuente de riqueza en el debate y la elaboración de pensamiento socialista, y también de fuertes tensiones internas, producto de la dificultad para integrar en una síntesis propia

¹⁸ Eugenio González "Fundamentación teórica del Programa del Partido Socialista" 1947. En Julio César Jobet y Alejandro Chelén. óp. cit.

¹⁹ "Declaración de Principios" 1933

influencias tan dispares y de la inexistencia de un "criterio de verdad" que no sea el consenso del propio partido.

Se ha demostrado, sin embargo, que es posible desarrollar una organización política revolucionaria que no se constituya en torno a un cuerpo de doctrina ya constituida, sino a un marco cultural amplio -en este caso el marxismo en su diversas interpretaciones- y que al mismo tiempo sea capaz de mantener grados razonables de unidad política. Aquí, como en todo, es menester precaverse de visiones míticas e idílicas del pasado. Pero hay un núcleo de experiencia histórica que rescatar en este aspecto, toda vez que en un período importante en la vida de la izquierda chilena se hizo dominante la idea de que un partido revolucionario que no fuera portados de "una" teoría científica estaba condenado a la esterilidad. Nuestra experiencia no confirma este aserto.

d. el carácter democrático y libertario del proyecto socialista.

"los fines del individuo y los fines de la sociedad son, ciertamente, incompatibles sobre la base del dominio privado de los instrumentos de producción; pero ellos han de identificarse en un régimen que asegure a cada cual los medios para resolver los problemas de su propia existencia con su aporte de trabajo al bienestar común. Así, mediante la abolición de los privilegios económicos será posible la verdadera libertad en una democracia auténtica.

El socialismo recoge, pues, las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano. Por lo tanto, todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo nieguen: la educación de los trabajadores para la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad" ²⁰

Nadie como Eugenio González desarrolló en el socialismo chileno con tanto rigor teórico la vinculación entre la democracia política y el socialismo. Con todo, este elemento forma parte indiscutible de un patrimonio común, aunque se haya oscurecido durante períodos de la historia partidaria. La recuperación plena del profundo sentido libertario y humanista de la moderna utopía socialista de Marx reconoció en el socialismo chileno su domicilio más cómodo. Incluso en la etapa en que predominó una concepción instrumental de la democracia en el terreno político, el principal líder popular de la izquierda, Salvador Allende, levantó con fuerza las mismas banderas de González en 1947.

e. la autonomía nacional, el latino americanismo, el internacionalismo.

"El Partido Socialista propugna la progresiva unificación latinoamericana, sobre bases progresivas y democráticas..." ²¹

"El "campo" (se refiere al campo socialista) no es sino una de las expresiones específicas de la lucha de clases contemporáneas. No la única. Sus intereses no expresan los intereses totales de las fuerzas comprometidas en la acción anticapitalista, sino una parte de esos intereses. Cualquier política, por tanto, diseñada sobre la premisa axiomáticamente sentada por ustedes, a saber, que el "mundo está dividido en dos campos principales y opuestos entre sí, el campo socialista y el campo capitalista", constituye una

²⁰ Programa del Partido Socialista de 1947.

²¹ Eugenio González "Fundamentación teórica del programa del Partido Socialista. óp. cit.

formulación incorrecta y parcial del problema, que lleva a posiciones de hegemonía, incompatibles con una concepción auténtica y democrática del internacionalismo obrero.

Por todo ello, los socialistas rehusamos incorporarnos al "campo socialista" y someternos a cualquier "centro dirigente". Propiciamos en cambio, un multilateral, democrático y activo intercambio de ideas y experiencias entre todas las fuerzas, movimientos, partidos y Estados anticapitalistas, sobre la base de la más estricta igualdad de derechos a fin de que cada cual pueda encontrar, por sí mismo la vía más eficaz y rápida -y la menos dolorosa- para establecer la sociedad socialista".²²

Los textos son bastante claros y expresan posiciones oficiales que recogían opiniones con un alto grado de consenso. Es más, la cuestión de la autonomía internacional es uno de los elementos claves del perfil y la autoconciencia de los socialistas chilenos. De allí su negativa permanente a formar parte de ninguna internacional de partidos y su reclamo al derecho a desarrollar su propia opinión respecto de las cuestiones internacionales, incluidas las más conflictivas en el campo de la izquierda chilena y mundial. Los ejemplos de esta autonomía son abundantes: desde la crítica acerca al estalinismo incluso en su período de mayor prestigio internacional, pasando por su simpatía por la Yugoslavia heterodoxa a fines de los cuarenta, hasta la opinión crítica de la mayoría de los socialistas frente a los acontecimientos de Polonia en los ochenta.

La autonomía internacional no es en este caso sinónimo de chovinismo ni de enclaustramiento nacional. Al contrario, el Partido se concibe desde el comienzo como parte integrante de las fuerzas revolucionarias y democráticas de América Latina en primer lugar, y del mundo en general. La autonomía se combina con el internacionalismo y el antiimperialismo activo. Sin perjuicio de que puedan formularse críticas al desarrollo práctico de su política internacional, especialmente en relación con la dificultad para hacer del latino americanismo una práctica operante, el internacionalismo se expresó siempre como solidaridad y apoyo a los movimientos revolucionarios de todos los continentes, con mucha amplitud y sin prejuicios ideológicos.

La práctica de Salvador Allende constituyó una síntesis particularmente lograda de este rasgo de la identidad de los socialistas chilenos: abierto al mundo, solidario con Bolivia el 52, con Guatemala, con Vietnam y conspicuamente con la Revolución cubana, su internacionalismo se acompañó siempre de una aguda percepción de las peculiaridades propias de la Revolución posible en Chile, tanto en sus contenidos como en sus formas.

LAS NUEVAS CORRIENTES SOCIALISTAS

La década de los sesenta fue -en Chile- particularmente intensa desde el punto de vista social y político. Se hicieron dominantes en la sociedad la conciencia de una crisis muy profunda -estructural- junto con la convicción de que era posible realizar transformaciones de fondo en plazos breves. La revolución estaba a la orden del día. Tanto era así, que incluso el centro político más dinámico -la Democracia Cristiana- también asumió un lenguaje y una simbología revolucionarias.

No fue este un fenómeno estrictamente nacional. En esos años la Revolución Cubana tuvo una poderosa influencia continental, el imperialismo norteamericano comenzaba a ser derrotado militarmente -por primera vez- en Vietnam, e incluso en Europa la contestación juvenil parecía remecer a sociedades

²² Raúl Ampuero, "Respuesta del Comité Central del Partido Socialista a la carta enviada por Luis Corvalán en nombre de la Comisión Política del Partido Comunista. 1962. En J.C. Jobet y A. Chelén "Pensamiento teórico y político del Partido Socialista" óp. cit

sólidamente asentadas. Todos estos procesos, y de manera muy particular la revolución cubana, tuvieron una profunda influencia en la izquierda chilena, expandiendo sus fronteras sociales y culturales.

La toma de la Catedral de Santiago por un grupo denominado Iglesia Joven, y la ocupación de la Sede de la Universidad Católica por los estudiantes, fueron los símbolos más visibles de la irrupción en el mundo católico de fermentos revolucionarios que no podían ser contenidos políticamente en el seno de la Democracia Cristiana, domicilio hasta entonces de sus sectores más progresistas.

Simultáneamente se incorporaban a la lucha social, como producto de la Reforma Agraria y de la Ley de sindicalización campesina del Gobierno de Frei, considerables masas campesinas que hasta ese tiempo habían permanecido sustancialmente sometidas e inactivas, salvo episódicas movilizaciones que terminaron normalmente en sangrientas represiones. La fuerte reivindicación campesina por la tierra progresivamente desbordó los marcos de la política de expropiación del Gobierno demócratacristiano. Asimismo, las luchas sindicales que se acrecentaron en la segunda mitad de dicha administración, y que coincidieron con la morigeración de sus ímpetus reformistas, alejaron del partido de Gobierno a sus núcleos sindicales más radicalizados.

El surgimiento de un nuevo Partido -el MAPU- fue la principal expresión política de este conjunto de fenómenos sociales y culturales al interior de la Democracia Cristiana, y más en general, del mundo cristiano popular y de las nuevas generaciones que irrumpían en la vida política.

En la izquierda histórica la influencia de la revolución cubana tuvo un hondo impacto en el Partido Socialista, pero también dio origen a un nuevo Partido, el MIR, cuya atracción social se ejerció en esa época casi en los mismos sectores que el MAPU.

Ambos partidos compartían una idéntica voluntad de renovación de la izquierda y críticas de fondo a sus partidos históricos. Divergieron profundamente, sin embargo, tanto en su estrategia política como en las relaciones que establecieron con la izquierda. El MIR asumió desde el comienzo una estrategia de lucha armada, y una auto conciencia de vanguardia única de la Revolución, cuestiones ambas que le impidieron participar en el proceso que desató la Unidad Popular.

El MAPU, con el lúcido y carismático liderazgo de Rodrigo Ambrosio, supo sortear sus propias tentaciones vanguardistas y, después de un breve período de vacilación, ingresó de lleno a la Unidad Popular. Su proyecto original consistió en constituirse en "el tercer partido proletario", que en una relación dialéctica de unidad y lucha con comunistas y socialistas, contribuyera decisivamente a superar los problemas de dirección del movimiento popular. El nuevo partido puso un gran énfasis en la crítica a las deformaciones burocráticas y dogmáticas de los partidos obreros históricos, y en la necesidad de realizar una política desde las masas y de levantar un proyecto socialista a partir de la propia experiencia chilena:

"... forma también parte del estilo nuestro, el aprendizaje permanente de las masas, de sus luchas, y de sus experiencias; forma parte permanente de nuestro modo de trabajar el confrontar la teoría con la práctica y la práctica con la teoría. Y por eso, si algo nos caracteriza como partido proletario es el luchar siempre y donde sea contra el dogmatismo, contra los manuales, contra los clisés, contra los esquemas y las clasificaciones, cualquiera sea el envoltorio que lleven, porque lo que vale realmente es la teoría

verificada por la práctica, nutrida día a día por la savia de la práctica, y autenticada verdaderamente por el combate del pueblo y de la clase obrera".²³

"Por eso no nos cansamos de machacar en todas partes y en toda ocasión que nuestra primera y principal tarea es el trabajo con las masas. En ellas, más que en el Gobierno, reside nuestro verdadero poder. Las masas nos permitieron conquistarlo. Sólo ellas nos permitirán defenderlo en los enfrentamientos cada vez más duros a que inevitablemente nos obligará el enemigo".²⁴

El MAPU tuvo un vigoroso crecimiento inicial, especialmente entre la juventud, el campesinado y ciertos núcleos de trabajadores urbanos. Sin embargo, su mayor contribución en ese período fue incorporar a la lucha por el socialismo a importantes contingentes del mundo cristiano, y en particular católico. Se establecieron, así, por primera vez de una manera significativa, sólidas vinculaciones entre dos mundos culturales hasta entonces básicamente incomunicados. A su vez la Democracia Cristiana, perdió el monopolio de la militancia de los cristianos progresistas. Incluso al interior de la Iglesia jerárquica el surgimiento del MAPU provocó el desarrollo de tendencias definidamente socialistas, como fueron los "cristianos por el socialismo", agrupación que núcleo en su momento un centenar de sacerdotes. Minoritariamente, y a veces hostilizada por la jerarquía, la opción socialista ganó en esos años legitimidad al interior del mundo cristiano.

La creación de la Izquierda Cristiana dos años después, estando ya la Unidad Popular instalada en el Gobierno, fortaleció esa tendencia, abriendo además la discusión sobre la necesidad de partidos socialistas de inspiración explícitamente cristiana para encausar la militancia de los cristianos revolucionarios. (12)²⁵

El MAPU fue prontamente atravesado por las tensiones que vivió la izquierda durante el Gobierno de Allende y se dividió seis meses antes del golpe de 1973.

Este conjunto de partidos nuevos -los dos Mapus y la IC-realizaron una activa contribución a los procesos de rearticulación del movimiento popular y de la lucha antifascista durante el período de la dictadura, y la evolución de sus posteriores políticas los llevó a protagonizar -junto con sectores del socialismo histórico- los procesos de renovación y de convergencia socialista. Hoy día se asumen como partes de un área política mayor -el socialismo- y en el caso de las dos corrientes principales del MAPU han renunciado explícitamente al proyecto original del "tercer partido proletario".²⁶

Durante el último período han surgido en el país varios movimientos socialistas de base, que no se identifican con ningún referente partidario, que han nacido muy vinculados a los procesos de reconstrucción social y cultural vividos en la dictadura, que se reconocen política y culturalmente en el socialismo, y que expresan prácticas y sensibilidades nuevas en varios sentidos. Dos nos parecen las más características: la valoración de la importancia del desarrollo de la sociedad civil y de su autonomía en el

²³ Rodrigo Ambrosio. "El MAPU, Partido proletario". Discurso pronunciado en el Teatro Nataniel. Santiago, 30 de mayo, 1971. En R. Ambrosio. "Sobre la construcción del Partido". Sociedad Impresora Rodas. Santiago.

²⁴ Rodrigo Ambrosio. "Estado burgués y Gobierno Popular", intervención en el XXIII Congreso del Partido Socialista. La Serena, 30 de enero, 1971, en R. Ambrosio, "Sobre el problema del poder" Ed. Lobo de Mar. Santiago. 1973.

²⁵ Esa discusión fue particularmente fuerte en el MAPU desde su fundación. El sector que sostenía la necesidad de un partido de inspiración cristiana, formado por algunos de sus más connotados fundadores como Jacques Chonchol, Rafael Agustín Gumucio, Julio Silva y Alberto Jerez, concurrió en 1971 a la fundación de la Izquierda Cristiana.

²⁶ Durante 1985, la mayoría del MAPU obrero campesino se integró al Partido Socialista de Chile (Sector Briones), A su vez en el Congreso de Unidad del MAPU, en ese mismo año, se incorporaron al partido un sector del MAPU-OC y la mayoría de los integrantes de la Convergencia Socialista Universitaria.

proceso de lucha por la democracia y de transformación de la sociedad; y la reivindicación democrática, no solo como modelo de sociedad política, sino también como práctica cotidiana en los movimientos sociales y los partidos. Estos movimientos socialistas de base han tenido desarrollo entre las mujeres, los estudiantes, los pobladores, los intelectuales y profesionales, y -en menor medida- los sindicalistas. Constituyen uno de los activos importantes del socialismo de los años ochenta.

Por último, se desarrollan nuevas corrientes socialistas al interior del viejo Partido Radical. Ellas se vinculan culturalmente a las tradiciones más avanzadas del pensamiento de matriz racionalista-laica en las que se fundó el radicalismo chileno; y políticamente a la participación del Partido Radical en la Unidad Popular y el Gobierno de Salvador Allende, y posteriormente en la resistencia antifascista. Se genera así, con base principalmente en la juventud, una corriente radical que participa del proceso de la renovación socialista y que asume sus contenidos culturales y políticos.

En suma, la síntesis política que el socialismo necesita a estas alturas de su desarrollo histórico se enriquece con nuevas y diversas vertientes surgidas desde finales de la década de los sesenta hasta ahora.

27

La Unidad Popular y el legado de Allende

Es abundante la reflexión crítica sobre la experiencia revolucionaria chilena de los años 70-73, tanto al interior de la izquierda chilena, como en los más diversos medios políticos y académicos internacionales. El interés es justificado: la Unidad Popular tuvo la pretensión histórica de realizar una revolución inédita, no sólo en Chile, sino que en el mundo. Para algunos -y particularmente para los comunistas chilenos- lo inédito era la forma del tránsito del capitalismo al socialismo. En nuestro país se intentaba por primera vez en la historia del movimiento revolucionario realizar la tesis del tránsito pacífico proclamada por el XX Congreso del PCUS, o más precisamente de la "vía no armada" tal como la definiera Luis Corvalán. ²⁸Para otros, y de manera muy especial para Allende, lo original de la experiencia se refería no solo a la forma del tránsito -pacífico e institucional-, sino también al modelo de socialismo que se pretendía construir. Lo particular del modelo chileno lo constituían, para Allende, las formas políticas y estatales del socialismo que se postulaba: "por mi parte, estoy seguro de que tendremos la energía y la capacidad necesaria para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario". ²⁹

En cualquier caso, la crítica de esa experiencia constituye un elemento fundamental de cualquier política socialista para hoy día. En la memoria histórica del pueblo chileno los mil días del Gobierno de Allende tienen hasta ahora un significado contradictorio. Para una parte considerable del movimiento popular significan el momento más alto de realización de sus aspiraciones e ideales, una experiencia colectiva imborrable. Pero para otros sectores del pueblo -que son también significativos- la experiencia de la

²⁷ No hemos incluido aquí un análisis del desarrollo político y cultural de las corrientes progresistas de la Democracia Cristiana, muchas de cuyas posiciones se acercan a concepciones socialistas. Ello requiere un trabajo de investigación que no hemos realizado. Además, esas corrientes se perciben aún a sí mismas como partes del universo demócratacristiano, y no del socialismo chileno.

²⁸ Luis Corvalán. "La revolución chilena: sus grandes méritos y las causas de su derrota". Informe al Pleno del Comité Central. Agosto de 1977. en L. Corvalán "Tres períodos en nuestra línea revolucionaria". Velag Zeit im Bild R.D.A. 1982.

²⁹ Salvador Allende. "Primer mensaje al Congreso Pleno". 21 de mayo de 1971. Imprenta de la Penitenciaría. Santiago Chile.

Unidad Popular es ajena y traumática. En este sentido el desafío que se propone es recuperar el Gobierno de Allende como un momento fundamental -aunque incompleto- en la larga lucha del pueblo chileno por la libertad y la justicia, por la democracia y la superación del orden establecido, anhelos que en distintas etapas han compartido grandes mayorías nacionales. Ha sido precisamente el desencuentro político y cultural de esas mayorías la causa fundamental de la derrota del conjunto de las fuerzas democráticas -y no solo de las de la Unidad Popular- que significó el golpe de 1973.

El análisis crítico de la experiencia de la Unidad Popular se ha desarrollado profusamente al interior del socialismo chileno. Sigue siendo un tema vigente, no solo porque siempre es posible profundizar sobre sus conclusiones, sino también porque ha estado circunscrito a quienes han podido participar más o menos activamente en política, en un período en que esta ha estado severamente restringida. Se plantea la tarea de convertir en un debate nacional la reflexión hasta ahora restringida a círculos poco numerosos.

Sin pretender abundar en el tema, me inscribo en la corriente que sostiene que en la raíz de las insuficiencias históricas de la Unidad Popular se encuentra la contradicción entre la originalidad y riqueza de su práctica política, y la hegemonía que alcanzó en la mayoría de sus Partidos una teoría -el marxismo leninismo como forma específica e histórica del marxismo- que era incapaz de dar cuenta y de iluminar esa práctica.³⁰ No fue esta la única insuficiencia de la Unidad Popular, pero si nos parece aquella cuya superación es condición para proponer un proyecto socialista al país. Dicho de otro modo: si la izquierda chilena no logra superar una cultura política de raíz dogmática -y por lo tanto incapaz de aprehender la realidad social y sus virtualidades de transformación- no logrará generar una mayoría nacional capaz de consolidar y profundizar la democracia y superar el capitalismo. Podrá a lo más, constituirse como una importante fuerza de contestación al régimen, y como un vehículo de identificación y defensa de los intereses de significativos sectores obreros y populares.

Predominó, en particular, una teoría de la Revolución y unos paradigmas revolucionarios, que se contradecían con la propuesta concreta de lucha por el socialismo, que Arrate ha designado como "vía Allendista". Dominaba -en el plano de las concepciones teóricas- la idea de la Revolución como asalto al poder, para transformar posteriormente la sociedad desde el Estado. Dominaba la imaginación, los mitos y el lenguaje revolucionario de la inmensa mayoría de los militantes la experiencia de la Revolución bolchevique del 17 y de la cubana del 59. Lo que se realizaba era distinto: intentar la transformación de la sociedad por la vía de la profundización de la democracia, a partir de la conquista de cuotas importantes de poder en un Estado democrático de base capitalista y del apoyo y movilización de un poderoso movimiento de masas obreras y populares.

Esta contradicción entre cultura y práctica políticas es uno de los elementos que explican el fracaso de la Unidad Popular en construir un Bloque político y social que se correspondiera con la magnitud y el carácter de las transformaciones propuestas. En este sentido es dramática la dificultad de la Unidad Popular para traducir en operaciones políticas eficaces su anhelo declarado de construir una amplia alianza que incluyera hasta los "sectores no monopolizados de la burguesía", su incomprensión de las condiciones políticas y culturales que en una sociedad como la chilena suponía realizar ese objetivo estratégico.

³⁰ Son numerosos los autores que se ubican en esta perspectiva. Señalamos, en particular los aportes de Jorge Arrate, especialmente en "La fuerza democrática de la idea socialista en Chile". Ediciones Documentas y Ornitornico. Santiago-Barcelona. 1985 y Tomás Moulian, en "Democracia y Socialismo en Chile". óp. cit.

Allende fue quien mejor comprendió las profundas peculiaridades del proceso chileno, intentando darle, sobre todo durante el período de su Gobierno, un fundamento teórico. Su influencia fue considerable dado su indiscutido liderazgo político en la izquierda desde 1958. Sin embargo, no ejerció un liderazgo equivalente en el terreno teórico y cultural, especialmente en los Partidos de la izquierda, incluido el Partido Socialista. Sus relaciones con el movimiento fueron complejas, y, no pocas veces, tensas: principal portavoz del movimiento popular por décadas, articulador de la unidad entre socialistas y comunistas, impulsor permanente de la ampliación de los frentes de la izquierda, aislado muchas veces en los debates al interior de la izquierda y su partido.

Para nosotros Allende significa el nexo entre un pasado rico en experiencias que recuperamos críticamente y el proyecto de futuro del socialismo. No solo por sus grandes virtudes políticas y morales, y la epopeya con que terminó su vida. También por su aporte personal al diseño de una vía de transformación revolucionaria de la sociedad chilena, cuyo núcleo central continúa vigente; la plena identificación entre socialismo y democracia.

Elementos para un proyecto socialista

La nueva síntesis que proponemos para el socialismo surge de la reflexión y la crítica de nuestro pasado, de los contenidos que han venido caracterizando al proceso llamado de renovación del socialismo y del intento de recoger las nuevas experiencias del movimiento popular y democrático en estos largos años de resistencia y lucha contra la dictadura. La renovación es un proceso múltiple, cuyo objetivo es generar una práctica social capaz de transformar la sociedad en una perspectiva democrática y socialista. No consiste únicamente, por lo tanto, en una "renovación de las ideas", aunque incluye un momento intelectual y cultural muy importante.

Un punto de referencia significativo de todo este proceso de reflexión crítica fue el Seminario realizado en Ariccia en 1979 sobre "El socialismo chileno, historia y perspectivas". Él sirvió para constatar la convergencia esencial de un conjunto de reflexiones realizadas hasta ese momento en sedes muy diversas: intelectuales del país y del exilio, distintos partidos políticos del área socialista, movimientos sociales autónomos. De allí en adelante no cabe duda de que la renovación constituye una de las corrientes culturales más dinámicas -con sus altibajos claro está- del pensamiento político -chileno. Las dificultades, e incluso los fracasos, en dar una expresión única en el terreno político a esta corriente -con la Convergencia y luego el Bloque Socialista- no deben oscurecer el hecho de que se ha acumulado un patrimonio de ideas y propuestas compartidas por un arco amplio de fuerzas, que constituyen un capital valioso para la empresa de reconstruir al socialismo como uno de los ejes del sistema de Partidos Políticos del país.

Sin ninguna pretensión de ser exhaustivos, interesa destacar algunos de los elementos centrales de ese proceso de reflexión compartido.

a.- La vinculación orgánica entre democracia y socialismo

La plena recuperación de la democracia política como un elemento central del proyecto socialista surge en estos años de diversas reflexiones concurrentes.

Una es de carácter histórico y, más precisamente, de la historia política del país. Resulta evidente, sobre todo después de la traumática experiencia del golpe militar de 1973, que la democracia chilena fue principalmente el producto de la lucha de los sectores más progresistas de la sociedad en permanente

conflicto con los sectores más conservadores de las clases dominantes. El lugar común de la cultura de la izquierda de los años sesenta que consideraba a la democracia como una "trampa" de la burguesía dominante, como un sutil recurso para afirmar su dominación y darle legitimidad en el plano ideológico, no resiste un análisis de la concreta lucha política que permitió el desarrollo del sistema estatal chileno. La larga evolución del Estado desde la República aristocrática y autoritaria de Portales hasta la moderna democracia de masas que vivió el país después de las reformas políticas del segundo período de Ibáñez (principalmente la legalización del Partido Comunista, la eliminación del cohecho y la ampliación significativa del cuerpo electoral), no puede ser leída en la clave de una sucesión ininterrumpida de "trampas" de la clase dominante. Sobre todo, cuando la práctica histórica demuestra que sus sectores hegemónicos siempre se opusieron a los avances en la democratización del Estado y de la sociedad. La democracia política aparece, así, principalmente como conquista de los sectores progresistas. En este cuadro, el Estado de compromiso, característico de último período de vida democrática, es en buena parte el producto del crecimiento de la influencia social y política del movimiento obrero, dada la correlación de fuerzas existentes en esa etapa. La conclusión es que la democracia política es la forma estatal que mejor permite el desarrollo de la influencia social y política de los sectores oprimidos y de las fuerzas de la transformación social.

Sin embargo, no es sólo una reflexión histórica lo que lleva a una revalorización de la democracia política. Ella tiene que ver, también con el tipo de sociedad socialista que se postula. Las libertades políticas que se desarrollaron a partir de la gran revolución francesa se consideran conquistas sociales de un valor universal, se reivindican como un patrimonio que el socialismo hace suyo, como conquistas humanas a cuyo logro el proletariado y el movimiento socialista ha hecho una importante contribución, y cuya realización debe formar parte del ideario y del proyecto del socialismo contemporáneo. Este conjunto de afirmaciones va normalmente acompañado de una crítica a los modelos políticos del socialismo real, en los que los ideales de emancipación política y el carácter libertario de la utopía socialista de Marx no han sido realizados, sin perjuicio de los importantes desarrollos de la mayoría de las sociedades en el terreno económico, social y cultural.

En esta perspectiva se mantienen las críticas clásicas de la tradición marxista a las limitaciones de la democracia política en las sociedades burguesas.³¹ La primera es la separación entre la esfera política -la que se supone gobernada por el principio de la soberanía popular- y la económica social, que es regida por el principio de la propiedad privada y de la maximización de la ganancia del capital. Esto da a la democracia, y, los derechos que proclaman un carácter formal convierten a la igualdad de los conciudadanos en un principio jurídico que tiene una expresión completamente deformada en la vida concreta. La Segunda, es el carácter representativo del régimen democrático, que establece y reproduce la diferencia entre gobernantes y gobernados, generando un poder -el Estado- independiente y por encima de la sociedad. De esta crítica surge la utopía del autogobierno y de la extinción del Estado, que, a pesar de sus enormes dificultades de realización histórica, tiene valor en cuanto sería la una tendencia a extremar las posibilidades de democratización en todos los planos de la vida social. Por último, se señala la tendencia de la sociedad burguesa a limitar el ejercicio de los propios principios democráticos en los que fundamenta su régimen político. Este elemento es particularmente válido en la experiencia del capitalismo de la periferia, en los cuales la convivencia entre capitalismo y democracia ha sido más bien la excepción histórica.

³¹ Flisfich

Surge, así, un proyecto socialista que aspira a transformar radicalmente la base del sistema de producción y de las relaciones sociales basadas en el interés del capital y la explotación del trabajo, y a construir un régimen político en el que las libertades tengan un pleno desarrollo y que recoja y profundice las conquistas políticas surgidas con el liberalismo. Se trata de una empresa históricamente inédita y plagada de dificultades. Hasta hoy día, regímenes políticos con grados importantes de desarrollo de las libertades en este plano, solamente han existido en algunas sociedades capitalistas, en general desarrolladas. La experiencia chilena demuestra las inmensas resistencias que provoca el intento de realizar transformaciones de fondo en la estructura económica y social en el marco de un sistema político democrático de base y social en el marco de un sistema político democrático de base capitalista, y como las clases amenazadas materialmente rompen el consenso en torno a las "reglas del juego" y se deslizan por el camino de la confrontación y la violencia. Con todo, en países como Chile, un tal proyecto recoge aspiraciones muy profundas que no es posible ni legítimo contraponer: construir un sistema social que permita el desarrollo de la igualdad y de la libertad.

b.- La superación de la dicotomía reforma-revolución

En la tradición teórica de la izquierda chilena los conceptos de reforma y revolución son antagónicos, aluden a dos tipos de política radicalmente distintas. Esta dicotomía ha causado no pocos desencuentros entre teoría y práctica, y ha originado largas -y muchas veces estériles- disputas y divisiones.

El tema es complejo, sin duda, y tiene su raíz en esta idea de la revolución como asalto al poder a que aludíamos. Nos parece que tiene más relación con nuestra experiencia histórica y con los nuevos desafíos, una concepción que entienda el paso de un sistema social a otro como un proceso que se incuba y desarrolla al interior de la vieja sociedad en todos los planos, y que requiere la creación de una nueva hegemonía social y cultural como condición indispensable de las transformaciones estructurales. El momento estatal, es decir la expresión plena de la nueva hegemonía en el Estado, no es el indicio, sino más bien la culminación de este proceso de transformación. En este sentido puede afirmarse que el carácter revolucionario de todo el proceso está dado por la intencionalidad de sustituir un sistema social por otro, en este caso el capitalismo por el socialismo. Lo revolucionario está básicamente definido por los fines, no por los medios o formas de su realización. Las reformas en esta concepción son fundamentales, precisamente en la medida que facilitan o consolidan la afirmación de una hegemonía alternativa. No se contradicen, sino al contrario se complementan con el objetivo revolucionario. La discusión sobre las reformas será entonces específica y no genérica: en vez de discurrir sobre la bondad o perversidad de una "política reformista", se tratará de discernir si tal o cual reforma facilita o dificulta el proceso de transformación social. Asimismo, en esta óptica una política socialista no comienza cuando se "conquista" el Estado, sino desde el momento en que se propone y se articula en la sociedad una perspectiva de cambio -en cualquier esfera de la vida social- con un sentido anticapitalista.

El marco estatal en el que se postula desarrollar todo este proceso es el de la democracia política, la que se irá profundizando en la medida que se desarrolle la influencia de las fuerzas revolucionarias. Las transformaciones en la estructura económico-social se realizarán al ritmo en que se logre un consenso social en torno a ellas.

Todo lo anterior no excluye la previsión de fuertes conmociones sociales e incluso rupturas, debidas a la resistencia de las clases dominantes desplazadas. Lo importante es que las fuerzas de la transformación socialista afirmen una vía revolucionaria que reivindica el primado de la política y la democracia, y de la

creación de un consenso nacional sustantivo para el cambio del régimen social. Al mismo tiempo que sostengan con fuerza el derecho de las mayorías a defender sus avances.

c.- La línea estratégica del Bloque por los cambios

Si se parte de la base de que las grandes exigencias que enfrenta Chile como Nación son terminar con la dictadura, refundar un Estado democrático y afirmar una vía de desarrollo autónomo, se llega a la conclusión que todo ello no será posible si no se constituye un nuevo Bloque histórico capaz de asumir esas tareas. Una articulación de fuerzas sociales, ideales y políticas capaces de realizar un proyecto nacional para superar una crisis que amenaza la propia existencia del país como comunidad civilizada. Un Bloque que se constituye en diversos planos: como concertación de las principales corrientes culturales que han plasmado la identidad de nación.

Desde el punto de vista social de un tal bloque solo deberían excluirse a los sectores que se benefician y reproducen la dependencia del país, especialmente la burguesía financiera. El resto de las clases y capas pueden concurrir a un proyecto nacional. De hecho, durante estos años ello ha venido ocurriendo. La Asamblea de la Civilidad, por ejemplo, responde a la necesidad inmediata de resistir y terminar con la dictadura, pero apunta desde su origen a objetivos de más largo alcance.

En el plano de los partidos, la creación de una voluntad unitaria para impulsar una política nacional por parte de las principales fuerzas democráticas y populares será un proceso complejo. Ello por la naturaleza de algunas de las grandes corrientes populares del país, especialmente la comunista y la demócratacristiana, que son fuertemente tributarias de la ideologización que caracterizó al sistema de partidos políticos chilenos en las últimas décadas de vida democrática.³² Sin embargo, la viabilidad de que en el país se constituya un nuevo bloque histórico descansa en la experiencia común de sometimiento que ha sufrido el conjunto de fuerzas populares y democráticas durante la dictadura, y en la circunstancia de que existieron en el pasado, y existen hoy día, aspiraciones por transformaciones de fondo compartidas por una mayoría sustantiva.

Es posible identificar los contenidos de esos objetivos transformadores; "son objetivos comunes compartidos por las mayorías lograr una ampliación de la participación popular, rescatar para la nación los recursos naturales, la dirección democrática de la economía y buscar un equilibrio entre el logro de la justicia social y el desarrollo pleno de las libertades. Creemos que la mayoría comparte las bases para definir las prioridades en la distribución del ingreso y de la propiedad que permita el acceso (en los más breves plazos posibles) de toda la población a la satisfacción de sus necesidades básicas. También parece compartirse la idea de restituir al Estado un papel central como formulador y partícipes de las estrategias de desarrollo, que sin eliminar el mercado reconozca sus límites como asignador de recursos"³³. Podría extenderse esta enumeración a muchas otras áreas de la vida social: la educación, la cultura, la salud, la inserción internacional del país, etc.

Las grandes corrientes culturales comparten también aspiraciones comunes a la justicia y la libertad, a la defensa de la identidad nacional, al enaltecimiento de los trabajadores y del mundo del trabajo. Ocurre

³² Sobre el tema de la ideologización del sistema político chileno ver Ángel Flisfich. "Algunas hipótesis sobre la relación entre intelectuales y partidos políticos en Chile", Flacso -Chile 1985, y Jaime Gazmuri. "En torno a los intelectuales y la política en Chile" óp. cit.

³³ Ricardo Núñez y Guillermo del Valle. "Proposición a la Asamblea nacional del Bloque socialista". Octubre, 1985. en "El Socialista" N.º 6 Número Especial.

así con el marxismo, con el cristianismo, con las corrientes democráticas de origen laico y racionalista. Solo la cultura conservadora, aristocrática, autoritaria, nacionalista y las modernas versiones del neoliberalismo monetarista, que constituyen una minoría cultural manifiesta, no son capaces de aportar a un proyecto nacional autónomo.

Esta estrategia de Bloque por los Cambios se asienta, por lo tanto, en procesos sociales, políticos y culturales de fondo que están operando en el seno de la sociedad chilena. El problema para que estos procesos produzcan un resultado histórico eficaz consiste en que, precisamente en la esfera política, las tendencias predominantes apuntan a un nuevo desencuentro de las grandes corrientes populares. En la Democracia Cristiana por cuanto no logra liberarse de su autoconciencia de ser una alternativa a la izquierda y de su dificultad para realizar una política laica, que no ponga las diferencias ideológicas -o filosóficas como dice- en el centro de su política de alianzas. En el partido comunista ocurre que, sin perjuicio de su probada práctica aliancista, se reproduce la misma cultura revolucionaria del período anterior, que limita seriamente el carácter nacional de sus propuestas de largo alcance. Estos datos no son inmodificables, sobre todo porque las presiones que surgen de la sociedad apuntan a la necesidad de una concentración sustantiva y no excluyente para objetivos que superen la actual coyuntura.

En este cuadro el socialismo puede convertirse en un proyecto político coherente y hegemónico la aspiración mayoritaria por los cambios en una perspectiva democrática y anticapitalista, a condición de que haga suya y elabore con eficacia política y cultural esta suerte de sentido común emergente de los sectores populares y medios del país.

No cabe duda de que el sentido de los cambios que la sociedad chilena busca tiene un elevado potencial anticapitalista, aunque por muchos no se formalicen así. La urgencia de poner la economía al servicio de las necesidades, especialmente de los sectores populares; de programar democráticamente el desarrollo; de restituir al Estado un rol conductor; de realizar una democracia de creciente participación popular; de fortalecer la influencia y autonomía de las organizaciones de la sociedad civil, de desarrollar una cultura de la solidaridad con los sectores más desposeídos, son todos elementos que van a contrapelo de las bases en que se asienta la sociedad burguesa. Su realización en plazos que pueden ser históricamente breves puede abrir un curso de desarrollo nacional que apunte a la sustitución del capitalismo. Ello dependerá, al fin de cuentas, del consenso que conquisten las ideas socialistas en la sociedad. Pero supone pensar y realizar el socialismo como un proceso de creación colectiva del pueblo, que va buscando las maneras posibles de romper la lógica y las estructuras del capitalismo, y no como la aplicación de un modelo social preestablecido por encima y desde afuera de los sujetos históricos de la transformación, cuyo eje central son las fuerzas del trabajo.

d.- Un partido para un proyecto nacional, popular, democrático y socialista.

Tanto la reflexión sobre la identidad histórica del socialismo que se intenta rescatar, como el de los nuevos elementos de su proyecto político llevan necesariamente a plantear el tipo de Partido que es necesario reconstruir. En este sentido parece claro que la teoría sobre el Partido que fue hegemónica en la izquierda hasta 1973 -la leninista- es claramente insuficiente para construir un instrumento político capaz de realizar una estrategia revolucionaria como la propuesta en las páginas precedentes. No existe, al menos todavía, una teoría alternativa, es decir una concepción coherente y acabada que resuelva los problemas que plantea en este nivel un proceso de construcción del socialismo por la vía de la profundización de la democracia. No queda, pues, otro camino que indagar en nuestra propia práctica y en las exigencias que

plantea la política que se pretende desarrollar, para ir determinando las características que debería ir asumiendo el Partido Socialista. Es este un tema abierto sobre el que quisiéramos proponer algunas consideraciones.

Uno de los temas recurrentes de la renovación socialista en estos años es el de la necesaria autonomía de los movimientos sociales respecto de los partidos. Este "descubrimiento" alude a una crítica a la concepción según la cual los movimientos sociales constituyen una correa de transmisión entre las vanguardias políticas y las masas, y a las prácticas a las que dichas concepciones dieron origen entre nosotros de manera más o menos generalizada. Es útil señalar que este modelo de vinculación entre partido y movimiento de masas, en Chile, no es privativo de la izquierda sino también del centro político, y en particular, de la Democracia Cristiana. La reivindicación de que los movimientos sociales se dirijan democráticamente por sí mismos y no sean digitados desde afuera, implica también una ampliación de los márgenes de la política. Ello en varios sentidos. En primer lugar, significa reconocer que los impulsos por la transformación de la sociedad no surgen solo del -o los- Partidos, y que por lo tanto los movimientos sociales pueden superar -como de hecho ocurre- su dimensión puramente corporativa. Así, el Partido pierde el monopolio del elemento de "conciencia" que le atribuían las versiones más estrechas del leninismo. Pero además la política amplía sus márgenes desde el momento en que se abandona la tesis del "asalto del Estado" como el objetivo fundamental de la estrategia revolucionaria. Sin abandonar la lucha por el poder y la aspiración a la dirección estatal, las transformaciones que es posible realizar en diversas esferas de la vida social adquieren una nueva valoración en la estrategia revolucionaria. Cuestiones que antes se consideraban secundarias -cuando no sospechosas- pasan a incorporarse como elementos integrantes del proyecto de transformación. Tal es el caso de la lucha por la defensa del medio ambiente, de la administración del espacio urbano, del enriquecimiento de la vida cotidiana, etc. Se amplían, por último, los márgenes de la política cuando se considera que el socialismo aspira a erradicar todas las opresiones y no solo la explotación económica de los trabajadores. En esta perspectiva la lucha del feminismo contra la opresión sexual y la defensa irrestricta de todos los derechos humanos adquieren un rango propio.

Una nueva valoración del rol de las organizaciones de la sociedad civil y de su relación con la política, así como de la extensión de los márgenes de esta, sin duda reclama la modificación del paradigma de Partido que hemos heredado, tanto desde el punto de vista de sus relaciones con la sociedad y el Estado, como de sus elementos de constitución y vida interna.

Existen también nuevos datos de la realidad en el plano ideológico y cultural. Durante años el proyecto socialista y el marxismo se identificaron plenamente. Hoy día concurren al proyecto socialista otras vertientes ideales que, en función de sus propias inspiraciones, postulan la superación radical del capitalismo. En Chile estas corrientes son fundamentalmente cristianas y también de origen laico-racionalista. Sin duda, la influencia en ellas del marxismo en el plano cultural y del movimiento obrero en el político ha sido grande, pero ello no significa que hayan perdido la originalidad de sus inspiraciones ideales. Nuestra práctica para enfrentar este fenómeno nuevo ha consistido en la militancia de cristianos en partidos marxistas, donde su condición de tal pasa a ser una cuestión "privada" -lo que ha ocurrido en el PS, el PC, los MAPU y el MIR-; o en crear organizaciones políticas destinadas a ser el lugar privilegiado de militancia de los cristianos revolucionarios, como es la Izquierda Cristiana. Ambas soluciones nos parecen insuficientes.

Por último, las características del Partido surgen también del tipo de proyecto socialista que se postula y de las exigencias de su estrategia política. En nuestro caso un socialismo profundamente liberatorio y una estrategia que busca la más amplia concertación social y política para la transformación de la sociedad.

En función del conjunto de consideraciones que hemos enumerado sumariamente, nos parece que algunas de las características del tipo de Partido que es necesario reconstruir son:

- el partido debe concebirse como un momento y el instrumento de síntesis y de elaboración general de las prácticas liberadoras del pueblo, y no como el portador de una verdad científica y un modelo social ya esencialmente preconstituido.

- la identidad del partido se constituye en torno a un proyecto de transformación de la sociedad, que se inspira en una utopía socialista, igualitaria y libertaria. Tanto el proyecto como la utopía se construyen como el aporte de diversas corrientes ideales. En esta concepción el marxismo es una de las corrientes fundamentales del pensamiento socialista, pero no la única. Cuando nos referimos al marxismo lo entendemos en su larga trayectoria histórica, desde Marx, Engels y Lenin, a Gramsci, Luxemburgo, Mariátegui y las modernas corrientes marxistas. Responder a la dogmatización y sacralización del marxismo, con su abandono, nos parece teóricamente discutible y -al menos en Chile- política y culturalmente estéril. No pretende, por lo tanto, que se le reconozca un estatuto de verdad a priori -ni en el partido, la cultura o el Estado- sino que se valida en función de su propia capacidad para aplicar los fenómenos sociales. No se postula -como ha sido criticado por algunos- de un "abandono" del marxismo, sino concebir un partido en el que conviven -y también polemizan- diversas corrientes ideales, cuyo punto de encuentro es una común utopía social y una cultura socialista compartida, que se va construyendo históricamente.

- el partido es un organismo que se ubica entre la Sociedad -en la que debe estar profundamente inserto- y el Estado que aspira a dirigir, sin confundirse con una ni con otro. Sus funciones esenciales son sintetizar y elaborar propuestas de transformación y gestión de la sociedad y luchar por dirigir democráticamente el Estado.

- desde el punto de vista de su organización y vida interna es fundamental asegurar su carácter democrático, una gestión descentralizada en función de las diversas realidades en que se desenvuelve, y al mismo tiempo una capacidad de acción unificada en las grandes cuestiones nacionales. el partido debe concebirse como un momento y el instrumento del sujeto de la transformación social -el pueblo- y no solo de una de sus clases, sin perjuicio de la centralidad de los trabajadores en el proyecto socialista.